

MUERTE EN EL PARAÍSO

M.J.Fernández



Muerte en el paraíso

M. J. Fernández

"La puerta mejor cerrada es aquella que puede dejarse abierta."

Proverbio chino

PRÓLOGO

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES.

CAPÍTULO CUATRO.

CAPÍTULO CINCO.

CAPÍTULO SEIS.

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO.

CAPÍTULO NUEVE.

CAPÍTULO DIEZ.

CAPÍTULO ONCE.

CAPÍTULO DOCE.

CAPÍTULO TRECE.

CAPÍTULO CATORCE.

CAPÍTULO QUINCE.

CAPÍTULO DIECISÉIS.

CAPÍTULO DIECISIETE.

CAPÍTULO DIECIOCHO.

CAPÍTULO DIECINUEVE.

EPÍLOGO.

Prólogo

María se encogió sobre sí misma apretando su cuerpo contra el roble y cuidando no hacer ningún ruido. Era una noche oscura, por lo que tenía la esperanza de haber despistado a su perseguidor cuando salió del camino que llevaba hasta el pueblo. Aquel hombre la aterrorizaba, a ella, que nunca había sentido miedo de nada. Nerviosa, jugueteó con uno de sus zarcillos mientras recordaba el tiempo en que solo le preocupaba salir de aquella isla para conocer mundo. Nunca imaginó el precio que tendría que pagar por ello. Y ahora, que había podido regresar a la seguridad de Marañon, su pasado volvía para acosarla.

Mantén la vista fija en el camino. Él la había seguido pocos minutos después que salió de la casa Abelard. Cuando escuchó sus pasos, ella comprendió de quien se trataba y cuáles eran sus intenciones, por lo que se internó en el bosque acurrucándose bajo las sombras del gran roble. Entonces lo vio pasar de largo en su camino hacia el pueblo. Por la expresión de su rostro supo que iba a por ella. María tuvo que hacer un esfuerzo para evitar que se le escapara un gemido a causa del miedo. Aguardó, sin atreverse a mover un solo músculo.

Pasaron algunos minutos, durante los cuales se reprochó a sí misma no haber tenido la precaución de pedirle a alguien que la acompañara a la hora de salida, pero ¿qué excusa podía dar para necesitar compañía en el lugar más seguro del mundo?

El chasquido de una rama la alertó, pero no tuvo tiempo de reaccionar. Él ya estaba allí, a su lado, empuñando un cuchillo y lanzándose sobre ella. María quiso gritar, pero no tuvo oportunidad, la primera herida la dejó sin aliento. Él la apuñaló sin piedad una y otra, y otra vez, hasta que el miedo desapareció de su pecho, la luz de sus ojos, y la vida de su cuerpo.

El asesino miró a la chica inerte a sus pies. Ya estaba hecho. Un relámpago cayó en el horizonte, seguido de un potente trueno. Miró al cielo amenazante de lluvia. Bien, el mal tiempo le convenía. El agua borraría cualquier huella que hubiera dejado. Se agachó junto al cadáver de la joven y comenzó a trabajar.

Al cabo de unos minutos contempló su obra. Sonrió, sintiéndose muy astuto. Con aquello sería suficiente para confundir a la policía. Envolvió el cuchillo en un trapo viejo volviendo a guardarlo en el bolsillo de la cazadora, luego caminó con paso tranquilo de vuelta a la casa grande, seguro de que

todos sus problemas habían terminado.

Capítulo uno

El sol lanzaba reflejos de color naranja sobre el horizonte, mientras parecía surgir de las frías aguas del Atlántico. El hidroavión despegó desde Tenerife con rumbo noroeste, hacia la pequeña isla. El piloto estabilizó el avión, mientras su único pasajero contemplaba abstraído el paisaje a través de la ventanilla. Aún quedaban tres horas de viaje por delante.

La isla a la que se dirigían era tan pequeña que no aparecía en la mayoría de los mapas, siendo solo mencionada en los de navegación con el nombre de Isla de Francisco Marañón, el navegante que quinientos años atrás la había descubierto y bautizado. Se encontraba entre las Azores y las Bermudas, en un punto perdido del Atlántico. Era tan insignificante y tan alejada de cualquier costa, que no pertenecía a ningún país.

Después de complicados acuerdos internacionales fue puesta en subasta y comprada por un empresario español, propietario de una cadena hotelera que abarcaba tres continentes. Su nombre era Antonio Abelard, y había construido su propio pequeño mundo en aquel apartado lugar.

La isla contaba con un pueblo de apenas mil habitantes, la mayoría de los cuales eran empleados, directos o indirectos, de la familia Abelard. Como en un pequeño feudo, la mansión familiar estaba ubicada en la montaña más alta, y el pueblo se extendía en las faldas de esa montaña hasta el mar. Los cultivos de las tierras más llanas, junto a la crianza de ovejas y la pesca, proporcionaban los principales alimentos a sus habitantes. En el pueblo había todo tipo de tiendas surtidas, bien con productos artesanales fabricados por sus propios vecinos, o bien encargadas por los tenderos a los países más cercanos.

"Es como un pequeño país con sus propias leyes y su gobierno monárquico absolutista". — pensó Argus. Porque lo cierto era que quien gobernaba la isla era don Antonio. Abrió de nuevo el dossier con la información que le había entregado su jefe inmediato, leyendo de nuevo lo que se sabía acerca de los Abelard.

Don Antonio Abelard era el último de una larga dinastía de empresarios exitosos. Desde hacía más de doscientos años la familia había ido medrando, siempre interviniendo en negocios lucrativos. En su origen habían sido burgueses, que llegaron a tener algunos devaneos con la

aristocracia, dejando en el legado familiar un par de títulos nobiliarios de los que ya no hacían uso.

La familia, con ramificaciones por toda Europa, siempre había tenido su núcleo principal en España, concretamente en Madrid. Sin embargo, según el dossier, el padre de don Antonio era hombre de ideas liberales, así que durante el gobierno de Franco se unió a los numerosos españoles que escogieron salir de las fronteras de la península.

Los Abelard se establecieron en Florencia, Italia, donde estudió el joven Antonio. Se enamoró y se casó con Beatriz Cavalleri, una bella italiana, hija de un noble florentino. De ese matrimonio nacieron tres hijos, Cesar, Marcos y Jimena. Todo transcurrió como en una novela rosa, hasta que el día del quinto cumpleaños de Cesar, el niño desapareció. Sobre los acontecimientos que ocurrieron después no había mucha información oficial. Abelard no fue muy colaborador con la policía. Los interrogatorios y la investigación exculparon de responsabilidad a los miembros de la familia, pero no arrojaron ningún indicio acerca del destino de César. Al darse por concluidas las pesquisas la familia se exilió con destino desconocido. Durante dos años no se supo nada de ellos, y el chico nunca apareció.

Al cabo de esos dos años, la isla Francisco Marañón salió a subasta siendo comprada por un abogado, que se encargó de la construcción de la casa y de las primeras viviendas del pueblo. Solo entonces se supo que el verdadero comprador había sido Antonio Abelard, quien se mudó a ese lejano lugar con sus hijos. Su esposa había muerto de cáncer el año anterior.

Argus supuso que la decisión de encerrarse en ese pequeño islote había nacido del miedo de que alguno de los hijos que le quedaban corriera la misma suerte del primogénito. Era lo que sugería la forma intempestiva en que huyeron de Florencia. Se preguntó si ese temor nacía de la experiencia que sufrieron, o si había existido una amenaza por parte de secuestradores. Se inclinaba por la segunda posibilidad.

Los hijos de Abelard crecieron en la isla haciendo pequeñas incursiones al mundo, pero siempre bajo extremas medidas de seguridad. Sin embargo, cuando llegaron a adultos escogieron sus propios caminos. Marcos estudió en Harvard especializándose en negocios y hostelería, claramente con la intención de sustituir algún día a su padre, y Jimena estudió relaciones públicas en la Sorbona. Don Antonio, por supuesto, viajaba constantemente de un país a otro, controlando la cadena hotelera, aunque las principales oficinas quedaban en Madrid.

Así que, después del enorme esfuerzo que representó la edificación de la isla, con el paso de los años su importancia se había visto reducida de vivienda familiar a residencia veraniega, ya que los dos hijos de Abelard se negaron a aislarse del mundo.

Argus guardó la carpeta que estaba leyendo, mientras sacaba otras dos un poco más delgadas. En la primera aparecía el nombre de Marcos. Al abrirla vio la foto de un hombre joven, de cabello oscuro, ojos saltones y facciones algo toscas, aunque en conjunto era bien parecido. Según la ficha, tenía treinta y seis años y estaba casado con Susan Durban, una chica norteamericana. Tenían una hija de dieciséis años, Samantha. Marcos había sido un estudiante promedio y trabajaba a la sombra de su padre.

Argus pasó a la segunda carpeta, Jimena Abelard. Al contrario de su hermano, culminó sus estudios con matrícula de honor. La foto le mostró al pasajero una mujer rubia, muy hermosa, y de sonrisa alegre. Según la ficha, tenía treinta y cuatro años. También estaba casada, con un español, Julio Castañeda, un geólogo que había abandonado su profesión para pasar a ser vicepresidente ejecutivo de la cadena hotelera. Por lo visto, todo quedaba en familia. Tenían tres hijos, Fernando, de dieciséis años, y luego gemelos, chico y chica, de ocho años.

Argus cerró las carpetas. Toda la familia estaba en la isla por las vacaciones de verano, y sabía que además había otros invitados, pero Bejarano, su superior, no tuvo tiempo de preparar los informes sobre ellos, así que Argus tendría que recolectar la información sobre la marcha. De cualquier manera, no solo debía centrarse en los ocupantes de la mansión. El asesino podía ser cualquiera que hubiera estado en la isla en el momento del crimen.

Guardó las carpetas en el maletín, se recostó en el asiento y volvió a mirar por la ventanilla. Cielo azul, nubes, no había mucho que ver. Aún le incomodaba que le hubieran asignado ese caso. Desde luego, las características jurídicas de la isla eran muy especiales. Al encontrarse en alta mar quedaba fuera de la jurisdicción de cualquier país, y sometida a las leyes marítimas internacionales. Un detalle que se le pasó por alto al señor Abelard cuando la compró. Por supuesto, nunca llegó a sospechar que su pequeño paraíso fuera vulnerado por algo tan atroz como un asesinato.

El caso era que Maraión no contaba con un cuerpo policial. La seguridad corría a cuenta de una empresa de vigilancia privada, así que, cuando en el bosque se encontró una chica brutalmente asesinada, no sabían a quien llamar. Sus abogados les informaron que la jurisdicción en ese caso

estaría determinada por la nacionalidad de la víctima. Puesto que la joven asesinada era española, el señor Abelard llamó al Cuerpo Nacional de Policía en Madrid, donde casualmente tenía algunos amigos.

Entonces surgió otro problema. ¿A quién enviar? Argus tenía una brillante carrera dentro del Departamento de Homicidios, así como una impresionante capacidad deductiva, pero lo que era más importante, su peculiar personalidad resultaba incómoda para algunos de sus compañeros, para sus jefes y en especial para Bejarano, que no quiso dejar escapar la oportunidad de perderlo de vista por un tiempo. Por eso lo escogieron.

El forense ya estaba en la isla, y esperaba que tuviera algún resultado para cuando él llegara. Se recostó en el asiento, mientras cerraba los ojos. Su último trabajo lo había dejado exhausto, por lo que estuvo a punto de negarse a involucrarse en este nuevo caso, pero Bejarano casi le había rogado que lo aceptara. Según él, era el más indicado para resolverlo. Antonio Abelard era un empresario muy influyente, que había movido sus contactos para garantizar que le enviaran al mejor hombre. Argus, por supuesto, no se tragó las lisonjas de Bejarano. Lo que le indujo a aceptar fueron las fotos de la chica asesinada. Era muy joven, tan solo veinte años, tenía toda la vida por delante, y el malnacido que la mató, no contento con apuñalarla, le marcó la frente con un extraño símbolo. Uno que resultaba muy significativo para Argus.

Ni siquiera le permitieron completar los informes de su último caso. Al terminar la jornada, Bejarano lo llamó para entregarle los pasajes y los dossiers. Solo tuvo tiempo de ir a su apartamento, darse una ducha, hacer la maleta, y correr al aeropuerto para alcanzar el avión que lo llevaría a Lisboa, de allí una conexión a Tenerife, y luego el pequeño hidroavión que lo dejaría en Marañón.

El comisario se sintió cansado, por lo que inició su rutina de relajación. Necesitaba recuperar energía en poco tiempo. Miró el reloj, aún faltaba hora y media para llegar a destino, más que suficiente. Se arrellanó en el asiento, y se concentró en liberarse de todas las preocupaciones relacionadas con el caso. Comenzó un ciclo de respiraciones profundas, cada vez más espaciadas.

Al cabo de pocos minutos, su pulso, su tensión y su frecuencia cardíaca, habían descendido significativamente. Sin embargo estaba despierto y atento a su entorno. Podía escuchar la conversación entre el piloto y el copiloto, los sonidos de los motores, así como el silbido del aire al ser desplazado por el pequeño avión. Se dispuso a eliminar conscientemente

cada uno de esos sonidos, uno a uno, hasta que el silencio fue completo, luego pasó a ocuparse del resto de los estímulos. Percibía los olores, el cuero del asiento, la colonia del piloto. Al igual que los sonidos, los eliminó de su percepción, uno a uno, hasta que dejaron de existir. Luego hizo lo mismo con la escasa luz que se filtraba a través de sus párpados cerrados, hasta que solo quedó una impenetrable oscuridad. Finalmente le llegó el turno al tacto, a la sensación suave del cuero bajo sus manos, la calidez de la ropa de tela fina que rozaba su cuerpo, y la presión que ejercía su peso sobre el asiento. Cuando pudo ignorar todo eso, alcanzó la agradable sensación de flotar en el vacío.

En ese momento, Argus solo era consciente de su propia respiración. No estaba dormido, ni inconsciente, flotaba en una agradable oscuridad, donde todos los estímulos eran ignorados, los músculos en perfecta relajación, y la mente liberada de los cientos de pequeños datos que la asaltaban constantemente. Era el perfecto estado de descanso, una técnica que había aprendido siendo aún niño durante su duro entrenamiento. Una hora en ese estado le proporcionaba más descanso que ocho horas de sueño reparador. Pero no era una técnica fácil, y llevarla a cabo con la perfección lograda por Argus podía necesitar años de práctica diaria. Cualquier observador casual pensaría que estaba sumido en un profundo sueño.

Al sentir que había recuperado suficiente energía, comenzó a revertir todo el proceso lentamente, igual que había profundizado en su mente, salió a la “superficie” y recuperó la percepción de los estímulos que lo rodeaban. Cuando abrió los ojos, el avión había comenzado una trayectoria descendente de acuatizaje, y en el horizonte se perfilaba la silueta de una isla con amplios espacios verdes, playas vírgenes de arena dorada, pequeñas casas blancas, concentradas en la ladera de la única montaña, y en la cima, una enorme construcción isabelina rodeada de bosques. Había llegado al paraíso perdido.

Gerardo Tudela esperaba junto al coche, mientras el hidroavión se acercaba al muelle. Durante los cinco años que llevaba viviendo en Marañón, lo que más le molestaba era el aburrimiento de un lugar donde nunca pasaba nada. Hasta ahora. No lo hubiera imaginado, pero desde que encontraron el cadáver de María, echaba de menos aquel aburrimiento.

Tudela había sido capitán de la Guardia Civil asignado a Cáceres. Tenía un futuro brillante, según decían todos los que lo conocían. Era un

trabajador incansable y honesto, pero con un grave defecto: era excesivamente impulsivo. Durante una discusión con su superior, un coronel, se le fue la mano y lo golpeó. El resultado no se hizo esperar, lo echaron, lo que significó el final de su carrera. De eso hacía siete años, cuando tenía cuarenta. De repente se encontró sin trabajo y sin saber qué hacer con su vida.

Con la recomendación de uno de sus compañeros entró en un servicio de vigilancia privada. No era muy alentador, pero al menos cubría los gastos hasta fin de mes. Hasta que le asignaron la tarea de organizar la seguridad de los hoteles de Abelard en el propio Madrid. Don Antonio observó su trabajo durante dos años, al cabo de los cuales le ofreció ser jefe de seguridad en la isla. Al principio, Gerardo creyó que soñaba, aquello era un paraíso con bosques, playas vírgenes y sin turistas. Su trabajo era preventivo, la mayoría de los habitantes del pueblo eran empleados de don Antonio, con sus familias. Los demás, comerciantes independientes, también se conocían todos entre sí.

El trabajo incluía una bonita casa en el pueblo, tres semanas de vacaciones al año, y un sueldo que nunca hubiera soñado como guardia. Lo único que tenía que hacer era controlar a los borrachos, mediar en las disputas familiares si iban a más, y sobre todo, cuidar que ningún extraño arribara a la isla sin autorización, lo cual resultaba muy fácil. Estaban en pleno Atlántico, a no menos de tres horas del aeropuerto más cercano, y los únicos accesos eran por yate o hidroavión. Así que era virtualmente imposible que alguien se acercara sin que todo el pueblo se enterase.

Eso hacía aún más terrible el asesinato, porque significaba que lo había llevado a cabo alguien a quien conocía, uno de sus vecinos. Aunque también existía la posibilidad de que el culpable se encontrara entre los invitados de su jefe. De cualquier manera, la situación se le escapaba de las manos. Oficialmente, él era un vigilante privado, sin autoridad, ni preparación para llevar adelante la investigación de un asesinato.

Don Antonio le había ordenado que esperase al comisario que enviaran desde Madrid, y que como jefe de seguridad, le prestara colaboración en todo lo que fuera necesario. Después de cinco años sin tener un jefe operativo directo, a Gerardo le sabía mal tener que someterse al policía. Sin embargo agradecía no cargar con la responsabilidad de descubrir al asesino.

El día anterior ya había llegado el forense desde Tenerife, un tal Manuel González, y Gerardo llevó a cabo la misma función con él. El tío era un sesentón cascarrabias, que lo había puesto de vuelta y media por mover

el cadáver alterando la escena del crimen. ¿Qué esperaba que hiciera? No podía dejar a la chica en el bosque, expuesta a las alimañas durante las treinta y seis horas en que se dignaron aparecer. Protegió el lugar lo mejor posible, tomó fotos desde todos los ángulos, y trasladó el cuerpo a la pequeña morgue del dispensario. La primera noche llovió a cántaros, por lo que probablemente se borraron todas las huellas que podía haber en el lugar, pero sobre eso él no podía hacer nada.

Por suerte, González, que esperaba sentado en el coche al comisario, le entregaría el informe de la autopsia y del lugar del crimen, largándose de nuevo a sus queridas Islas Canarias. Gerardo sólo esperaba que el sujeto de la Policía Nacional no fuera tan capullo como el forense.

Uno de los mozos del muelle acercó el hidroavión sujetándolo con una cuerda. Casi enseguida de la parte posterior salió un hombre alto y delgado que saltó al atracadero. Vestía traje gris de buen corte, zapatos de primera calidad y un maletín de piel. Gerardo suspiró resignado, con semejante apariencia sería otro capullo.

El mozo rescató una maleta del compartimento de equipaje, mientras cruzaba unas palabras con la tripulación. González, que permanecía en el asiento posterior del coche de Gerardo como si éste fuera su chófer, se apeó y cruzó el muelle apresuradamente, mientras sostenía una carpeta en la mano. Cuando estuvo frente al policía le entregó el informe. El comisario lo miró fijamente.

— Supongo que usted es el forense, ¿no se queda? — le preguntó el policía.

— Por lo que a mí respecta, ya he cumplido — dijo González — Aquí está todo lo que he podido rescatar del desastre de caso que me asignaron.

— ¿Desastre?

— Estos paletos embarraron la escena del crimen. Movieron el cadáver. — se quejó el forense — Nunca había visto semejante torpeza. Buena suerte comisario, la va a necesitar si tiene que resolver este asesinato con semejante ayuda.

Gerardo sintió que le hervía la sangre. ¿Quién se creía ese cretino que era para criticarlo de esa forma? El recién llegado no dijo nada, simplemente frunció un poco el ceño, pero Gerardo no supo si era por la actitud del forense, o por lo que acababa de decirle. González siguió de largo hasta el avión, le entregó la maleta al mozo, que la metió en el portaequipajes, y subió sin mirar atrás, ni despedirse de nadie.

El mozo recibió la ayuda de un compañero para voltear el hidroavión, que encendió de nuevo los motores y comenzó el ascenso para regresar a Tenerife. El comisario permaneció en el muelle, observando el avión alejarse. Gerardo imaginó que debía sentirse abandonado en medio de la nada, pero no hizo ningún comentario, ni cambió la expresión de su rostro. Luego se acercó al coche. Gerardo se preguntó si también lo trataría como a un chófer o un paleta inútil. Si era así, no sabía si podría controlarse, ya había tenido bastante con el imbécil del forense. Cuando el visitante estuvo frente a él, el jefe de seguridad respiró profundo.

— El comisario Del Bosque, supongo – le dijo, tratando que su voz no sonara agresiva, mientras le extendía la mano – Soy Gerardo Tudela, el jefe de seguridad de la isla.

— Encantado de conocerle, señor Tudela – respondió Del Bosque estrechándole la mano con firmeza – Le agradezco que se haya molestado en venir a buscarme personalmente, pero no era necesario.

Gerardo lo observó, tratando de descubrir si había sarcasmo en su tono de voz, pero no detectó nada. Abrió el maletero del coche para que el mozo metiera el equipaje en él, e invitó al comisario a subir, señalándole la puerta trasera. Si esperaba que se la abriera, iba listo. Contrario a lo que temía, Del Bosque ignoró su gesto como si no lo hubiera visto, dio la vuelta al coche, y subió al asiento delantero, como acompañante. Gerardo se sintió aliviado, pese a su planta de señorito, el policía parecía menos capullo que González. El jefe de seguridad subió al coche y arrancó el motor.

— Lo llevaré a la casa principal. – le dijo – Don Antonio lo espera.

Del Bosque no respondió, pero hizo una mueca que parecía una media sonrisa. Gerardo se preguntó en qué estaría pensando.

— ¿Es muy lejos? – preguntó de repente.

— Diez minutos, aproximadamente. Debe estar cansado del viaje.

— En realidad no. Pude descansar durante el vuelo. Tal vez pueda hacerme el favor de ponerme al día con el homicidio.

— ¿No se lo informaron?

— Sí, claro, pero... bien, recién terminaba otro caso, y apenas tuve tiempo de tomar el primer avión. La única información que recibí está en un dossier. Me gustaría escucharlo de usted.

— Entiendo, — dijo Gerardo, que temía que la intención del comisario fuera burlarse de él, pero parecía demasiado serio para caer en ese tipo de juegos.— Verá, fue hace tres días. Al amanecer, el guardabosque

cumplía su recorrido. Su trabajo es asegurarse que los jóvenes que acampan no dejen basura, que no queden fogatas mal apagadas...Ese tipo de cosas.

— Comprendo.

— Fue entonces cuando encontró a la chica, a María. – se le hizo un nudo en la garganta – Estaba tendida en el bosque, junto a un viejo roble. Aún llevaba el uniforme de trabajo, y... lo siento – dijo Gerardo tragando saliva – Ese maldito le asestó siete puñaladas, y no contento con eso, le dibujó algo en la frente con el cuchillo.

— Usted la conocía, por supuesto.

— En esta isla todos nos conocemos, comisario – dijo Gerardo.

— ¿Puede decirme los datos de la chica?

— Su nombre era María García, tenía veinte años, y trabajaba como asistente en la mansión. Era la hija de Pablo, el chófer.

— ¿Llevaba mucho tiempo viviendo en la isla?

— Desde niña – dijo Gerardo – Su padre iba y venía con don Antonio al continente, pero la chiquilla siempre se quedaba.

— ¿Su madre también vive aquí?

— Vivió, hasta hace tres años, cuando enfermó y murió en un hospital. María se quedó con ella en Madrid, que era su lugar de origen, pero el día después de los funerales, regresó. Dijo que no se sentía bien en el alboroto de la ciudad.

— Comprendo. – dijo Del Bosque, y luego permaneció un rato en silencio, mirando a través de la ventanilla.

Gerardo volvió a concentrar toda su atención en la carretera. No sabía qué pensar del comisario. Desde luego, no parecía tener intenciones de criticarlo, o burlarse de él, y parecía bastante profesional, pero había algo en el policía que le ponía los pelos de punta. Tenía una forma de mirar que parecía que penetraba el cerebro y sacaba más información de la que uno quería darle. Al cabo de un rato, reanudó el interrogatorio.

— ¿Qué requisitos hay que cumplir para ser miembro de esta selecta comunidad, señor Tudela?

— Disculpe, no comprendo la pregunta.

— Me refiero a alguien que quiera venir a vivir a este lugar. ¿Qué debe hacer?

— Ya comprendo. Bien, muchos son empleados de don Antonio con sus familias. Vienen fundamentalmente por dos razones, la primera son los sueldos y las condiciones de trabajo. El señor Abelard es muy generoso con

todos sus empleados, pero especialmente con los que trabajan en la isla.

— ¿La segunda razón?

— Muchos están cansados de vivir en un mundo que no les ofrece seguridad para ellos y sus familias. Supongo que ese era el mayor atractivo de la isla. Hasta hace tres días era un lugar seguro.

— ¿Y los comerciantes? Este no parece un buen lugar para obtener ganancias.

— Supongo que por la segunda razón, la seguridad, y como incentivo, don Antonio no les cobra renta, ni impuestos. Eso compensa la escasez de clientes.

— Ya veo, ¿entonces cualquiera que desee vivir en un paraíso como este sólo debe obtener la aprobación de don Antonio?

— Básicamente.

— ¿Cómo elige el señor Abelard a sus vecinos?

— Cuando aparece un candidato se lleva a cabo una investigación, de hecho, esa es una de mis tareas. Si la persona no tiene antecedentes, no es violento, en fin, si es un buen ciudadano, se le acepta como vecino. Para don Antonio, la seguridad de la isla y sus habitantes es lo primero.

— Comprendo – dijo Argus, recordando lo que le había ocurrido al primogénito de Abelard. Por lo visto, estaba obsesionado con la seguridad.

— Ya hemos llegado – dijo Tudela.

El coche cruzó una reja que estaba abierta de par en par, se deslizó por un camino de gravilla hasta que llegaron a la entrada principal. Frente a ellos se alzaba una imponente mansión rodeada de rododendros. Se apearon del coche y Argus escuchó el rugido del mar que provenía del lado sur, en la parte posterior de la casa. Por el golpeteo de las olas, comprendió que debía tratarse de un acantilado. La carretera por la que habían ascendido quedaba al norte, y los lados este y oeste descendían por laderas intransitables, sembradas de bosques. No había más acceso que el que los había llevado allí.

— Sígame, comisario – dijo Gerardo, cuya actitud, tensa al principio, se había relajado – le presentaré a don Antonio.

Argus asintió con la cabeza, y se dispuso a seguir al jefe de seguridad al interior de la casa.

Argus subió las escalinatas detrás de Tudela y antes que pudieran

llegar a la puerta, ésta se abrió. Era obvio que los estaban esperando. En el umbral había una mujer que lo dejó sin aliento. Le sorprendió su propia reacción. Nunca perdía el control de sí mismo, pero en ese momento le estaba ocurriendo. Una oleada de calor lo invadió, como si hubiera entrado repentinamente en una sauna, por lo que temió haberse sonrojado. Alguna reacción visible debió tener, porque Tudela lo miró de reojo sonriendo con sarcasmo. Argus logró reponerse antes de llegar frente a la extraordinaria mujer, que por suerte no pareció darse cuenta de su conmoción.

— Le presento a Inés Torres – dijo el jefe de seguridad, haciendo esfuerzos visibles para disimular su sonrisa – Es la secretaria de don Antonio.— luego se dirigió a Inés – El comisario Del Bosque, del Cuerpo Nacional de Policía.

— Bienvenido, comisario – dijo Inés sonriendo y con una chispa de diversión en los ojos, que desconcertó a Argus.

— Es un placer, señorita Torres – respondió él con tono formal, mientras le estrechaba la mano.

— Síganme por aquí, por favor – dijo ella – don Antonio los está esperando en la biblioteca.

Los dos hombres la siguieron, cruzando el vestíbulo y el salón. La casa era tan impresionante por dentro como por fuera. Del centro del vestíbulo subían dos escaleras ligeramente curvadas, una a cada lado, que daban acceso al segundo piso, posiblemente a las habitaciones. En un rincón, junto a uno de los ventanales, un hombre de más de sesenta años, con aspecto de profesor, parecía absorto frente a un tablero de ajedrez, en el que desarrollaba un juego contra sí mismo.

— Es el profesor Dimitri Petrovich – susurró Inés con un tono de cierta complicidad.

— ¿El famoso ajedrecista? – preguntó Argus en voz baja.

— No le gusta que lo interrumpen cuando está en medio de una práctica — dijo Inés asintiendo – Más tarde se lo presentaré.

Argus no respondió. Inés pareció ligeramente decepcionada al comprobar que la presencia del famoso jugador de ajedrez, no había impresionado al policía. Llegaron ante una puerta de roble, a la que Inés golpeó suavemente dos veces. Desde adentro surgió una voz profunda que los invitó a entrar. Ella abrió la puerta, entró y se hizo a un lado para dejar pasar a sus invitados. Argus hizo un breve reconocimiento visual del lugar. La biblioteca no tenía nada que envidiar al resto de la casa. De pie, junto a la

ventana, había un hombre alto, delgado y con el cabello entrecano. Argus reconoció en él a don Antonio Abelard. Parecía mucho más joven de los sesenta y cinco años que tenía según el informe, y Argus comprendió al verlo que la enorme influencia que parecía ejercer sobre su entorno iba más allá de su fortuna. Se debía a su personalidad, que irradiaba seguridad y decisión.

Se acercó a ellos con paso firme y expresión amable. Al verlo de cerca, Argus comprobó que algunas pequeñas arrugas delataban su madurez. Inés, que se hallaba junto a su jefe, se dispuso a llevar adelante las presentaciones.

— Don Antonio, le presento al comisario Del Bosque. — luego volteó hacia Argus — comisario, es el señor Antonio Abelard.

— Bienvenido comisario, — dijo Abelard, mirándolo fijamente, mientras le estrechaba la mano — nos alegra mucho tenerlo aquí, aunque sea en tan lamentables circunstancias.

— Gracias, señor. — dijo Argus — Es un placer también para mí conocerlo, y me temo que eran las únicas circunstancias posibles para este encuentro.

— Claro, tiene razón, — dijo Abelard — ¿Qué otra razón podría tener un comisario para venir a nuestra pequeña isla?

— Señor, si no me necesita me retiraré, tengo trabajo pendiente — dijo Inés, lanzando una mirada de reproche a Argus. Por lo visto no le había gustado que dejara en evidencia a su jefe, pero él estaba allí para resolver un crimen, no para hacer amigos.

— Desde luego Inés, puedes retirarte si lo deseas — hizo un gesto a Argus y a Tudela, invitándolos a sentarse, y volvió a dirigirse a Inés — ¿Podrías pedirle a Carmen que nos sirva un poco de café? ¿Les apetece un café, comisario, Gerardo?

— Gracias, don Antonio, es muy amable — dijo Gerardo tomando asiento.

Argus lo imitó, y se sentó en uno de los sillones de la salita, asintiendo con la cabeza para aceptar el café. Inés le dirigió una sonrisa a Abelard mientras salía de la biblioteca. Don Antonio se sentó frente al policía.

— Muy bien, señor Del Bosque. ¿Es usted madrileño? — preguntó, con la intención de romper el hielo.

— De la Sierra de Cameros, en la Rioja. — dijo Argus

— Comprendo. ¿Y su nombre de pila?

— Argus.

— ¡Que extraño! – dejó escapar Abelard, luego comprendió que había sido impertinente. – Lo siento, es un nombre poco común. ¿De dónde es?

— Griego.

— Interesante. ¿Tiene algún significado?

— Significa Brillante.

— ¿Nunca le preguntó a sus padres la razón de ese nombre?

Un par de golpes suaves en la puerta le ahorraron la respuesta a Argus. No le gustaban las conversaciones que versaban sobre temas personales, especialmente, si se centraban en él. Lo consideraba una intromisión en su privacidad, de la cual era muy celoso. Si había respondido a Abelard era por cortesía, después de todo estaba en su casa. Sin embargo, se sintió aliviado cuando se interrumpió el hilo de la conversación.

Una mujer de la edad aproximada de Abelard apareció junto a una chica que llevaba una bandeja en las manos.

— Buenas tardes, caballeros – les dijo al entrar, y luego se dirigió a la joven.— Deja la bandeja sobre la mesita, yo lo serviré, y gracias, Rosa.

La chica obedeció, saliendo de la biblioteca. La mujer se acercó para servir el café, y Abelard aprovechó el momento para hacer las presentaciones.

— Comisario, permítame presentarle a la persona que hace que esta casa funcione, Carmen Marcano, mi ama de llaves.

— Es un placer, señora – dijo Argus, poniéndose de pie. Los demás lo imitaron.— Argus Del Bosque, para servirle.

Ella le estrechó la mano y sonrió ante la formalidad del policía. Argus sintió simpatía inmediata por el ama de llaves, y le devolvió la sonrisa. Gerardo alzó las cejas, era la primera vez que veía sonreír al comisario desde que bajó del avión.

— Siéntense, por favor, – dijo Carmen – les serviré el café. Ya conozco los gustos de don Antonio y de Gerardo, — aclaró — ¿desea leche y azúcar, comisario?

— No, gracias, — dijo él, mientras volvían a sentarse – lo tomo sólo.

— Carmen, ¿está lista la habitación del comisario? – preguntó Abelard.— Supongo que después de un viaje tan largo querrá descansar, señor Del Bosque.

— Desde luego, ya hice subir su equipaje, y todo está dispuesto – respondió ella.— Si necesita cualquier otra cosa, solo tiene que decirlo.

— Lo siento, — dijo Argus — le agradezco su hospitalidad, señor Abelard, pero prefiero alojarme en un hotel. Es más conveniente para la investigación.

— Me temo que no hay hoteles en Marañón, comisario — dijo don Antonio — Le ofrecería una casa en el pueblo, pero en este momento todas están ocupadas. El único alojamiento disponible es aquí.

— No quisiera molestar.— protestó Argus.

— ¡Tonterías! — dijo Abelard — No es ninguna molestia. Estaremos muy complacidos de recibirlo como invitado.

— Si no necesitan nada más, — dijo Carmen sonriendo, acostumbrada a que su jefe se saliera con la suya — me retiro. Espero que su estancia aquí sea agradable, señor Del Bosque, dentro de lo que permiten las circunstancias. — sonrió de nuevo a Argus, y salió de la biblioteca.

— Gracias — dijo Argus, sintiéndose derrotado. Luego lo pensó mejor, vivir en la mansión le permitiría observar más de cerca la familia y los invitados de Abelard.— Parece que no tengo alternativa, espero que mi presencia no resulte inconveniente.

— ¿Por qué iba a serlo? Viene usted a ayudarnos.

— Sí, señor, pero recuerde que no soy un invitado de vacaciones. Es probable que tenga que interrogar a los que viven aquí, y algunas de mis preguntas pueden resultar incómodas.

— Creo que todos comprendemos eso, señor Del Bosque. Usted debe hacer su trabajo, y nosotros debemos colaborar por el bien de todos.

— Menos el del asesino. — aclaró Argus.

Abelard lo miró pensativo mientras bebía de la taza de café.

— Supongo que tiene razón — le dijo — Estará cansado, tal vez quiera reposar un poco antes del almuerzo.

— Como le dije al señor Tudela, pude descansar en el avión. En realidad, me gustaría comenzar a trabajar cuanto antes.

— De acuerdo, ¿por dónde quiere comenzar?

— Debo notificar a mis superiores que he llegado y presentarles un breve informe preliminar. No me tomará más de quince minutos. Si el señor Tudela es tan amable de esperarme, me gustaría comenzar por examinar el cuerpo y el escenario del crimen.

— ¿No confía en el forense? — preguntó Gerardo esperanzado.

— Sí, confío en él, pero me gusta hacer mis propias observaciones.

— Estoy a su disposición, comisario, pero me temo que donde

encontramos a la chica no hay mucho que ver. La lluvia lo barrió todo.

— Aun así.

— Usted es el jefe.

Argus terminó el café, se puso de pie, le dio las gracias a Abelard por su hospitalidad y salió. En el salón lo esperaba Carmen, que lo guio, siguiendo la escalera de la derecha hasta una habitación amplia y luminosa. Su maleta y su maletín reposaban sobre una mesa. Carmen corrió las cortinas, le dio las explicaciones pertinentes sobre el uso de la caldera y salió, después de desearle una confortable estadía. Hubiera sido una excelente gerente de hotel. Tal vez lo había sido, tomando en cuenta el negocio de Abelard.

Argus sacó el portátil del maletín, realizó la conexión a Internet por vía satelital, usando un canal accesible solo a la policía y envió su primer informe. También solicitó información sobre Gerardo Tudela, Inés Torres, Carmen Marcano, y Dimitri Petrovich. Seguramente la recibiría en pocas horas. Cerró la sesión, encriptándola con una clave, después de lo cual guardó el portátil en el único cajón que tenía llave. Una llave que a él no le habían entregado, y por lo tanto, nadie esperaría que pudiera esconder algo allí. Volvió a cerrar, usando una pequeña ganzúa, que guardó en el bolsillo de la chaqueta, y se dispuso a reunirse con Tudela para iniciar la investigación.

Capítulo dos

Fernando dio una última calada al cigarro y arrojó la colilla, mientras Iván continuaba fumando el suyo con fruición. Ambos estaban sentados en un claro del bosque, uno en cada piedra, cerca de donde habían encontrado a la chica muerta pocos días atrás. Fernando se parecía mucho a su madre. Era rubio, de estatura media, y de contextura más robusta que el resto de los Abelard. En eso se parecía a su padre.

Siempre se había sentido más un Castañeda que un Abelard. Le parecía que su abuelo y su madre les permitían demasiadas confianzas a los empleados. Los trataban como si fueran de la familia, lo que según su padre demostraba debilidad de carácter, además de ocasionar problemas por abusos de confianza. Fernando compartió su opinión hasta que conoció a Sabina, entonces todas sus certezas comenzaron a tambalearse.

Iván terminó su cigarrillo aprovechándolo al máximo. Por su estatura y su constitución hubiera podido hacerse pasar por un Abelard, pero le faltaba ese aire familiar. Eran amigos del instituto, e Iván había aceptado acompañarlo esas vacaciones. Fernando sabía que no lo había hecho por él, sino por Samantha, su prima, a quien conoció las navidades pasadas en una reunión familiar en Madrid. Desde entonces, Iván suspiraba por ella, pero Samantha era muy suya, parecía enfadada con el mundo y no le interesaba Iván. Ni él, ni ningún otro chico, que Fernando supiera. Sin embargo, su amigo no se daba por vencido, y por Fernando estaba bien, al menos le había servido para convencerlo de que lo acompañara a esa tediosa isla.

— Parece que tarda – dijo Iván — ¿No te irá a dar plantón?

— Si dijo que venía, es que lo hará – respondió Fernando.

— Oye, ¿se sabe algo de la muerte de la chica?

— No, lo único que sé es que el tío que enviaron de Tenerife se iba esta mañana, y llegaba un poli para hacerse cargo.

— ¿Un poli? ¿De dónde lo envían?

— Creo que de Madrid.

— ¿Gerardo no puede resolver el caso? – preguntó Iván con una sonrisa irónica.

— No tiene autoridad, en realidad es solo un vigilante privado, además, ese gilipollas no sería capaz de encontrar un pez en una pecera.

— Le tienes cariño, ¿verdad?

— Me ha dado el coñazo desde que era un crío — dijo Fernando — Siempre va con los chismes a mi abuelo, o a mi madre.

— Supongo que es su trabajo.

— Pues ahora lo tiene crudo. — dijo Fernando con una sonrisa — El abuelo le ha ordenado que colabore con el poli, así que supongo que nos lo quitaremos de encima un rato. Por primera vez en su vida se ganará el sueldo.

— ¿Y has visto al poli?

— No, pero no tardaremos en conocerlo. Se quedará en casa.

— ¡Joder! — dijo Iván.

— Mira, ahí viene Sabina, así que ya sabes.

— Vale, ya me pierdo, — dijo Iván, mientras observaba acercarse a una chica menuda, con el cabello castaño y los ojos color miel. No era el tipo de Iván, pero comprendía que le gustara a su amigo — Hola, Sabina — dijo cuando ella llegó — Y adiós Sabina.

— ¿Ya te vas?

— Voy a ver si encuentro a Samantha.

— ¡Buena suerte! — dijo Fernando, pensando en su arisca prima.

Cuando Iván se marchó, Fernando saludó a Sabina con un beso en los labios. Luego se tomaron de la mano y caminaron juntos en dirección al pueblo.

— ¿Qué tal si vamos esta tarde a la playa? — le preguntó él — Hace un día espléndido.

— Lo siento, no tengo ánimos — dijo ella — Es que cada vez que pienso en María...

— Eras muy amigas ¿verdad?

— Mucho. Era una gran chica, y tenía tantas ganas de vivir. Es horrible que le haya pasado esto.

— ¿Cómo lo ha tomado tu hermano?

— ¿Cómo quieres que lo tome? — dijo Sabina suspirando — Si antes era difícil, ahora está insoportable.

— ¿Él la quería?

— No lo sé. — dijo Sabina pensativa — Ella sí lo quería a él, de eso no tengo dudas, pero, a veces pienso que para Sergio, María era solo un pasatiempo.

— ¿No creerás que él...?

— ¡Claro que no! — dijo ella, ofendida — Mi hermano es un capullo, pero no sería capaz de lastimar ni a una mosca.

— ¿Y qué ha dicho?

— Sobre María, no ha dicho nada. Solo habla de marcharse en cuanto pueda. — dijo ella — Todo esto lo ha puesto muy nervioso.

Fernando continuó caminando pensativo junto a Sabina. Tal vez ella pensara que su hermano era incapaz de lastimar a su novia, a fin de cuentas era su hermano. Pero él no lo tenía tan claro. Sergio Martínez siempre había sido violento, y estaba lleno de resentimiento. Odiaba Marañón, a los Abelard, a su propia familia por retenerlo allí. Siempre hablaba de mejores oportunidades en otros lugares, pero nunca se animaba a marcharse. A fin de cuentas, en la isla que tanto despreciaba gozaba de la sopa boba.

Llegaron al pueblo, los padres de Sabina eran los dueños del bar. Fernando no sabía qué pensar. Según su padre, todos los que vivían en el pueblo eran unos perdedores, y no valían la pena. Era lo que siempre le repetía, y él le creía, porque era su padre y lo adoraba. Su madre no era de la misma opinión, siempre los defendía, decía que eran muy buenas personas y que se sentía muy orgullosa de gozar de su amistad. Para Fernando, la postura de su madre solo era reflejo de su falta de carácter. Hasta el día en que se tropezó con Sabina, conversaron, se rieron, salieron varias veces juntos, se besaron, y desde entonces solo podía pensar en ella. Eso hizo tambalear todas sus convicciones.

Sabina no era una perdedora, era inteligente, divertida, y muy madura, mucho más que él. Su madre se había dado cuenta de la atracción que sentía por la hija de los Martínez y parecía alegrarse, pero Fernando temía que su padre se enterara. Sabía que no lo aprobaría, y eso lo mortificaba. Le daba vueltas una y otra vez a la situación, tratando de encontrar la mejor forma de convencer a su padre de que Sabina era diferente, que estaba “a su nivel”.

— ¿En qué piensas?— preguntó ella.

— En nada. No, en lo genial que eres — respondió Fernando con una sonrisa.

— En este momento no me siento especialmente genial.

Llegaron a la entrada posterior del bar y pasaron por un patio, donde Sergio, en camiseta, trabajaba en su motocicleta. Al escucharlos levantó la vista y emitió un gruñido cuando vio a Fernando.

— ¿Dónde te habías metido? — le preguntó a su hermana — Madre te anda buscando para que la ayudes.

— Fui a hacer un recado a la casa grande — dijo Sabina — Ella misma me envió.

— Claro, y también te dijo que perdieras el tiempo con el pijo. — dijo señalando a Fernando con la cabeza.

— ¿Por qué no te metes en tus asuntos, Sergio?

— Es verdad, pero cuando te haga un bombo no vengas llorando, hermanita.

— ¡Oye, cuidado con lo que dices! — dijo Fernando, con los puños apretados.

— ¿O qué? ¿Le irás con el chisme a tu abuelo, el todopoderoso?

— ¡Ya basta, Sergio! — dijo Sabina — ¡Tú no eres el mejor para dar ejemplo!.

— ¿Qué crees, que si te dejas hacer un crío, entrarás en la casa grande por la puerta principal? No sueñes, hermanita. Estos pijos no quieren nada con peones como nosotros. Se creen demasiado buenos, y éste es de los peores.

— ¡Ya está bien! — gritó una voz de mujer, desde la puerta trasera — ¡No quiero escuchar una palabra más!

Los tres voltearon a la vez. En el umbral de la puerta estaba Teresa, la madre de Sergio y Sabina con expresión de enfado.

— ¡Sergio, tú a lo tuyo! — le dijo a su hijo con voz firme — ¡Sabina, te necesito en la cocina!. Y tú, Fernando, ¿quieres algo?

— No, Teresa — dijo Fernando en voz baja.

— Entonces, arreando, que aquí tenemos trabajo. Busca a tus amigos, o alguien que no tenga nada que hacer para que te acompañe. Sabina va a estar ocupada hasta la noche.

— Sí, señora — dijo Fernando, dando media vuelta y marchándose con expresión desconsolada.

— ¡Pijo de mierda! — murmuró Sergio. La mirada de su madre lo hizo callar.

La morgue de Marañón era un simple sótano con dos cámaras refrigerantes para cadáveres y una sola camilla. No había recursos suficientes para practicar una autopsia en condiciones, lo que hizo que Argus comprendiera parte del mal humor del forense. Los acompañaba el doctor Christian Werner, el médico de Marañón. Un septuagenario de sonrisa fácil. Ejercía como médico en la isla desde su retiro oficial. Para ello recibía una remuneración por parte de los Abelard. Los pocos casos que se le presentaban los atendía en el piso superior, en el dispensario, que estaba equipado con

todo lo necesario. Ocasionalmente, acudía a la propia casa del enfermo, si lo consideraba conveniente.

La disposición del dispensario y la morgue estaba más orientada a la atención de los vivos, que al cuidado de los muertos. Tudela, un poco avergonzado, explicó que en la isla se producían pocos decesos, y en la mayoría de los casos se trataba de personas de avanzada edad a quienes alcanzaba una muerte repentina. Por lo general, si alguien enfermaba gravemente era trasladado al continente, a un hospital, y todos los gastos corrían por cuenta de don Antonio.

En los treinta años que llevaba habitada la isla, solo se había producido un fallecimiento por accidente. Un chico, hijo de uno de los comerciantes, que entró borracho de noche al mar, y se ahogó. El cadáver había sido trasladado a Tenerife para la autopsia, pero en ese caso no había dudas de que se trataba de un accidente.

Argus ya había leído el informe forense. La joven asesinada recibió siete puñaladas, algunas post – mortem, y no todas con la misma firmeza. De hecho, las tres primeras eran profundas, habiendo dejado marcas en algún hueso, lo que implicaba una enorme fuerza. Las demás eran cortes más irregulares y superficiales, como si quien los llevara a cabo, lo hiciera con titubeos y fuera más débil. La conclusión del forense era que se trataba de al menos dos asesinos. Un hombre fuerte, que había atacado primero a la víctima, y una mujer, o alguien más débil, que apuñaló a la chica cuando ya estaba inerte.

Después de matarla, con la punta del cuchillo le habían dibujado un extraño símbolo en la frente. Una "V" invertida. No había evidencias de ataque sexual, y ninguna de las heridas era defensiva, lo que hacía pensar que María fue tomada por sorpresa, o que conocía a su agresor. Tampoco había evidencias de que hubiera sido sujeta o amarrada. González concluyó en el informe que se trataba de un asesinato ritual, llevado a cabo por dos o más individuos, posiblemente relacionados con una secta.

A Argus le pareció que el forense había llegado a conclusiones demasiado precipitadas. El doctor Werner abrió la cámara de refrigeración, y deslizó la camilla sobre la que estaba el cuerpo de María. Argus se acercó para realizar un examen exhaustivo. Dibujó con habilidad un croquis del cuerpo humano de frente y de espaldas, señalando en él la ubicación de cada herida, mientras hacía anotaciones que incluían la profundidad, la extensión, la dirección, si eran cortes limpios o irregulares, así como la trayectoria posible

del arma. Tudela lo observaba en silencio desde un rincón, preguntándose qué esperaba Del Bosque conseguir con eso.

Cuando Argus terminó la evaluación de las heridas, pasó a examinar el dibujo de la frente. Lo reprodujo en el croquis, llegando a comprobar que las medidas de cada línea fueran exactas, y luego se quedó mirando un buen rato los trazos sobre el papel. Volvió a estudiar la frente de la chica, como si buscara algún detalle que se le hubiera escapado. Luego se fijó en sus orejas, e hizo una marca en el dibujo. Finalmente pareció satisfecho, volteó hacia Werner, y con un gesto le indicó que había terminado. El médico volvió a introducir el cadáver en la cámara de refrigeración, y luego volteó hacia Tudela, que miró su reloj. Habían pasado dos horas.

— ¿Encontró algo importante? – le preguntó Tudela.

— Aún no estoy seguro, – dijo Argus – debo pensar sobre ello. No me gusta precipitarme. De lo que sí estoy seguro es que usaron un cuchillo común de cocina. Debemos buscarlo.

— Puede ahorrarse el esfuerzo — dijo Tudela, satisfecho de sí mismo.
— Encontré el cuchillo manchado de sangre en la cocina de la casa mayor. Lo cogieron de allí, y es obvio que lo regresaron después del crimen. Lo enviamos inmediatamente a Tenerife para que comprueben que la sangre corresponde a María, y buscar huellas. Aunque no soy muy optimista al respecto.

— Sí. Es obvio que el asesino es bastante listo. No creo que nos hiciera el favor de dejar una huella, pero ha hecho usted un buen trabajo, Tudela.

— Gracias. Es la hora del almuerzo, ¿quiere que lo lleve de vuelta a la casa principal?

— No, gracias, — dijo Argus — prefiero continuar,— comprendió al ver la expresión de desconsuelo en el rostro de Gerardo, — pero usted debe tener hambre. Lo siento, suelo comer y dormir poco. Es un defecto que causa muchos inconvenientes a quienes trabajan conmigo. Por favor, siéntase en la libertad de advertirme si me estoy excediendo.

— Pues considérese advertido – dijo Gerardo, en un arranque de sinceridad. Werner no pudo evitar sonreír.

— De acuerdo, — respondió Argus— tengo entendido que hay un bar aquí en el pueblo. Supongo que se puede comer allí ¿o me equivoco?

— ¿En el bar de Avelino? – preguntó Gerardo, repentinamente animado – No hay mejores croquetas que las de Teresa.

— Entonces permítanme invitarles a comer a usted y al doctor. Después puede mostrarme el escenario del crimen.

— Es un trato – dijo Gerardo, contento de poder marcharse de la morgue.

Argus entró en el bar, acompañado de Tudela y de Werner. El local era acogedor, y no muy diferente de cualquier bar en cualquier pueblo español. La barra era de madera pulida. En el fondo se apreciaba una máquina de café expreso y un sifón de cerveza. En un extremo de la barra había un jamón sobre una base, a medio cortar.

El local estaba ocupado por media docena de mesas redondas, con cuatro sillas en cada una. Lo que más llamó la atención de Argus, gratamente, fue la pulcritud del lugar. Todo estaba perfectamente limpio. Detrás de la barra había un hombre cincuentón bastante robusto, con el cabello ralo y una calva en la coronilla. Entrando y saliendo de la cocina, mientras acarreaba platos llenos de tapas, había una mujer también cincuentona. Sonrió, cuando vio a sus vecinos y clientes, luego alzó levemente las cejas al ver a Argus, en un gesto de curiosidad.

Del lado de las mesas, una joven no mayor de dieciséis años llevaba una bandeja con cubiertos que iba colocando sobre las mesas. Alzó la cabeza y sonrió a los recién llegados, como si hubiera visto entrar a unos parientes muy queridos.

— ¡Hola! – les saludó con una sonrisa.

— Hola, Sabina – dijo Gerardo, y luego se dirigió al cantinero – Avelino, ¿hay comida para los hambrientos?

— Claro, siéntense donde quieran — dijo Avelino – Enseguida los atiendo.

El cantinero salió de detrás de la barra, mientras la joven seguía con su trabajo. Gerardo escogió la mesa más cercana y se sentaron.

— Avelino, — dijo el jefe de seguridad – te presento al comisario Del Bosque.

— Encantado de conocerlo, comisario – dijo Avelino, estrechándole la mano. – Supongo que ha venido por lo de María. ¡Pobre chica!

— El gusto es mío, don Avelino – respondió Argus — ¿La conocía bien?

— Claro, aquí todos somos como una gran familia. La conocía desde que era una chiquilla. Era muy amiga de mi hija, Sabina. — dijo señalando a la joven, que había dejado la bandeja sobre una mesa y se acercaba a ellos –

Eran como hermanas.

— Lo lamento mucho — dijo Argus.

— ¿Atrapará al que le hizo eso a María, verdad? — preguntó Sabina.

— Descuida, Sabina, lo atraparemos — dijo Argus con seguridad.

— Nunca hubiéramos creído que algo así podía pasar en Marañón.— continuó Avelino — Esto era el paraíso. El último lugar de la Tierra donde era seguro vivir. Y ahora, no dejo salir a Sabina después que oscurece, y no estoy tranquilo hasta que todos estamos en casa. Ya nada volverá a ser igual.

— ¿Ya tiene algún sospechoso? — preguntó Sabina impaciente.

— Apenas llegué esta mañana — dijo Argus, en tono amable. Sabina bajó la cabeza avergonzada — Aún es pronto para tener resultados, pero te prometo que me esforzaré en resolverlo lo antes posible.

— Perdónenos, comisario. — dijo Avelino — Todo esto nos ha superado, y la juventud, ya sabe, es impaciente — Argus sonrió, comprensivo — ¿Qué desean comer? — preguntó, cambiando el tono, por uno más jovial.

— ¿Qué nos recomiendas, Avelino? — preguntó Gerardo.

— Tengo un conejo al salmorejo, que está de chuparse los dedos. También Pedro ha salido de pesca esta mañana y ha traído una lubina tan fresca que salta del plato.

— Yo me apunto al conejo — dijo Gerardo — con patatas y me traes un buen vino de la casa.

— Conejo también — dijo Werner.

— ¿Usted comisario? — preguntó Avelino, sacando a Argus de sus pensamientos.

— ¿Disculpe?

— ¿Qué desea comer?

— Ah, el pescado estará bien. Al vapor, por favor.

Avelino enarcó las cejas ante un almuerzo tan frugal, apuntó en la libreta, y regresó a la cocina sin decir nada.

— ¿Está a dieta, o sufre del estómago? — preguntó Werner.

— No, nada de eso, — dijo Argus — como le dije antes, acostumbro a comer poco. Especialmente mientras estoy trabajando.

— Parece preocupado — dijo Gerardo.

— Solo estaba pensando en las heridas. Hay algo muy extraño en ellas.

— Y tan extraño — dijo Werner — ¿Está de acuerdo con el forense? ¿Cree que tenemos en la isla algún tipo de secta que lleva a cabo sacrificios humanos?

— No, no lo creo.

— ¿Por qué no? — preguntó Gerardo — No es que me guste la idea, pero las múltiples heridas, más de un asesino, ese símbolo extraño en la frente. Todo eso apunta a esa clase de locos.

— Puede ser, — dijo Argus pensativo — y también puede ser que el asesino quiera guiarnos a esa conclusión.

— ¿El asesino? ¿No se supone que es más de uno? — preguntó Gerardo.

— De eso tampoco estoy seguro.

— Pero, ¿y la diferencia entre las heridas? Las tres primeras son claramente hechas por una persona fuerte, y las otras por alguien más enclenque.

— ¿Cree que el asesino imprimió menos fuerza en las últimas heridas, para hacer pensar que eran dos?— preguntó Werner.

— No. Los dos tipos de heridas son claramente producidas por distintas manos — dijo Argus.

— Pero aun así usted piensa que puede ser un solo asesino. — dijo Gerardo frunciendo el ceño.

— Es una intuición.

— ¿Cómo lo explica?

— Aún no lo sé, — reconoció Argus — pero no suelo equivocarme con mis intuiciones.

Gerardo sacudió la cabeza, definitivamente ese comisario era muy raro. Afortunadamente llegó la comida. El buen doctor y él atacaron sus respectivos platos. Del Bosque comió despacio, y obviamente sin ganas. Rechazó el vino, tomando solo agua. Cuando terminaron, pagó la cuenta y dejó una generosa propina, luego se despidió del doctor, y le recordó al jefe de seguridad que quería ver la escena del crimen.

Gerardo sentía el peso de la comida en el estómago. Lo único que hubiera querido era una buena siesta. Tantos años en la isla lo habían ablandado. Se dio cuenta que el comisario venía de un viaje desde Madrid. ¡Y el tío parecía fresco como una lechuga! Se sintió avergonzado cuando emprendieron el camino hacia el bosque. Rogaba que la caminata le ayudara a bajar la sensación de pesadez, mientras Del Bosque, a su lado, se deslizaba

como un gato, sumido en reflexiones.

El claro del bosque donde habían encontrado el cadáver no estaba muy lejos del camino. Argus lo recorrió de un extremo al otro y vuelta a empezar, observando el suelo, las ramas, y las piedras, como si quisiera memorizar cada brizna de hierba. Al igual que en la morgue, Tudela lo observaba desde una distancia prudencial. A él le parecía una pérdida de tiempo. La lluvia torrencial de la noche del crimen había barrido cualquier posible prueba.

— El crimen fue cometido en la noche – dijo Argus. Era una afirmación, no una pregunta.

— Entre las diez, cuarenta y cinco y las tres de la madrugada.

— El forense vio el cadáver dos días después. ¿Cómo establecieron la hora de la muerte con tanta precisión?

— María estuvo trabajando en la mansión hasta las diez y media. Al parecer, la cocinera le pidió que la ayudara con algo que estaba preparando para el día siguiente. Se tardan al menos quince minutos en llegar desde la casa hasta aquí, a buen paso. El guardabosque la encontró a las seis de la mañana, calculé el momento por el rigor mortis.

— Comprendo. – Argus miró a su alrededor. Desde allí solo era visible el techo de la mansión, y los árboles lo convertían en un lugar ideal para una emboscada.— ¿Tiene idea de por qué abandonaría el camino, para entrar en el bosque en plena noche?

— No me lo explico, a menos...

— A menos que alguien la persiguiera y quisiera despistarla.

— Sí, supongo que sí – dijo Gerardo – Pero entonces, esperaba un ataque, ¿por qué no se defendió?

Argus no respondió, siguió dando vueltas como un gato que busca una pequeña presa. Finalmente rodeó un roble de tronco grueso y se agachó. Recogió algo del suelo.

— Tal vez no esperaba el ataque después de todo – dijo Argus, poniéndose de pie, y observando lo que tenía en la mano – Es posible que creyera que había engañado a su perseguidor.

— ¿Qué es eso? – preguntó Tudela.

— El zarcillo que faltaba – dijo Argus, entregandoselo al jefe de seguridad.

— ¿Qué zarcillo?

— El cadáver tenía un solo zarcillo, es obvio que el otro lo perdió en algún momento. Y por lo visto, fue mientras se escondía de su atacante.

Gerardo se quedó mirando la pequeña pieza de oro que tenía en la palma de la mano, sintiéndose muy torpe. Ni siquiera se había fijado que la chica muerta tenía un solo zarcillo. Definitivamente estaba perdiendo facultades. Miró al comisario, esperando ver alguna muestra de reproche o de burla por su estupidez, pero Del Bosque había comenzado a dar vueltas otra vez, ahora partiendo del lugar donde había encontrado la joya. Era un tío muy raro, pero estaba claro que no se le escapaba nada. A Gerardo no le hubiera gustado estar en el pellejo del homicida, con semejante perro de presa detrás del rastro.

Gerardo vio que Del Bosque desaparecía, y se preguntó a dónde pensaría ir. Esperaba que no se perdiera. El bosque no era demasiado extenso, pero el policía no lo conocía. Miraba fijamente en la dirección en la que se había marchado el comisario, esperando el momento en que regresara, y preguntándose si debería ir a buscarlo.

— Creo que ya sé cómo ocurrió – dijo Argus a sus espaldas. Tudela dio un respingo.

— ¡Joder, que susto! – dijo, palideciendo.

— Lo siento, no era mi intención asustarlo – se excusó Argus.

— ¿Cómo coño hizo para...?

— Es la ruta que siguió el asesino, dio la vuelta, y sorprendió a su víctima por la espalda. Solo quería comprobar que era posible.

— ¿Cómo?

— Sígame – le dijo Argus.

Tudela siguió al comisario, que lo llevó por detrás del roble, y le mostró un camino de ramas rotas que daban la vuelta, desde un recodo de la vía principal hasta el viejo árbol.

— Esto es lo que creo que ocurrió – dijo Argus. – la chica caminó desde la mansión, y en algún punto del trayecto se dio cuenta de que la seguían. Se asustó, tal vez aceleró el paso, o tal vez no, pero decidió salir del camino para despistar al que la acechaba – Tudela asintió, conforme. – María se internó en el bosque, y se escondió detrás del roble, desde donde tenía buena visibilidad del camino. Es probable que viera pasar al merodeador, y eso le hizo pensar que estaba a salvo.

— Pero el asesino ya había descubierto la trampa. – dijo Tudela.

— Seguramente conocía bien la zona – dijo Argus, asintiendo – llegó

hasta el recodo, donde la curva lo dejaba fuera de la vista de su víctima, y se adentró también en el bosque para sorprenderla por detrás.

— ¿Cómo sabía dónde estaba María?

— Es probable que haya estudiado previamente el terreno, y comprendiera que el roble era el mejor sitio para que ella se escondiera, por lo tanto previó que lo escogería. También es posible que escuchara algún ruido, o viera algo que delatara la posición de su víctima.

— ¡Hijo de puta! – dijo Gerardo entre dientes. – Si conoce tan bien la zona, debe ser de aquí, del pueblo.

— No necesariamente.— dijo Argus,— basta con unas horas de paseo para reconocer bien el terreno.

— Tiene razón.— reconoció Tudela pensativo, luego caminó hasta el recodo— Esta parte de la vía está más cerca del pueblo. ¿No es posible que el asesino viniera desde allí?

— No lo creo – dijo Argus – De haber sido así, hubiera encontrado de frente a su víctima. El cadáver hubiera sido hallado en el camino, a menos que lo movieran, y no explicaría la presencia del zarcillo, detrás del roble. No, creo que el asesino la siguió desde la mansión.

— ¿Entonces es alguno de los invitados?

— Es posible, o alguno de la familia. También puede ser alguien del pueblo que estuviera acechando. La verdad es que saber cómo ocurrió en este caso, no reduce mucho los sospechosos. – reconoció Argus. – Sin embargo, hay algo que me llama mucho la atención.

— ¿Qué? – preguntó Gerardo, interesado.

— El hecho de que ella se asustara, que estuviera lo suficientemente atemorizada para adentrarse en el bosque oscuro, en mitad de la noche.

— ¿Por qué le sorprende? Parece lógico, de hecho, está claro que tenía buenas razones para tener miedo.

— Sí, pero lo que todos me han repetido desde que llegué, es que hasta el momento del asesinato, éste era considerado un lugar muy seguro, donde todos eran como una gran familia, y nadie se sentía amenazado. Así que, si lo piensa bien, la reacción de María no fue lógica.

— Comprendo lo que quiere decir.

— Ella sale de trabajar – continuó razonando Argus,— y ve que alguien más viene por el camino detrás de ella. ¿Por qué se sintió amenazada? ¿Por qué no esperó a esa persona para que la acompañara y hacer juntos el trayecto? O si no lo conocía lo suficiente, ¿por qué simplemente, no siguió

hasta el pueblo?

— Tal vez era un desconocido.

— Eso no es posible – argumentó Argus – Aun cuando fuera uno de los invitados de Abelard, ella los conoció en la casa, y seguramente se cruzó con ellos en más de una oportunidad. Quien fuera, María debía haberlo visto antes.

— Tal vez él llevaba el cuchillo en la mano, o la amenazó de alguna manera.

— No parece muy lógico, si algo no es este criminal, es tonto. – dijo Argus – No, aquí hay algo que se nos escapa. ¿Sabe si María había discutido con alguien, si tenía problemas?

— Era una buena chica, aunque...

— ¿Qué?

— Bueno, tuvo una relación con el hijo de Avelino, aunque algo debió pasar, porque cuando ella regresó del funeral de su madre, aquello se terminó.

— ¿El hijo de Avelino, el cantinero?

— Sí, Sergio se llama. – dijo Gerardo con un suspiro – Es un mal elemento, no se parece en nada al resto de su familia, bebe demasiado, y cree que merece más de lo que tiene.

— ¿Cómo se tomó el final de la relación? – preguntó Argus, interesado.

— No muy bien, al principio se pasaba los días borracho, y en más de una oportunidad tuve que alejarlo de María porque la amenazó. Don Antonio estuvo a punto de echarlo de la isla. No lo hizo por Avelino y Teresa, que son muy buenas personas.

— ¿Por qué no me había mencionado esto?

— Fue hace tres años – se justificó Gerardo – Después que intervino don Antonio, el propio Avelino habló con su hijo, y se tranquilizó. No ha vuelto a dar problemas. Es un fanfarrón y no le cae bien a nadie, pero tampoco lo creo capaz de haber lastimado a María.

— De cualquier manera, me gustaría hablar con ese joven. – dijo Argus.

— Usted manda, jefe – dijo Gerardo — ¿Ahora?

— ¿Por qué no?

Gerardo suspiró, definitivamente, el comisario era un perro de presa. Casi sintió lástima por el asesino.

Capítulo tres.

Samantha estaba sentada sobre una roca, cerca de la playa, leyendo un libro de poemas y disfrutando de la soledad. Todos los que la conocían la consideraban rara. Era tan menuda, que parecía tener trece años, cuando en realidad ya había cumplido los dieciséis. Siempre le habían dicho que era preciosa, una muñeca, con su cabello rubio, y sus ojos azules, heredados de su madre. Ella lo detestaba, no quería ser una frágil pieza de porcelana. Por eso hizo todo lo posible por cambiar.

Una tarde de un año atrás, después de hacer novillos, regresó a casa con una imagen renovada. Samantha se cortó su preciosa melena rubia, la tiñó de violeta, y la peinó como si fuera un casco de espinas. Luego se puso un piercing en el ala de la nariz, y otro atravesándole el labio inferior. Se vistió de negro y se puso un collar de perro al cuello. El resultado no podía ser más estrambótico y aterrador. Cuando entró por la puerta, su madre no la reconoció y estuvo a punto de echarla de casa. La cara que puso cuando comprendió que aquel adefesio era su muñequita valió la pena la transformación.

Su madre se desmayó, o pretendió hacerlo, y cuando su padre llegó esa noche, le armó un follón como nunca antes. Su padre, que nunca alzaba la voz a nadie. Pero ella se mantuvo en sus trece, y como sospechó, ninguno de sus progenitores tuvo la energía suficiente para hacerla cambiar de parecer. Lástima, en realidad le hubiera gustado que persistieran, que le gritaran, y soltaran todo lo que llevaban dentro. Quería que la escucharan, y a su vez, escuchar cualquier cosa que no fuera la vana repetición hipócrita de que era perfecta.

Pero no fue así. Su padre era un buen hombre, pero demasiado débil. Vivía a la sombra de la fuerte personalidad de su abuelo, y para colmo, por temor al secuestro, él y su tía habían crecido en una burbuja protegida de todo peligro.

El resultado no podía ser otro. Su padre estudió en Harvard, sí, pero se casó muy joven con una mujer histérica, que solo vivía para las apariencias. Le dolía porque era su madre, pero era la verdad.

Y su tía, pobre, también era muy buena, y había logrado desenvolverse bien en París, pero era una víctima. Samantha lo sabía, los había escuchado a escondidas, a ella y al capullo de Julio. Su perfecto, atlético, y brillante tío,

era un maltratador que humillaba de palabra y torturaba psicológicamente a Jimena. Y ella lo soportaba por sus hijos. Samantha no podía sino sentir lástima por ella. A su primo Fernando no lo aguantaba, era un engreído que seguía los pasos de su padre.

Con los pequeños era diferente. Toni y Carla eran geniales, y sus favoritos en la familia. Además del abuelo. Samantha respetaba mucho a su abuelo, que podía ser un poco dominante, pero era firme en sus convicciones y siempre trataba de ser justo. Cuando su abuelo la vio por primera vez con su nueva apariencia se sentó con ella y trató de convencerla de lo inconveniente de su postura. Pero Samantha no cedió, simplemente porque ante el abuelo todos cedían, y ella estaba decidida a ser la primera en desafiarlo. Finalmente, decidieron que eso era una etapa y que ya se le pasaría, así que la dejaron en paz.

La verdad era que estaba un poco cansada de ser friki, pero ahora no sabía cómo salir de la situación sin parecer derrotada. Escuchó su nombre, gritado a los cuatro vientos. ¿Quién sería el imbécil...?. Claro, Iván, el amigo de Fernando. No había podido sacudírselo de encima desde que llegaron a la isla.

¡Qué pesado! Aunque, tenía que reconocer que era guapo, y si no hubiera sido amigo de su insufrible primo, tal vez lo hubiera podido mirar una segunda vez. Cerró el libro y se levantó de la piedra, suspirando. Aquel lugar había perdido su encanto.

— ¡Samantha, hola! – dijo Iván al llegar junto a ella, aún jadeando por la carrera — ¿Qué haces?

— ¿Qué te parece? Disfrutaba de estar sola – respondió Samantha con gesto malhumorado mientras comenzaba a caminar.

— No deberías estar sola – protestó Iván – No después de lo que le pasó a esa chica.

— ¿Qué tiene que ver ese horrible asesinato conmigo? – preguntó ella, sintiendo un escalofrío en la espalda.

— Aún no han descubierto al asesino, podría ser cualquiera. Es peligroso que una chica...

— ¡Por favor! – dijo Samantha en tono burlón — ¿Me quieres hacer creer que estoy más segura si estoy contigo?. Lo más probable es que no supieras qué hacer si apareciera el malnacido que mató a María.

— ¿La conocías bien? – preguntó él, ignorando el tono despectivo de la joven.

— Un poco, — dijo Samantha, bajando la voz — siempre vivió aquí. Era un poco mayor que yo, y cuando veníamos en verano, algunas veces nos reuníamos, ella, Sabina y yo. Era una buena chica. — levantó la mirada y cambió su expresión a una de furia — ¡Espero que cojan al que le hizo esto y lo...!

— Ha venido un policía para investigar el crimen — anunció Iván.

— ¿El viejo ese que cenó ayer con nosotros? — preguntó — No me pareció muy listo.

— No, ese se fue esta mañana, y en el mismo avión llegó otro.

— Pues espero que sea bueno en lo que hace, y que consiga atrapar a ese maldito. ¿Tú lo has visto?

— No, pero supongo que lo conoceremos esta noche. Fernando me dijo que se alojará en la casa grande.

— ¿Dónde, si no?— preguntó Samantha sonriendo.— Supongo que mi abuelo querrá estar al día con la investigación, y qué mejor forma que teniendo al policía que la dirige, viviendo en su casa.

— Esto ha afectado mucho a tu abuelo, ¿verdad?

— A mi abuelo siempre le ha preocupado nuestra seguridad.

— Eso es normal.

— No al punto que él lo lleva.

— ¿A qué te refieres?

— ¿Por qué crees que compró esta isla y la convirtió en una fortaleza?

— No tengo ni idea, ¿por las playas y los bosques, tal vez?

— No seas tonto — dijo Samantha — Tiene hoteles en todo el mundo, hubiera sido más fácil reservar uno de ellos para nosotros. No, es por lo que le pasó a su hijo.

— ¿A tu padre?

— No, a mi tío César — Iván frunció el ceño sin entender.

— No sabía que tenías un tío que se llamaba César.

— No lo tengo — dijo Samantha, un poco divertida al ver la confusión de Iván — ¿No te lo ha contado Fernando? No, claro que no, — se respondió a sí misma — es uno de los muchos temas de los que no se habla en esta familia. — Se detuvo y miró de frente a Iván — César era el hijo mayor de mi abuelo, era dos años mayor que mi padre. Parece que era un chico muy listo, la clase de niño al que todos querían, pero cuando cumplió cinco años desapareció.

— ¿Y qué pasó?

— No lo sé muy bien. Los mayores no hablan de eso, ¿sabes?. — suspiró pensando en la estupidez de los adultos — El caso es que mi familia se fue de la ciudad donde vivían, Florencia, creo. Mi abuela murió poco después, supongo que enfermó por la tristeza. Luego mi abuelo compró esta isla, y se vinieron a vivir aquí.

— ¿Nunca encontraron a tu tío?

— ¿Tú qué crees?

— Está bien, era una pregunta tonta — reconoció Iván. — ¿Qué crees que le pasó?

— No lo sé, supongo que lo mataron. El abuelo nunca habla de eso, pero creo que aún le duele mucho.

— ¿Por qué lo piensas?

— Por la forma en que nos protege, parece que tuviera miedo que la historia se repitiera.

Continuaron caminando un rato en silencio por la playa. Aunque Samantha no lo hubiera reconocido nunca, le alegraba tener la compañía de Iván. Sentía un poco de miedo desde que habían encontrado muerta a María. Iván iba en silencio, disfrutando del raro momento en que ella no lo había mandado a freír espárragos, alejándose. Samantha sonrió cuando vio a su padre salir del agua, con la máscara de buceo en la frente y las chapaletas en la mano. El buceo con snorkel, era uno de sus pasatiempos favoritos cuando estaban en la isla. La saludó con la mano, y ella le devolvió el saludo. Junto a su padre, apareció el francés que acompañaba a la actriz. ¿Cómo se llamaba? André Davo... algo. Un pedante de tomo y lomo. Recordó que la noche anterior, su padre le había prometido mostrarle los corales del lado este. La sonrisa de Samantha se transformó en una mueca de disgusto, cuando detrás de ellos salió su tío Julio.

Iván también saludó con la mano a los tres hombres, pero antes de que llegaran a la orilla, Samantha reanudó su regreso a la casa a paso ligero, y el joven tuvo que correr para alcanzarla. Nadie se sorprendió, todos estaban acostumbrados a los cambios de humor, y las reacciones peculiares de Samantha. La mayoría la consideraba una niña malcriada, por lo que sencillamente la ignoraban.

Marcos, sin embargo, se preguntó qué podía hacer con una hija a la cual no parecía ser capaz de alcanzar. Lo había intentado todo, halagos, comprensión, mano firme, castigos, todo inútil. Samantha no lo respetaba, parecía ser incapaz de verlo como una figura de autoridad, y él lamentaba

tener que recurrir a su propio padre para disciplinarla.

— ¿Se puede saber qué te ha pasado? – le preguntó Iván, mientras daba zancadas junto a Samantha para no perderle el paso.

— ¡No lo soporto, eso es lo que me ha pasado!

— ¿A tu padre? – preguntó el chico sorprendido.

— ¡No seas cretino! ¡No a mi padre, a Julio! ¡No soporto a ese... a ese...!

— ¿Qué te ha hecho?

— ¿A mí? ¡Nada!

— ¿Entonces? No lo entiendo, es un buen tipo, es divertido, triunfador, simpático. ¿Qué tienes contra él? Además, es tu tío.

— ¡Ese capullo no es mi tío! ¡Es el esposo de mi tía, que es diferente! ¡Unos papeles de divorcio, y pierde todo parentesco conmigo!

— ¿Te has vuelto loca? ¿Por qué lo odias?

— ¿No has visto cómo trata a los demás?

— ¡A mí me trata bien!

— ¡No a ti, imbécil! ¡A los empleados, a la gente del pueblo! ¡A mi tía Jimena!

— Bueno, puede ser un poco estirado con sus empleados, pero mucha gente lo es. Y a tu tía la trata muy bien, por lo que he visto.

— ¡Eso es porque no has visto nada!

— ¡No me parece bien que hables mal de él a sus espaldas!

— ¡No lo hago a sus espaldas! – dijo Samantha, deteniéndose, y golpeando con el índice el dedo el pecho de Iván — ¡Para que te enteres, se lo he dicho a la cara!

— ¿Y qué ha hecho?

— ¡Reírse de mí, eso ha hecho!

— Samantha, me gustas mucho, pero no puedo permitirte que hables mal del padre de mi mejor amigo.

— ¿Permitirme? ¿Quién te has creído que eres, pequeño engreído, para decidir qué me permites o no? ¡Vete a la mierda, y llévate a tu mejor amigo y a su padre!

Samantha continuó su camino, mientras Iván la veía alejarse con desconsuelo. Por un momento, mientras le permitió acompañarla por la playa, había creído que podían llegar a acercarse, pero después de esta discusión, lo odiaría. Iván maldijo entre dientes, pero no se arrepintió de haber defendido a Fernando y a su padre. No hubiera sido un tío legal de no haberlo hecho.

Metió las manos en los bolsillos, y caminó en dirección al bosque. Fernando estaría pasando la tarde con Sabina, así que no tenía mucho que hacer. Comenzaba a arrepentirse de haber aceptado la invitación a la isla.

Ya faltaba poco para que anoheciera y Del Bosque no parecía tener ninguna intención de concluir las pesquisas del día. Gerardo estaba impresionado. Después de varias horas de viaje, llevaba desde el amanecer de un lado para otro inmerso en el trabajo, sin dar muestras de cansancio. Lo que sí era seguro, era que si este policía no resolvía el crimen, nadie lo haría.

Regresaron al pueblo a pie por el mismo camino, y volvieron a entrar en el bar. Esta vez estaba lleno de parroquianos bebiendo una caña después de la jornada. Su llegada ocasionó que todas las cabezas se alzaran en dirección a la puerta. Gerardo levantó la mano y saludó a todos, pero toda la atención se centraba en el forastero. El jefe de seguridad comprendió que era el momento de presentarlo, o no pararían los murmullos en toda la noche. Bueno, en realidad, no pararían de cualquier forma.

— Amigos, — dijo en voz alta — os presento al comisario Del Bosque, del Cuerpo Nacional de Policía. Se encarga de investigar el homicidio de María. Así que os agradezco que colaboréis con él en cualquier cosa que os pida.

Todos elevaron un murmullo de conformidad, y algunos alzaron la mano como reconocimiento. Del Bosque les devolvió el saludo con un gesto de la cabeza. Caminaron hasta la barra, donde Avelino ya les esperaba.

— ¿Les sirvo algo? — les preguntó.

— En realidad hemos venido porque el comisario quiere hablar con tu hijo — dijo Gerardo.

— ¿Con Sergio? — preguntó Avelino, con voz preocupada — ¿Por qué?

— Tengo entendido que sostuvo una relación con María — dijo Del Bosque.

— Eso terminó hace años, — respondió Avelino — desde entonces se evitaban. Si alguien no sabe nada de lo que le pasó a la pobre María, es Sergio.

— De todas maneras, me gustaría hablar con él.

— Está atrás, — dijo Teresa a la espalda de Avelino. Su esposo le lanzó una mirada de reproche. — Es lógico que quieran hablar con él, — dijo la mujer — y cuanto antes lo hagan, será mejor para todos. — luego miró hacia el

comisario – Está reparando la motocicleta.

— ¿Podemos pasar? – preguntó Del Bosque.

— Claro, adelante – dijo Teresa.

— ¿Puedes llamarlo, Teresa? – preguntó Tudela – Tal vez podamos hablar en la cocina.

— Enseguida – dijo la mujer, sin poder disimular su preocupación.

Pasaron por detrás de la barra, y entraron en la cocina, donde la chica, Sabina, se dedicaba a secar cubiertos. En el centro había una mesa, donde se acumulaban platos a medio preparar. Una escalera de caracol llevaba a un segundo piso, seguramente la vivienda de la familia, y en la parte posterior, una puerta daba a un patio. Teresa cruzó la cocina y le ordenó a Sabina que despejara la mesa y saliera al bar para ayudar a su padre, luego salió por la puerta trasera. Argus y Gerardo, esperaron de pie.

Al cabo de pocos minutos, Teresa regresó con un joven de unos veintitrés años, de mediana estatura, contextura atlética, cabello oscuro y abundante. Hubiera resultado atractivo de no ser por la expresión de amargura en su rostro. Miró al policía y a Gerardo sin ocultar su desprecio.

— ¿Eres Sergio? – preguntó Argus.

— Debe ser más tonto de lo que creía si no lo sabe – dijo el joven desafiante.

— ¡Sergio! – exclamó su madre, preocupada. Era lo suficientemente inteligente para comprender que no convenía enemistarse con el policía.

— Gracias, señora Teresa – dijo Argus – Le agradezco que nos deje solos.— luego miró al joven – Siéntate Sergio.

— Si me necesitan, estaré en el bar – dijo Teresa, mirando dubitativa a su hijo, y saliendo de la cocina a regañadientes.

Sergio permanecía de pie, sin dejar de mirar a los dos hombres.

— Siéntate, Sergio – repitió Argus.

— No quiero.

— ¡He dicho que te sientes! – el policía no alzó la voz, pero el tono era tan frío e imperativo, que incluso Gerardo se asustó.

Sergio dio un respingo y obedeció. Argus tomó asiento frente a él, y Gerardo, junto al comisario. Durante unos minutos nadie habló. Tudela se preguntó qué estaría esperando Del Bosque. El chico le dirigía miradas nerviosas, y luego bajaba la cabeza. Argus, simplemente lo observaba, como si quisiera memorizar cada detalle del rostro del joven.

— ¿Qué quiere? – preguntó finalmente Sergio, que ya no soportaba la mirada del policía — ¿Por qué me mira tanto?.

Argus permaneció impasible poniendo más nervioso a Sergio, que no sabía cómo reaccionar. Comenzó a mover una pierna de arriba abajo, sin darse cuenta que lo hacía.

— Háblame de María, Sergio – le dijo Argus, en un tono de voz amable que le puso los pelos de punta a Gerardo.

— ¿Qué hay con ella? Está muerta, eso ya lo sabe.

— Tuviste una relación con ella, ¿no es así?

— Eso fue hace mucho – dijo el chico, mientras sacaba un cigarrillo del bolsillo, lo ponía entre los labios y lo encendía. No les preguntó si podía fumar, ni si querían hacerlo. El comisario no dijo nada – Aquello se terminó – agregó Sergio.

— Cuando ella regresó de Madrid, ¿no es así?

— Está bien informado.

— ¿Qué pasó?

— No es asunto suyo.

— María murió asesinada, todo lo que tenga que ver con ella es asunto mío. – Sergio lo miró, mientras fumaba, y les echó el humo en la cara a los dos hombres que lo interrogaban.

— ¿En verdad quiere saberlo?

— Por eso te lo pregunto.

— Es usted un morbosito. – Gerardo trató de precisar si había alguna reacción de Del Bosque ante el insulto. Nada. Ese hombre tenía la sangre como un témpano. – Le gustan los detalles truculentos, ¿eh?

— ¿Hay detalles truculentos?

— María era caliente, le gustaba hacerlo a toda hora, – dijo Sergio con una sonrisa sarcástica — y de muchas maneras... ¿Lo entiende, o quiere que se lo dibuje?

— Sigue – dijo Argus impasible.

— Lo pasábamos de puta madre, luego su madre enfermó, y ella se fue para cuidarla. Ya saben, su padre iba de un lado a otro, lamiéndole el culo a don Antonio, así que no siempre podía quedarse con su mujer. Entonces María la acompañaba.

— Entonces no te gustó que fuera a Madrid.

— Al contrario, a ambos nos encantó la idea. Estábamos hartos de esta mierda de isla. Ella debía aprovechar para encontrar algún curro, y un

cuchitril donde dormir. Luego iría yo. Soy buen mecánico, puedo ganarme bien la vida.

— ¿Qué salió mal?

— ¿Por qué piensa que algo salió mal? – preguntó Sergio a la defensiva.

— No llevaron a cabo sus planes, algo debió pasar.

— Ella se rajó, eso pasó.

— ¿Cuánto tiempo estuvo en Madrid?

— Seis meses.

— ¿Qué pasó después?

— La vieja murió y María regresó. No quería saber nada del continente. Le dio canguelo.

— ¿Por qué?

— No me lo dijo.

— ¿Pelearon por eso, porque no quiso quedarse en Madrid para facilitarte el camino?

— Oiga, ¿qué está insinuando? ¿Qué quería que una mujer me mantuviese? Pues se equivoca, no fue solo eso. Ella volvió, pero no era la misma, estaba cambiada.

— ¿Cómo cambió?

Sergio le dio una última chupada al cigarrillo y apagó la colilla en el cenicero, mientras miraba fijamente a Del Bosque.

— Parecía una maldita monja, no quería que la tocara, ni siquiera me dejaba acercarme a ella. Le pregunté si tenía a otro, si me los había puesto, pero no me respondió, solo me dijo que pasaba de los hombres. Ella, que hubiera dejado pálida a una puta.

— No deberías expresarte así de María – protestó Gerardo – Era una buena chica.

— ¿Qué? ¿También lo hizo contigo? – preguntó Sergio. Gerardo se puso de pie, dispuesto a cruzarle la cara de un bofetón, pero Argus lo contuvo.

— ¿Qué le pasó a María en Madrid para que cambiara así? – preguntó el comisario.

— Ya le dije que no lo sé.

— No te creo, eras su novio, alguna explicación debió darte.

— Pues no lo hizo. Simplemente pasó de mí, la muy zorra.

— ¿Por eso la mataste? – preguntó Argus, de repente.

— ¡Oiga, yo no la maté!. ¡No quiera echarme la culpa! No me comeré

ese marrón.

— ¿Entonces quién fue, Sergio?

— No lo sé.

— Yo creo que sí, — insistió Argus, — creo que tú la mataste, o al menos sabes quién lo hizo.

— ¡Vete a la mierda, madero!

— ¿Dónde estuviste la noche del jueves, entre las diez cuarenta y cinco y las tres de la madrugada?

— ¿Qué, ahora viene la parte de la coartada?

— ¿Dónde?

— No me acuerdo.

— Sergio, creo que no eres consciente de la gravedad de la situación — dijo Argus con calma — tu ex—novia, de la cual te expresas con muy poco respeto, que te dejó plantado, según tú sin ninguna explicación, ha sido asesinada. Y tú, hijo, eres el principal sospechoso. Ahora te lo vuelvo a preguntar, ¿dónde estuviste la noche del jueves?

— ¡No soy su hijo, poli cabrón! — dijo Sergio con los dientes apretados.— Ya sé lo que quiere hacer. Soy el último mono en este maldito pueblo, así que lo más fácil es cargarme la muerta a mí. No lleva ni veinticuatro horas aquí, y ya ha sacado sus conclusiones. ¡El capullo del hijo del cantinero, ese debió ser! ¿Ya ha interrogado, a don Antonio, o a sus hijos, o sus nietos? ¿Qué tal sus ilustres invitados? Esos no son sospechosos, ¿verdad?

— De momento, todos son sospechosos — dijo Argus con calma.— Pero tú eres el que parece tener más motivos, al menos según tus propias palabras. Ahora, te lo pregunto por última vez. ¿Dónde estuviste la noche del jueves?

— En la playa. — dijo Sergio, furioso — Me fui a la maldita playa.

— ¿Sólo?

— Sí.

— ¿Toda la noche?

— Llegué como a las diez, me senté en la arena, y me quedé dormido.

— ¿Te vio alguien?

— No lo creo, me fui a una caleta en el lado sur, donde me gusta estar solo.

— Espera, — dijo Argus, poniéndose de pie— ¿pretendes que crea que tú fuiste sólo en la noche, a contemplar la luna o el mar o lo que sea? Lo

siento, pero no creo que seas ese tipo de chico. ¿Qué fuiste a hacer a la caleta, Sergio?

— Fui a estar sólo, y a pensar.

— ¿En qué?

— ¡Qué coño le importa! ¡En cómo salir de este maldito agujero!

— Lo piensas desde que María te traicionó y decidió regresar, ¿verdad? – preguntó Argus.

— ¡Sí! – dijo Sergio, subiendo la voz.

— Porque si ella hubiera cumplido su palabra, hace tres años te hubieras marchado a Madrid ¿no es así?

— ¡Sí!

— Y mientras pensabas, decidiste que ella era la culpable de que te sintieras frustrado...

— ¡Ella me falló!

— Por eso cuando lo analizaste, decidiste castigarla, la esperaste, cuando salió de trabajar la seguiste, y luego la mataste, ¿no es cierto?

— ¡NO! – gritó Sergio.— ¡No fui yo!

El grito hizo que Avelino y Teresa entraran en la cocina con el rostro demudado. Argus estaba inclinado sobre Sergio, con una mano apoyada sobre la mesa, y otra en el respaldo de la silla. El chico temblaba, incapaz de controlarse.

— ¿Qué ocurre aquí? – preguntó Avelino muy serio.

Gerardo se sintió fatal al ver los rostros de sus amigos. Argus se enderezó, y cuando Avelino dio un paso al frente, alzó una mano para indicarle que se detuviera. Sergio se cubría la cara con las manos.

— Me estás mintiendo, chaval – le dijo Argus – Y eso solo te puede traer problemas.

— ¡Yo no lo hice! – dijo, casi al borde del llanto.

— Tal vez sí, tal vez no – dijo Argus., muy calmado – Sé cuándo me mienten, y estoy seguro que sabes más de lo que nos has contado. Lo mejor para ti sería decir toda la verdad.

— Le dije la verdad.

Argus movió negativamente la cabeza.

— No, no lo has hecho. Volveré, piénsalo bien, y será mejor que la próxima vez que hablemos, me lo cuentes todo.

— Creo que ya es suficiente, señor comisario – dijo Avelino.

— Hable con él, Avelino – respondió a su vez Argus – Explíqueme que mentir a la policía no lleva a nada bueno. Lamento haberlos molestado.

Gerardo se puso de pie y siguió al comisario a través de la cocina. Se encogió de hombros al pasar junto a Avelino y Teresa. Cuando cruzaron la parte delantera del bar, se hizo un silencio sepulcral, y todos los miraron fijamente. Sergio no le caía bien a nadie, pero todos lo escucharon gritar su negativa, y seguramente nadie lo creía realmente culpable. Después de todo, el comisario era el forastero. Al chico lo conocían desde que nació. Era obvio hacia qué lado se inclinarían las simpatías. Si Del Bosque era consciente de ello, no lo demostró. Al salir dio las buenas noches en voz alta, con la vista fija en el frente. Nadie le respondió.

Ya era de noche, y se había levantado un viento frío, o al menos era lo que Gerardo sentía. Ya no estaba tan seguro de querer colaborar con el comisario. Después del interrogatorio de Sergio, le parecía un tío frío e implacable. Claro, que para Del Bosque, Sergio era un sospechoso, el principal sospechoso, y Gerardo por más esfuerzos que hacía, no podía verlo así. Como tampoco podía ver así a ningún habitante de la isla, y sin embargo alguien había asesinado a María.

— ¿Ahora qué? – preguntó Gerardo, con voz cortante.

— Era necesario, Tudela – dijo Argus.

— ¿Qué era necesario, aterrorizar al chico hasta el punto de ponerlo a temblar, o hacerlo frente a sus padres, que no pegarán ojo esta noche?

Argus lo miró fijamente, y Gerardo se preguntó si se le había pasado la mano.

— Comprendo que usted está involucrado afectivamente con todos los habitantes de la isla, Gerardo – le dijo Argus, con voz conciliadora – Si lo desea, puede abstenerse de ayudar en la investigación, aunque lo lamentaría, porque valoro mucho su colaboración, pero he venido aquí a resolver un crimen, y es lo que pienso hacer. No es una tarea agradable, y muchas veces puede ser necesario herir susceptibilidades, o hacer preguntas incómodas. Créame, no lo disfruto. En cuanto a su observación, sobre Sergio y sus padres. Es cierto, el chico perdió la compostura, pero es porque oculta algo, algo que espero descubrir antes de que sea un riesgo para él mismo. Y tal vez tenga razón, y sus padres no duermen bien esta noche, pero debería preguntarse si el padre de María, o de cualquier otro chico de esta isla puede hacerlo, sabiendo que hay un brutal asesino suelto.

— Tiene razón, lo siento – dijo Gerardo apesadumbrado. Sacó las

llaves del coche del bolsillo – Lo llevaré a la mansión.

— No se moleste, – dijo Argus – prefiero caminar.

No diga tonterías, son treinta minutos subiendo en plena oscuridad, y usted acaba de decirlo, hay un asesino suelto— protestó Gerardo.

— Gracias por su preocupación, pero sé cuidarme sólo – respondió Argus comenzando a caminar. Gerardo se quedó plantado sin saber qué hacer. Después de unos pasos, Argus se detuvo y volteó hacia él – Debe decidir si quiere actuar como un policía, o como un vecino del pueblo – dijo Argus – Comprendo que no es una decisión fácil, pero le agradecería que me lo hiciera saber mañana.

Después de decir esto, Argus continuó caminando sin volver a mirar atrás, en dirección a la casa grande. Gerardo se sintió como un estúpido, y comprendió que nunca podría ser un verdadero policía, al menos, no en aquel pueblo. Estaba demasiado involucrado.

Capítulo cuatro.

Argus llegó a la mansión sintiendo un enorme peso sobre sus hombros. Durante todo el trayecto pensó en el chico. Sus compañeros de la policía decían que tenía un sexto sentido para reconocer las mentiras, y Sergio le había mentado. Le preocupaba más porque no creía que fuera el culpable. Si ocultaba algo sobre el asesino, y éste sabía que tenía esa información, podía encontrarse en peligro. Por eso lo había presionado, y tal vez hubiera logrado que hablara, de no haber interrumpido sus padres el interrogatorio. ¡Pero si hasta su propio compañero estaba a favor del joven!

Era una situación muy complicada, una comunidad demasiado cerrada, donde él se convertiría rápidamente en el enemigo. Esa fue la razón de su reticencia a aceptar el caso, las relaciones públicas no eran su fuerte, y su carácter, demasiado directo, le granjearía rápidamente antipatías allí. Aunque eso en realidad no le hubiera importado, salvo que se convirtiera en un freno para la investigación, lo cual sí le preocupaba.

El asesino de María había demostrado una sangre fría impresionante, y Argus tenía la certidumbre de que si no lo detenía pronto, volvería a matar. Se preguntó si sería conveniente pedir refuerzos a sus jefes, desplegar un dispositivo de seguridad hasta que tuvieran al culpable en custodia, pero lo descartó enseguida. Ya les había resultado difícil enviarlo a él. Bejarano había sido muy claro, tenía que resolver el asunto sólo y lo más rápido posible.

Por un momento pensó en sugerirle a Abelard que reforzara la vigilancia privada, pero eso podía traer muchos problemas. A fin de cuentas, no podía tener la certeza de que el asesino no fuera el propio don Antonio, o alguno de su entorno cercano, y en ese caso, él podría verse enfrentado a un pequeño ejército privado. Así que concluyó, que la única salida era resolver lo antes posible el caso. Un ruido en el bosque lo hizo llevar instintivamente la mano a la pistola reglamentaria que llevaba en la cintura del pantalón, bajo la chaqueta. La sombra de una liebre, cruzó a toda velocidad. Argus mantuvo la mano en el arma por un momento, hasta que estuvo seguro que el roedor había sido el responsable del ruido.

Desde la reja de la entrada, vio la mansión con todas las luces de la planta baja iluminadas. La cena era a las once, según le había dicho Carmen, el ama de llaves. Se detuvo un momento. Estaba cansado. La hora de meditación en el avión le había permitido soslayar una noche de sueño, pero el

día había sido bastante agitado y aún no había terminado, debía conocer a los que vivían en la casa. Interactuar con ellos era la única forma de descartarlos como sospechosos.

Era una desvencijada finca alejada varios kilómetros del pueblo más cercano. Los cuidaba un hombre viejo y severo que se hacía llamar Paidónomo. Ellos eran seis chicos, todos de la misma edad. Estaban destinados a ser soldados, aunque nunca les dijeron de qué ejército. Llevaban allí mucho tiempo, hasta donde les alcanzaba la memoria. Ninguno podía recordar a sus padres, o al menos él no podía, y la comunicación entre ellos estaba restringida a los aspectos relativos a su educación. Solo podían interactuar en los ejercicios: durante las lecciones de ajedrez, o cuando practicaban la lucha o cualquier arte marcial. Eran muy diferentes, los había rubios, morenos, altos, bajos, delgados o fuertes. Tenían algunas cosas en común, el cabello rapado y el mismo símbolo tatuado en su pecho. Su principal maestro era Paidónomo, que les enseñaba historia, geografía, ciencias, matemáticas, lógica, ajedrez, y otras materias. Otro hombre lo asistía, nunca supieron su nombre, pero les decía que era su irén, un entrenador que les enseñaba lucha, gimnasia y artes marciales. Ambos eran excesivamente exigentes. Sus lecciones ocupaban casi todo el día y parte de la noche. Dormían poco, comían menos. Si no llenaban las expectativas de sus "maestros" eran severamente castigados.

El recuerdo se desvaneció con la misma rapidez que había llegado. Respiró profundo y despacio, hasta que sus pulmones recuperaron el aire. Habiendo regresado a la realidad, avanzó por el camino, subió la escalinata y tocó la puerta. Esperaba a Carmen, pero fue Inés quien abrió. Lo recibió con una sonrisa cómplice.

— ¡Comisario! ¡Me alegra verlo, ya temíamos que no llegara a tiempo para la cena!— le dijo, tomándolo del brazo y conduciéndolo al interior de la casa.

— Lo siento, he estado ocupado, espero no haber retrasado la cena. — dijo con cierto titubeo, dejándose llevar por la secretaria.

— ¡Desde luego que no! — respondió don Antonio desde el fondo del salón — Comprendemos que tiene mucho trabajo, y agradecemos su dedicación. Si no se ha dado tiempo ni de bajar del avión para poner manos a la obra. He hablado con Gerardo, y está impresionado de su energía.

— ¿Ah sí? – preguntó Argus, a quien el dato de que Gerardo ya había presentado un informe de sus actividades durante el día, le pareció interesante.

— ¿Le servimos algo, comisario? – preguntó el hombre que estaba junto a una mesa de licores, y que Argus reconoció como Julio Castañeda, el yerno de Abelard.

— Un jerez estará bien – dijo Argus— Gracias.

Mientras Castañeda le servía la copa, Argus observó a todos los presentes. Reconoció solo a algunos por las fotos de los dossiers que le había entregado Bejarano. Don Antonio comprendió su desventaja, y se apresuró a hacer las presentaciones.

— Permítame que le presente a mi familia y mis amigos – dijo con una sonrisa.— Julio le entregó la copa, y Argus la agradeció con un gesto— el barman es mi yerno, Julio Castañeda. Mi hija Jimena, mi hijo Marcos, y su esposa Susan – dijo, señalando a una mujer menuda y muy rubia.

— Es un placer – dijo Argus, saludando a cada uno, mientras les estrechaba la mano.

— La señora Juliet Misal, — continuó presentando — una maravillosa actriz, y su esposo, André Davoisier, su afortunado representante.

Argus saludó a ambos estrechándoles las manos. La mujer miró a Argus como si fuera un trozo de pastel que estuviera a punto de zamparse, por lo que él tuvo que hacer un esfuerzo por no dar un paso atrás.

— El profesor Dimitri Petrovich, – dijo Abelard con cierto orgullo – el mejor ajedrecista del mundo, y un amigo muy querido.

Argus saludó al ensimismado jugador que había visto esa misma mañana en el salón. El profesor lo miró con interés.

— ¿Juega usted ajedrez, comisario? – preguntó.

— Ocasionalmente, y solo como pasatiempo. Aunque me temo que dispongo de muy poco tiempo libre para practicarlo.

— Grandioso – dijo Petrovich, como si Argus hubiera dicho que se dedicaba a eso profesionalmente. — Entonces tendré otro adversario. Verá, aquí el único que se deja seducir por ese maravilloso juego de inteligencia es Antonio, y me temo que ya me sé todos sus trucos.

— ¡Como si alguna vez me hubieran servido de algo! – protestó Abelard. – En mis mejores momentos solo he logrado que tarde un poco más de diez minutos en darme jaque mate.

— No debe ser fácil competir con usted, profesor – dijo Argus – No aspiraría a tanto.

— ¡Oh, por favor! Tenía la esperanza de que me permitiera medir mis estrategias con un nuevo adversario después de la cena. Le prometo que lo trataré bien.

— Tal vez – dijo Argus con una leve sonrisa, mientras pensaba que podía ser una buena forma de conocer al profesor. Se sabe mucho de la personalidad de alguien por la forma en que lleva adelante sus estrategias.

— También quiero presentarle a mi abogado, mano derecha y mejor amigo, Carlos Sánchez. — dijo don Antonio.

Con semejante prólogo, Argus miró con detenimiento al letrado mientras lo saludaba. Parecía muy joven para ostentar el cargo de importancia que tenía, poco más de treinta años, pero Del Bosque advirtió algo en su mirada que supo reconocer muy bien. Una desmesurada ambición. Era un hombre que sabía lo que quería y cómo conseguirlo, la clase de hombre que él siempre evitaba. Le estrechó la mano con cortesía, y siguió a Abelard.

— Déjeme presentarle ahora a los más jóvenes – dijo don Antonio, guiando a Argus hasta un rincón, donde se habían refugiado un grupo de adolescentes. – Mi nieto, Fernando, su mejor amigo, Iván, y mi nieta, Samantha. Los pequeños ya están en la cama, pero seguramente los verá por ahí en cualquier momento del día.

— Es un placer conocerlos, chicos. – dijo a los jóvenes.

Argus no hizo ningún gesto, ni cambió su expresión cuando vio el aspecto de Samantha. Ella se sintió desconcertada, estaba acostumbrada a ver la sorpresa en el rostro de los demás cuando la miraban por primera vez, y no supo qué pensar. La noche anterior, el otro tío, el forense, había dado un resoplido cuando la conoció, lo que la divirtió mucho. Pero este policía no había ni pestañeado, lo que despertó el interés de ella.

— ¡Vaya chollo de trabajo le ha tocado! ¿Eh amigo? – dijo Fernando con irreverencia. Su abuelo le lanzó una mirada de reproche que él ignoró.

— Fernando ¿verdad? – dijo Argus, el aludido asintió — ¿A qué te refieres?

— Bueno, resolver un caso así, en una isla privada, alojándose en una mansión, codeándose con gente rica y famosa, disfrutando por una temporada de un estilo de vida que un policía no puede ni soñar. Supongo que no tendrá muchas ganas de resolver el caso. Son como unas vacaciones pagadas.

— ¡Fernando, no seas impertinente! – saltó Jimena a las espaldas de Argus – Discúlpenos, comisario, ya sabe cómo son los adolescentes, hablan

sin pensar.

— Yo creo que Fernando ha pensado muy bien lo que ha dicho, porque es lo que él cree, aunque esté equivocado. — respondió Argus con una sonrisa.

— ¿Lo estoy? — preguntó Fernando con terquedad.

— No sabes cuánto. — dijo Argus, sin aclarar nada más.

— La cena está servida — interrumpió Carmen entrando al salón.

Entraron en el comedor y ocuparon sus asientos. Después que Carmen sirvió la entrada comenzaron a comer, un poco incómodos por el momento previo del salón. Finalmente, fue Juliet, quien estaba sentada junto al abogado, la que rompió el hielo.

— Y dígame comisario, ¿tiene usted nombre de pila, o la estricta disciplina policial no lo permite?.

— Argus, — respondió él, casi a regañadientes. Su nombre siempre daba pie a los mismos comentarios.

— ¡Argus! — dijo Juliet — ¡Que original!. Me gusta. ¿De dónde es ese nombre?

— Griego — respondió el comisario.

— ¿Lleva mucho tiempo en la policía? — preguntó Jimena.

— Veamos, — dijo Argus, pensando un poco — unos quince años.

— ¿En el Cuerpo Nacional de Policía?— preguntó Marcos.

— Mayormente.

— El comisionado general de la policía, a quien solicité ayuda, me dijo que enviaban a uno de sus mejores hombres — dijo Abelard — Me alegra comprobar que ha cumplido su palabra.

— Podrá sentirse satisfecho cuando hayamos atrapado al asesino.— respondió Argus con cautela.

— ¿Y si no lo atrapan? — preguntó Julio — Existe esa posibilidad ¿no?

— Por favor, Julio, no digas eso — dijo Juliet con un estremecimiento — Lo atraparé, ¿verdad, comisario?

— Es para lo que estoy aquí.

— ¿Ha encontrado alguna pista, comisario? — preguntó don Antonio — Sé que ha pasado el día trabajando.

— Aún es pronto, señor Abelard, — dijo Argus — pero me temo que cuando comience a tener suficientes elementos para elaborar una hipótesis, no podré compartirla.

— Comprendo. — respondió Abelard, cuyo rostro reflejaba que no

comprendía en absoluto.

— Tal vez el comisario merezca un descanso – intervino por primera vez Inés – No me parece muy cortés, obligarlo a hablar de su trabajo durante la cena.

— Tienes razón, Inés – dijo Abelard, con una sonrisa – Debe disculparnos, comisario, todo esto ha sido de un gran impacto para nosotros. ¿Qué le parece nuestra isla?

— Es excepcional..

— No sabe cuánto – dijo Julio – No es una isla muy común.

— Vamos, Julio, no vas a comenzar de nuevo con tus cátedras de geología – dijo Juliet – Son mortalmente aburridas.

— Tal vez para ti, mi querida tocaya francesa, pero el comisario nos ha dejado ver que es un hombre estudioso, aunque en materias más humanistas, y probablemente los datos científicos no le parezcan tan aburridos como a ti.

— Mi padre es geólogo – aclaró Fernando con orgullo.— Era a lo que se dedicaba antes de convertirse en hombre de negocios.

— La geología me parece una ciencia muy interesante – admitió Argus — ¿Por qué es especial esta isla?

— Porque no es volcánica – respondió Julio – La mayoría lo son, pero Marañón no nació como un islote aislado consecuencia de una erupción. Formaba parte de una extensión de tierra más grande, que posiblemente se hundió en el mar durante alguna catástrofe.

— ¿No estarás insinuando que es lo que queda de la Atlántida? – preguntó André, en tono burlón.

— No insinúo nada, solo me remito a los datos concretos.

— Pues la verdad, no veo la diferencia en cual sea su origen – intervino Carlos – lo que sí puedo asegurar, es que es el mejor lugar para alejarse del mundo, y disfrutar de tranquilidad.

— Lo era, – dijo Julio – antes que apareciera nuestro asesino.

— Para eso tenemos a su Némesis – dijo André en tono burlón – El ilustre comisario Del Bosque. Estoy seguro que pronto acabará con esa amenaza.

Argus no respondió, le parecía que se estaba banalizando algo tan trágico como el asesinato de una chica. Aquella gente hablaba de ello, como si fuera un juego. En la expresión de los que se habían mantenido al margen de la discusión, vio el mismo desagrado que él sentía. Finalmente, fue Jimena quien le puso punto final.

— ¿Podríamos evitar el tema de la muerte de esa pobre chica durante la cena? – intervino con patente incomodidad – Me parece que es algo demasiado grave para hablar de ello como si fuera la última película que hemos visto en el cine.

— Tienes razón, hija – dijo don Antonio – Hablemos de otra cosa.

La orden del patriarca no podía ser ignorada, de modo que el homicidio no se volvió a mencionar durante el resto de la cena.

Argus no se sentía cómodo en aquella mesa. Algunos, como Abelard, Inés y Jimena, lo veían con la esperanza de que les devolviera el paraíso que les había sido arrebatado. Eso lo podía entender, era su labor en ese lugar, pero la mayoría lo miraba con condescendencia, o con mal disimulado desprecio. Era un simple policía fuera de lugar en el comedor de una de las familias más poderosas de Europa. Se sentía vigilado, como si esperaran el momento en que cometiera un error de etiqueta que lo dejara en ridículo. Vana espera, su educación al respecto, había sido mucho más estricta de lo que cualquiera de ellos hubiera podido imaginar. Argus podría haber alternado con la realeza, sin que nadie sospechara que no pertenecía a ella, pero ese grupo de privilegiados, mimados por la sociedad, no podía saberlo.

Concluida la cena, pasaron de nuevo al salón. Fernando e Iván decidieron salir de marcha. Invitaron a Samantha, pero ella se negó. No parecía sentirse cómoda con su primo y su amigo. Carlos anunció que quería tomar un poco de aire fresco, por lo que salió al jardín, mientras André y Juliet se retiraron a su habitación. Argus se dio cuenta que la actriz ya había bebido demasiado y su marido trataba de llevársela antes de que fuera evidente.

Abelard ofreció una copa a los que decidieron quedarse. Argus, Inés y Jimena, declinaron la invitación, los demás aceptaron, con excepción de Samantha, claro, que quedó implícitamente excluida. Argus e Inés, sin embargo, aceptaron el café que Carmen les ofreció.

Se sentaron en el salón, en torno a la chimenea, y continuaron conversando acerca de temas sin importancia. Argus se sentía exhausto, por lo que de buena gana se hubiera ido a dormir, pero no podía desperdiciar la oportunidad de conocer mejor a ese grupo de personas, que al fin y al cabo, también eran sospechosos. Sin poder soslayar más el tema, don Antonio se dirigió a él.

— Comisario, si es posible, me gustaría hablar con usted mañana acerca de algunos asuntos relacionados con el caso.

— Desde luego. De hecho, me temo que tendré que hablar con todos, y por desgracia, tal vez mis preguntas resulten algo incómodas.

— Eso lo comprendemos, por supuesto, — dijo Abelard — pero en realidad, deseo ponerlo en antecedentes de aspectos que pudieran serle de utilidad. ¿Le parece bien después del desayuno?

— Muy bien.

— Vamos, papá — protestó Jimena — Deja en paz al comisario, ¿no crees que ya ha tenido suficiente sobre el homicidio con todo el trabajo del día, y con el bombardeo al que lo sometimos durante la cena?

— Es cierto, — se disculpó don Antonio — mis modales como anfitrión están dejando mucho que desear.

Argus sonrió a Jimena, sinceramente agradecido por su intervención. La verdad era que de lo último que quería hablar en ese momento era del caso. Dimitri aprovechó el silencio que se apoderó del salón.

— Si no es mucha molestia, comisario — le dijo — ¿querría usted jugar una partida de ajedrez conmigo?

— No lo sé — dijo Argus, que se sentía demasiado cansado — No quisiera usurpar el lugar de don Antonio.

— Por favor, — intervino Abelard sonriendo — usúrpelo. Sinceramente, estoy cansado de recibir una paliza en el juego, noche tras noche. Será un placer ceder semejante humillación a otro.

— En ese caso... — dijo Argus, dejando la taza de café en la mesita — Acepto.

Petrovich se frotó las manos anticipándose al placer. La partida despertó la curiosidad de todos los presentes. El profesor cedió las piezas blancas a Argus, como un gesto de buena voluntad. Los demás se arremolinaron alrededor del tablero, y en voz baja hicieron apuestas acerca del tiempo que tardaría Petrovich en hacer morder el polvo al policía. Nadie le concedía más de doce turnos.

— ¿Cómo desea jugar? — preguntó Petrovich, generoso— ¿Quiere tomarse su tiempo?

— En realidad, prefiero un juego rápido — dijo Argus — ¿Ponemos el tope en cinco segundos por jugada?

— ¿Está seguro?

— Completamente.

— Como usted guste.

Dimitri hizo un gesto, invitando a Argus a abrir la partida. Él miró el

tablero como si lo viera por primera vez en su vida, respiró profundo, y cerró los ojos un momento. Cuando los abrió, todos sus sentidos estaban puestos en el juego. Hizo su primera jugada, y golpeó el reloj, Dimitri respondió. En los siguientes minutos los movimientos de las piezas se sucedían unos a otros casi sin interrupción. Argus visualizaba la posición de cada pieza, y proyectaba las diferentes estrategias posibles, así como sus propias respuestas, adelantándose en cuatro o cinco jugadas a su adversario, con una velocidad de razonamiento vertiginosa.

Después de perder la torre y un caballo, Petrovich lo miró con incredulidad, y se sorprendió al darse cuenta que estaba sudando, como si estuviera corriendo un maratón. El comisario, en cambio, se encontraba profundamente concentrado, pareciendo ajeno a todo lo que no fuera el tablero y sus piezas. Después de un jaque a la reina, anunciado por Petrovich con voz triunfal, Argus respondió con un movimiento del alfil, que desencadenó un jaque mate, al estupefacto campeón mundial. Habían pasado cuatro minutos, desde que iniciaron el juego, y cada uno de ellos había realizado exactamente doce jugadas.

Dimitri Petrovich se echó atrás lentamente en el asiento, y miró a Argus con los ojos muy abiertos. Los demás, igual de impresionados, no sabían qué decir. El comisario pareció relajarse y bajar su nivel de concentración. El profesor se puso de pie, extendiendo la mano para estrechársela al ganador.

— Señor Del Bosque – le dijo, casi con veneración – Es usted el adversario más temible al que me he enfrentado en toda mi vida como ajedrecista. Permítame felicitarlo. Su juego ha sido brillante.

— Gracias, profesor – respondió Argus, con voz cansada – He tenido suerte.

— ¿Suerte?. – preguntó Petrovich, incrédulo — ¿Desde cuándo se le llama suerte a la genialidad?. ¿Ha jugado usted alguna vez como profesional?

— No, como ya le he dicho, solo es un pasatiempo.

— Pues me alegra, — reconoció Petrovich con una sonrisa – porque si lo hiciera, la mayoría de los que ahora somos llamados ajedrecistas profesionales tendríamos que retirarnos.

— Me atribuye usted demasiado mérito, profesor. – dijo Argus – Sólo fue un juego, suerte de principiante.

— ¿Me concederá usted la revancha? – preguntó esperanzado Dimitri – Me temo que no estaba lo suficientemente preparado. Lo he subestimado,

amigo mío.

— Desde luego, pero no será esta noche. Mañana debo reanudar temprano las investigaciones, y mis superiores esperan mi primer informe hoy mismo.

— Claro, claro, comisario, debe estar usted cansado, lo que hace aún más notoria esta proeza.

Argus se despidió de los presentes, y se retiró del salón en dirección a su habitación. Pudo escuchar algunos murmullos a sus espaldas. La mezcla de estupor y admiración que había generado su juego le resultaba indiferente. Le gustaba dar lo mejor de sí, pero no le importaba lo que los demás pensaban de él. Esa noche, sin embargo, se sorprendió a sí mismo, cuando se sintió complacido al ver un brillo de satisfacción en los ojos de Inés. Ella estaba orgullosa de él, y fue una de las pocas veces en su vida que Argus experimentó el placer del reconocimiento ajeno.

Una vez a solas se quitó la chaqueta, la corbata, y aflojó el cuello de la camisa. No cayó en la tentación de recostarse en la cama. Estaba tan cansado que si la tocaba, se quedaría dormido irremediabilmente. Se sentó frente al escritorio, sacó el portátil y lo conectó por vía satélite a Internet. Estiró el cuello y la espalda. Antes de comenzar a trabajar, lo asaltó otro recuerdo.

Él era un crío, apenas siete u ocho años. Estaba sentado frente a un tablero de ajedrez, jugando una partida contra otro de los chicos. No se trataba de una partida corriente, era una forma de adiestramiento de sus cerebros. Paidónomo observaba con cuidado las partidas. Los errores, las demoras, se anotaban en una libreta para luego establecer el castigo. No fue una forma agradable de aprender, pero fue la única que conoció hasta que finalmente, los desarrollos de sus estrategias lo convirtieron en ganador invicto.

No era de extrañar que no hubiera vuelto a jugar, y tampoco hubiera creído que hacerlo le pudiera reportar alguna satisfacción. Se sacudió esos pensamientos, y le pareció extraño haberlos tenido. Su memoria era excepcional, pero hacía lo posible por mantener fuera de su conciencia todo lo que ocurrió en aquella finca. Hasta ahora lo había logrado a fuerza de control y disciplina, pero en un solo día lo habían invadido dos andanadas de recuerdos dolorosos, y eso lo preocupó. No imaginaba qué relación podía

existir entre el caso que le ocupaba y su trágica infancia. Era seguro que ninguna. Estaba cansado y sus barreras defensivas se habían debilitado, eso era todo.

Comenzó a teclear para redactar el informe acerca de las actividades del día. Lo envió a Bejarano. Luego sacó una libreta garabateando aquello que consideró importante. Primero con respecto al cuerpo. Las heridas fueron posiblemente ocasionadas por dos asesinos. Sin embargo, eso no lo convencía. Había algo en todo el desarrollo del homicidio que indicaba claramente que había sido perpetrado por una sola persona. Cerró los ojos, y como había hecho con el ajedrez, barajó todas las posibilidades, lógicas y absurdas por igual. Cuando abrió los ojos, al cabo de cinco minutos, tenía la respuesta. Un solo asesino, dos manos. Las primeras heridas, las mortales, con la mano derecha de un diestro. Las dubitativas y débiles, con la mano izquierda del mismo diestro. Sonrió. Ingenioso, pero no lo suficiente.

Eso llevaba a otra pista. Por alguna razón, el asesino quería parecer multitud. Se preguntó el motivo y lo encontró en las marcas de la frente. Desde el primer momento le parecieron extrañas. Argus conocía bien el significado de esta marca, y sabía que la "secta" a la cual pertenecía había dejado de existir muchos años atrás. Su propia libertad era prueba de ello, por lo que comprendió que era un montaje. Pero ¿por qué precisamente esa marca? ¿Tenía relación con la organización que conocía Argus, o su inspiración era más antigua? Lo que estaba claro era que el asesino quería hacer pasar el homicidio por un asesinato ritual. ¿Por qué? Para alejar la causa de la víctima, concluyó Argus, para desviar la investigación del entorno de María, donde posiblemente encontraría al culpable a través del móvil.

Pero quién podía querer ver a María muerta. ¿Sergio? Era obvio que podía ser violento, pero no, si el chico la hubiera asesinado, hubiera sido en un acceso de ira, un crimen pasional, sin disimulos ni recovecos. Esto había sido planificado con sangre fría, y llevado a cabo de la misma forma, por alguien sin escrúpulos y muy inteligente. Argus se estremeció. Si estaba en lo cierto, tenía que averiguar qué era lo que Sergio le ocultaba. Tal vez la vida del chico dependiera de ello.

Guardó el portátil y el cuaderno de notas en el cajón con llave. Luego miró hacia la cama, unas horas de sueño no le vendrían mal. Se terminó de desvestir y se acostó. Sintió un enorme alivio al poder relajar los músculos una vez que adoptó la posición horizontal. Se programó mentalmente para despertar al amanecer. Tenía algo importante que hacer antes del desayuno y la

conversación con Abelard. Cerró los ojos, dejándose llevar por el sueño.

Capítulo cinco.

Mucho antes del amanecer, Argus se levantó, se duchó y salió de la habitación. Estaba apropiadamente vestido para la ocasión. Nada de trajes, pantalón oscuro de algodón, camisa, y cazadora. El arma en la cintura, oculta por la chaqueta. Lo más importante era el calzado. Botas de campaña, lo mejor para un terreno poco firme. La enorme casa estaba en silencio y todos dormían, era el mejor momento para llevar a cabo la primera tarea del día: conocer bien la mansión. Comenzó su recorrido, en el segundo piso había doce habitaciones a ambos lados de un largo corredor. En la parte central, las dos escaleras principales convergían en el vestíbulo. En el extremo este del pasillo, había una discreta escalera que llevaba al tercer piso. Argus subió por ella y se encontró en otro largo corredor que daba a un menor número de habitaciones, o más bien, de salas. Era obvio que todo el tercer piso funcionaba como desván. Solo había tres puertas, todas cerradas con llave. Argus las abrió con facilidad, usando una pequeña ganzúa. En las dos primeras encontró muebles viejos, cuadros y obras de arte, todas cuidadosamente protegidas. Aquel lugar parecía el depósito de un museo, pero no tenía ningún interés para él.

Sin dejar evidencia de su paso volvió a cerrar las puertas y entró al tercer salón. En éste había libros antiguos y un baúl, también cerrado con llave. Lo abrió, comprobando que estaba repleto de papeles. Comenzó a revisarlos, en su mayoría eran documentos de propiedades, títulos nobiliarios de antepasados, registros de nacimientos, bodas y defunciones. Aquello podría ser útil para construir un árbol genealógico de los Abelard y los Cavalleri, pero nada más. En el fondo halló una carpeta, y cuando la abrió pudo comprobar que estaba llena de recortes de periódicos ordenados cronológicamente. Los más antiguos, se referían a la desaparición en extrañas circunstancias del hijo mayor del empresario Antonio Abelard y Beatriz Cavalleri, Cesar. Había una foto del niño mirando a la cámara. A Argus no le pareció diferente de cualquier otro niño de esa edad, aunque la foto era demasiado borrosa para permitir detallar las facciones.

Había poca información sobre la desaparición, como si se hubiera echado tierra al asunto rápidamente, lo cual le resultó extraño al comisario. No era el tipo de noticias que los periódicos abandonaban con facilidad, y considerando el poder de Abelard, el caso había sido olvidado casi sin

ninguna averiguación. Como si al chico, simplemente, se lo hubiera tragado la tierra. La última información que reflejaban los recortes de prensa era la desaparición de la familia completa. Se habían marchado de Florencia, y probablemente de Italia, sin dejar rastro. Pero la carpeta no terminaba con esas noticias, sino que continuaba con todo tipo de información acerca de sociedades secretas y sectas. Desde historias inverosímiles de conspiraciones imposibles, contadas por la prensa amarillista para vender periódicos a crédulos, hasta eventos sociales y benéficos, patrocinados por logias reconocidas. La última información se refería a cinco años atrás. Argus se preguntó qué podía significar semejante recopilación. Guardó todo en su lugar, cerró el baúl y salió al pasillo.

Recorrió de nuevo la escalera de la izquierda, esta vez hasta la planta baja, y se encontró en una pequeña habitación donde había impermeables colgando de perchas, de todos los tamaños y colores, herramientas de jardinería y botas de agua, también en todas las tallas posibles. Lo más importante, sin embargo, era una puerta que daba al jardín posterior de la casa. Giró el picaporte, estaba cerrada. Antes de usar la ganzúa se agachó y observó la cerradura con una linterna de bolsillo. Sacó un pañuelo, e introdujo una punta, empujándola con la ganzúa, luego la sacó. El pañuelo salió manchado de aceite. La cerradura había sido engrasada recientemente. La abrió con la ganzúa y observó que giraba sobre sus goznes sin hacer ningún ruido. También las bisagras habían sido aceitadas.

Argus salió al jardín, lo cruzó y siguió el sonido de las olas. Era la parte de la casa que daba al acantilado. Una tupida baranda protegía el borde del precipicio, que bajaba en una pared hasta el mar. Se asomó, junto al acantilado propiamente dicho había una pequeña cala, probablemente el lugar que mencionado por Sergio. Dio la espalda al precipicio para mirar hacia la casa. Se podía salir por allí, cruzar el jardín en cualquier dirección y llegar al camino sin ser visto desde la mansión. Si el asesino era uno de sus habitantes, esa debía ser la ruta que había escogido para seguir a María. Argus volvió a entrar, subió las escaleras, y recorrió el pasillo hasta el otro extremo. Aún faltaban una hora para que amaneciera.

Bajó por la escalera y como había supuesto llegó a la cocina. Por supuesto que a esa hora estaba desierta. La recorrió con la vista, también la cocina tenía una puerta de salida que daba a un lateral de la casa y que en ese momento también estaba cerrada. Seguramente María salió por allí. Otra puerta daba a una alacena, y la tercera, a unas escaleras que descendían al

sótano. Si algo no le gustaba a Argus, eran los lugares cerrados y húmedos, pero no tenía alternativa. Respiró profundo y comenzó a bajar con mucho cuidado. Era una bodega muy bien surtida. La recorrió con la linterna sin encontrar nada particular en ella, aparte de vinos que no imaginaba que existían. Luego volvió a subir las escaleras. Cuando llegó de nuevo a la cocina, vio una sombra que se abalanzaba sobre él, y apenas tuvo tiempo de levantar el brazo para defenderse. Recibió el golpe en el antebrazo lo que le causó un dolor agudo que se extendió hasta el hombro y la mano. Con un rápido giro, cogió el objeto que lo había golpeado, un rolo de amasar, y se lo arrebató a su atacante, al mismo tiempo que desenfundaba el arma. Se separó de su agresor con agilidad felina, quedando frente a él. Cuando enfocó la linterna en la oscura cocina, se quedó de piedra.

— ¡No me mate, por favor, no me mate, señor asesino! – dijo entre sollozos la oronda mujer.

Argus suspiró, sintiéndose un poco tonto, guardó el arma y dejó el rolo sobre la mesa. Luego se sujetó el brazo golpeado que le latía dolorosamente. La mano se le había hinchado, pero no parecía tener ningún hueso roto.

— ¡Cálmese, por favor! – le dijo con voz firme – No soy ningún asesino, soy el comisario Del Bosque y no voy a matar a nadie. ¿Me quiere decir por qué me atacó?

— ¡Comisario! ¿Es usted policía? – dijo la mujer sin dejar de sollozar – Por Dios, perdóneme, yo... escuché que había alguien en la bodega, y... con un asesino suelto... tuve miedo. Lo siento, ¿le hice daño? Lo siento.

— Vale, vale – dijo Argus, tratando de tranquilizarla — ¿quiere decirme quién es usted?

— Soy Prudencia, la cocinera – dijo ella, luego caminó con paso decidido entre los muebles de la cocina y encendió la luz. Argus pudo ver una mujer sesentona con marcado sobrepeso, tenía el cabello cubierto por un gorro de malla y un aspecto impecable. Le temblaban las manos.

— ¡Prudencia! – dijo Argus, con una sonrisa — ¡Debe ser una broma!

— Lo lamento, señor policía, ¿me encerrará?

— ¿Cómo dice?

— Por pegarle con el rolo – dijo ella – Agresión a la autoridad y todo eso... No sabía que era policía, se lo juro, yo respeto mucho la autoridad.

— No lo dudo, Prudencia – dijo él, con voz amable.— No se preocupe, en realidad ha sido culpa mía. Hizo bien en defenderse.

— ¿Lo lastimé mucho? —preguntó Prudencia, sinceramente preocupada.

— No, — se apresuró él a tranquilizarla, aunque aún sentía el brazo adolorido.

— Le buscaré hielo, y le puedo traer un par de aspirinas — dijo la mujer, entrando en un frenesí de actividad — Si quiere, puedo llamar al doctor Werner, por si tiene roto el brazo...

— Prudencia, espere — dijo Argus, sujetándola por los hombros con suavidad, y usando ambos brazos para ello — No es necesario, no está roto, estoy bien.

— ¿Me perdona? — preguntó ella, casi al borde del llanto.

— ¿Cómo no iba a perdonar a la cocinera que me permitió disfrutar de la mejor cena que he saboreado en años? — le dijo él con una sonrisa.

— ¿Cenó aquí anoche? ¿Le gustó mi comida?

— Me gustó mucho — dijo él, y la cocinera pareció tranquilizarse.

— ¿Está seguro que se encuentra bien?

— Seguro — dijo Argus.

— ¿Desea que le prepare algo? ¿Quiere un café?

— Gracias Prudencia, pero ahora debo marcharme, tengo que trabajar — respondió él — Y es necesario que salga ahora, pero regresaré a tiempo para el desayuno.

— ¡Prepararé un desayuno especial para usted, comisario! — dijo la mujer — ¿Le gustaría algo en particular?

— Con tan extraordinaria cocinera, lo que usted prepare lo disfrutaré.— Prudencia sonrió de nuevo y se puso manos a la obra, mientras Argus salía de la casa por la puerta de la cocina. Se sujetó el antebrazo. ¡Menudo golpe le había dado la buena mujer! Sonrió. Si el asesino se tropezaba con ella lo iba a pasar muy mal, casi le daba lástima. ¡Joder, con la cocinera!

Argus miró su entorno, un camino de piedras cruzaba el jardín hasta la entrada de gravilla que daba a la puerta principal. Era la única vía posible, porque al terminar el lindero de la propiedad comenzaba un bosque de pinos, pero la inclinación del terreno lo hacía intransitable. Tratar de descender por allí, era la mejor forma de romperse la crisma. Sin embargo, debía intentarlo.

Sospechaba que aquél día también sería muy largo. La oscuridad comenzaba a ceder el paso al amanecer. Inició el descenso. Debía ser muy cuidadoso a cada paso, si no quería acabar rodando ladera abajo, con más de

un hueso roto. El terreno era resbaladizo y no había ningún sendero, nadie en su sano juicio transitaba por allí, pero Argus no buscaba a alguien cuerdo, sino un desquiciado capaz de asesinar a sangre fría a una chica, y luego grabarle un dibujo en la frente con la punta de un cuchillo.

Hacia la mitad de la ladera, cuando ya había coleccionado algunos moretones, consecuencia de resbalones y caídas medio frenadas por los pinos, vio un trozo de tela prendido a una rama. Era lo que buscaba, la confirmación de sus sospechas. Sacó unas pinzas y una bolsa de pruebas del bolsillo de la chaqueta. Luego con mucha delicadeza, desprendió la tela de la rama metiéndola en la bolsa, para después identificarla.

Observó el lugar con detenimiento. En el suelo, la hierba estaba desprendida como si hubiera sido arrancada, y había algunas ramas rotas. Alguien había descendido la ladera por ese mismo lugar, había resbalado, lo que hizo que la rama le rasgara la ropa, tal vez con un poco de suerte también lo había arañado. Partió el extremo de la rama y lo guardó en otra bolsa, haría que buscaran restos de sangre, y si los había, pediría una prueba de A.D.N.

Argus intentó orientarse. Se encontraba aproximadamente hacia la mitad del bosque, y un poco más abajo podía ver el camino, medio kilómetro antes del recodo donde María se había ocultado. Estaba seguro que el dueño del trozo de tela era el asesino. Nadie en su sano juicio bajaría por ese lugar, a menos que tuviera una buena razón.

Argus se sentó en el suelo, apoyándose en el tronco de un pino, cerró los ojos y se concentró. Trató de reconstruir en su mente lo que había pasado esa noche. María está en la cocina ayudando a Prudencia. Cuando terminan, la joven sale de la mansión usando el sendero principal para bajar hasta su casa, en el pueblo. El asesino sigue en la edificación principal, ha visto salir a María, pero no la sigue inmediatamente. ¿Por qué? Algo lo retiene, algo le impide abandonar la casa detrás de la chica. Al cabo de unos minutos, tal vez diez o quince, ya la joven se ha alejado bastante de la casa. El asesino sale por la puerta del cobertizo, que ha engrasado previamente para que nadie la escuche. Tiene llave, o sabe forzarla. Recorre el jardín hasta el lindero del bosque, bajando después por la ladera. Es peligroso, especialmente en la oscuridad, así que debe estar fuertemente motivado. Durante el descenso resbala dejando un trozo de tela en la rama. Es posible que también reciba un rasguño. Se repone, continúa su descenso y alcanza el camino por detrás de María. Ella se da cuenta que alguien la ha seguido, además por alguna razón,

siente miedo. Sabe que su perseguidor proviene de la mansión, y sabe que tiene que temer a esa persona. ¿Quién es? Y ¿Por qué lo teme?

María abandona el camino entrando en el bosque, escondiéndose detrás del roble. Está nerviosa, es posible que juguetea con el zarcillo sin ser consciente de ello. La pequeña joya se desprende y cae, pero ella no lo nota, o no le importa. El asesino continúa por el camino. María siente alivio porque cree que lo ha despistado, pero él la ha visto o escuchado, sabe dónde está. Regresa al bosque después del recodo, sorprendiéndola por la espalda, clavándole el cuchillo con la mano derecha. Cuando ya está muerta, o moribunda, usa la mano izquierda para seguir apuñalándola, y dar la impresión de que fue atacada por más de una persona. Luego le dibuja la "V" invertida en la frente. ¿Por qué?

Argus abrió los ojos, comprendiendo, no solo se trataba de simular un asesinato ritual, sino de involucrar a una secta o Sociedad Secreta. El asesino ha visto la carpeta de recortes que se guarda en el baúl, o está al corriente de la razón de su existencia. Es uno de los habitantes de la casa. Pertenece a la familia Abelard, o es alguno de sus invitados. Por alguna razón, Argus hubiera preferido que no fuera así, que se tratara de alguien del pueblo, pero no podía negar la evidencia. Se puso de pie, y siguiendo los pasos del criminal, regresó al camino, posiblemente en el mismo punto en que él lo hizo aquella noche. Cruzó la isla cuando sus habitantes aún dormían, y continuó hasta la cala donde Sergio afirmó que había pasado la noche del crimen.

Casi una hora a buen paso le costó llegar a la pequeña cala. Estaba bastante escondida, y posiblemente solo era visible desde el jardín de la mansión. Argus la recorrió de un extremo a otro, poniendo cuidado en no alterar ninguna huella, si es que quedaba alguna. La arena terminaba abruptamente en una maraña de vegetación. El centro lo ocupaba un grupo de piedras. Argus se acercó a ellas observándolas con detenimiento. El viento le alborotaba el cabello, trayendo olor a yodo y a sal. El sonido de las olas era tranquilizador. La verdad, no era un mal lugar para aislarse y meditar, pero él no creía que Sergio hubiera ido allí para eso, debía haber algo más que atraía al joven rebelde a ese rincón perdido de la isla.

Si vives en un lugar tan pequeño donde no hay espacio para esconderte, se preguntó a sí mismo Argus, ¿adónde vas si quieres estar sólo? La cala parecía la solución perfecta, pero enseguida se le ocurrió otra

pregunta. ¿Por qué querría estar solo un chico como Sergio? Y como una respuesta, algo le llamó la atención en la rugosidad de la piedra. Tocó la superficie, observando los residuos de polvo y arena en sus dedos, luego los llevó a la punta de la lengua, sintiendo un sabor desagradable y claramente reconocible que lo hizo comprender.

— ¡Mierda! ¡Cocaína! – dijo en voz alta.

Así que para eso había ido allí esa noche Sergio. Por eso era tan reacio a hablar de ese lugar. Argus se preguntó si María también habría consumido, porque eso podía dar otra dimensión a la causa de su muerte. ¿De dónde vendría la droga? ¿Quién la traía? ¿Llegaría en barco por esa misma cala? No, la isla estaba demasiado lejos de todos los puertos, no era posible llegar a ella por mar sin ser visto. Cualquier embarcación no esperada llamaría la atención. La mansión tenía visibilidad completa del aire y el mar en trescientos sesenta grados.

A menos que don Antonio estuviera involucrado. Pero era absurdo pensar que llevara droga a su propio paraíso de seguridad. Sería como meter un gato en una jaula de canarios. Lo más probable era que la cocaína llegara camuflada entre la mercancía importada a la isla. ¿Sería Sergio el traficante? Tenía que volver a hablar con el chico. Cada vez se hacía más imperativo que le contara todo aquello que le había ocultado.

Argus continuó su exploración, y no tardó mucho en encontrar huellas de motocicleta. Docenas de ellas, suficientes para comprender que el joven visitaba esa playa con frecuencia. Lo interesante era que la profundidad variaba, lo que hizo concluir al comisario que algunas veces el joven venía sólo, y otras con un acompañante que aumentaba el peso del vehículo. Todas las huellas seguían el mismo trayecto, hasta una zona del bosque, donde ya había quedado abierto un sendero que llevaba al camino del pueblo. Todas, menos una.

Esa en particular, no demasiado profunda, cruzaba la caleta en otra dirección, la misma por la que había venido Argus, el camino hacia la mansión. No era muy clara, y estaba borrada en gran parte de su trayecto, probablemente por la lluvia, pero para el ojo entrenado del policía era evidente el recorrido que había seguido.

Argus miró su reloj, debía regresar si quería llegar a tiempo para el desayuno. No era que tuviera apetito, pero no quería desairar a Prudencia. Además, después de ver los recortes del desván, se había despertado su interés por saber qué tenía que decirle Abelard. Antes de

volver, sin embargo, decidió revisar el antebrazo, que aún le dolía. Se quitó la chaqueta, arremangó la camisa, y pudo ver un hermoso hematoma que se extendía desde el codo, hasta tres dedos por encima de la muñeca. Pensó seriamente en la posibilidad de recomendar a Prudencia para los Grupos Especiales del ejército español, pero cambió de opinión, sería mejor que ninguno de sus compañeros se enterase de lo que había pasado esa mañana, o el cachondeo lo obligaría a emigrar.

Con una sonrisa se bajó la manga, se puso la chaqueta y emprendió el camino de vuelta. Cuando llegó al comedor de la mansión, el desayuno estaba servido en forma de bufet. La mesa, sin embargo, se encontraba casi vacía. Don Antonio bebía despacio de una taza de café, y en un plato frente a él, quedaban los restos de un croissant. A su lado, Inés y Jimena conversaban, mientras tomaban un café con leche. Por lo visto también habían desayunado, porque quedaban algunas migas de pan en sus respectivos platos. Samantha le ponía mantequilla a una tostada con una lentitud meditativa, y frente a ella, dos chiquillos comían magdalenas a dos carrillos humedeciéndolas con leche, de vez en cuando.

— ¡Buenos días, comisario! – saludó Abelard – Espero que haya podido dormir bien. Sírvase usted mismo, hoy la cocinera se ha esmerado.

— Buenos días – respondió Argus – Gracias.

— ¿Siempre se levanta a esta hora? – le preguntó Samantha con desparpajo — ¿O es producto del jet-lag?

— Samantha, – la reprendió Jimena en tono de advertencia – para impertinencias ya tenemos a Fernando, no es necesario que lo imites.

— Lo siento, — dijo la chica con una mueca de desagrado. Le molestó haber actuado como lo hubiera hecho su primo – No era mi intención ofenderlo.

— No lo has hecho – respondió Argus, mientras colocaba una tostada en su plato, y se servía una taza de café.— En realidad, vengo de dar una vuelta por la isla.

— Se levantó muy temprano, entonces – intervino Inés.

— Antes del amanecer.— respondió Argus – Quería estudiar una parte del terreno cuando aún estuviera oscuro.

— ¿Y ha encontrado algo interesante?

— La verdad es que ha valido la pena – reconoció el comisario, sentándose junto a los más pequeños y comenzando a comer. – De hecho, quería preguntarle si hay algún transporte regular a Tenerife o a las Canarias.

— Hay un pequeño barco que nos trae los artículos más perecederos, y algunas cosas como el periódico. ¿Por qué?

— Necesito enviar algunas evidencias al laboratorio forense. Cuanto antes las reciban, antes tendré los resultados.

Abelard, Jimena e Inés se miraron entre sí, sorprendidos y tal vez, esperanzados.

— Haré los arreglos para que pueda hacer ese envío antes del mediodía. — dijo don Antonio — Y me alegra ver que no pierde usted el tiempo.

— Eso me obliga a volver a disculparme — intervino Samantha, sonriendo.

— ¿Eres policía? — le preguntó la niña que tenía Argus a su lado.

— Sí — respondió él, sonriendo.

— ¿Y tienes una pistola? — preguntó el chico que estaba sentado junto a la pequeña.

— Sí — dijo, frunciendo un poco el ceño.

— ¿Nos la enseñas?

— No — respondió en forma tajante.

— Toni, Carola, dejad en paz al comisario, que tiene cosas importantes que hacer. — intervino Jimena — Si ya habéis terminado, id a jugar.

— Vale. — respondieron en coro, mientras se levantaban de la mesa y corrían fuera del comedor.

Argus no pudo evitar sonreír. Le agradaba ver que los niños pudieran disfrutar la inocencia y despreocupación propias de la infancia, algo que a él le había sido arrebatado. Tal vez por ello, demostraba una paciencia y una tolerancia con los pequeños, que era sorprendentes para alguien con tan poco entrenamiento social. Las pocas personas que lo conocían, sabían que podía ser implacable con quienes eran culpables de lastimar a un pequeño.

— Espero que disculpe a los chiquillos, comisario — dijo Jimena — Para ellos tener un policía en la casa es una aventura.

— No tiene que pedir disculpas, señora Castañeda — respondió Argus, aún sonriendo — Es lógico que sientan curiosidad.

— ¿Tiene usted hijos, comisario? — preguntó Inés.

— No.

— Pero por lo visto le gustan los niños — observó Jimena.

— Me siento cómodo con ellos. Además tienen la facultad de sorprenderme, lo que casi nunca logran los adultos.

— ¡Que observación más interesante! — dijo Jimena.

— No sé de qué te sorprendes, tía – intervino Samantha – Es obvio que el comisario es un hombre muy interesante.

El comentario hizo sentir incómodo a Argus, que se refugió en la taza de café. Los demás, aunque estaban de acuerdo con la observación de la joven, no supieron qué decir. Don Antonio tomó la palabra.

— Si me disculpan – dijo dirigiéndose a todos en la mesa, mientras se ponía de pie – Carlos me está esperando con unos documentos que debo leer. – luego se dirigió a Argus – Comisario, si no altera sus planes, me gustaría poder conversar con usted cuando termine aquí. Estaré en mi despacho.

— Desde luego, señor – respondió Argus, levantándose a su vez.

— Por favor, desayune tranquilo – le dijo Abelard con una sonrisa – Con toda la actividad que tiene, necesita reponer energía.

Don Antonio abandonó el comedor, y Argus volvió a sentarse y a su desayuno. Abelard tenía razón, no sabía cuándo podría volver a comer. Miró de reojo a Samantha, que permanecía con la cabeza baja. Después de comprender que su comentario no había sido pertinente, parecía arrepentida. Argus comprendió que no pretendía molestar, su observación había sido sincera.

— ¿Desea más café, comisario? – preguntó Jimena.

— No, gracias.

— Bueno, yo también me marchó – dijo Samantha poniéndose de pie – Comisario, si algo de lo que dije le molestó, perdóneme. Soy un poco, ya sabe, rara.

— No te preocupes, Samantha. No me has molestado. Y no creo que seas rara. En realidad, me pareces una adolescente muy normal.

— ¿Pese a mis pintas? – preguntó ella.

— Especialmente por tus pintas.

Samantha le sonrió. Por primera vez, sintió que un adulto la comprendía. Lo curioso es que fuera un policía que la conocía desde hacía pocas horas. Cogió el libro de poemas que estaba leyendo, le dio un beso a su tía en la mejilla, y salió sin borrar la sonrisa de su rostro. Argus terminó su café, se excusó y se levantó. Inés también se puso de pie, con una sonrisa.

— Lo acompañaré al estudio, comisario. Le mostraré el camino.

Después de cruzar el salón y recorrer un pasillo de la planta baja, llegaron frente a una puerta. Inés tocó suavemente. La voz de Abelard los invitó a pasar. Él estaba sentado a un escritorio de caoba, y frente a él, Sánchez, su abogado, sostenía unos papeles.

— En un momento estoy con usted, comisario – dijo Abelard, mientras terminaba de firmar.

Inés le hizo un pequeño guiño a Argus y se marchó, él esperó de pie junto a la puerta, sintiéndose como un colegial, al que el director había mandado a llamar. Finalmente firmó el último documento, el abogado recogió los papeles, y los metió en un maletín.

— Los haré llegar enseguida al continente – dijo Sánchez, se puso de pie, y solo entonces pareció percatarse de la presencia de Argus – Buenos días, comisario.

— Buenos días, señor Sánchez – respondió Argus.

— Pase, comisario, siéntese por favor – dijo Abelard, señalando una silla frente a él.

Argus obedeció, tomando asiento frente al empresario. Era una situación peculiar, él era el policía, por lo que se suponía que debía llevar las riendas del interrogatorio, pero don Antonio no estaba acostumbrado a ser pasivo, así que había invertido los papeles con mucha habilidad. Argus le dejó hacer, sospechaba que de esa forma conseguiría averiguar mucho más. Y lo que más necesitaba era información.

— Le agradezco que me haya concedido el tiempo para escucharme. — dijo Abelard.

— Es parte de mi trabajo también, señor Abelard – respondió Argus – Me dijo que tenía información importante sobre el homicidio.

— Sí, es sobre ese símbolo que le marcaron a la pobre María en la frente. Sé quién lo hizo, o al menos quién está detrás de todo esto.

— Lo escucho.

— Es una Sociedad Secreta – dijo Abelard – Han amenazado a mi familia desde hace muchos años. Fue la razón por la que compré esta isla. Creí que aquí estaríamos seguros, hasta que mataron a María.

— ¿Por qué María? – preguntó Argus – Ella no pertenecía a su familia.

— Es un aviso para mí.

Argus miró a don Antonio buscando fisuras en su rostro. No las había. Él estaba sinceramente preocupado, o era un actor consumado. Por absurdo que pareciera, creía firmemente en lo que decía. Argus pensó en la carpeta de recortes, y comenzó a comprender de quién era la obsesión.

— ¿Qué le hace pensar en una Sociedad Secreta? ¿Y si es así, en cuál?

— No sé exactamente quienes son. — suspiró — Supongo que debo contárselo.— dijo resignado.

— ¿El secuestro de su hijo? — preguntó Argus, don Antonio asintió.

— Cesar tenía cinco años, Marcos tres, y Jimena era un bebé. Vivíamos en Florencia, éramos una familia normal, o al menos eso creía yo. Beatriz, mi esposa, y Carmen, que para entonces era la niñera, llevaron a los niños al parque. Todo fue muy rápido, un hombre se acercó a Cesar mientras ellas estaban ocupadas con los más pequeños. Se dieron cuenta cuando escucharon los gritos del chiquillo pidiendo ayuda. Ambas corrieron detrás del hombre, pero subió a un coche que lo estaba esperando y no pudieron alcanzarlo. — Antonio cerró los ojos, mientras una lágrima le rodaba por la mejilla.

— ¿No pudieron identificar el coche?

— No. Cuando me enteré yo me volví loco, no sabía qué hacer. Quería llamar a la policía, y al mismo tiempo temía hacerlo. No me dejaron espacio para las dudas. Apenas entré en la casa, llamaron por teléfono.

— ¿Qué pidieron?

— Nada.

— ¿Nada?

— Eso fue lo más terrible. No querían nada, — las lágrimas ya caían sin pausa de los ojos del empresario, que ahora parecía un hombre muy vulnerable — O lo que es peor, ya tenían lo que querían, al niño.

— ¿Una venganza?

— Nunca supe la verdadera razón — Abelard respiró profundo, buscando controlarse — solo dejaron claro que su objetivo era el niño, que no lo devolverían vivo bajo ninguna circunstancia.

Antonio hizo una pausa, mientras se secaba las lágrimas con el pañuelo. Argus se sentía como un torturador al hacer recordar a aquel hombre esa tragedia, pero algo le impedía detenerse y decirle que el caso del homicidio de María no guardaba relación con el secuestro del niño, ocurrido más de treinta años atrás. Argus necesitaba llenar aquellas lagunas del secuestro que aún quedaban. Esperó que Abelard se tranquilizara para continuar con su relato.

— ¿Para qué quería esa Sociedad a su hijo? — preguntó Argus.

— No lo sé — confesó Antonio — No tengo ni idea, y tengo miedo de pensar en ello.

— ¿Por qué no lo buscó?

— Porque me amenazaron. Cuando comprendí que no querían un rescate, que lo que pretendían era quedarse con Cesar, temí aún más por él. Quise avisar a las autoridades, pero entonces...

— ¿Qué? ¿Qué hicieron que lo asustara tanto que abandonó a su hijo? — preguntó Argus, con una vehemencia, que hizo que Abelard lo mirara fijamente.

— Me enviaron los ojos... — dijo don Antonio temblando, y las lágrimas volvieron a brotar.

— ¿De su hijo...?

— Sí, por correo, me llegaron los ojos de César. La acompañaba una nota firmada con ese maldito símbolo de la "V" invertida — Abelard lloraba ya sin disimulo — La nota decía que si no desaparecía del país me seguirían llegando trozos de él, y luego se llevarían a Marcos para compensar la pérdida del niño.

Argus cerró los ojos un momento, tratando de asimilar el dolor de aquellos padres.

— ¿Pudo comprobar que los ojos realmente pertenecían a César? — preguntó repentinamente — ¿Qué no le habían mentado al respecto? Pudieron quitárselos a un cadáver — argumentó.— Tal vez ni siquiera eran de un niño.

— Supongo que tiene razón, pero no era un riesgo que pudiera correr.

— ¿Qué cree que le pasó a su hijo, don Antonio? — preguntó Argus con tono amable.

— Como le dije antes, temo imaginar para qué podían quererlo, pero después de tantos años, he perdido cualquier esperanza. Estoy seguro que está muerto.

Argus asintió, quedándose pensativo por un momento. Luego miró a don Antonio como si lo viera por primera vez.

— ¿Cree que el símbolo en la frente de María demuestra que han vuelto?

— Es lo que temo.

— ¿Quiénes más conocen esta historia?

— Muy pocos, mis hijos, aunque no todos los detalles. Nunca le había hablado a nadie de los ojos. Eso... fue terrible. Mi pobre mujer nunca pudo recuperarse después de eso.

— Es comprensible, — dijo Argus — pero sobre la Sociedad Secreta, ¿con quienes ha hablado?

— Con mis hijos y sus parejas. Deben estar prevenidos. Si hubiera

sabido que algo así podía ocurrir, nunca hubieran podido llevarse a Cesar.

— ¿Alguien más?

— Carlos, se lo conté cuando compré la isla. Necesitaba que supiera lo importante que era para mí.

— ¿Son los únicos, o es posible que ellos se lo hayan contado a alguien más?

— No lo creo, mis hijos estoy seguro que no, pero por los demás no puedo hablar. Pero ¿qué importancia tiene eso?

— Tal vez ninguna, — dijo Argus — o tal vez sea lo más importante de todo. Gracias, don Antonio. Su información me ha sido de mucha utilidad.

Argus se puso de pie y se dirigió a la salida. Antes de llegar a la puerta volteó hacia Antonio.

— Usted hizo todo lo que pudo para proteger a su familia. No se torture, no fue su culpa.. — se quedó un momento pensativo — Es posible que lo que teme no haya ocurrido, y que la suerte de Cesar no haya sido tan terrible como supone. Algunas veces el destino alcanza a quienes pretenden jugar con él.

Antes de que Antonio le pudiera preguntar qué había querido decir con esas crípticas palabras, ya Argus había abandonado el despacho.

Argus se sentía aturdido cuando salió del despacho, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. En el salón lo esperaba Tudela, que mantenía una conversación con Inés. Cuando lo vieron llegar, se quedaron en silencio, observándolo fijamente.

— Comisario, ¿se encuentra usted bien? — le preguntó Inés preocupada — Está muy pálido.

Por un momento, él no respondió, estaba tan ensimismado en sus pensamientos que no comprendió que Inés le había hablado.

— ¿Comisario...? — repitió ella.

— ¿Qué...? — preguntó él, volviendo lentamente a la realidad.

— Tiene un aspecto terrible, Del Bosque, — le dijo Gerardo — parece que ha visto un fantasma.

— Lo siento, — respondió Argus, recuperando la compostura — estoy bien, solo... No tiene importancia.— miró a Inés que lo observaba preocupada, y le sonrió — En serio, estoy bien. — luego volteó hacia Tudela — ¿ya ha pensado en lo que hablamos ayer?

— Sí, estoy dispuesto a continuar ayudándole. Lo más importante

ahora es detener al culpable de la muerte de María.

— Me alegra escuchar eso, Tudela. Como le dije, valoro mucho su colaboración. Ahora, será mejor que nos pongamos a trabajar. Hay mucho que hacer.

— Usted dirá por dónde empezamos. — dijo Gerardo.

— Me gustaría hablar con el padre de María, y es importante volver a interrogar a Sergio.

— Comisario, no creerá que fue el chico.— protestó Gerardo — Sé que es un capullo, pero de ahí a matar a María...

— No pienso que sea el asesino, — le aclaró Argus— pero sí nos ha ocultado información que probablemente sea muy importante para la resolución del caso.

— Entonces vamos — admitió Gerardo.

— Comisario — dijo Inés, cuando ellos se disponían a salir. Ambos se detuvieron — Tenga cuidado.

Argus asintió sin saber qué decir, le resultaba extraño que alguien se preocupara por él. Salieron de la mansión y subieron al coche de Tudela. En pocos minutos llegaron al pueblo.

— ¿A quién vemos primero? — preguntó el jefe de seguridad.

— Al padre de María — dijo Argus — Hábleme de él.

— Pablo García — dijo Gerardo — Es un buen hombre, sencillo, y todo esto lo ha superado.

— ¿Es el chófer de don Antonio?

— Así es.

— ¿Es necesario su trabajo en esta isla?

— No realmente. — reconoció Gerardo — Su verdadero trabajo lo lleva a cabo en el continente. Es de confianza, y ha sido chófer de la familia desde hace muchos años. Cuando los hijos de don Antonio eran pequeños, Pablo los protegía además de llevarlos de un lugar a otro.

— Comprendo, ¿y ahora?

— Bueno, don Antonio también cuida de sus nietos, pero cada uno de sus hijos toma sus propias precauciones. Ahora, Pablo cumple más funciones de chófer, y casi exclusivamente para don Antonio.

— Si su trabajo ha estado centrado en el continente, ¿por qué vive en la isla?

— Es un privilegio que solicitó al jefe — explicó Gerardo — Quería que su hija creciera en un ambiente sano, ya me entiende, sin malas

influencias.

— Comprendo.

— Pobre hombre – añadió Tudela – Ni en sus peores pesadillas imaginó que María pudiera ser una víctima, viviendo en la isla.

Llegaron frente a una casa que era similar a las del resto del pueblo. Dos pisos, paredes blancas, un balcón con flores, ahora marchitas, y un jardín del que nadie se ocupaba desde hacía días. Gerardo tocó la puerta, pero tuvo que insistir, hasta que un anciano la abrió.

— Buenos días, Pablo – dijo Gerardo — ¿Cómo estás?

— ¿Cómo quieres que esté?

— Él es el comisario Del Bosque, ha sido enviado por el Cuerpo Nacional de Policía español para ocuparse del caso de María.

— ¿Puede volverla a la vida? – preguntó el dolido padre.

— Sabe que no – respondió Argus.

— Entonces su trabajo es inútil.

— No puedo traer de vuelta a María, señor García, – argumentó Argus— pero tal vez podamos evitar que otros corran la misma suerte.

El viejo lo miró con detenimiento, luego se hizo a un lado para dejarlos pasar. Cuando entraron, y Argus pudo verlo mejor, comprendió que en realidad no era tan viejo. Se trataba de un hombre de aproximadamente cincuenta años, pero el abandono al que se había sometido a sí mismo, lo hacía parecer un anciano. El cabello ralo se veía empegostado y despeinado. La barba tenía al menos tres días, y la camisa estaba llena de lamparones. Sus movimientos, lentos y pesados, correspondían a un hombre hundido por el sufrimiento. Arrastrando los pies, los guio a través de una pequeña sala, hasta la cocina, donde había una cerveza abierta. Se sentó frente a ella. Cuando Argus la miró, alzó la botella y bebió un largo trago.

— ¿Gustan?— preguntó desafiante.

— No, gracias – respondieron ambos.

— ¿Qué quieren? — preguntó Pablo – Como ven, estoy muy ocupado.

— Debemos hacerle algunas preguntas sobre su hija, señor García – dijo Argus – Luego lo dejaremos en paz.

— Pregunten.

— ¿A María le gustaba vivir aquí?

— ¿Qué clase de pregunta es esa? Claro que le gustaba.

— Tengo entendido que hubo un tiempo en que quería irse – dijo Argus.

— Eso fue una etapa, como las que tienen todos los chicos. Cuando su madre enfermó, tuvimos que llevarla a Madrid porque aquí no había suficientes recursos para tratarla. María se vino con nosotros y me ayudó a cuidarla.

— ¿Se sintió bien en Madrid? ¿Le gustó estar allí?

— Al principio, ya sabe, la novedad. Cuando no tenía que quedarse con su madre, salía con amigas, visitaba lugares que solo conocía de oídas, y las primeras semanas hablaba de no regresar a Marañón, pero eso duró poco. Antes de un mes estaba desesperada por volver, echaba esto de menos, así que cuando su madre murió, regresó al día siguiente del entierro. Eso le dirá si le gustaba vivir aquí o no.

— ¿Fue repentino ese cambio de opinión?

— ¿Qué quiere decir?

— Esa nostalgia, surgió de un día para otro, o fue algo progresivo.

— No me acuerdo bien – dijo Pablo pensativo — En esos días mi mayor preocupación era la enfermedad de mi mujer. Sólo recuerdo que María hablaba mucho de encontrar un trabajo en el continente, y de repente dijo que quería regresar a casa.

— Entonces fue repentino.

— Supongo que sí, ¿importa eso?

— Aún no lo sé.— reconoció Argus – Señor García, ¿notó usted algún cambio en María los últimos días?

— Bueno, sí, estaba un poco más callada. Le pregunté si le pasaba algo, y solo me dijo que eran cosas de chica, así que no intervine más.

— ¿Le dijo si algo le preocupaba?

— No.

— ¿Tenía novio?

— Estuvo saliendo una temporada con Sergio, el hijo de Avelino, pero cuando volvió de Madrid, eso se terminó. Y no puedo decir que no me alegrara, los Martínez son buenas personas, pero ese Sergio es un mal elemento.

— ¿Cómo era la relación entre ellos después de que terminaron?

— Al principio el chico se enfadó mucho y la acosaba. En una ocasión tuve que darle un par de hostias, Gerardo intervino – dijo señalando con la cabeza al jefe de seguridad – Luego Avelino habló con su hijo, lo metió en cintura, y las cosas se calmaron.

— ¿Se hablaban?

— Se saludaban si se cruzaban en la calle – dijo Pablo – Nada más.

— Comprendo,— dijo Argus pensativo, luego miró a Pablo a los ojos – Señor García, debo hacerle una pregunta que no le gustará, pero es necesaria.

— Más vale que tenga cuidado con lo que dice, – le previno Pablo amenazador – comisario o no.

— ¿María consumía drogas? – Gerardo miró a Argus, enfadado. Tampoco le gustó la pregunta.

— ¡Cómo coño se atreve a decir eso en mi propia casa! – dijo Pablo levantándose de golpe — ¡Maldita sea! ¿Quién se cree que es para embarrar el nombre de mi pobre hija?

Argus y Gerardo también se pusieron de pie, Pablo se giró, y cogió un cuchillo de cocina, que empuñó amenazante en dirección a Argus.

— Pablo, cálmate – le dijo Gerardo – El comisario solo hace su trabajo, son preguntas de rutina. No te busques más problemas, ¡baja ese cuchillo!

— ¡Hijo de puta! – gritó Pablo, con el cuchillo aún en alto, dirigiéndose al comisario – Si no sales de mi casa cagando leches, voy a abrirte un agujero en la barriga.

— No ha respondido mi pregunta, y es importante para que descubramos al asesino – dijo Argus con una sangre fría que puso los pelos de punta a Tudela — ¿Llegó a consumir su hija alguna droga?

Pablo no lo pensó dos veces, se abalanzó hacia delante, empuñando el cuchillo hacia el cuerpo del comisario. Los siguientes minutos siempre serían un misterio para Tudela. En un momento, un furioso Pablo arremetía contra el policía, y al siguiente, el mismo Pablo se encontraba en el suelo, con el brazo que había sujetado el arma doblado a la espalda, y el cuchillo en la mano del comisario. Si Del Bosque se movió, Gerardo no lo vio. Parecía un truco de magia.

Pablo se debatía, tratando de librarse de la sujeción del policía. Argus arrojó el cuchillo al fregadero, fuera del alcance del padre de María, y sin soltar su presa, lo ayudó a levantarse. Pablo comprendió que estaba derrotado, y dejó de forcejear, siendo sacudido repentinamente por el llanto. Del Bosque lo soltó, lo ayudó a sentarse a la mesa, buscó un vaso de agua y se la ofreció. Tudela permanecía inmóvil, incapaz de reaccionar.

Argus tomó asiento de nuevo junto a Pablo, y esperó que se calmara. No repitió la pregunta, pero estaba claro que no se marcharía sin una

respuesta.

— Fue la razón por la que nos mudamos a la isla – dijo finalmente Pablo en un murmullo – María tenía catorce años cuando un primo con el que siempre andaba, la metió en esa mierda. La convenció de probarla, y ella quedó enganchada. Su madre y yo pensamos que aquí estaría a salvo de eso.

— Gracias don Pablo – dijo Argus con suavidad – Lamento haberle hecho recordar algo tan doloroso. Le prometo que nadie lo sabrá, a menos que sea necesario para que el culpable sea condenado.

Pablo asintió con la cabeza, ya sin fuerzas para protestar. Argus le puso la mano en el hombro a modo de despedida, y salió de la casa seguido de Gerardo.

— Usted sí que sabe hacer amigos ¿no es así? – dijo Tudela con sarcasmo.

Argus no respondió, solo lo miró mientras caminaba en dirección al bar. Aunque Tudela no lo podía saber, había metido el dedo en la llaga, y su comentario no pudo ser más cruel. La verdad era que Argus tenía muy pocos amigos. Era capaz de comprender la mente criminal, además le resultaba sencillo identificarse con las víctimas o con sus familias, desarrollando un comportamiento compasivo y protector hacia ellas, pero cuando se trataba de entablar una relación social fuera del ámbito del trabajo, se mostraba torpe e inseguro. Por eso lo que más lo atormentaba, cuando su mente no estaba inmersa en la resolución de un caso, era la soledad. Una soledad que a partir de ese día sería más patente, más cruda, porque ahora era dolorosamente consciente de lo que había perdido.

Capítulo seis.

Argus y Gerardo llegaron al bar que estaba desierto a esa hora del día. Avelino, detrás de la barra los miró y por su expresión era obvio que no se alegraba de verlos. Ambos hombres se acercaron, Gerardo, con cierta sensación de culpa. Aquella maldita situación, y su colaboración con el policía, lo estaban enemistando con todos sus vecinos y amigos. El comisario regresaría al continente cuando el caso se resolviera, o se diera por cerrado, pero él tendría que continuar viviendo allí, con la gente a la que ahora molestaba. No pudo evitar sentir cierto rencor hacia Del Bosque, y de buena gana lo hubiera dejado sólo, pero don Antonio había insistido en que se pegara al comisario como su sombra. Era la única forma de enterarse cómo avanzaba la investigación. Y don Antonio era el que pagaba las cuentas, por lo tanto el que daba las órdenes.

— Espero que lo que vengan a buscar sea café – dijo Avelino, sin disimular desagrado.

— Me temo que no, Avelino – dijo Argus – Necesitamos volver a hablar con Sergio.

— ¿No lo han molestado bastante? – preguntó el cantinero – O es que no hay nadie mejor a quién humillar.

— Dejaremos en paz a Sergio cuando nos cuente todo lo que sabe sobre la muerte de María – insistió Argus – Y créame, que es por su bien.

— ¿Por su bien? Ser acosado por la policía no le hace bien a nadie.

— No quiero acosarlo, de hecho, prefiero que usted esté presente cuando hablemos con él.

Avelino lo miró dubitativo, sabía que no podía evitar el interrogatorio, por mucho que se opusiera. En ese momento, el comisario representaba toda la autoridad en la isla. Cedió resignado.

— Muy bien, — aceptó Avelino — pero le advierto que no permitiré que atropelle los derechos de mi hijo.

— No acostumbro atropellar los derechos de nadie, Avelino.

Martínez los condujo a la cocina, donde se había realizado el interrogatorio el día anterior. Teresa estaba ocupada cocinando para cuando comenzaran a llegar los clientes, y cuando los vio entrar, reflejó la preocupación en su rostro.

— Avelino... – dijo en tono de súplica.

— No pasa nada, mujer. Anda, dile a Sergio que venga, y déjanos solos. Teresa se secó las manos en el delantal mientras miraba suplicante a los dos hombres. Temía por su hijo. Luego subió las escaleras sin decir nada. Avelino los invitó a sentarse alrededor de la mesa. Al cabo de pocos minutos, Sergio bajó las escaleras.

— ¿Otra vez aquí? – preguntó desafiante – Ya les he dicho todo lo que sabía, ¿qué coño quieren?

— Siéntate, Sergio – le dijo su padre con voz firme – Y contesta todo lo que te pregunten con la verdad. Después de eso, han prometido que no te molestarán más.

— ¿Y tú les crees?

— Al forastero no, – reconoció Avelino – pero a Gerardo lo conozco. Sé que cumplirá su palabra.

Sergio no encontró más argumentos para negarse, así que se sentó en la mesa frente a sus interrogadores, con su padre a su lado. Argus pasó por alto la ofensa, enlazó las manos sobre la mesa y miró fijamente al chico.

— ¿Qué? – dijo Sergio, al cabo de un rato — ¿Otra vez mirándome como si fuera maricón? Pregunte de una vez, y déjeme en paz.

— ¿Desde cuándo consumes cocaína? – preguntó Argus, tomando por sorpresa a Sergio, que esperaba que el tema fuera María. Avelino y el propio Gerardo también quedaron sorprendidos.

— Yo no consumo esa mierda.

— Has dejado evidencia, restos de polvo en la cala donde esnifas – dijo Argus, mientras sacaba una pequeña bolsa de plástico del bolsillo.

— Cualquiera pudo haber ido allí, ¿por qué piensa que fui yo?

— Porque tú mismo nos has dicho que vas a ese lugar a estar sólo, y no creo que sea para contemplar las gaviotas – respondió Argus – Además, hay marcas de motocicleta en la arena, y estoy seguro que si las comparamos, encontraremos que son las de tu moto.

Avelino se había envarado, y tenía el rostro demudado mientras observaba la reacción de su hijo. Sergio tragó saliva.

— No he dicho que no hubiera ido, sino que la coca no era mía.

— Vacía tus bolsillos, Sergio – dijo Argus.

— No tiene derecho...

— ¡Vacíalos, maldita sea! – le espetó su propio padre, que se había puesto pálido.

Sergio obedeció a regañadientes, y de un bolsillo interno de la

chaqueta, salió una bolsita con polvo blanco. Avelino resopló, como un toro a punto de embestir, y Gerardo se preguntó si tendría que proteger a Sergio de su propio padre. El único que conservaba la calma era el comisario.

— ¿María también consumía? – le preguntó.

— No.

— ¿No? Según su padre, sí lo hacía. – dijo Argus – La verdad, Sergio.

— Di la verdad, maldita sea – le advirtió Avelino entre dientes. Se estaba convirtiendo en el mejor aliado en el interrogatorio.

— A veces, no siempre – reconoció Sergio – No era habitual, sólo fines de semana, o cuando tenía mucha presión.

— ¿Y la tenía en los últimos días? – preguntó Argus.

— Sí.

— ¿Era ella quien te acompañaba algunas veces a la cala?

— ¿Cómo sabe...?— preguntó Sergio alzando la vista, como si el comisario fuera adivino. Al ver la dureza de su mirada se rindió – Sí.

— ¿Quién les suministraba la droga?

— Eso no se lo puedo decir – dijo Sergio, sinceramente asustado – Me matarían.

Argus lo miró un momento, luego asintió con la cabeza, como si estuviera conforme. Avelino ya no protestaba por el interrogatorio, estaba demasiado consternado por el giro de los acontecimientos, y Gerardo pensó que no era para menos.

— No importa, — dijo Argus – lo averiguaré de todas formas. – luego volvió a la carga con el interrogatorio — ¿Quién más consume en la isla?

— No lo sé.

— Me estás mintiendo.

— Le digo la verdad, yo compraba para María y para mí, no sé de nadie más.

Tocaron la puerta de la cocina. Avelino dio un respingo, como si hubiera salido de un trance. Se levantó con movimientos pesados y abrió la puerta.

— Pedro, — dijo el cantinero con tono ausente. — ¿Has venido a traer...?

— Es lo que pesqué esta mañana, don Avelino – dijo el joven pescador – Está fresco.

— Está bien, déjalo en la nevera, luego te pago, ahora estoy ocupado.

— Lo que usted diga – respondió Pedro con una sonrisa.

El pescador cruzó la cocina cargando una caja de madera con hielo y pescados, hasta una esquina donde se encontraba un refrigerador industrial. Era un joven desgarbado y pecoso, con el cabello liso, largo de color castaño. No volteó a mirar, ni pareció sorprendido por la extraña reunión que tenía lugar en la mesa. El interrogatorio entró en pausa, mientras el joven terminaba su tarea.

No fue algo evidente, Argus ni siquiera hubiera podido definirlo. Una rápida mirada de Sergio hacia la caja, desviada con prisa, seguida de un leve temblor de los labios. La indiferencia excesiva del pescador, que parecía encontrar normal una situación que no lo era. Argus se puso de pie, y antes de que Pedro llegara a la esquina, lo llamó.

— Pedro, ¿verdad? – le dijo.

— Sí señor – respondió el joven con desconfianza.

— Ven aquí, y trae la caja, por favor.

— Pedro sonrió, dudando. Sergio se envaró, y el temblor de los labios llegó a la mejilla. Ni Avelino, ni Gerardo entendían nada.

— Si no refrigero los pescados se echarán a perder, señor – protestó Pedro – Avelino se lo puede confirmar.

— Solo serán unos minutos, pon la caja en la mesa.

Pedro obedeció a regañadientes, Argus se puso de pie a su lado, obstruyéndole el camino hacia la puerta, y miró a Gerardo.

— Por favor, revisa bien la caja, entre el hielo, debajo de los pescados.

Gerardo obedeció metiendo las manos entre el hielo, removiéndolo. Argus no perdía de vista a Sergio, ni a Pedro. Avelino fruncía el ceño, confundido por la conducta del comisario.

— No hay nada extraño, – anunció Gerardo – solo hielo.

— ¿Me puedo ir ya? – preguntó Pedro, aliviado.

— Espera.— dijo Argus, sujetando el brazo del joven. Luego se dirigió a Gerardo – Usa un cuchillo, y revisa los pescados por dentro.

Un poco incómodo, Gerardo obedeció. En los primeros que abrió, los de la superficie, no había nada, pero Argus insistió en que revisara todos los pescados. El ambiente de la cocina era tan tenso que casi se hacía irrespirable.

Finalmente, de los dos últimos pescados del fondo, Gerardo sacó un par de bolsas de cocaína.

— ¡Hijo de puta! – le gritó Avelino a Pedro — ¡Has usado mi negocio para distribuir tu mierda!

Pedro intentó sorprender a Argus y golpearlo con el codo para huir, pero el comisario esperaba el movimiento, y de la misma forma que una hora antes había dominado a Pablo, no le costó ningún esfuerzo hacer lo mismo con el pescador. Le sujetó el brazo a la espalda obligándolo a doblarse sobre la mesa. De algún lugar detrás de la chaqueta del policía aparecieron unas esposas, que usó con agilidad en el camello.

— Tú me has delatado, ¿verdad? – le espetó Pedro a Sergio – Lo vas a pagar, te mataré.

— No matarás a nadie – le dio Argus – De momento, tienes bastante por lo que preocuparte— luego se dirigió a Gerardo — ¿tienen algo parecido a una prisión?

— Hay una habitación en mi oficina que uso para que los borrachos duerman la mona, cuando se exceden.

— Tendrá que servir de momento. Enciérrelo allí, y espéreme.

— ¿No va a enviarlo a tierra con el avión de la tarde?

— Después que lo haya interrogado, tiene mucho que decirnos.

— No te voy a decir nada, maldito madero – dijo Pedro.

— Eso ya lo veremos.

Gerardo empujó al maniatado pescador, guiándolo hacia la calle. Avelino se sentó despacio, pero esta vez no lo hizo junto a su hijo. No podía dejar de mirar fijamente la caja con los pescados que reposaba sobre la mesa, pensando en cuántas veces había recibido Sergio aquella maldita droga con ese camuflaje. Teresa, que había bajado en silencio las escaleras cuando escuchó llamar a la puerta, fue testigo de todo, sin que nadie se hubiera dado cuenta. Finalmente Avelino reunió el valor para hablar.

— ¿Qué pasará con Sergio?

— Está en posesión de droga, y forma parte de la red de distribución... – comenzó a decir Argus.

— No, no, no es verdad, se lo juro – dijo Sergio, ya sin asomo de altanería.

— ¿Me estás diciendo que eso era para tu consumo?

— Sí, era para mí. Era la forma de entregármela sin que nadie sospechara. Yo solo compraba para mí, y a veces para María.

— Aun así, debo arrestarte, Sergio – insistió Argus — llevas encima droga, y la has recibido de un distribuidor. Eso es un delito.

— Comisario, ¿no podría darle una oportunidad? – preguntó Teresa.

— No creo que eso le haga ningún bien, Teresa – dijo Argus – Además, si se queda aquí, Sergio podría correr peligro. En la cárcel puedo arreglar que sea protegido. Y siendo su primer delito saldría en poco tiempo.

— Pero quedaría marcado con antecedentes – dijo Teresa – Eso comprometerá su futuro.

— Es peligroso que se quede, lo digo en serio – insistió Argus.

— Nos haremos responsables de él, comisario – intervino Avelino – Le juro que no saldrá de aquí. Arresto domiciliario, ¿no es como le dicen?

— No lo sé, — Argus suspiró, se sentía como un villano. Comprendió la desesperación de Avelino y Teresa, y se preguntó si podía hacer algo para aliviarles el trance. — Muy bien, — dijo por fin — quiero que me escuchen. Es probable que la muerte de María tenga relación con todo esto, y si es así, Sergio también corre peligro. No puedo hacerme cargo de su protección, no dispongo de personal para ello. Así que si se queda, deben garantizarme que no permitirán que su hijo salga de esta casa, por ningún motivo. Si no se sienten en capacidad de cumplir con esa condición, será mejor detenerlo. Es posible que no parezca la mejor solución, pero al menos le garantizaría la vida.

— Le juro que no saldrá, ni de la casa, ni de su habitación – prometió Avelino con firmeza.

— Confío en usted, Avelino – dijo Argus, luego miró a Sergio – Espero que comprendas la suerte que tienes de contar con estos padres. Si yo estuviera en tu lugar, meditaría sobre eso.

Sergio, apoyado en la mesa con la cabeza gacha, no respondió. Había abandonado su postura de hombre duro, siendo solo un chico asustado.

— ¿Hay algo más que yo deba saber? – le preguntó Argus.

— No – dijo Sergio, como si le hablara a su bolsillo.

— De acuerdo, si cambias de opinión, hazme llamar y acudiré enseguida. Argus inclinó la cabeza para despedirse de los Martínez, y se dispuso a marcharse. Antes de salir, Teresa lo llamó.

— Comisario – le dijo. Argus se detuvo, y volteó a mirarla – Gracias.

Él no estaba muy seguro de que tuvieran algo que agradecerle. Había irrumpido en sus vidas volviéndolas del revés. Desde luego, que la responsabilidad recaía completamente en Sergio, pero eso no hizo que Argus se sintiera menos culpable. Su trabajo lo obligaba a sacar a la luz lo peor de las personas, lo cual nunca resultaba agradable. De repente se sintió muy

cansado, su vida había sido demasiado dura, aunque siempre había tratado de ignorar ese hecho. Pero ya era tarde para cambiar el pasado, y lo que era más importante, era muy tarde para cambiar lo que él era. Caminó en dirección a la oficina de Tudela, mientras el cielo comenzaba a descargar una ligera llovizna, que también ignoró.

La sala de descanso de la oficina de seguridad, había sido convertida en improvisada sala de interrogatorios. Argus nunca había trabajado en condiciones tan extravagantes. Pedro no era tan inofensivo como parecía, por lo que Argus lo esposó de tal manera que las manos le quedaran sujetas al travesaño de la silla.

La demostración de que Sergio y María eran consumidores habituales, y el descubrimiento del pescador como su proveedor habían dejado muy impresionado a Gerardo, que ahora miraba al comisario como si éste fuera brujo, y pudiera sacar un conejo de la chistera en cualquier momento. Pedro no compartía ese respeto, y no dejó de exteriorizar su odio hacia el maldito madero que lo había detenido. Si Argus se hubiera tomado en serio la mitad de las amenazas del joven, hubiera tenido que contratar un servicio funerario urgente. Pero él llevaba muchos años siendo policía, así que no se asustaba con facilidad.

— Pedro Torres – dijo Argus, mirando los papeles que Gerardo tenía sobre el chico.— Por lo visto, tienes actividades muy versátiles.

— Si usted lo dice.

— ¿Desde cuándo te dedicas a distribuir droga en la isla?

— ¿Quién dice que lo hago?

— ¿Quieres hacernos creer que no sabías nada sobre el contenido de los pescados?

— Yo me dedico a pescar, no puedo saber qué traen esos bichos en la barriga. Es posible que se hayan tragado esa mierda en el mar.

— Claro, — respondió Argus en tono burlón — ¿Quién te suministra?

— Nadie.

— Aparte de Sergio, ¿a quién más le vendías?

— ¿Pescado? – preguntó Pedro haciéndose el tonto – A la mitad de las amas de casa del pueblo, y también a la mansión.

— La droga ¿a quién?

— ¿Qué droga?

— Muy bien – dijo Argus, armándose de paciencia – Ya que no

colaboras, seré yo quien te diga lo que ocurre aquí.

— ¿Me va a contar una historia? ¡Que divertido!

— Traer mercancía ilegal a esta isla no es tarea fácil, ¿verdad? – dijo Argus — Solo es posible llegar por barco o por hidroavión, y cualquier vehículo no autorizado llamaría enseguida la atención. Pero aquí hay un mercado cautivo, jóvenes aburridos en busca de emociones. Así que, digamos que un cartel con control en esta zona pensó que podía ser interesante ofrecer sus servicios a la población. El problema era hacerla llegar. Y ahí es donde entras tú...

— ¿En serio?

— Desde luego. Tú sales a pescar a mar abierto todos los días, y regresas sin que nadie se sorprenda, sin levantar sospechas. Así que, cada cierto tiempo, te encuentras en un punto determinado con un barco de narcotraficantes. Ellos te entregan la mercancía, tú les pagas lo acordado, y escondes la droga en los pescados. Luego es cuestión de entregar la caja correcta al cliente apropiado, cobrando en función del condimento del pescado.

— Muy buena historia, pero cómo piensa probarla.

— Tenemos la cocaína en los pescados. El señor Tudela y yo somos testigos de cargo, eso sin contar a los Martínez. Además estoy seguro que un análisis exhaustivo de tu barca nos permitirá encontrar restos del polvo blanco en alguna superficie. Tenemos pruebas de sobra, eso no debe preocuparte.

— Si ya lo sabe todo, y puede probarlo, ¿para qué se molesta en interrogarme?

— Porque mi interés principal en este momento no es el tráfico de drogas, sino un caso de homicidio.

— No sé nada de eso.

— Puede ser, pero creo que tienes información que puede resultarme útil.

— ¿Y por qué se la daría?

— Porque si lo haces, dejaré muy claro en el informe que no fuiste tú quien delató a Cipriano Farías, el capo del narcotráfico que te surte la mercancía.

— ¿Cómo lo...?— balbuceó Pedro, y luego cerró la boca.

Gerardo miró a Del Bosque, ¿de dónde coño sacaba ese hombre la información? El pescador había palidecido, y estaba sentado con la espalda rígida. Argus simplemente se le quedó mirando.

— No te molestes en negarlo, — dijo el comisario — si es esa tu intención. Sé que es él quien te vende lo que distribuyes. Escucha, Pedro, tú eres un pez demasiado pequeño para que me importes. Voy a enviarte al continente como uno de los distribuidores de Farías, y tu arresto va a preceder al suyo en pocas horas. Él puede pensar que tú tuviste algo que ver...

— No, por favor — suplicó Pedro temblando — No sabe lo que me harán si creen que yo lo delaté. No puede dejar que eso pase.

— No, muchacho — dijo Argus con suavidad — No será difícil que comprendan que tú no fuiste el delator. Sólo es necesario retrasar un poco tu arresto y envío al continente, pero para poder hacerlo, tengo que justificar que necesité interrogarte, porque tenías información esencial en el caso que me ocupa. Ahora quiero saber: ¿Sigues insistiendo en que no tienes ninguna información sobre María, y por lo tanto te vas en el hidroavión de esta tarde? O por el contrario, tienes mucho que decirme, por lo que debo retrasar tu partida hasta mañana.

— Le diré lo que quiera saber,— le dijo Pedro con desesperación — No sé quién la mató, pero le contaré todo lo que quiera con la condición de que espere hasta mañana. No me envíe hoy, me matarán.

— De acuerdo — admitió Argus— Lo primero que quiero es una lista de todos tus clientes en la isla.

— Se la daré, — dijo Pedro asintiendo.

— Gerardo, traiga papel y lápiz, por favor— dijo Argus, mientras le quitaba las esposas al preso.

En los siguientes minutos, el pescador traficante escribió media docena de nombres, la mayoría jóvenes de la isla. Uno de ellos, sin embargo, destacaba.

— André Davoisier — leyó Argus — ¿él te compraba cocaína?

— Para su mujer, — reconoció Pedro, que se sentía muy colaborador — por lo visto, está muy enganchada.

— ¿Cómo llegó hasta ti?

— Es cliente de Farías en el continente, él me dijo que le suministrara mientras estuviera en la isla.

— ¿María lo sabía?

— No lo creo, es muy discreto.

— ¿Y Sergio?

— Menos aún. No comento a unos clientes sobre otros, es malo para el negocio.

— ¿Davoisier también consume?

— No, según él, lo que me compraba era todo para su mujer.

Argus encontró otro nombre significativo en la lista y encaró a Pedro.

— ¿Qué me dices de éste, Julio Castañeda?

— Es cliente asiduo, — reconoció Torres — aunque consume poco.

Solo cuando está bajo mucha presión, o eso dice.

— ¿El yerno de don Antonio? ¿Consume drogas? — preguntó Gerardo, conmocionado — ¡Joder!

No es tan extraño, Tudela — dijo Argus —por desgracia, muchas personas con trabajos de responsabilidad, sometidas a mucho estrés, lo hacen. Se engañan a sí mismos diciendo que es esporádico y que lo pueden dejar cuando quieran, que solo es para soportar la presión. Excusas así. En el fondo, no son mejores que cualquier yonki.

— ¿El señor Abelard tiene que saberlo? — preguntó Gerardo preocupado — Esto será un golpe muy duro para él.

— De momento, no se lo diremos a nadie — dijo Argus, luego se volvió a Pedro — ¿Alguna vez amenazó María con hablar del tráfico de drogas en la isla?

— Claro que no, ella necesitaba su dosis, no la hubiera puesto en peligro.

— ¿Coincidió en algún momento con los otros clientes? ¿Llegó a conocerlos?

— No, ella casi nunca se me acercaba, como le dije antes, Sergio compraba para los dos.

— ¿Quiso María, entrar en el negocio de distribución?

— Nunca.

— ¿Tuvo contacto con alguien más en la cadena, otro traficante aparte de ti?

— No.

— ¿Alguna idea de quien la asesinó? ¿Rumores?

— No.

— No me estás ayudando mucho, Pedro — advirtió Argus.

— Le estoy diciendo lo que sé,— respondió el pescador con desesperación — No sé quién la mató, ni por qué. Fui el primer sorprendido. Oiga, María ni siquiera compraba directamente. Su padre la vigilaba mucho, así que Sergio la obtenía por los dos. Si hablé con ella un par de veces fue mucho. Si más bien me evitaba.

— Está bien, no te pongas nervioso — miró a Gerardo — Puede llevarlo de vuelta a la celda.

— ¿Me enviará hoy a tierra? — preguntó el asustado joven.

— Es posible que necesite interrogarte de nuevo, así que serás huésped del señor Tudela un día o dos más.

— Gracias — dijo Pedro con alivio, y se dejó conducir a la celda manso como un cordero.

Gerardo regresó casi inmediatamente. El comisario parecía ensimismado con la lista de los clientes del pescador. El jefe de seguridad se sentó a su lado.

— ¿Cómo supo lo del distribuidor de drogas, el tal Farías? — preguntó sin salir de su asombro.

— No hay ningún misterio, Gerardo, — dijo Argus — Estoy en constante comunicación con mis superiores. Anoche me notificaron que estaban a punto de detener a Farías.

— Pero ¿cómo supo que era él, y no otro?

— Es como funciona, ¿sabes? — explicó Argus — Los diferentes carteles se reparten el mundo por zonas, y cada uno respeta sus fronteras, casi siempre. Cuando uno invade el territorio de otro se produce una guerra, con muchos muertos. Llevamos bastante tiempo detrás de Farías, quien maneja esta zona del Atlántico. Las probabilidades de que hubiera otro pisándole el terreno eran muy escasas. Tenía que ser él.

— Pues ese chico está aterrorizado.

— Tiene buenas razones para estarlo — reconoció Argus — Si sospechan que los traicionó, no solo lo matarían, sino que convertirían su muerte en algo inolvidable, como ejemplo.

— No lo expondrá a eso, ¿verdad? — preguntó Tudela — Es un cabrón, pero solo es un chico.

— Desde luego que no, — dijo Argus — lo mantendré lo suficientemente apartado para que no corra ningún peligro.

— ¿Y si no hubiera hablado? — preguntó Tudela. Argus lo miró con tristeza.

— Tengo más facilidad para hacer enemigos que amigos, Gerardo — le dijo en clara alusión a su acusación de la mañana. —pero no soy partidario de colaborar con un homicidio, ni siquiera por omisión.

El comisario volvió a concentrarse en sus pensamientos acerca de la lista, mientras Tudela bajaba la vista avergonzado.

Argus regresó andando a la mansión, después de pedirle a Gerardo que vigilara a Torres. Iba sumido en sus pensamientos, el asunto de la droga parecía haberle dado un nuevo giro al caso, pero aún no tenía muy clara cuál era la relación con la muerte de María.

Había varios aspectos de María que le habían llamado la atención. En primer lugar, el cambio de actitud que tuvo a partir de su visita a Madrid. De una desesperación por abandonar la isla había pasado a un fuerte deseo de permanecer en ella. También valía la pena investigar el cambio en su conducta. Si creía a Sergio, de una joven activa sexualmente, había pasado a una conducta casi monjil. Tenía que comprobar si ese rechazo era exclusivamente hacia Sergio, o si se extendía a todos los hombres. En un pueblo tan pequeño y aislado, no podía ser fácil esconder una relación.

Una idea comenzó a formarse en el cerebro de Argus. Algo muy grave le había ocurrido a la chica en la península, y era posible que ese mismo hecho estuviera relacionado con su muerte. No creía que se tratara solo del fallecimiento de la madre. Eso podía resultar traumático, pero no al punto de hacerla cambiar su personalidad. Según su padre, María acostumbraba salir con amigas cuando no tenía que estar en el hospital. Argus decidió que era importante interrogar a esas amigas.

Miró el reloj, apenas pasaban diez minutos del mediodía. Estaba levantado desde antes de la madrugada, y no había tenido un momento de descanso, pero siempre le ocurría cuando estaba inmerso en un caso, que no podía parar. El hidroavión salía esa misma tarde en dirección a Tenerife. Si se daba prisa, podía estar en Madrid antes del anochecer, a tiempo para interrogar a las amigas de María, y regresar al día siguiente.

Sin embargo, le preocupaba que aún no hubiera podido hablar con los habitantes de la mansión para establecer sus coartadas la noche del crimen. Parecía que las horas del día no le alcanzaban. No sentía que había adelantado lo suficiente. Bejarano se había negado asignarle un compañero. No tenía suficiente personal, le dijo, y el jefe de seguridad de la isla estaba a su disposición, pero la realidad era que Gerardo había resultado de poca ayuda hasta el momento, salvo como guía. No tenía experiencia como investigador criminal, y estaba demasiado involucrado con los testigos y sospechosos. Sin embargo, Argus no tendría más remedio que delegar alguna tarea en él.

Un resoplido y el golpeteo de unos cascos lo sacaron de sus meditaciones. Volteó sorprendido, y vio a Inés sobre un formidable pura

sangre negro, acercándose por el camino. La imagen le recordó a una amazona. Ella le sonrió mientras desmontaba, manteniendo al magnífico animal sujeto por las riendas. Argus la miró embelesado, estaba preciosa con el traje de montar y no pudo evitar pensar en la facilidad con la que controlaba al noble e imponente animal, que tan claramente la superaba en fuerza.

— Hola comisario – le dijo ella sonriendo, divertida por la expresión de sorpresa del rostro de él. — ¿De vuelta a la mansión?

— Sí – dijo él, recuperándose de la impresión – No sabía que montaba.

— Es uno de mis pasatiempos favoritos – reconoció ella— Al otro lado de la isla están los establos. A Jimena siempre le gustaron los caballos, y don Antonio hizo construir una escuela de equitación al oeste. La mayoría de los chicos acuden a ella, pero los caballos están a disposición de todos sus habitantes. ¿Le gusta montar, comisario?

— Antes lo hacía con frecuencia – dijo él, mientras recordaba cuándo había aprendido. Había sido en Asturias, cuando conoció a Isabel. Ella le enseñó. Sintió una punzada de dolor, no había vuelto a acercarse a un caballo desde que Isa no estaba. Inés lo miró con curiosidad, seguramente tratando de desentrañar lo que pensaba. ¡Que hermosa era!

— Me gustaría que me llamara Argus, si no le importa – le dijo de repente, sin saber por qué lo hacía.

— Lo haré si tú me llamas Inés – le respondió ella sonriendo. Él asintió, conforme.

— ¿Por qué lo dejaste? – preguntó Inés con curiosidad. Él no pareció comprender a qué se refería – La equitación, — aclaró ella — ¿por qué ya no montas?

— Solía hacerlo con mi esposa... – comenzó a explicar él, y de repente se detuvo. No se sentía capaz de hablar de Isa. No había vuelto a hacerlo.

— Entonces eres casado – le dijo Inés, con un leve tono de interrogación y de ¿decepción?

— Viudo – aclaró él – Mi esposa murió hace seis años... Supongo que desde entonces, cabalgar perdió el atractivo para mí.

— Lo lamento — dijo Inés, por primera vez un poco desconcertada.

— Fue hace mucho tiempo.

Continuaron caminando en silencio, en dirección a la casa. Al cabo de un rato, ella preguntó.

— ¿Cómo va la investigación?

— Supongo que avanza, aunque no todo lo deprisa que quisiera.

— ¿Lo atraparás?

— Sí.

— ¿Nunca has dejado un caso sin resolver? – preguntó ella sorprendida.

— Hasta ahora, no – dijo él con sencillez – Espero que este no sea el primero.

— Supongo que cuando lo hayas resuelto te marcharás,

— Sí – dijo él con una sensación de tristeza. No le importaba marcharse de la isla, pero no quería alejarse de Inés. ¿Qué le estaba pasando?

— Te echaré de menos.

Argus se detuvo, y la miró. No fue algo planeado, ni siquiera le había pasado por la cabeza, pero antes de darse cuenta, la estaba besando y ella le correspondió. Cuando por fin se separaron, la cabeza le daba vueltas. Se sintió desconcertado, no sabía si celebrarlo, o disculparse. Ella pareció comprender su turbación, y le acarició la mejilla sonriendo.

— Asumo por esto, que tú también me echarás de menos. – le dijo sonriendo.

— Inés, yo... – comenzó a decir él, aún más confundido. Ella le puso un dedo en la boca.

— ¡Sshh! No digas nada, no echas a perder este momento.

Continuaron caminando en silencio. Argus se sentía liviano, como si flotara. La última vez que había tenido esa sensación, Isa aún vivía. Recordar a su difunta esposa le produjo una punzada de remordimiento. Había tenido relación con otras mujeres desde que quedó viudo, pero ninguna había logrado llenar ni remotamente el vacío dejado por Isa, pero Inés... Ella estaba despertando sensaciones que él creía desaparecidas para siempre, y se preguntó si por ello estaba traicionando el recuerdo de Isa. ¡Que tontería! Su esposa llevaba más de seis años muerta, desde que un conductor borracho la arrolló cuando cruzaba el paso de cebra.

Aquello casi acabó con él. El recuerdo de Isabel era una mezcla de sosiego, por lo que habían compartido el uno con el otro, y dolor por la pérdida. El conductor seguía cumpliendo condena, pero ese era un pobre consuelo.

Con Isa alcanzó la ilusión de ser casi normal, de exorcizar su pasado, recuperando parte de su humanidad. Ella sabía todo acerca de él, y lo quería

tal como era, con sus fortalezas y sus inseguridades. Había tenido la paciencia de llevarlo de la mano a lo largo de las relaciones personales, y permitirle confiar por primera vez en sus congéneres humanos. Esa confianza la perdió en el momento en que la perdió a ella. Ahora se preguntaba si algún día podría recuperarla.

Inés, no sabía nada sobre ella, ¿por qué entonces estaba dispuesto a creer, a confiar? ¿Él, que había sido traicionado desde que tenía memoria? No, eso no era cierto, no había sido traicionado por todos, ahora sabía que no.

— Estás muy silencioso – dijo Inés — ¿Te preocupa algo?

— Sí, — respondió él, pero sabía que no podía hacerla partícipe de sus dudas, aún no – debo salir hoy hacia Tenerife.

— ¿Te vas? – preguntó Inés sorprendida.

— Sólo hasta mañana, – le explicó él – debo interrogar a unos testigos en el continente.

— ¿Crees que pueden decirte algo sobre el homicidio que ocurrió aquí? – preguntó ella, aún más sorprendida.

— Es probable que puedan darme una información importante sobre María, que puede estar relacionada con el caso.

— Entonces será mejor que hables con don Antonio. Él puede arreglar que tengas transporte disponible.

— Sí, parece que él puede arreglarlo todo – dijo Argus, mientras pensaba que lo más importante se le había escapado de las manos al poderoso hombre de negocios: la vida de su propio hijo.

Capítulo siete

Argus contempló el horizonte desde la ventanilla del hidroavión. El padre de María le había proporcionado los nombres de sus amigas en Madrid. Una de ellas, Carlota, era en realidad su prima. La otra era una vecina, llamada Belén. Acordaron que lo esperarían esa misma noche en la casa del hermano de don Pablo, para que pudiera entrevistarlas a ambas, luego regresaría al aeropuerto para tomar el primer avión a Canarias, donde dispondría de unas pocas horas para descansar y ducharse, y debía estar a las ocho de la mañana en el laboratorio forense de Tenerife. Llevaba muestras de frotis bucal para A.D.N de todos los habitantes de la mansión, así como de Sergio, de Torres, y del propio don Pablo. La idea era compararlo con el A.D.N de la sangre encontrada en la rama rota del bosque. Argus sospechaba que la persona que había descendido temerariamente por la ladera era la misma que había asesinado a María. No encontraba otra explicación.

El hidroavión que lo devolvería a Marañón volvía a salir a las nueve y media desde Tenerife, de modo que apenas tendría tiempo para dejar las muestras. Los resultados se los enviarían por correo electrónico. Así que el resto del día y la noche prometían ser largos.

A Abelard no le había gustado la idea de que Argus se marchara en medio de la investigación, por lo visto temía que buscara alguna excusa para no regresar. Finalmente lo convenció de que era necesario realizar personalmente la entrevista a las amigas de María. Protestó un poco ante la solicitud de recoger muestras de A.D.N de los habitantes de la casa, pero cedió cuando Argus le explicó las razones por las que el asesino tenía que haber seguido a María desde la mansión, y si bien era cierto que podía haber sido cualquiera del pueblo que estuviera acechándola, don Antonio tuvo que reconocer que era mucho más probable que fuera alguien que vivía allí. La idea de tener al asesino bajo su propio techo y tal vez, compartir con él su mesa, hizo palidecer al empresario. Argus hubiera querido evitárselo, pero fue la única forma de lograr su colaboración.

Desde luego, nadie se negó a que le tomaran la muestra, aunque el comisario tomó nota de la irritación de Julio y de su hijo, que lo consideraron ofensivo. Tal vez la respuesta del caso estaba en el informe de esa comparación de A.D.N, pero Argus se temía que no iba a resultar tan sencillo.

Argus le había dejado una tarea importante a Tudela. Debía averiguar

las coartadas de todos los que vivían en la mansión en la noche del asesinato. No le había resultado fácil delegar en el jefe de seguridad, no por desconfianza, sino porque lo veía demasiado involucrado con la gente de la isla. Sin embargo, no tenía alternativa, si no recibía ayuda, no le alcanzaría el tiempo, y su retraso redundaría en beneficio del asesino. No podían mantener a todos los habitantes de Marañón retenidos indefinidamente, en algún momento tendrían que permitirles abandonar la isla, circunstancia que el culpable podía aprovechar para escapar, o para deshacerse de evidencias. Y lo que era más importante, temía que volviera a matar.

Frente a una noche de actividad garantizada, Argus optó por relajarse y meditar durante una hora. Comenzaba a sentir el cansancio, no solo del trabajo que ocasionaba la investigación, sino de la explosión de recuerdos y sentimientos que estaban derivando de él, con los cuales no había contado. Entre sus compañeros tenía fama de frío y eficiente. Sostenía pocas relaciones fuera del ámbito laboral, y pocos querían trabajar con él, porque no había ninguno capaz de seguir el ritmo que imprimía a su labor.

Argus no era muy popular, aunque sí muy respetado, y en muchas ocasiones envidiado. Le atribuían una sangre fría que con mucha frecuencia era calificada como indiferencia. Nada más lejos de la realidad. Ninguna víctima lo había dejado nunca indiferente, pero por esa misma razón, sacrificaba sus propios sentimientos y debilidades en aras de hacer justicia. Nadie mejor que él comprendía a las víctimas. Nadie en su entorno laboral lo sabía, pero él también había sido una.

Sin embargo, este caso había tenido la peculiaridad de hacer aflorar todo lo que con tanto esmero mantenía sepultado y bajo control. En primer lugar estaba Inés, que involuntariamente removió los recuerdos de una vida que ya se le antojaba lejana, pero en la que por corto tiempo había logrado ser feliz. La posibilidad de recuperar esa sensación de pertenencia, que ya creía perdida para siempre con la muerte de su esposa, junto con el remordimiento por la traición a su memoria, le estaban causando un desasosiego que no sabía cómo manejar. Esperanza, esa era la palabra que había olvidado, y que ahora temía.

Luego estaba lo que había descubierto, allí donde menos lo esperaba. Se preguntaba si lo que sospechaba sería la verdad, o una simple ilusión consecuencia de su soledad y su desarraigo. Había una forma de comprobarlo, sencilla en realidad, pero no sabía si tendría el valor de ponerla en práctica. El temor de que todo resultara un producto de su imaginación, solo podía

compararse con el miedo a que fuera verdad. ¿Qué haría entonces? ¿Cómo lo afrontaría?

Argus respiró profundo y maldijo a Bejarano por enviarlo a la isla. Tal vez lo que quería el viejo zorro era deshacerse de él. No, sabía que su jefe lo detestaba porque no podía dominarlo, pero también que respetaba su trabajo, considerándolo necesario. En una ocasión, Argus, harto de las discusiones con Bejarano, pidió traslado. Bejarano hizo lo imposible para que cambiara de opinión. Cuando no lo logró, argumentó que Argus era su mejor hombre, y que si lo trasladaban no podría mantener el nivel de eficiencia del que tanto se enorgullecía. Aquel reconocimiento sorprendió a Argus. Le negaron el traslado, pero a cambio le concedieron el ascenso a comisario que el propio Bejarano había torpedeado en más de una oportunidad.

El hidroavión llegó a Tenerife, y Argus tuvo que correr, literalmente, para no perder el avión que lo trasladaría a Madrid. Poco antes de las ocho, subió a un taxi que lo dejó en el barrio donde vivía el tío de María, y donde ella se había alojado mientras cuidaba de su madre en el hospital.

Argus miró el edificio, viejo y deslustrado, muy diferente de la cómoda casa de la que disfrutaban los García en Marañón. ¿Sería esa la razón del cambio de opinión de María? ¿Habría hecho él ese viaje hasta la península, solo para descubrir que María no quiso prescindir de las comodidades que le proporcionaba don Antonio a sus más cercanos empleados? No, María había hecho algo más que cambiar de opinión acerca de su lugar de residencia. Su forma de comportarse también había cambiado, y Argus sospechaba que la explicación estaba allí.

Subió las escaleras hasta el tercer piso. Desde la entrada lo asaltó el olor a moho y humedad. Llegó al rellano, donde contempló dos puertas, a cual más desvencijada. En algún momento estuvieron pintadas de gris azulado, pero ya era imposible identificar el color original. Se acercó a la segunda, marcada con la letra B. Toco la puerta y la voz de un hombre le respondió desde el otro lado.

— Un momento – gritaron.

Al cabo de pocos segundos, la puerta se abrió hasta el punto que lo permitió una cadena. Un hombre bajo, con una enorme barriga cervecera y el cabello ralo, pegado al cráneo se asomó con desconfianza.

— ¿Señor Juan García? – preguntó Argus – Soy el comisario Argus Del Bosque, del Cuerpo Nacional de Policía. Hablamos por teléfono hace

unas horas.

— ¿Puedo ver su identificación? – preguntó García. Argus buscó en el bolsillo interno de su chaqueta, luego le mostró una placa con su foto, su nombre y su cargo.

— Enseguida le abro – dijo Juan – las chicas están esperando adentro.

Juan cerró la puerta, para poder retirar la cadena, mientras Argus volvía a guardar la identificación en el bolsillo. Pensó en la diferencia entre ambos hermanos, Juan desconfiaba de todo y de todos, Pablo en cambio, vivía en un paraíso donde las cerraduras no eran necesarias. Sin embargo, había sido la hija de Pablo la que resultó asesinada.

Argus entró al pequeño apartamento. El interior era acorde con el exterior del edificio. La puerta daba a un largo corredor que lo recorría de un extremo a otro. La primera puerta era la de la cocina, donde una mujer de mediana edad, y tan corpulenta como su marido, salió secándose las manos en el delantal.

— Usted debe ser el comisario del que nos habló mi cuñado,— dijo con un marcado acento sevillano — ¡Que terrible lo que le ocurrió a María! ¿Lo van a atrapar pronto?

— Lo antes posible – dijo Argus – Por eso estoy aquí.

— Claro, claro, ¿desea un café, señor comisario?

— No, gracias, — respondió Argus con cortesía – en realidad dispongo de poco tiempo. Me gustaría hablar con su hija y su amiga, si es posible.

— Pase por aquí, comisario – dijo Juan, mientras lo guiaba hasta la tercera puerta, donde un par de jóvenes estaban sentadas a la mesa del comedor.— Estas son Carlota y Belén – luego señaló a Argus – el comisario...

— Del Bosque. Me gustaría haceros algunas preguntas.

— Claro— dijo Carlota, que parecía ser la más despierta — ¿Es sobre María, verdad?

— Así es.

— Pobre María, es terrible lo que le pasó.

— Señor García – dijo Argus, dirigiéndose a Juan – si no le importa, me gustaría hablar a solas con Carlota y Belén.

— Claro – dijo el hombre, un poco contrariado – estaré en la cocina ayudando a mi esposa.

Juan salió del comedor. Argus esperó a que se alejara, sabía que muchas de las preguntas que tendría que hacer, ninguna de las jóvenes las

respondería frente a García. Al cabo de unos minutos, miró a las chicas, que parecían atemorizadas.

— Carlota, Belén – les dijo – quiero que sepáis que mi único interés es atrapar al que mató a María, así que nada de lo que me digáis podrá perjudicaros, ¿está claro? – ambas asintieron — ¿Cómo se sentía María en Madrid?

— Las primeras semanas estuvo contenta, – dijo Carlota – decía que aquí había muchos lugares para divertirse. Llegó a hablar de encontrar un empleo y una habitación para venirse a vivir.

— ¿Por qué no lo hizo?

— Cambió de opinión – intervino Belén.

— ¿Cuándo?

— Al cabo de un par de meses.

— ¿Se desengañó? ¿Qué la hizo cambiar? – las chicas se miraron.

— No lo sabemos con seguridad, pero un día hablaba de venirse con su novio, un tal Sergio, y al día siguiente, no veía la hora de marcharse.

— ¿Qué día fue ese? ¿Qué pasó ese día?

— Tuvo una de sus salidas sola. – dijo Belén.

— ¿Qué significa eso?

— Casi siempre, cuando no tenía que quedarse en el hospital, salíamos las tres, ya sabe, de marcha – Argus asintió – pero algunas veces, ella nos decía que necesitaba espacio, ir por su cuenta. Entonces, salíamos las tres de casa, pero luego ella se separaba y se marchaba sola.

— ¿Ocurría con mucha frecuencia?

— Un par de veces a la semana – dijo Carlota.

— ¿Sabéis dónde iba?— ambas negaron con la cabeza — ¿No tenéis una idea, ni una sospecha?

Belén miró a Carlota, y entre ellas se estableció una especie de comunicación silenciosa. Sabían algo, pero temían decirlo.

— Chicas, quiero que comprendáis algo. María está muerta, nada de lo que digáis la puede perjudicar ahora, pero si escondéis información, eso puede ayudar a su asesino a salir impune.

El razonamiento de Argus pareció convencerlas.

— Una noche sentimos curiosidad por saber a dónde iba – confesó Carlota — y la seguimos. No fue muy lejos, en la calle de atrás la recogió un chico en una motocicleta.

— ¿Conocéis a ese chico?

— No sabemos su nombre, pero lo llaman el Toro porque es un cachas
— continuó Carlota — Nos asustamos, no es el tipo de compañía que conviene tener.

— ¿Por qué? — preguntó Argus, aunque sospechaba la respuesta.

— Se mete cosas — dijo Belén — se pincha, esnifa, lo que venga. Además, dicen que también es camello.

— Comprendo, ¿y vosotras creéis que María se drogaba?

— Lo que le digamos, ¿se lo dirá a mi padre? — preguntó Carlota preocupada.

— No, tu padre no tiene por qué saberlo.

— María dormía en mi habitación. Un día, haciendo limpieza, encontré una bolsita con un polvo blanco entre su ropa. La dejé donde estaba y no le dije nada.

— Hiciste bien — dijo Argus.— ¿Sabéis si pasó algo ese día en que María cambió de opinión sobre quedarse?

— No, pero sí que regresó muy rara.

— ¿Cómo?

— Pálida, — dijo Carlota — le pregunté si estaba enferma y lo negó, pero parecía asustada, temblaba. A partir de ese momento, casi no hablaba. Mis padres creían que estaba preocupada por la enfermedad de su madre, pero yo sé que se trataba de otra cosa, aunque no sé qué.

— ¿Sabéis dónde puedo encontrar a ese chico, al Toro?

— Siempre para por el Bar de Paco, pero si va a buscarlo, tenga cuidado — advirtió Carlota, preocupada — nunca está sólo y tiene muy mala leche.

— Gracias, Carlota, tendré cuidado.— dijo Argus, sonriendo ante la preocupación de la joven — Me habéis ayudado mucho, y también a María.

— Mi prima tenía sus cosas, — dijo Carlota — pero nadie merece que le hagan algo así. Atrape al maldito que le hizo esto, comisario. Por favor.

Argus encontró el Bar de Paco siguiendo las instrucciones de las jóvenes. En cuanto entró todas las miradas se centraron en él. No encajaba en aquel lugar. Se acercó a la barra ignorando la hostilidad latente, y mientras lo hacía, prestó atención a los clientes. La mayoría eran obreros, vecinos del barrio que acudían a tomar una cerveza después del trabajo, pero en una esquina había un grupo de cuatro jóvenes que comenzaron a moverse con nerviosismo en cuanto los miró.

Argus comprendió que había muchas probabilidades de que uno de ellos fuera el Toro. Se aproximó a ellos ignorando al cantinero, que le había preguntado qué quería beber. Los chicos rodeaban al más corpulento, un joven alto de cabello oscuro, que obviamente pasaba mucho tiempo en el gimnasio y era consumidor de anabolizantes. Los músculos le resaltaban como cuerdas, siendo visibles a través de la presión que ejercían sobre la camiseta.

— Hola, estoy buscando al Toro porque necesito hablar con él. ¿Sabéis dónde puedo encontrarlo?

— Eres de la pasma, ¿verdad? – preguntó uno de ellos, con la cara marcada por el acné.

— Sólo quiero hacerle unas preguntas.

Argus no tuvo tiempo de decir una palabra más, dos de los chicos lo sujetaron por los brazos, mientras un tercero le golpeaba el estómago. Mientras tanto, el más corpulento comenzó a correr. Argus se dobló por el dolor y se quedó sin aire por unos momentos, luego inició una danza, o así lo describieron luego los testigos. Con un pie barrió las piernas de uno de los hombres que lo sujetaban, haciéndole perder el equilibrio y golpearse la cabeza contra la barra. Al tener ese brazo libre, lo usó para golpear el pecho del joven que le retenía el otro brazo, y que tras un característico crac de costillas rotas, cayó al suelo. El más fuerte de los tres, que era el que lo había golpeado, le lanzó un puñetazo a la cara, pero ya Argus se había girado, y el agresor sólo encontró aire. Argus aprovechó su confusión, para golpearlo a su vez con la izquierda, haciendo que cayera de rodillas sujetándose la mandíbula rota.

— ¡Maldita sea! ¡Deteneos! – gritó el cantinero — ¡Ya he llamado a la policía!

Los tres jóvenes se removían en el suelo, sujetando sus heridas. Argus saltó por encima de ellos y salió corriendo del bar en persecución del Toro. La escaramuza solo había durado unos pocos segundos, así que en cuanto se asomó a la puerta del bar, pudo ver al joven doblando la esquina. Ignorando la protesta de su abdomen, que aún estaba resentido por el golpe, corrió tras él. El Toro, que conocía bien el barrio, corrió a través de las callejuelas con Argus pisándole los talones. Se metió en un callejón y trepó una valla metálica, el comisario fue tras él a pocos metros de distancia, pero el Toro dobló por una intersección, y Argus lo perdió de vista por un momento. Cuando llegó a la calle por la que había entrado el fugitivo, se dio cuenta que no tenía salida, pero había un galpón con una puerta entreabierta.

Argus redujo el paso sospechando una trampa. Era obvio que el Toro conocía bien la zona y lo había llevado hasta allí por una buena razón.

Mirando a ambos lados, Argus cruzó el callejón y luego entró con cuidado en el galpón. Era enorme y estaba abandonado. En cuanto avanzó unos metros lo invadió el olor a basura, orina rancia y otros desechos humanos. En un rincón se podían ver colchones y mantas viejos, además el suelo estaba sembrado de jeringuillas usadas. Las tuberías debían estar rotas, porque goteaban en más de un lugar, dejando charcos en el suelo.

Argus continuó adentrándose en el local, prestando atención al menor ruido. Parecía que la puerta por la que había entrado era la única salida, y él la había cerrado a sus espaldas. El Toro estaba allí, escondido en algún lugar.

— ¡Toro, escucha! – dijo Argus en voz alta — ¡Sólo quiero hablar contigo! ¡Hacerte algunas preguntas sobre una chica que conociste! ¡No tienes nada que temer!

No hubo respuesta. Argus se recriminó a sí mismo su mala costumbre de no pedir ayuda. Había sido una torpeza tratar de hablar directamente con el chico. Si hubiera pedido apoyo a la policía local, hubiera sido todo más sencillo, pero ya no había remedio.

— ¡Toro! – volvió a gritar.

Un leve ruido, un paso, lo hizo voltearse, pero lo único que pudo ver fue al Toro enarbolando una barra de hierro. Argus quiso esquivarlo, pero ya el movimiento estaba avanzado y lo siguiente que sintió fue un intenso dolor en la sien izquierda. No supo cómo, se encontró tendido en el suelo, aturdido, notando que algo caliente le cubría la cara, mientras escuchaba los pasos del Toro en su carrera hacia la puerta. Estaba huyendo.

Tenía diez años y se encontraba en la práctica de krav magá. Su contrincante era dos años mayor, y también un palmo más alto. El chico le hizo perder el equilibrio derribándolo. Su instructor se acercó, bastante malhumorado: "lo más importante en una lucha callejera es no caer al suelo". Aquella noche Argus perdió la cena.

El recuerdo le ocasionó un estremecimiento. Se puso de pie con dificultad, mientras buscaba a su alrededor. Pudo ver la figura del Toro que ya alcanzaba la puerta. Argus sabía que podía perder la conciencia como consecuencia del golpe en la cabeza, y que si eso ocurría, perdería el control de la situación quedando a merced de sus enemigos. El Toro podía regresar

con sus compinches y rematar la faena. Nadie sabía que estaba allí. Sacando fuerzas de donde no las tenía, Argus comenzó a dar pasos inseguros en dirección a la salida. En la medida en que avanzaba, lo inundaba la adrenalina. Al llegar a la puerta, ya había acelerado el paso, comenzando a correr. El Toro, en cambio, confiado en que nadie lo perseguía, se detuvo en la siguiente esquina a recuperar el aliento. No fue consciente de que el madero se había abalanzado sobre él, hasta que lo tuvo encima. Tendido en el suelo, comprendió lo que había ocurrido cuando escuchó el chasquido de las esposas y sintió la familiar presión en sus muñecas.

Argus sacó el móvil para marcar el número de emergencias, avisando que había un oficial herido, y que necesitaba refuerzos. Luego se sentó en el suelo, junto a su prisionero inmovilizado, a esperar. El Toro lo miró, sin creer lo que veía. Había golpeado al madero en la cabeza con todas sus fuerzas, que no eran pocas, y allí estaba, con la sangre manando de la herida de la cabeza, cubriéndole la cara y el cuello hasta mancharle la camisa. Y sin embargo lo había alcanzado y reducido.

Una hora después, el médico de urgencias terminaba de suturar la herida de Argus, mientras volvía a insistir en la necesidad de que permaneciera en observación hasta el día siguiente.

— Puede tener una conmoción cerebral, comisario — dijo el doctor — Debe permanecer ingresado por algunas horas.

Argus se negó a quedarse un minuto más en el hospital. Tenía que interrogar al Toro, y temía que si se demoraba, la policía se viera en la obligación de soltarlo. De momento estaba detenido, pero alguien podía pagar la fianza, y en ese caso, perdería al testigo que tanto esfuerzo le había costado encontrar. Además, debía regresar a la isla donde había un asesino suelto, y nadie estaba completamente seguro. Pensó en Inés, lo que le hizo sentir una punzada de temor. Aún no sabía qué motivaba al criminal, y por lo tanto no tenía idea de quién podía ser su próxima víctima. Lo que sí le decía la intuición, era que iba a matar de nuevo.

Al salir de la sala de urgencias, después de firmar un documento que liberaba de responsabilidad a los médicos y al hospital de lo que le pudiera ocurrir, encontró al joven inspector que lo había trasladado hasta allí. Pelirrojo y pecoso, tenía cara de niño. A Argus le hubiera sido más fácil imaginarlo mascando chicle a la salida de un instituto que como inspector de policía.

El joven lo miró con los ojos muy abiertos, no esperaba verlo de pie

tan pronto. Tomás era el novato de la comisaría, por eso el inspector jefe le había encomendado la tarea de trasladar al comisario al hospital. Seguramente con la intención de quitárselos de en medio a los dos. Le ordenó no moverse de allí hasta que se asegurara del bienestar de su colega.

La policía ya estaba en el Bar de Paco tomando declaración a los testigos, cuando recibieron el llamado de Del Bosque pidiendo refuerzos. Lo encontraron sentado en el suelo, con la cabeza recostada en la pared, el arma en la mano mientras el Toro, un escurridizo delincuente bien conocido al que nadie había podido echarle el guante, yacía boca abajo en el suelo, bien esposado. Tomás y su compañera, Maritza, que habían atendido el llamado casi saltaron de alegría cuando vieron al Toro servido en bandeja de plata.

El inspector jefe, Martínez, se presentó en el lugar a los pocos minutos. Después de verificar la identidad del comisario ordenó que lo llevaran a urgencias y a Tomás que lo acompañara. El inspector jefe y Maritza se ocuparían de la detención del delincuente. Tomás comprendió enseguida que su jefe quería atribuirse el mérito del arresto, y no lo consideró justo, pero obedeció.

Al joven inspector le preocupó el aspecto de la herida del comisario. Era una brecha enorme, que sangraba mucho. Por lo visto, los médicos que lo recibieron en el hospital compartieron esa preocupación, especialmente cuando Maritza le comunicó a Tomás por teléfono, que encontraron el arma con la que el Toro había golpeado a Del Bosque. Una barra de hierro oxidada, que aún conservaba restos de sangre, piel y cabellos de la víctima. Eso hacía saltar el cargo de agresión a intento de homicidio. Tomás esperaba que solo quedara en intento, y el comisario saliera bien librado de la experiencia.

Ahora que lo veía de pie frente a él, con un apósito sobre la herida de la cabeza, y tal vez un poco inseguro en sus movimientos, pero definitivamente de una pieza, no lo podía creer.

— Tu nombre es Tomás ¿no es así? – le preguntó Argus.

— Sí, señor – dijo Tomás, aún desconcertado, mientras le extendía la mano. – Inspector Tomás Niel, señor.

— Muy bien, Tomás – le dijo Argus sonriendo – Estoy en deuda contigo.

— Sólo hice lo que me ordenaron, señor... quiero decir, no es que no quisiera hacerlo, señor..., bueno... me alegra que se sienta mejor, señor.

— Gracias, inspector – dijo Argus, poniendo su mano en el hombro de Tomás, en un gesto de camaradería que hizo sentir bien al joven. — ¿Qué

harán con el Toro?

— Lo tenemos en comisaría, señor, detenido. Por intento de homicidio.

— Sí, supongo que se le puede llamar así – dijo Argus, llevando instintivamente la mano a la herida.

— ¿Quiere que lo lleve a alguna parte, señor?

— Si no te importa, me gustaría que me llevaras a comisaría. Debo hablar con el Toro.

Tomás asintió y salieron del hospital en dirección al coche de Tomás. Al salir al aire libre, Argus se sintió mejor, aunque le parecía que alguien se entretenía en tocar un bombo dentro de su cabeza. Subieron al coche, y emprendieron el camino.

— No sabía que el Cuerpo Nacional de Policía tuviera interés en el Toro – dijo Tomás, repentinamente – Quiero decir, es un delincuente muy escurridizo, pero no sabía que fuera tan importante.

— No lo es. – aclaró Argus – En realidad, mi interés por él tiene que ver más en su papel como testigo.

— ¿Entonces no pensaba detenerle?

— En un principio, no.

Tomás sonrió, le pareció irónico que el Toro terminara tras las rejas por un error tan estúpido. Argus sintió una punzada en la cabeza y presionó con los dedos la base de la nariz, para tratar de aliviarlo. Niel lo miró preocupado.

— ¿Se encuentra bien, señor?

— Sí, estoy bien, solo un poco adolorido.

— ¡Menuda aventura! – dijo Tomás entusiasmado – La verdad es que nos ha hecho un gran favor.

— ¿A qué te refieres?

— El Toro es el principal distribuidor de drogas en el barrio. También se dedica a la extorsión. Hemos querido detenerlo desde hace años, pero siempre se escurre. Son sus lugartenientes los que dan la cara por él, chicos sin antecedentes, casi siempre menores de edad, a los que el juez tiene que soltar con una pena menor o una simple reprimenda. Todos sabemos que el Toro está detrás, pero no podemos probarlo.

— Los hombres que me atacaron en el bar no eran menores.

— No, ese fue su primer error. – reconoció Tomás – Es la primera vez que un policía se le acerca directamente, y eso lo sorprendió.

Seguramente pensó que teníamos algo concreto contra él. Supongo que hasta ahora, todos hemos sido demasiado precavidos.

— ¿Por alguna razón en especial?

— Hace dos años, el inspector Padilla, que me precedió en el cargo, se la juró al Toro. – dijo Tomás— Estaba a punto de lograr un arresto cuando murió con toda su familia en una explosión de gas. Un accidente, dijeron los bomberos, pero nosotros creemos otra cosa.

— Es sospechoso de la muerte de un policía y de su familia, ¿no era esa una buena razón para continuar presionándolo?

— Tal vez, todos sabemos los riesgos que corremos, pero nadie quiere a sus seres queridos involucrados en ellos. – dijo Tomás, — Los jefes ordenaron que anduviéramos con cuidado, que siguiéramos investigando, pero sin acosarlo directamente. El resultado es que se había burlado de nosotros hasta esta noche.

— Comprendo.

Tomás se internó en el tráfico de la Madrid nocturna, y Argus aprovechó para descansar un momento. Apoyó la cabeza en el asiento con los ojos cerrados. Al cabo de un rato, el chico volvió a hablar.

— Si me lo permite, creo que debo prevenirle, señor.

— ¿Acerca de qué?

— El inspector jefe era compañero del inspector Padilla. –explicó Tomás— Siempre ha considerado el caso del Toro, una cruzada personal.

— Y piensas que no se tomará bien que alguien de afuera haya intervenido en esa cruzada, ¿no es así?

— Es una posibilidad. De momento, me ordenó que permaneciera con usted todo el tiempo, y me asegurara que se quedara en el hospital.

— No parece que hayas seguido sus órdenes – apuntó Argus.

— En cierto modo – dijo Tomás, sonriendo — No me he separado de usted, pero si los médicos no han podido retenerlo, ¿cómo podría hacerlo yo?

— ¿Por qué me previenes?

— Según lo veo, usted ha actuado con mucho valor al enfrentarse y detener sólo al Toro y toda su pandilla. No creo que sea justo que otro se lleve el mérito.

— No he venido en busca de medallas, Tomás, sino de información.

— Entonces, es justo que tenga esa información que necesita – dijo Tomás, y lo miró con una expresión cargada de respeto.

La llegada de Argus acompañado de Tomás a la comisaría ocasionó una mezcla de perplejidad e incomodidad. Argus no había tenido oportunidad de cambiarse de ropa. En realidad, había enviado directamente su equipaje al hotel de Tenerife donde planeaba descansar unas horas, opción que parecía cada vez más lejana. De manera que pese a que en el hospital le habían lavado la sangre de la cara y el cuello, el apósito de la cabeza, y la camisa cubierta de sangre le daban un aspecto de refugiado de guerra que llamaba a la compasión.

Maritza se puso de pie en cuanto los vio aparecer por la puerta. Sin poder disimular su asombro, se acercó al comisario con la mano extendida.

— Bienvenido, comisario, – le dijo con formalidad – es un placer conocerlo. Espero que se encuentre mejor.

— Mucho mejor, gracias – dijo Argus.

— ¡Comisario! ¿No cree usted que es una imprudencia que haya abandonado el hospital tan pronto? – preguntó Martínez a sus espaldas.

— Le agradezco su preocupación, inspector, pero esa decisión sólo me corresponde a mí. – respondió Argus con seriedad.

— Claro, claro – dijo Martínez – Si nos dice dónde está su equipaje, podremos traerle lo que necesite para cambiarse, comisario. ¿O tal vez prefiera que lo llevemos a su casa? Quiero decir, imagino que querrá ducharse, y ponerse ropa limpia— sin esperar respuesta, miró a Tomás – Inspector por favor, ocúpese de acompañar al comisario a su casa.

— Me temo que no dispongo de tiempo. – dijo Argus – Como ya le expliqué al inspector Niel, no pensaba quedarme esta noche en Madrid. De modo que mi equipaje está en Tenerife.

— Haré lo posible por encontrarle una camisa limpia de su talla, comisario – se ofreció Tomás.

— Gracias, inspector.

— Pase a mi despacho, Del Bosque. — dijo Martínez – Tal vez pueda aclararme algunas dudas mientras esperamos esa camisa.

Argus asintió, siguiendo al inspector jefe. Era un hombre alto y corpulento, con el cabello escaso, peinado hacia atrás en un intento vano de ocultar una coronilla más que incipiente. Usaba bigotes y sus ademanes eran bruscos. “Un policía de la vieja escuela”, pensó Argus, comprendiendo que para una mujer, o un joven con cara de niño como Tomás, no debía ser fácil estar bajo sus órdenes.

Martínez abrió la puerta de una pequeña oficina, luego le cedió el

paso a Argus. El comisario entró y obedeciendo la invitación del inspector, se sentó en una de las sillas frente al escritorio. Martínez ocupó la suya, se arrellanó en ella, se echó hacia atrás, mirando a Argus a los ojos.

— Muy bien, comisario, seré claro, quiero saber a qué coño está jugando.

— ¿A qué se refiere?

— A que de repente, sin previo aviso, tengo una operación del Cuerpo Nacional de Policía en mi territorio, con un comisario herido, y la pandilla de narcotraficantes más peligrosa del barrio capturada supuestamente por un solo hombre. No me lo trago, Del Bosque. ¿Dónde coño se han metido sus colegas, y a qué viene esta maniobra a mis espaldas?

— No hay ninguna operación, inspector. Ni otros agentes del C.N.P. Trabajo sólo en este caso, y mi única intención era interrogar al Toro, como posible testigo.

— ¡No me joda, Del Bosque!, ¡Ustedes no trabajan así!

— En este caso sí.

— ¿De qué se trata? ¿El cartel de Farías? Sé que están a punto de detenerlo, ¿es eso?

— No, no tiene que ver con Farías. Se trata de un homicidio.

— ¿Dónde ocurrió este homicidio? No tengo noticias de ninguno en mi jurisdicción, y menos que involucre al C.N.P.

— Este es un caso especial, ocurrió en zona internacional, pero la víctima era española. Eso lo pone directamente bajo nuestra jurisdicción. — explicó Argus, armándose de paciencia. — No les notifiqué, porque no tenía intenciones de hacer ningún arresto, sólo quería entrevistar al Toro como testigo. Cuando me agredieron tuve que defenderme, y en cuanto me fue posible les avisé.

— ¿Trata de hacerme creer que usted sólo dejó fuera de combate a la plana mayor del Toro, que lo inmovilizo y detuvo a él mismo, después de que le abrió la cabeza con una barra de hierro?

— Es lo que pasó.

— ¿Quién coño es usted, Superman?

— Sólo soy un oficial entrenado.

— ¿Entrenado, dónde? ¿Qué clase de entrenamiento recibió para lograr algo así?

Argus no respondió, pero le dirigió al inspector una mirada tan fría que el policía sintió que se erizaba. Trató de calmarse.

— He perseguido al Toro por años — dijo finalmente Martínez — Asesinó a mi compañero junto con toda su familia. No se los voy a entregar.

— No quiero que lo entregue. Haga lo que le parezca con él, y si necesita que testifique que trató de matarme, sólo tiene que avisarme.

— ¿No quiere llevárselo?

— Ya se lo dije, no vine a arrestar al Toro.

— ¿Entonces a qué vino?

— Sólo quiero interrogarlo.

Martínez miró a Argus como si sospechara que había una trampa en sus palabras. Tocaron suavemente la puerta y Tomás se asomó. Traía en la mano una camisa limpia y planchada.

— Es del inspector Duarte — dijo a modo de aclaración — Creo que es de su talla, señor.

— Gracias, inspector — dijo Argus, recibiendo la camisa.— ¿Y bien, inspector Martínez? ¿Me permitirá interrogar al detenido?

— ¿Es cierto que no recibió ayuda, que se encargó usted sólo de toda la pandilla?

— Eso me temo, de haber recibido ayuda, seguramente ahora no tendría este dolor de cabeza.

Martínez se rio, y miró a Argus de nuevo.

— Me agrada usted, comisario, tiene huevos. —Tomás enarcó las cejas ante el comentario, era la primera vez que escuchaba a Martínez usar una palabrota — Muy bien, le permitiré interrogar al Toro, a cambio de que firme la denuncia por intento de homicidio y esté dispuesto a declarar cuando lo llamen. ¿Está de acuerdo?

— Sí, — dijo Argus, asintiendo — pero tengo una petición.

— Ya me lo imaginaba, que no era tan desinteresada su intervención — dijo Martínez, volviendo a su actitud agresiva — ¿Qué quiere a cambio Del Bosque?

— Necesito ayuda en la investigación de homicidio que llevo adelante. — dijo Argus — Me vendría muy bien un colaborador.

— ¿Quiere que le transfiera a uno de mis hombres?

— Temporalmente.

— No estoy sobrado de efectivos, comisario — protestó Martínez.

— Este caso puede resultar muy instructivo — argumentó Argus — Podría ser considerado parte del entrenamiento.

— ¿Tiene alguien en mente?

— El inspector Niel.

Tomás dio un respingo, no se esperaba que Argus lo pidiera para la investigación. Cuando comenzó a hablar de ello, creyó que se refería a Maritza, o que pediría a alguno de los policías más experimentados. Se sintió agradecido. Martínez miró al joven y frunció el ceño. Niel le parecía un niño inútil, ¿para qué lo querría el comisario? Bien, no era su problema. Le gustó la idea, era una buena forma de librarse del crío, y que le enviaran un hombre en su lugar. Ni mujeres, ni niños, policías que pudieran hacer un arresto en condiciones. ¿Adónde iba a parar la autoridad? Aquello ya parecía una guardería, llena de madres y críos.

— Muy bien Del Bosque – dijo Martínez, poniéndose de pie, y extendiendo la mano por encima del escritorio – Tenemos un trato.

Argus estrechó la mano del inspector jefe, y salió de la oficina, seguido por Tomás, que aún no salía de su asombro.

— Ahora estás bajo mis órdenes, Tomás – le dijo Argus, sonriendo – Espero dar la talla como jefe. Lo primero será interrogar al Toro, mientras yo lo hago, tú puedes buscar tu equipaje. Esta misma noche tenemos que estar en Tenerife. Te pondré al día sobre el caso, en el trayecto.

— Sí señor,— dijo Tomás sonriendo – Gracias, señor.

Capítulo ocho.

Argus entró en la sala de interrogatorios con el informe sobre el Toro en la mano. Se había tomado un par de tabletas de paracetamol para tratar de aliviar el dolor de cabeza, pero aún no hacían efecto. En el vestidor de hombres se había duchado y vuelto a vestir, cambiándose la camisa. Eso lo hizo sentirse mejor, pero cuando se miró en el espejo no pudo evitar decepcionarse. El lado izquierdo de la cara, donde había recibido el golpe, comenzaba a hincharse, y se estaba formando un oscuro hematoma alrededor del ojo. Presionó levemente con los dedos en el pómulo y un pinchazo agudo lo convenció de que era mejor no hacerlo.

Su mirada se desvió hacia el pecho, donde se podía ver un pequeño tatuaje que era un constante recordatorio de quién era. Hacía lo posible por ocultarlo, y nunca se lo había mencionado a nadie, excepto a Isabel. Ella lo supo todo sobre él, fue la única que realmente lo conoció y a quien él no le guardó ningún secreto. Mientras le contaba su historia, se sorprendió a sí mismo llorando sobre su hombro como nunca lo había hecho, ni siquiera cuando era un niño y tenía prohibido llorar. Mientras se desahogaba en sus brazos, ella le acariciaba el cabello para consolarlo. Él, un hombre adulto, un superviviente, lloró hasta quedarse sin fuerzas, y luego se sintió liberado. Isa había exorcizado sus demonios, para convertirlos solo en malos recuerdos. Hasta que murió en aquel fatídico accidente, entonces regresaron pero bajo una forma más terrible, más peligrosa. La forma de personas comunes, en apariencia normales, pero capaces de cometer actos atroces contra sus semejantes.

Ahora estaba frente a uno de esos demonios, el último que había intentado matarlo. El Toro no pudo evitar la sorpresa cuando lo vio entrar en la sala, probablemente lo imaginaba malherido en un hospital. Argus abrió el informe y se entretuvo leyendo los antecedentes del Toro, mientras éste esperaba que comenzara a hablar.

— Juan Carlos Robles – dijo Argus por fin – alias el Toro.

— Ya sabes mi nombre, madero – respondió Robles desafiante, — no esperes averiguar nada más.

— Sabes, Juan Carlos, – respondió Argus, ignorando la bravata del prisionero – en toda mi carrera, nunca me había tropezado con alguien tan imbécil como tú.

— ¿Imbécil? ¿Quién terminó con la cabeza machacada?

— Sí, – admitió Argus, tocando levemente la sien herida – fue un buen golpe. Hubieras sido bueno jugando cricket, o béisbol. Si hubieras sido más listo, claro. Pero eso no cambia nada. Yo solo quería hablar contigo.

— ¿Tienes un cigarro, tronco? – dijo el Toro.

— No fumo.

— No, claro, seguro que eres un chico bueno, libre de vicios.

— Tengo algunos menos que tú. – admitió Argus – Háblame de María.

— ¿De quién?

— María García, – dijo Argus – la conociste hace tres años, vivía en la calle Graena, número veintisiete, con sus tíos. Estaba en Madrid cuidando de su madre enferma. Tú la conociste y la metiste en la droga.

— Oye, para, para, tronco –dijo Robles— ¿toda esta mierda es por una tía que conocí hace tres años? Debes estar loco. No sé nada de ella, se largó y no la volví a ver.

— Eso ya lo sé. – dijo Argus— Lo que quiero que me expliques es qué pasó hace tres años.

— Es historia antigua.

— No para mí.

— ¿Por qué debería ayudarte? Por tu culpa estoy en el trullo.

— No tienes opción, Toro.

— Puedo cerrar la boca hasta que llegue mi abogado, aunque, si incluyes una buena recomendación sobre mí para el juez, tal vez me vuelva más comunicativo.

— No lo has entendido, Robles – argumentó Argus – No voy a ayudarte, ni a incluir recomendaciones. ¿Por qué iba a hacerlo? Eres sospechoso de la muerte de un policía y su familia.

— Bonitos fuegos artificiales aquellos, pero no pueden probarlo. — dijo Robles con una sonrisa sarcástica.

— No, pero intentaste matarme después de haberme identificado como oficial, eso te convierte en asesino de policías. ¿Por qué iba a ayudarte con una recomendación después que trataste de abrirme la cabeza como si fuera una sandía?

— Buena comparación, amigo – dijo Robles riéndose – Una sandía, sí, o un melón, que es lo que tenéis los maderos como cabeza.

Argus esperó, sin decir nada. Al cabo de un rato, Robles sintió la necesidad de llenar el silencio.

— Oye, la cosa está así. Yo te ayudo si tú me ayudas. Yo te cuento lo que quieres saber sobre esa putita, y tú haces esa recomendación al juez. Todos contentos.

— No, más bien hagamos lo siguiente. Tú respondes a mis preguntas y haces una declaración completa de tu participación en la muerte del inspector Padilla y su familia...

— ¿El golpe te jodió la sesera? – preguntó Robles — ¿Por qué iba a hacer eso?

— ... y yo no le digo a Farías – continuó Argus, como si el Toro no hubiera hablado – que le jodiste el negocio.

Por primera vez, el Toro palideció. Miró a Argus con incredulidad.

— Así es Toro, – dijo Argus – antes de entrar recibí un mensaje. Soy comisario del Cuerpo Nacional de Policía, ¿sabes? Me acaban de notificar que Farías ya ha sido detenido y está que trina. Sus lugartenientes han comenzado a averiguar quiénes de sus subalternos han metido la pata... Y adivina quién está entre los primeros.

— ¿De qué hablas? Yo no tengo nada que ver con eso.

— El Departamento antidrogas te ha vigilado, al igual que a otros distribuidores. Tienes la lengua muy larga, Toro, especialmente cuando hablas por teléfono y mencionas nombres que no deberías. Reconocí tu nombre, porque era el que aparecía en las escuchas de los informes. No supe que eras tú hasta que me entregaron este dossier. Pero es la verdad. Eres uno de los principales responsables de la caída de Farías, y créeme, te estamos muy agradecidos. Ahora, ¿te sientes más comunicativo?

— ¡No me jodas! – dijo Robles, pálido como un muerto – ¡No puedes dejar que Farías lo sepa! ¿Tienes idea de lo que me haría?

— Tengo alguna idea, sí – admitió Argus, simulando indiferencia. – Ahora, volvamos con María.

— ¿Qué coño quieres saber? – se rindió Robles.

— Dos veces por semana se iba sola contigo, ¿para qué?

— ¿Para qué coño crees? No jugábamos al parchís. – dijo el Toro, tratando de recuperar la compostura – Íbamos a follar, ¿quieres detalles? Sé que hay mucho pervertido que se esconde detrás de una placa.

— ¿Teníais una relación?

— ¡Claro que no! Era una putita, ya te lo dije.

— ¿Quieres decir que le pagabas?

— Sí, eso quiero decir.

— ¿Con qué? ¿Con dinero?

— Con droga. Estaba hundida, hubiera hecho cualquier cosa por no perder su dosis.

— Cuando llevaba aquí dos meses, cambió de actitud. Algo drástico, todos se dieron cuenta. ¿Notaste algo?

— ¿Qué coño crees que soy, psicólogo? Me venía a buscar, y me la follaba. Nunca le hice un test de personalidad.

— ¿No hubo ningún cambio?

— El único cambio fue que dejó de venir.

— ¿Por qué?

— Yo qué sé. Tal vez se encontró otro proveedor más generoso.

— ¿Qué pasó la última vez que la viste?

— Lo mismo de siempre – de repente se detuvo – No, espera, ahora recuerdo, la última vez se negó a follar conmigo.

— ¿Te dijo por qué?

— No me lo dijo, me lo demostró. Se fue con otro tío, se subió a un coche de lujo. Yo la mandé a la mierda y le dije que no volviera a buscar más caballo. Que me olvidara, y lo hizo, porque no regresó.

— ¿Quién fue el hombre con el que se fue?

— Y yo que sé, no me lo presentó formalmente.

— Pero sí viste el coche – el Toro asintió — ¿Qué coche era?

— Un Audi gris platinado, último modelo. Un coche que te cagas.

— ¿Viste la matrícula?— Robles negó con la cabeza — ¿Al hombre que lo conducía?

— Era un coche de alquiler, de esos que tienen las agencias en los aeropuertos. Tenía las ventanillas oscuras, así que al tío no lo vi. María se subió después de hacerme un corte de mangas. No la volví a ver.

— Muy bien, Toro – dijo Argus, y dejó frente a él una hoja en blanco y un bolígrafo.— Ahora solo falta tu declaración acerca de tu participación en el caso de Padilla.

— No puedes hablar en serio – protestó el Toro— Me darán tantos años que seré un anciano cuando salga.

— No sabes que lástima me das – dijo Argus con ironía, mientras salía de la sala.

Del otro lado del espejo unidireccional, el inspector Martínez sonrió complacido.

Sergio miró el reloj. Media noche. Era una buena hora, seguro que sus padres ya se habían dormido. Que el madero se fuera a la mierda, él no estaba dispuesto a dejar pasar una oportunidad como esa. Se levantó de la cama y se vistió, luego se asomó a la ventana. La noche era oscura como la boca de un lobo, así que no se veía un alma en la calle. Desde el homicidio de María había cambiado el ambiente en la isla. La gente se metía temprano en sus casas, y flotaba un velo de miedo en el aire. Un asesino suelto en un lugar tan pequeño causaba temor.

A Sergio todo eso le parecían estupideces de miedicas. Salió de su cuarto con los zapatos en la mano bajando las escaleras con sigilo. La casa estaba completamente a oscuras y en silencio. Tanto sus padres, como su hermana estaban profundamente dormidos. Si todo iba bien, estaría de regreso antes de que se despertaran, así que nadie se enteraría que había salido. A cambio, él ya habría obtenido lo que quería y podría largarse de esa mierda de isla.

Una vez fuera de la casa, Sergio se puso los zapatos y cruzó el patio manteniéndose lejos de la luz. Cogió la moto, pero no la encendió, la arrastró a su lado hasta la carretera y más allá. Pesaba mucho, por lo que era un estorbo, pero si la encendía sus padres podían despertarse con el ruido del motor, así que esperaba a estar un poco más lejos.

Recorrió el pueblo de esa forma hasta que llegó a una distancia prudencial de la última casa. Entonces se subió, arrancó el vehículo y enfiló en dirección a la cala. Había calculado bien, llegaría temprano para su cita. Al cabo de veinte minutos estaba en la cala. Dejó la moto oculta entre los matorrales y se sentó en la piedra del centro, donde algunas veces esnifaba. Ese era el lugar en el cual el poli había encontrado los restos de coca, maldito fuera. De no haber sido por él, sus padres nunca se hubieran enterado de que se drogaba.

Sergio sonrió, los adultos de la isla eran imbéciles, comenzando por don Antonio y su paraíso alejado de las tentaciones mundanas. Creían que estaban a salvo de las influencias negativas del mundo exterior, que allí no existía la droga, ni los abusos, ni los delitos. ¡Si supieran la verdad! Bueno, algo ya sabían gracias al asesino y al poli. ¡Menuda cara debió poner Abelard cuando supo que la droga había entrado en su pequeño mundo perfecto! ¡Y había nada menos que un asesino entre ellos!

A Sergio, la sonrisa se le borró de la cara cuando recordó a María. ¡Pobre María!, menuda mala suerte había tenido. Sergio les había mentado a

todos, comenzando por el madero. Él nunca se separó del todo de María, aunque si era cierto que a su regreso de Madrid, ella no quiso que volviera a tocarla. Pero Sergio sabía por qué, así que al final la había comprendido y la había ayudado a superar el mal trago de la mejor forma que supo, consiguiéndole droga para que pudiera olvidar. Si eso no era ser buen amigo...

Cuando María fue encontrada muerta, Sergio comprendió que la había querido, pero también supo lo que había pasado. Ahora llegaba el momento de cobrar. María le había dejado un buen legado, a partir de ese momento se acabarían sus problemas financieros. Había encontrado una mina de oro.

Escuchó un ruido entre los matorrales y se volteó rápidamente, llevando la mano a la pistola que tenía en el bolsillo, la que había sido de su abuelo, que su padre guardaba escondida en el ático. Sergio la descubrió cuando aún era un chiquillo, y guardó silencio, sabiendo que en cualquier momento podía resultarle útil. Buscó el origen del ruido, pero enseguida se relajó cuando una lechuza alzó el vuelo.

Estaba nervioso, tenía que reconocerlo, pero eso no lo detendría. Él no era un cobarde, no dejaría pasar la oportunidad que se le había presentado como caída del cielo. Comenzó a fantasear, lo primero que haría con el primer pago sería largarse al continente. Madrid estaría bien. Allí buscaría un local para abrir un taller mecánico especializado en motos. Eso le gustaba, arreglar motocicletas, tal vez incluso modificarlas, también asistiría a los encuentros que se realizaban en el mundo. Era posible que se hiciera famoso con sus trabajos, tenía buenas ideas, solo necesitaba la oportunidad de ponerlas en práctica.

Pero para abrir un taller y poder mantenerse hasta que tuviera clientes necesitaría dinero. No sería suficiente con el primer pago, eso solo era el principio. Seguramente le haría falta un segundo y tercer pago, para hacer las cosas bien. ¿Y por qué no, una renta fija? Entonces no tendría que preocuparse si tenía clientes o no, sino que podría dedicarse plenamente a desarrollar sus habilidades artísticas. ¡Joder, aquello era mejor que haberse sacado la lotería!, pero ¡qué coño!, ese tío tenía tanto dinero que le salía por las orejas, y mucho que perder. ¡No correría el riesgo de que Sergio contara lo que sabía!

¡Y tanto, que tenía dinero! Sergio recordó la descripción que le hizo María del coche con el cual la recogió en Madrid, el muy guarro. Un Audi nuevo, algo que él solo había visto en fotografías de revistas especializadas en motores. Tal vez incluiría el coche en uno de los pagos, no le molestaría tener

uno, pero no el mismo que habían usado hacía tres años, no, él exigiría uno nuevo, del año, y el cabrón se lo daría porque no tenía alternativa. Sergio lo tenía cogido por los huevos. Se echó a reír. Su viejo pretendía que se quedara en esa mierda de isla y se hiciera cargo del appestoso bar. No tenía ni idea de la gran vida que le esperaba a su hijo.

Una sonrisa irónica cruzó por el rostro del joven. Su padre lo creía un perdedor. Ya le enseñaría, ya. Cuando viviera en Madrid, sí, esa sería la ciudad afortunada, cuando ya estuviera instalado con su taller de remodelación de motos, su piso de lujo y un Audi nuevo en la puerta, los invitaría a él y a su madre para demostrarles lo que valía. Seguro que su padre se quedaría pasmado, y su madre se sentiría muy orgullosa de él, entonces le diría que siempre supo que sería un triunfador.

Miró en dirección al mar, estaba tan oscuro que solo se veía una franja negra, pero Sergio podía escuchar el susurro rítmico de las olas al llegar a la orilla. Respiró profundo. La vida sería diferente, él se encargaría de que lo fuera. Les demostraría quién era Sergio Martínez a todos los que ahora lo veían como a un inútil, entonces lo admirarían y envidiarían.

Embelesado como estaba en sus propios sueños de grandeza, no escuchó los pasos en la arena del hombre que se le acercaba hasta que estuvo a sus espaldas. Presintió, más que escuchó, su presencia. Sergio se giró rápidamente, pero cuando vio a su acompañante pareció relajarse.

— ¡Ya estás aquí! – exclamó con satisfacción – Temí que no acudieras a la cita.

Su visitante sonrió ampliamente.

Argus y Tomás fueron conducidos a través de los pasillos del Instituto de Investigación Forense de Tenerife. El doctor Ochoa los estaba esperando en su despacho. Tomás esperaba un viejo con calva, lentes y anteojos, pero en su lugar encontró un hombre de mediana edad en muy buen estado físico. Cuando entraron se puso de pie, se acercó a Argus y le estrechó la mano con efusividad, al tiempo que observaba preocupado los hematomas de su rostro. Tomás comprendió que ya se conocían, y que existía entre ellos bastante confianza.

— ¡Joder, Argus! ¿Qué te ha pasado?— le preguntó Ochoa.

— Nada que no desaparezca en unos días – respondió Argus, quitándole importancia.

— ¿Te encuentras bien?

— He tenido días mejores, — reconoció el comisario,— y también peores.

En el vuelo desde Madrid hasta Tenerife, Tomás había leído los informes sobre el caso, por lo que estaba más o menos al día. Del Bosque le aclaró algunas dudas que le surgieron.

— ¿Y quién es el jovencito? — preguntó Ochoa extendiendo la mano hacia Tomás.

— Te presento al inspector Tomás Niel, de la jefatura de Orcasur.

Ochoa enarcó las cejas sorprendido mientras estrechaba la mano de Tomás. El joven inspector, comprendiendo sus dudas, se apresuró a sacarlo de su error.

— Mi apariencia engaña, señor — le dijo — En realidad, no soy tan joven como parezco, tengo treinta años.

— ¿En serio?— preguntó de nuevo el forense sin poder creerlo — Debes ser muy bueno si Argus te ha reclutado como su ayudante — añadió — Es muy exigente con sus colaboradores. Te lo digo por experiencia.

Con un gesto, Andrés les invitó a ocupar las sillas frente a él.

— ¿Un café, un vaso de agua? — ambos negaron pero agradecieron la oferta — Muy bien, ¿qué puedo hacer por vosotros?

Argus le contó en pocas palabras el caso que llevaba adelante, así como las peculiares características jurídicas que presentaba la isla. Luego le entregó las evidencias que había recogido en el bosque y en el lugar del crimen. Hizo lo mismo con las muestras de saliva de todos los posibles sospechosos. Ochoa lo escuchó con atención y luego lo miró con seriedad.

— Voy a ser honesto contigo, Argus. Lo más prometedor de lo que has traído es la rama rota con la muestra de sangre del asesino, y la posibilidad de compararla con el A.D.N de las muestras de saliva, pero no debes hacerte muchas ilusiones. Por lo que me explicas, deduzco que esa rama estuvo expuesta a la intemperie, por varios días. Las probabilidades de que el A.D.N de la sangre, si está ahí, se encuentre degradado son muy altas.

— ¿Eso impediría una identificación?

— Tal vez no del todo — reconoció Ochoa —Es decir, podría darnos probabilidades de coincidencia, pero el margen de error sería muy grande, demasiado para señalar un culpable o llevarlo a juicio. Ningún juez lo aceptaría.

— Comprendo. — dijo Argus — De cualquier manera, inténtalo.

— Eso haré.

Argus pareció quedarse un momento pensativo, luego se volvió hacia Tomás.

— Tomás, tengo que hablar un asunto privado con Andrés, ¿te importaría esperarme un momento afuera?

— Desde luego, señor— dijo Niel, poniéndose de pie – Un placer haberlo conocido, doctor Ochoa.

— El placer es mío, inspector.

Tomás salió del despacho, preguntándose qué querría hablar el comisario con Ochoa que fuera tan confidencial. Después recordó que eran amigos y comprendió que probablemente no tendría nada que ver con el caso. Al cabo de diez minutos, Del Bosque salió del despacho. Parecía muy preocupado. Tomás se atrevió a dar su opinión.

— Comisario, tal vez me exceda en lo que voy a decirle, pero no creo que usted deba volar de nuevo hoy, y menos en un hidroavión donde la cabina no está presurizada.

— ¿Y qué sugieres, Tomás? – preguntó Argus, en un tono de voz que hizo comprender a Niel que su opinión era valorada.

— Creo que debería descansar esta noche, señor. Tal vez mañana pueda usted emprender el viaje en mejores condiciones. – animado por la expresión del comisario, que parecía estar meditando sus consejos, Tomás continuó – Si quiere, yo puedo tomar ese vuelo hoy hacia la isla para llevar a cabo las tareas que usted me encomiende, así no se atrasaría la investigación y usted tendría tiempo de recuperarse.

Argus guardó silencio un momento. La realidad era que el vuelo desde Madrid había dejado su impronta en forma de un molesto dolor de cabeza. La sugerencia de Niel le parecía lógica, y confirmó su impresión sobre el joven, tal vez mereciera la oportunidad de desenvolverse por sí mismo. En ese momento sonó el móvil de Argus. Respondió y le hizo gestos a Tomás para que esperara. En la medida en que fue escuchando, el comisario fue palideciendo. Tomás lo miraba intrigado, comprendiendo que algo grave había pasado.

— ¿Por qué permitieron que saliera? – dijo por fin – Les advertí que esto podía ocurrir. – un momento de silencio para escuchar la respuesta, y luego añadió – Comprendo, estaremos allí lo antes posible.

Argus colgó, mirando a Tomás. Tenía el rostro desencajado, sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente. Luego suspiró.

— Era Tudela, el jefe de seguridad de la isla, me temo que los

acontecimientos se han precipitado, Tomás – le dijo – Te agradezco el ofrecimiento de ocuparte para darme un descanso, pero me temo que no será posible. Ambos debemos abordar el hidroavión esta tarde.

— ¿Qué ha ocurrido, señor?

— Otro homicidio. — respondió Argus – Esta mañana han encontrado muerto a un chico, Sergio Martínez.

— ¿El ex novio de María? – preguntó Tomás, recordando los informes.

— El mismo.

— ¿Cómo...?

— Repitieron el modus operandi. — respondió Argus – Lo apuñalaron. Luego le marcaron la frente post—mortem con el mismo símbolo que a María. Vamos, no hay tiempo que perder.

Del Instituto Forense tomaron un taxi que los llevó directamente al puerto, donde el hidroavión de Abelard ya los estaba esperando. En el trayecto, Argus cayó en cuenta que llevaba dos días de actividad constante, sin haber podido dormir. No era extraño que se excediera de esa forma, pero debía cuidar no someter a su asistente al mismo ritmo. Le agradaba Tomás, y no quería perder un buen compañero por no ser consciente de sus necesidades, que era lo que siempre le había ocurrido con todos sus ayudantes.

Un empleado de don Antonio ya había recogido las maletas del hotel donde hubieran querido descansar unas horas, y las estaba guardando en el compartimento de equipajes del pequeño avión. Argus abordó, seguido por Tomás, que parecía un poco nervioso. La verdad era que nunca había viajado en avión, y en menos de veinticuatro horas ya llevaba dos vuelos, además debía confesarse a sí mismo que éste último no le inspiraba mucha confianza.

Se prepararon para el despegue y a los pocos minutos comenzaron a elevarse. Argus se sentía cansado y el dolor de cabeza volvía a arremeter. Algo debió reflejar su rostro porque Tomás lo miró con preocupación.

— ¿Se encuentra bien, señor?

— Solo estoy cansado, y un poco maltratado.

— ¿Qué puedo hacer para ayudar, señor?

— En primer lugar, deja de llamarme señor. Mi nombre es Argus, pero si no te sientes cómodo con él, llámame comisario, o Del Bosque.

— Si, se... comisario.

— Bien, sí hay algo que puedes hacer por mí.

— Lo que usted diga, comisario.

— Necesito descansar. Una hora será suficiente. Asegúrate, por favor, que nada ni nadie me interrumpa en ese período.

— Puede estar tranquilo, comisario – dijo Tomás con firmeza.

Argus volvió a sonreír, cerró los ojos mientras respiraba profundamente y acompasaba su respiración, ejercicio con el cual bajarían su frecuencia cardíaca y su tensión arterial. El alivio fue inmediato llevándolo lentamente a un sueño profundo.

Capítulo nueve.

El descenso para el acuatizaje no fue tan terrible como Tomás temía. La isla vista desde el cielo era un lugar paradisíaco, y Tomás sintió irritación al pensar que la utopía se había visto invadida por la brutalidad de dos asesinatos.

Tudela los esperaba en el muelle, ya Argus había avisado que viajaba con un ayudante, por lo que don Antonio había ordenado preparar una habitación para Tomás. Cuando bajaron del hidroavión, la mirada de Gerardo se dirigió inmediatamente al rostro de Argus.

— ¡Por la Virgen de la Macarena! ¿Qué le ha pasado, Del Bosque?

— Un testigo poco colaborador – dijo Argus, llevándose la mano a la sien, aún cubierta por un apósito.

— ¿No iba a entrevistar a las amigas de María? – preguntó Tudela sorprendido — ¡No me diga que ellas le hicieron eso!

— No, pero ese interrogatorio condujo a otro testigo un poco menos... dispuesto, y un poco más agresivo.

— Ya lo creo, parece usted salido de un cuadrilátero.

— Le presento al inspector Tomás Niel – dijo Argus, cambiando el tema de conversación – Será mi colaborador durante el caso.

— ¿Este crío? – preguntó Tudela, que se sentía ofendido por el hecho de que el comisario hubiera buscado otro ayudante — ¿Cree que lo hará mejor que yo?

— No soy un crío, señor – respondió Tomás ofendido – Soy inspector de policía, y no estoy aquí para desplazar a nadie, sino para colaborar en la solución de un homicidio.

— Bien dicho, Tomás – respondió Argus – Gerardo, quiero que comprenda que he reclutado al inspector porque considero que su ayuda puede ser valiosa. Este caso tiene muchas aristas, y cualquier retraso solo beneficia al asesino, como ya quedó demostrado con la muerte del joven Martínez. Creo que las inquinas y ambiciones personales deben dejar paso al bien común, que es atrapar al asesino cuanto antes.

— Lo siento, no quise ofender – respondió Tudela, avergonzado – Solo me gustaría saber si mi colaboración aún es necesaria.

— Desde luego. — dijo Argus – No solo necesaria, sino también muy valiosa. Nadie como usted puede informarnos acerca de la isla y sus

habitantes. ¿Tiene el informe que le pedí?

— Sí, claro.

— Bien, entonces, por favor, llévenos hasta la escena del segundo crimen. ¿Han avisado al forense?

— Se niega a venir – dijo Gerardo – Enviaremos el cuerpo a Tenerife para la autopsia, pero pensé que querría verlo primero.

— Sí, es buena idea, pero en vista de la negativa del doctor González, creo que lo mejor será que la autopsia sea llevada a cabo por el doctor Ochoa.

— Lo que usted ordene, comisario.— miró a ambos — ¿Quieren que los lleve primero a la mansión para que descansen y se refresquen?

— Aún no, — dijo Argus – Veamos primero la cala.

— Muy bien.

Subieron al coche de Tudela, y en el camino Argus leyó los interrogatorios sobre las coartadas.

— Según esto – dijo Argus, resumiendo – la noche en que murió María, su padre estaba solo en casa, esperándola...

— ¿No creerá que fue su padre? – preguntó Gerardo escandalizado.

— De momento, no podemos descartar ninguna posibilidad – dijo Argus con firmeza. – Sergio estaba en la cala, también sólo, aunque me temo que a él sí podemos descartarlo. – respiró profundo – Con respecto a los habitantes de la mansión, don Antonio estuvo reunido en el estudio con Inés, Julio y Carlos, hasta las dos de la madrugada, hablando sobre los hoteles. ¿Es correcto?

— Sí.— respondió Gerardo – Los tres confirmaron la coartada.

— Jimena, Marcos y Juliet se fueron a la cama temprano. André acompañó a su esposa y se quedó con ella toda la noche.

— Es correcto.

— Susan se quedó en el salón, bebiendo una copa hasta pasada la media noche, cuando se fue a acostar. Y Dimitri, permaneció con ella, pero dedicado a un juego solitario de ajedrez. Se retiró a la una de la madrugada.

— Parece que todos tienen coartada — apuntó Gerardo – Eso echaría por tierra su teoría de que el asesino salió de la mansión.

— No esté tan seguro, Gerardo – refutó Argus,— No todas las coartadas son igual de sólidas. Sigamos. Carmen terminó sus tareas a media noche, y la cocinera se fue a acostar en cuanto María salió de la casa.

— ¿No irá a creer que Carmen o la cocinera...?

— No creo nada, sólo puntualizo dónde estaba cada uno. ¿Y usted?—

le preguntó directamente a Gerardo.

— ¡Me cago en la leche! – explotó Tudela, deteniendo el coche —
¿Me está considerando sospechoso? ¿Por eso ha traído al niño para que lo ayude?

— Tudela, — dijo Argus con voz pausada, y sin dejarse impresionar por el arrebato del jefe de seguridad. — quiero que comprenda la situación — continuó el comisario — Cualquier persona que haya estado presente en la isla esa noche, debe dar cuenta de sus pasos. No importa si es sospechosa o no, ni tampoco si la indagatoria le resulta ofensiva, y eso lo incluye.

— Estaba en el bar de Avelino, — dijo Tudela entre dientes — tomándome unas cervezas.

— ¿Hasta qué hora?

— Hasta la media noche. ¿Satisfecho?

— De momento.

— No me extraña que le hayan puesto la cara como un mapa. — murmuró Gerardo — Probablemente se lo tenía merecido.

Tomás frunció el ceño, sintiéndose ofendido. Desde su punto de vista, el comisario se comportó como un héroe cuando detuvo por sí solo al Toro y su grupo, por lo que no consideraba justo el comentario del jefe de seguridad. Argus no pareció darle importancia a lo que había escuchado. Siguió concentrado en los interrogatorios.

— ¿No interrogó a los más jóvenes?

— Son críos — protestó Gerardo.

— Se sorprendería lo que son capaces de hacer algunos críos — respondió Argus.

— Aunque no se los pregunté, me lo dijeron — respondió Gerardo — Fernando estaba ofendido por las preguntas que se le hicieron a los miembros de la familia, y me contó que él y su amigo, junto con Sabina y una amiga de ella, hicieron una fogata en la playa oeste. Estuvieron allí hasta las dos de la madrugada.

— Ese chico, Fernando, se ofende con mucha facilidad, por lo que veo — comentó Argus, pensativo — ¿Y Samantha?

— No se lo pregunté, y tampoco me lo dijo. Tal vez su chico de los recados quiera hacerle el mandado. — dijo, señalando a Tomás.

— Gracias, Gerardo. Hizo usted un buen trabajo.

— ¿Se está burlando de mí?

— No, nunca me burlo, de nadie — respondió Argus muy serio.

Algo en la expresión del comisario hizo que Tudela comprendiera que le decía la verdad, y al momento reconoció que su arrebato no estaba justificado. Sin embargo, no era hombre de disculparse con facilidad. Volvió a encender el coche para retomar el camino hasta la cala.

Antes de veinte minutos estaban junto a la cala donde Sergio había sido asesinado. Argus bajó del coche sin esperar a que Gerardo retirara la llave del encendido, Tomás lo siguió sin mirar atrás. El jefe de seguridad le estaba colmando la paciencia. Gerardo, sintiéndose un poco desplazado, pero comprendiendo que él mismo había contribuido a esa situación, se dirigió a los dos hombres con una actitud más conciliadora.

— Encontramos su motocicleta por aquí, — les señaló — oculta entre las ramas.

Argus y Tomás lo siguieron hasta unos matorrales donde las ramas habían quedado aplastadas. El comisario vio una mancha en la grama y la tocó con los dedos, luego los frotó entre sí.

— Aceite de motor — dijo. — Así que vino aquí en forma voluntaria.

— ¿Por qué piensa eso? — preguntó Gerardo — Pueden haberlo obligado a sacar la moto y venir hasta aquí.

— Para que eso ocurriera, el asesino tendría que haber entrado en la casa hasta la habitación donde Sergio debió estar encerrado. Luego, sin que su familia o vecinos lo notaran, encender la moto y traerla hasta aquí, con el asesino como acompañante.— explicó el comisario — En medio del silencio de la noche, el motor lo hubieran escuchado en todo el pueblo

— ¿Qué cree que pasó?— preguntó Gerardo — porque lo que está claro es que vino en la moto.

— Creo que Sergio escapó de su casa, rodó la moto apagada hasta que salió del pueblo, y solo entonces la encendió.

— ¿Y eso no pudo ocurrir con el asesino amenazándole?

— Sí, pero ¿por qué el asesino iba a correr el riesgo de que su víctima arrastrara con la moto? Hubiera sido más sencillo traerlo en un coche, u obligarlo a caminar, pero sin el vehículo a rastras.

— Tal vez quería que pensáramos eso mismo, que Sergio vino por cuenta propia.— insistió Tudela.

— ¿Con qué finalidad? No ha ocultado el crimen, al contrario, ha dejado huellas claras de ser el mismo que mató a María.

— Tiene razón — reconoció Gerardo.

— ¿Y si no es el mismo? – apuntó Tomás, hablando por primera vez.

— Lo sabremos cuando examinemos el cuerpo,— dijo Argus – Hay detalles que solo sabemos Tudela, tú y yo ¿Dónde lo encontraron?

— Junto a las piedras – dijo Gerardo,— y por lo que parece, fue allí donde lo mataron.

Argus asintió, luego siguió al jefe de seguridad hasta el lugar señalado. Junto a las conocidas piedras se extendía una mancha oscura en la arena. La sangre de Sergio. Argus cerró los ojos y suspiró. Se sentía en cierta forma responsable de esa muerte. Si no hubiera cedido ante el ruego de los padres y lo hubiera detenido, probablemente seguiría con vida. Debió imaginar que Avelino y Teresa no podrían controlar al joven. Miró a Gerardo.

— ¿Cómo están los Martínez? –preguntó.

— Se lo puede imaginar – dijo Gerardo – Se culpan a sí mismos por no haberlo encerrado, por no haber impedido que saliera. Les dejó usted una carga muy pesada, comisario.

— Lo sé – dijo Argus – Aunque si lo hubiera enviado a la cárcel, como debí hacer, usted me estaría ahora reclamando mi dureza para con el chico.

— Es cierto, reconozco que me alegró que lo dejara al cuidado de sus padres, pero no imaginaba que algo así podía pasar.

— Ese es el problema, que nadie tomó en serio mis temores en ese sentido. – dijo Argus.

Gerardo guardó silencio, el comisario tenía razón, se los había advertido pero no le creyeron. Todos querían pensar que los homicidios habían terminado con María, que había sido un hecho puntual que no se volvería a repetir. Argus recorrió la cala de arriba abajo, mirando con atención. Tomás lo imitó, y en un determinado momento llamó a su jefe.

— ¡Comisario, vea esto! – le dijo, sosteniendo algo entre los dedos.

— ¿Qué es? – preguntó Argus, acercándose.

— Un botón – anunció Tomás triunfal.

— Bien hecho, Tomás – dijo Argus, felicitando a su subalterno — ¿falta algún botón en la ropa de Sergio? – le preguntó a Tudela.

— No lo creo, pero no estoy seguro. Lo mejor será comprobarlo cuando veamos el cadáver.

— Muy bien – dijo el comisario – Tomás, guarda ese botón en una bolsa para evidencias. Si no pertenece a la víctima, podría pertenecer al asesino.

— O a cualquiera que haya visitado la cala – apuntó Gerardo.

— Es cierto, pero es un botón dorado, de una chaqueta. – razonó Argus – Por lo que sé, esta cala no es muy visitada. Esa es la razón por la que Sergio la prefería, pero si alguien viene de día, no lo hará abrigado con una chaqueta en pleno verano.

— ¿Cómo sabe que ese botón no lleva aquí desde el invierno pasado? – interpuso Tudela.

— Yo mismo revisé la cala después de la muerte de María, y le aseguro que no estaba.

— Así que quien lo perdió lo hizo de noche. — apuntó Tomás.

— Eso creo, y si bien es cierto que pudiera ser cualquier habitante insomne del pueblo, o la mansión, la verdad es que este lugar está bastante apartado para que resulte probable que se trate de un paseante casual. Anoche, aquí se dieron cita dos personas, Sergio y su asesino. Es casi seguro que el botón pertenecía a uno de ellos.

— ¿Por qué está tan seguro que Sergio se citó aquí con su asesino? – preguntó Gerardo – pudo haber venido sólo, y el asesino haberlo sorprendido.

— Sergio salió en medio de la noche por alguna razón, creo que vino a entrevistarse con el asesino.

— ¿Por qué iba a hacer algo así? Sabía lo que le había pasado a María, ¿por qué jugarse la vida reuniéndose en un lugar solitario con un hombre que ya había matado a sangre fría?.

— Es probable que tuviera una fuerte motivación, esperaba obtener algo. Por otro lado, no es difícil que el chico pensara que estaba en control de la situación, él no era María, sino un joven fuerte que podía defenderse y estaba dispuesto a hacerlo. En otras palabras, subestimó a su adversario.

— ¿Qué cree que pensaba ganar con este encuentro?— preguntó Tomás.

— Supongo que tenía en mente chantajear al asesino. Desde la primera entrevista que le hice, tuve la percepción de que me ocultaba información. Sergio sabía, o sospechaba quién había matado a María, y por qué, y pensaba sacarle provecho.

— ¿Y qué me dice de las marcas en la frente? – preguntó Tudela – No las ha tomado en cuenta en su teoría, pero preocupan mucho a don Antonio.

— Don Antonio tiene buenos motivos para sentir preocupación por esas marcas,— reconoció Argus – pero creo que son un montaje.

— ¿Y en qué se basa para llegar a esa conclusión?

— En la misma naturaleza de las marcas. La única organización con la cual pudieran ser relacionadas fue desmantelada hace muchos años.

— ¿Esta seguro?

— Absolutamente

— Son una moneda falsa – apuntó Tomás.

— Exacto, creo que es hora de ver el cuerpo. Cuanto antes lo hagamos, antes podrán llevárselo para la autopsia.

Siguiendo las instrucciones del comisario, Tudela los llevó hasta el dispensario, donde Werner los esperaba para guiarlos hasta el sótano en el cual reposaba el cadáver de Sergio. Tomás comprobó con disgusto, que los móviles eran inútiles en la isla por la ausencia de antenas repetidoras, así que tuvo que resignarse a esperar a llegar a la mansión para poder llamar a su compañera y pedirle que hiciera un rastreo del Audi de alquiler al que había subido María tres años atrás. Sabía que Maritza lo insultaría por el encargo, pero en el fondo estaría fascinada por el reto. Argus tenía la certeza que todo había comenzado aquella tarde, y que el chófer del coche era el mismo asesino. Cuando entraron en el dispensario, el médico no pudo evitar una expresión de sorpresa.

— ¡Comisario!, pero ¿qué le ha pasado? ¿Ha tenido un accidente?

— Más bien un mal encuentro.

— ¿Se encuentra bien?— preguntó el médico, preocupado – Esas heridas parecen serias, tal vez deba hacerle un reconocimiento.

— Gracias doctor, pero no hemos venido por eso. Estoy bien. Venimos a ver a Sergio.

— Pobre chico, era un tarambana, pero no merecía terminar así.

— Le presento al inspector Tomás Niel, mi compañero en este caso.

— Bienvenido a la isla, inspector – dijo Werner estrechando la mano de Tomás – lamento que nos visite en tan terribles circunstancias.

— Gracias, doctor – respondió Tomás, agradeciendo que no comentara su apariencia juvenil.

Werner los condujo hasta el sótano, abrió una de las cámaras refrigeradas y sacó el cuerpo. Argus sintió una presión en el pecho. Temió que algo así ocurriera desde que vio por primera vez a Sergio. El chico había buscado su propia perdición. Respiró profundo y comenzó el examen. Las heridas correspondían a dos patrones, al igual que en el caso de María, la frente estaba grabada post— mortem. Sin duda se trataba del mismo asesino.

Argus miró con detenimiento las manos y brazos del joven. No había

evidencias de heridas defensivas, aunque el forense tendría que hacer un estudio más a fondo, y buscar restos de piel bajo las uñas. Era extraño, en esta ocasión la víctima sabía que se encontraría con un potencial asesino, y sin embargo había sido sorprendido. Seguramente había confiado demasiado en sus propias habilidades. Dado el carácter de Sergio, eso no le sorprendía.

Argus permitió que Tomás hiciera su propia evaluación del cuerpo. El joven inspector había demostrado ser muy perceptivo y tener una mente rápida. Por eso lo había llevado como compañero. Cuando ambos se dieron por satisfechos, Werner volvió a introducir el cuerpo en la cámara frigorífica, entonces pidieron ver la ropa. La examinaron con cuidado, sin sacarla de las bolsas donde Werner las había guardado. Comprobaron que no faltaba ningún botón y que ninguno correspondía al encontrado en la playa. Eso les dio esperanzas de estar más cerca del asesino. Una vez concluido el examen, subieron al despacho del médico.

— Haré los arreglos para que trasladen el cuerpo a Tenerife,— dijo Gerardo — ¿Avisará usted al forense?

— Lo llamaré en cuanto lleguemos a la mansión.

— De acuerdo. ¿Hay algo más que quiera hacer hoy, comisario?

— No, — respondió Argus mirando el reloj — falta poco para que anochezca, y debo reconocer que estoy cansado, supongo que a Tomás le ocurrirá lo mismo— el aludido asintió — creo que es un buen momento para regresar a la mansión y tomar un descanso.

— Antes de que se vaya, comisario — dijo Werner — ¿le importaría contarme sobre sus heridas? Tal vez pueda ayudarlo con eso.

— Gracias, doctor, pero no es necesario...

— Parece buena idea, comisario — intervino Tomás — No se ha dado usted tiempo a recuperarse.

— Está bien, — aceptó Argus, que tenía que reconocer que el dolor de cabeza no lo había abandonado, y podía comprometer su trabajo.

— Werner examinó a Argus, mientras sus acompañantes lo esperaban en la antesala.

— Debo decir que no debería estar usted de pie, comisario — dijo el médico— Necesita reposo.

— Ese es un lujo que no me puedo permitir ahora, doctor.

— Supongo que no servirá de nada que insista — Argus negó con la cabeza — Bien, en ese caso, al menos descansa por hoy, le recetaré un analgésico que le ayudará a dormir — dijo mientras sacaba un frasco de un

armario cerrado con llave y se lo entregaba a Argus – Tome una cada doce horas, y si se siente mal, no dude en avisarme.

— Gracias, doctor.

Werner los acompañó hasta la puerta, donde se despidieron para dar por terminada la jornada.

Cuando llegaron a la mansión, Tomás dedujo que el doctor Werner había llamado para advertir sobre las heridas del comisario, porque en cuanto detuvieron el coche, una hermosa mujer alta y morena, que esperaba en las escalinatas, se acercó a ellos evidentemente angustiada. Ignorando a Tudela y a Tomás, corrió al encuentro de Argus. Antes que él pudiera hacer o decir nada, le sujetó las mejillas con las manos mientras observaba la herida cubierta con el apósito y los hematomas resultantes del golpe, luego lo sostuvo por los hombros, como si quisiera evitar que escapase.

— ¡Por Dios! El doctor nos contó que estabas herido, ¿cómo te sientes?— lo interrogó Inés.

— Estoy bien. – respondió Argus, un poco aturdido por el recibimiento – Werner no debió llamar y asustaros. Sólo fue un golpe.

— Nos dijo que pudo ser grave.

— Pudo, pero no lo fue. – argumentó Argus.

— Nos advirtió que debíamos procurar que descansaras.

— Inés, estoy bien. – insistió Argus, desconcertado por toda aquella atención.

Ella lo abrazó en un impulso, como si no pudiera creerle, y comenzó a sollozar. Argus se puso tenso. Era la primera vez que alguien lo abrazaba así desde que había muerto Isabel. Para él las demostraciones de afecto eran una de las materias pendientes en su vida, pero al comprender que la reacción de Inés era producto del temor que sentía por su seguridad, se relajó, y le devolvió el abrazo, mientras le acariciaba el largo cabello para consolarla, como si fuera una niña.

— Está bien – le murmuró él al oído – Todo está bien. Pasaré, te lo prometo.

— Lo siento, — dijo ella, apartándose un poco y limpiándose las lágrimas con las manos. Argus le dio su pañuelo con una sonrisa.

— Te presento al inspector Tomás Niel, — le dijo – me ayudará en la investigación. Él fue quien me llevó al hospital cuando me golpearon, y te aseguro que su dedicación no tiene nada que envidiarle a la de una madre.

Inés se rio, descargando un poco el nerviosismo del momento, estrechó la mano de Tomás y ambos se sonrieron. Por lo visto, habían simpatizado inmediatamente.

— Don Antonio está adentro – explicó Inés, mientras caminaba junto a Argus, sujetándole el brazo con ambas manos, como si temiera que él huyera. — Quería hablar contigo, para preguntarte sobre la investigación. Está muy angustiado por la muerte de ese pobre chico. Sin embargo, después que llamó el doctor, comprendió que necesitas descansar. Tu habitación está lista, y Carmen ha ordenado que te preparen algo ligero que luego te subiré.

— Inés, no estoy enfermo, yo...

— Tú seguirás las instrucciones del médico, y al menos por hoy guardarás reposo, mañana ya veremos...— dijo ella con voz firme que no admitía discusiones.

— Espera – respondió Argus deteniéndose – No voy a posponer la investigación por...

— Hazlo por mí – insistió ella, poniéndole un dedo en los labios para obligarlo a callar – Sólo serán unas horas.

— Yo puedo informar al señor Abelard, comisario – se ofreció Tomás.

— Por lo visto, esto es una conspiración – aceptó Argus, resignado. Suspiró, la verdad era que el dolor de cabeza era bastante molesto, y el cuerpo le pedía reposo.— Muy bien, me retiraré a descansar, pero mañana comenzaremos temprano – dijo, mirando a Tomás – Hay mucho que hacer.

— Usted es el jefe, comisario – dijo Tomás sonriendo.

En el interior de la casa, don Antonio esperaba en el vestíbulo, y recibió a Del Bosque con un apretón de manos. Miró los hematomas sin disimulo.

— Lamento que haya resultado herido, comisario – le dijo — ¿Qué le pasó?

— Tropecé con un testigo poco colaborador.

Carmen apareció de repente, y no pudo evitar llevarse la mano a la boca para ahogar un grito cuando vio el aspecto de Argus. La reacción de la familia le hizo preguntarse qué les habría dicho Werner. Por lo visto, la preocupación del médico era genuina. Argus había aprendido a reprimir el dolor y la debilidad, a no dar importancia a las heridas. Era el resultado de años de soportar malos tratos. Ahora no le resultaba fácil saber cuándo parar, cuándo obedecer a los ruegos de su cuerpo. Parecía que este era un buen

momento para ello.

Después de presentar a Tomás, Argus subió a su habitación. Cuando vio la cama, hizo cuentas y recordó que no había dormido en una desde que salió de la isla, dos días atrás, y que tampoco había comido casi nada desde entonces. No era de extrañar que su aspecto asustara. Se quitó la chaqueta y entró en el baño para lavarse la cara. Se miró en el espejo. El hematoma que rodeaba el ojo, tenía un hermoso color negro, aunque el pómulo ya no estaba tan hinchado. Se quitó el apósito. La herida estaba limpia, pero pudo contar seis puntos de sutura. Era bastante grande y la cubría una costra de sangre seca. Se lavó la cara y se echó agua en el cuello para refrescarse. Se sintió mejor, aunque no alivió el dolor de cabeza.

Argus salió del baño, se quitó los zapatos y se recostó en la cama, lo que le proporcionó alivio. Recordó el analgésico que le había dado Werner. Sabía que tenía codeína y que posiblemente lo sedaría, pero en aquel momento eso le podría venir bien. La idea de tener que levantarse para alcanzar la chaqueta y buscarlo le pareció un esfuerzo excesivo. ¡Dios, qué cansado estaba! No se había dado cuenta, lo había reprimido.

Cerró los ojos, agradeciendo el silencio y la oscuridad. Minutos después, tocaron a la puerta. Antes de que pudiera decir algo, se abrió con lentitud. Inés se asomó, lo vio en la cama y sonrió, luego entró en la habitación sin preguntarle si podía hacerlo. Detrás de Inés venía Carmen con una bandeja y un bol. Argus estaba demasiado cansado para preguntar a qué se debía la comitiva, luego recordó lo que Inés le había dicho acerca de una cena ligera. Trató de incorporarse, pero al levantar la cabeza de la almohada, un fuerte mareo le obligó a cerrar los ojos y volver a su posición original.

— Ni se te ocurra levantarte – advirtió Inés con voz suave.

— Esto le hará sentir mejor – dijo Carmen, también en un murmullo.

Argus abrió los ojos, en cuanto su cabeza dejó de dar vueltas. Vio a Inés a su lado, mirándolo con expresión preocupada. Ella le sonrió, tratando de disimular lo que sentía. Carmen dejó la bandeja en la mesita de noche. Él se sentó en la cama despacio y con cuidado. Argus se sentía extraño, la atención sobre su persona no era algo a lo que estaba acostumbrado, por lo que no sabía bien cómo manejarse. Todo aquello le recordaba a Isabel, y los cuidados que le prodigaba cuando él resultaba herido o estaba enfermo. Inés se sentó en el borde de la cama mientras cogía el bol de la mesilla.

— Se los agradezco mucho, – dijo Argus – pero no tengo apetito.

— Es sólo un consomé,— argumentó Carmen – tómelo, le hará

bien. Necesita recuperar fuerzas.

Argus obedeció, no quería desairar la amabilidad de las dos mujeres. Cogió el bol de manos de Inés y comenzó a beber a pequeños sorbos. Sabía bien, y el calor que proporcionó a su estómago lo hizo sentir mejor. Tuvo que reconocer, que le hacía falta, y en la medida que lo fue tomando, lo hizo con mayor gusto. Ambas sonrieron complacidas al comprobar que se lo había bebido todo. Carmen cogió el recipiente vacío con la bandeja, y salió de la habitación sin decir nada más. Inés no se movió.

— Christian dijo que te había dado un analgésico, ¿ya lo tomaste?

— Aún no – confesó Argus.

— ¿Dónde está?

— En el bolsillo interno de la chaqueta. — dijo él.

Inés se levantó, revisó la chaqueta hasta que encontró el frasco, luego entró en el baño, de donde regresó con un vaso de agua. Volvió junto a él, le entregó una tableta y el vaso. Argus tomó la medicina y bebió el agua sin protestar, sabía que no le serviría de nada. Inés sonrió, dejó el vaso en la mesilla, luego le retiró una de las almohadas, dejándolo de nuevo acostado. Entonces se sentó junto a él. Argus hubiera querido comenzar una conversación, hacerle preguntas para saber más de ella, pero en ese momento no se le ocurría nada y sentía los párpados pesados. El dolor de cabeza comenzaba a ceder, siendo sustituido por una agradable somnolencia. Cerró los ojos, diciéndose a sí mismo que solo quería descansar un momento, y sintió una confortable seguridad cuando Inés le tomó la mano sosteniéndola entre las suyas. Poco a poco se fue deslizando en el sueño sin darse cuenta, hasta perder el sentido de dónde estaba, y antes de dormirse completamente, susurró un nombre: Isabel.

Capítulo diez.

Argus despertó con los primeros rayos de sol. Abrió los ojos y se sorprendió al verse cubierto por una manta. Sentía la cabeza pesada, pero el dolor ya había desaparecido. Por lo visto le había hecho bien el descanso. Se levantó despacio sintiéndose más tranquilo al comprobar que ya no se mareaba. Decidió darse una ducha, el agua tibia lo reconfortó. Antes de salir del baño volvió a evaluar su estado en el espejo. La inflamación de la cara había cedido, y los hematomas comenzaban a cambiar de color. Se afeitó, se cepilló los dientes a conciencia, y entró en la habitación con una toalla en la cintura, con la intención de vestirse.

Tocaron con suavidad la puerta, pero entraron antes de que tuviera oportunidad de responder. Argus llevó instintivamente la mano a la toalla, temiendo que ésta cayera. No pudo evitar la expresión de sorpresa por la intromisión. Carmen, que era la que había irrumpido, también se sorprendió de encontrarlo de pie y semidesnudo.

— Lo siento, — dijo la mujer, azorada —no pensé encontrarlo de pie tan pronto... Venía para ver cómo seguía y si quería desayunar.

— Estoy mejor, Carmen, gracias — respondió él — Bajaré enseguida, no es necesario que se preocupe.

— Lo siento, no quería molestar, yo...

— Carmen, — dijo Argus, comprendiendo el rubor de la vieja ama de llaves — en verdad les agradezco a usted y a Inés sus cuidados. Si me siento mejor, se lo debo a ustedes.

Carmen sonrió, tratando de disimular su incomodidad. Se dio media vuelta y se fue. Argus terminó de vestirse, y bajó las escaleras. En el comedor, ya don Antonio daba cuenta de su taza de café, Jimena también se encontraba allí, así como Sánchez, Marcos, Castañeda y Petrovich. Los niños desayunaban comiendo a dos carrillos, y de los jóvenes, sólo vio a Samantha. Tomás, en un rincón, estaba concentrado en un plato con huevos, bacón, pan y jamón. Argus observó que Samantha no le quitaba la vista de encima al joven inspector, y cuando él vació la taza de café, ella se ocupó de llenarla de nuevo.

— Buenos días — saludó Argus, y todos levantaron la mirada en su dirección.

— Buenos días, comisario — respondió don Antonio, sonriendo — tiene

mucho mejor aspecto, espero que se encuentre mejor.

— Mucho mejor, gracias.

— Acompáñenos por favor – le invitó don Antonio.

Argus se acercó hasta la mesa donde se encontraba dispuesto el bufet, se sirvió una taza de café y cogió una tostada, luego se sentó en la mesa junto a Tomás, que le sonrió entre bocado y bocado.

— Veo que está reponiendo fuerzas, inspector – comentó Argus.

— El desayuno es la comida más importante del día, comisario – respondió Tomás – Al menos eso dice mi madre.

— Su madre debe estar orgullosa de usted.— dijo Argus, de buen humor.

— ¿Pasó bien la noche, comisario?— preguntó Abelard.

— Dormí como un niño.

— ¿Por qué tienes el ojo morado, y esa costra tan fea en la cabeza? – preguntó Toni.

— Me caí – respondió Argus, dando la explicación más sencilla posible.

— Debió dolerte. – concluyó el niño.

— ¿Retomará la investigación, comisario? – preguntó don Antonio.

— ¡Papá! – le recriminó Jimena — ¡No presiones al señor Del Bosque!

— No se preocupe, ya había decidido retomarla. Me siento mejor, y no podemos darnos el lujo de permitir que haya un asesino suelto.

— El inspector Niel nos informó anoche de sus avances en el continente. – dijo Abelard. – También nos contó acerca del heroico arresto de una pandilla de traficantes que logró usted sólo.

— No lo llamaría heroico, — argumentó Argus, mirando con severidad a su joven subalterno – En realidad, fue todo producto de las circunstancias.

— ¿Cree que la muerte de María y Sergio puede estar relacionada con esa banda de traficantes, con la droga?

— Es posible.— reconoció Argus – De lo que estoy seguro, es de que hay una conexión entre lo que ocurrió en Madrid hace tres años, y los homicidios que investigamos.

— ¿Siente que se encuentra más cerca de atrapar al asesino? – preguntó Marcos.

— Lo atraparemos, señor – dijo Argus con firmeza – No lo dude.

— ¿Qué opina de las marcas en la frente, comisario?— preguntó Sánchez – Según el inspector, usted no les da importancia.

— Tengo buenas razones para pensar que su único objetivo es confundirnos – dijo Argus, y volvió a mirar con severidad a Tomás, que pareció hundirse un poco en la silla. Tendría que hablar con el joven acerca de comentar detalles de la investigación a posibles implicados.

— ¿Está seguro de eso, Del Bosque? – preguntó don Antonio — ¿Aún después de nuestra conversación?

— Especialmente después de nuestra conversación – respondió Argus, terminando el café. – Si ya terminó de desayunar, inspector – dijo, dirigiéndose a su compañero – debemos marcharnos.

— Sí, señor – dijo Tomás, tomando el último sorbo de café. Samantha le sonrió, pero el joven inspector pareció no notarlo.

Salieron del comedor, Argus iba con el ceño fruncido, caminando un paso adelante. Cuando llegaron a la puerta principal, Argus pudo ver a Inés sentada en un banco en el jardín, volteó hacia su subalterno y le dio una orden.

— Espéreme en el camino, inspector – le dijo en tono severo – tenemos mucho que hablar.

— Sí, comisario – respondió Tomás, con expresión de cachorro apaleado. Argus se acercó a Inés, que pareció no notar su presencia.

— Inés – le dijo, cuando llegó junto a ella – Buenos días.

— Buenos días, comisario – dijo ella, con frialdad – Me alegra ver que se siente mejor.

— ¿Comisario? – preguntó él, confundido – Creí que ya me llamabas Argus.

— Tal vez nos apresuramos en tratarnos con confianza.

Argus se sintió confundido. ¿Era esa la misma mujer que el día anterior le había sostenido la mano entre las suyas? ¿Qué había llorado por él, haciéndole recordar a la única persona a la que le había importado?

— Lo siento, ¿he hecho algo que te ofendiera? Si es así, lo lamento. – dijo él, sinceramente preocupado – Si me he recuperado tan rápidamente es gracias a tus cuidados.

— Hubiera hecho lo mismo por cualquiera – dijo ella.

— Inés, ¿qué...?

— Lo siento, debo marcharme, seguramente don Antonio me debe estar buscando – dijo Inés poniéndose de pie. Argus la sujetó por el brazo en un impulso.

— Espera... Al menos dime qué he hecho.

— ¿Por qué no se lo preguntas a Isabel? – dijo ella, girándose y enfrentándolo.

— ¿Isabel?— preguntó él, confundido — ¿Qué tiene que ver mi difunta esposa con esto?

Inés parpadeó, él ya le había dicho que era viudo, pero no el nombre de su esposa, y cuando mencionó a otra mujer en medio de su estado de confusión, la última persona en la que a ella se le ocurrió pensar fue en su esposa muerta.

— ¿Isabel era tu esposa? –preguntó ella.

— Sí, pero no comprendo qué relación tiene con tu enfado – respondió él, sinceramente confundido.

— Lo siento, — dijo Inés – anoche hablaste dormido, tal vez por los medicamentos, y mencionaste su nombre, yo creí...

— Que estaba jugando a dos bandas – concluyó él — Comprendo.

— Argus, yo... supongo que me puse celosa, espero que puedas perdonarme.

— No, es comprensible – dijo él – En realidad no me conoces, ¿por qué ibas a confiar en mí? Tal vez tengas razón y nos apresuramos.

Él se sintió juzgado y condenado, como siempre le ocurría. Pensó que había sido un estúpido al haber creído que podía llegar a tener con Inés, la confianza y el amor que había disfrutado con Isabel. Su esposa había sido única, y la había perdido para siempre. Si aquel conductor borracho no la hubiera arrollado... Inés vio la expresión de Argus al mencionar a su esposa, comprendió su pérdida y sintió compasión.

— La querías mucho, ¿verdad? – él no respondió, sólo la miró a los ojos, tratando de adivinar la intención de la pregunta .— ¿Cómo murió?

— Ambos tenemos mucho que hacer – respondió, evasivo – Será mejor que nos pongamos a ello.

Argus cruzó el jardín, sin darle oportunidad a Inés a preguntar más. No era capaz de hablar de Isabel, y menos de su muerte. ¿Qué si la había amado? No sabía lo que significaba esa palabra hasta que ella entró en su vida. Creció en un infierno de malos tratos, del que logró salir para alcanzar un purgatorio de indiferencia. Antes de Isabel no le importaba a nadie, después de ella, nadie volvería a sentir nada por él. En ese momento era el ser humano más solitario sobre la Tierra.

Llegó al camino malhumorado, y Tomás se preparó para una

reprimenda. En los pocos días que hacía que conocía a Del Bosque había aprendido a apreciarlo, y lo respetaba profundamente. A diferencia de la mayoría de sus jefes, que generalmente trataban de humillarlo por su juventud e impericia, el comisario hasta ahora lo había tratado con consideración y respeto, como a un igual. Al ver la expresión de su rostro cuando se acercaba por el camino, Tomás pensó que estaba a punto de conocer la cara menos amable de su jefe. Argus llegó a su lado, lo miró y respiró profundo.

— Los habitantes de esa casa son los principales sospechosos de los homicidios, Tomás – le dijo con firmeza – Me gustaría saber por qué están informados de todos los detalles de la investigación.

— Lo siento, señor – respondió Tomás compungido – No pude evitarlo, ya lo sabían todo.

— ¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué sabían?

— Todo lo que hemos hablado acerca del caso – explicó Tomás.— Por lo visto, una de las misiones de Tudela es mantener informado a don Antonio, y él a su vez, responde a lo que le preguntan sus allegados. No los ve como sospechosos.

— ¿Entonces qué fue lo que hablaste con ellos?

— Sólo les conté acerca del arresto del Toro y su pandilla, señor. Y eso porque no lo consideré directamente relacionado con el caso. Les explique cómo resultó usted herido. Si me excedí, lo lamento.

— No, está bien, era inevitable hablar de eso. – reconoció Argus – Pero entonces significa que debemos tener mucho cuidado con lo que mencionamos frente a Tudela.

— Sí, señor. — dijo Tomás, visiblemente aliviado.

— ¿Has recibido alguna comunicación de tu compañera?

— Aún no, comisario, pero ya le hice el encargo, así que probablemente no tarde mucho en darnos una respuesta.

— Muy bien. ¿Algo más? – preguntó Argus, retomando la marcha hacia el pueblo.

— Anoche aproveché para interrogar a todos acerca de sus coartadas la noche anterior, cuando fue asesinado Sergio.

— Buen trabajo – asintió Argus, satisfecho — ¿Qué obtuviste?

Tomás sonrió, mientras sacaba una libreta del bolsillo. Temía haber defraudado a Del Bosque, pero por lo visto no era un hombre que juzgara sin escuchar. Buscó entre sus notas para no olvidar ningún detalle.

— Los chicos fueron los primeros en marcharse, – dijo – salieron antes de la cena.

— ¿Todos?

— Menos Samantha, parece que ella no se siente a gusto con sus primos.

— Es una chica muy madura, demasiado para ellos.

— ¿Madura? ¿Con esos pelos y esa forma de vestir?

— No te dejes engañar por las apariencias, Tomás – dijo Argus – debajo de esos pinchos violeta se esconde una cabeza que sabe pensar, y debo prevenirte para que tengas cuidado.

— ¿Yo, por qué?

— Porque me parece que la chica se siente atraída por ti.

— ¿Por mí? –preguntó Tomás asustado.

— A la vista de su conducta, estoy seguro. Recuerda, sin embargo, que es solo una niña. Tiene dieciséis años, y probablemente te cree más joven de lo que eres.

— Gracias por la advertencia, comisario. – respondió Tomás preocupado – No lo había notado.

— Sólo ten cuidado. Bien, ¿dónde estaba Samantha?

— Dice que salió a caminar por el jardín y regresó a la casa a media noche. ¿No creerá que ella...?

— No, claro que no, pero es buena observadora, y tal vez vio u oyó algo. ¿Se lo preguntaste?

— Sí, no vio nada.

— Muy bien, continúa.

— Después de cenar, se retiraron Juliet y su esposo. Por lo visto, es lo habitual.

— Sí, ella tiene problemas con el alcohol, y él se asegura de mantenerla bajo control – ¿Los demás?

— Al parecer esa noche todos estaban cansados, porque se acostaron antes de las once, con excepción de Petrovich y don Antonio, que permanecieron jugando ajedrez hasta la una. Por cierto, anoche el profesor lamentó mucho no poder jugar con usted.

— Anoche las partidas que se jugaban dentro de mi cabeza no eran de ajedrez, sino de boliche.

Tomás no pudo evitar reír ante el comentario, y se alegró que cualquiera fuera la causa del mal humor del comisario, no lo hubiera pagado

con él. Eso elevó en muchos puntos la estima que sentía por su nuevo jefe.

— De manera – continuó Argus – que solamente los chicos, don Antonio y Petrovich, tienen realmente coartada.

— Eso parece, aunque...

— ¿Sí?

— Por lo visto hubo algo de revuelo. Castañeda tiene mal carácter, o eso dicen todos, y tuvo una discusión con su esposa a eso de las doce y media.

— ¿Y todos lo oyeron?

— Sólo los de las habitaciones más cercanas – dijo Tomás, mirando la libreta – que son Sánchez de un lado, Marcos y Susan, del otro.

— ¿Cuánto tiempo duró la discusión?

— Diez minutos aproximadamente, después de lo cual, Castañeda salió de la habitación.

— ¿Adónde fue?

— Según él, salió a fumar un cigarrillo.

— ¿Dónde?

— En el jardín.

— Donde estaba Samantha.

— Sí, creo que esa fue la razón por la que ella volvió a su habitación.

Parece que no se lleva bien con su tío.

— Así que, Samantha permanece en el jardín hasta las doce y media. Entonces, ocurre la pelea entre Castañeda y su esposa, él sale al jardín, y Samantha se retira. ¿Cuánto tiempo permaneció allí el señor Castañeda?

— Según él, media hora, hasta la una, luego regresó a su habitación. Su mujer ya estaba dormida, o lo simulaba.

— ¿Vio o escuchó algo mientras estuvo en el jardín?

— Creo que no.

— ¿Crees?

— No es precisamente un testigo muy colaborador – dijo Tomás – Durante toda la entrevista se mostró hostil, como si fuera ofensivo que le preguntara algo...

— Sí, conozco la actitud, pero aun así, hay que obtener la información.

— Según él, no vio ni escuchó nada extraño, pero también me dijo que no estaba allí para meter las narices en lo que no eran sus asuntos.

— ¿Aunque el asunto fuera un homicidio?

— Eso parece. Después de mucho insistir, logré que reconociera que

le pareció ver una sombra a eso de la una, cuando ya volvía a entrar. Pero dice que pudo ser cualquier cosa, una rama movida por el viento, un conejo, un gato salvaje.

— ¿Hay gatos salvajes en esta isla? – Tomás se encogió de hombros — ¿Dónde vio esa sombra?

— En lado oeste de la casa.

— El que está cerca del cobertizo – dijo Argus pensativo.

— Sí.

— ¿Alguien puede corroborar que regresó a su habitación a la una?

— Su esposa dice que estaba durmiendo, así que no lo escuchó llegar.

— ¿Y don Antonio y Petrovich? Jugaron hasta la una, así que pudieron cruzarse con él.

— No ocurrió. Ellos no vieron a nadie.

Argus no dijo nada, pero se quedó pensativo.

— ¿Cree que miente, comisario?

— Solo tenemos su palabra de que regresó a esa hora – dijo Argus, — por lo demás, pudo haber estado fuera el tiempo suficiente para llegar hasta la cala, asesinar a Sergio y regresar.

— ¿Sospecha de Castañeda?

— Sospecho de cualquiera que no tenga una coartada firme. – afirmó Argus.

— Pero para el primer homicidio sí la tiene.

— Así es, — dijo Argus — todos los que asistieron a la reunión en el despacho de don Antonio, la tienen.

— Eso nos deja a la pareja francesa, — dijo Tomás, mientras contaba con los dedos — Marcos y su esposa, el padre de María, a quien aún no hemos interrogado acerca del segundo homicidio... ¿Se me escapa alguien?

— Carmen y la cocinera. — dijo Argus. Tomás lo miró, preguntándose si estaba hablando en serio. — No sospecho de ellas, — explicó Argus — pero aun así no tienen coartada, ¿o la tienen?

— No, ambas se fueron a la cama después de recoger los platos de la cena. — dijo Tomás — En realidad, todos tienen coartada, excepto el padre de María. Me refiero a que ambas parejas permanecieron junto a sus cónyuges.

— Es cierto, — reconoció Argus — pero debes tener en cuenta, que dicho cónyuge puede ser cómplice, o no brindar la coartada completa.

— Me he perdido, señor.

— Si no permanecieron toda la noche despiertos, cualquiera de ellos

pudo deslizarse de la habitación, salir, cometer el crimen y regresar sin que su pareja se enterase.

— Pero correría un gran riesgo si llegaba a despertar.

— ¿Lo crees?

— Tendría que explicar su ausencia.

— No podía dormir, bajé a fumar un cigarrillo, tenía hambre... – esta vez fue Argus, quien enumeró con los dedos. — Además, nuestro sospechoso podría tener la certeza de que su pareja no iba a despertar. ¿Has preguntado si alguno de ellos toma pastillas para dormir?

— No, la verdad es que no se me había ocurrido.

— Bien, se los preguntaremos cuando regresemos. – dijo Argus – De momento, sabemos que al menos una duerme bajo el efecto de drogas.

— ¿Juliet? – preguntó Tomás. Argus asintió — ¿Cree que haya sido Davoisier?

— Sabemos que compraba droga a Pedro, – dijo Argus – lo que aumenta las probabilidades de que conociera al Toro, y fuera también su cliente.

— Pero el Toro negó conocer al sujeto con el que María subió al auto.

— No, sólo dijo que no conocía el coche. Al tipo nunca lo vio, así que no podía saber si lo conocía o no. Además, ¿qué hacía un Audi en un barrio como ese?

— Sí, es muy extraño – reconoció Tomás — ¿Cree usted que fue el francés?

— De momento es el candidato más sólido que tenemos – reconoció Argus – Vamos a buscar a Tudela, quiero que llames a tu compañera y le pidas que averigüe si Davoisier estuvo en Madrid por esa fecha. Que compruebe las listas de pasajeros aéreos y ferroviarios de, al menos tres meses antes del día en que María subió al coche.

— ¿Y si Davoisier llegó por carretera?

— No lo creo, el coche era de alquiler, de haber viajado por su cuenta hubiera usado su propio coche.

Capítulo once.

La primera parada en el pueblo la hicieron en la oficina de seguridad. Tudela se sorprendió al verlos llegar, había supuesto que el estado de Argus pospondría la investigación por unos días, por eso no se molestó en presentarse en la mansión para buscarlos. No estaba dispuesto a ser chófer del crío. Después de los saludos normales, seguidos por la correspondiente expresión de alegría por la rápida recuperación del comisario, Argus pasó a lo que le interesaba.

— Necesitamos usar su teléfono, Gerardo.

— Sí, claro, — respondió Tudela — ¿Hay algún avance?

— De momento, tenemos más interrogantes que respuestas — dijo Argus, dirigiendo una mirada de complicidad a Tomás.— El inspector llamará a su compañera en Madrid para que realice algunas tareas.

— Claro, el teléfono está allí.

— Gracias — respondió Tomás.

Mientras Tomás marcaba la larga lista de números, Argus alejó a Tudela del teléfono, y comenzó a preguntarle acerca de todo lo que había ocurrido desde la noche del asesinato de Sergio.

— ¿Cómo lo encontraron? — preguntó Argus.

— Avelino me avisó por la mañana que Sergio no estaba en su habitación — dijo Tudela, que se mantenía atento a lo que Tomás hacía, pero se encontraba demasiado lejos para escuchar la conversación.

— ¿Y usted fue a buscarlo?

— Claro, era obvio que no podía haber salido de la isla, porque ningún vehículo se había acercado durante la noche. Lo buscamos por todas partes, hasta que recordé lo que usted me contó sobre la cala, y que el chico se drogaba allí. Pensé que podía haber ido a aquel lugar para saciar el mono. Nunca esperé encontrarlo muerto.

— Lo lamento, debió ser muy difícil para usted.

— Fue peor para su padre.

— ¿Iba con usted?

— No, yo creí que encontraría a Sergio drogado. No quería que Avelino lo viera así, por lo que a él lo mandé a buscar al otro lado de la isla. Fue una suerte que lo hiciera.

— Es usted un buen hombre, Gerardo — dijo Argus con honestidad,

mientras le daba una palmada en el hombro – Me hubiera gustado haberlo conocido en otras circunstancias.

Tomás regresó y se unió a ellos, con la mirada le hizo saber a Argus que había cumplido el encargo. El comisario asintió pero no dijo nada, no quería que Tudela supiera que tenían un sospechoso y que lo estaban investigando. La amistad y la lealtad que Gerardo sentía hacia los habitantes de la isla lo convertían en el topo perfecto para el asesino, aunque esa no fuera la intención del jefe de seguridad.

— ¿Y ahora qué? – preguntó.

— Me gustaría hablar con Avelino y Teresa, para darles el pésame.

— ¿No pensará interrogarlos? – preguntó Gerardo enseguida – Supongo que no creerá que son sospechosos.

— Desde luego que no – lo tranquilizó Argus – Me siento en parte responsable de lo que le ocurrió al chico. Sólo quiero que lo sepan.

Gerardo asintió, conforme. Racionalmente comprendía que el comisario no era responsable de las desgracias recientes, pero no podía evitar asociar su llegada con el final de la paz de su idílico mundo. Caminaron hasta el bar, que permanecía cerrado, rodearon por la parte posterior y llamaron a la puerta de la cocina.

— Ha sido muy duro para ellos – explicó Tudela – No han podido regresar aún a sus actividades.

— Es comprensible – dijo Argus.

Avelino abrió la puerta, y no pudo evitar una expresión de desagrado cuando vio al comisario.

— ¿No ha hecho ya suficiente daño? – le preguntó — ¿Qué quiere ahora? ¿A cuál de nosotros su interrogatorio lo convertirá en la próxima víctima?

— ¡Avelino! – dijo su mujer detrás de él – No seas bruto, el comisario no tiene la culpa de lo que pasó.

— ¿Ah no? ¿Cómo sabes que no fueron sus preguntas, o el hecho de que por Sergio atraparan a ese traficante, la razón de que mataran a nuestro hijo?

— Nuestro hijo se hizo adicto mucho antes de conocer al comisario – dijo Teresa con firmeza – Y si hay algún culpable de no haber hecho nada al respecto, de mirar a otro lado, y esperar que las cosas cambiaran por sí solas, ese culpable no está de ese lado de la puerta.

— ¿Me estás diciendo que es mi culpa?

— ¿Tuya?, no – dijo Teresa – Mía, nuestra, del propio Sergio, pero definitivamente, no del comisario, que lo único que hizo fue tratar de advertirnos. – miró a los tres hombres, que esperando en el umbral, no sabían qué hacer. – Pasen, caballeros. ¿Puedo ofrecerles café?

Gerardo entró primero, seguido de Argus y por último Tomás, que se sentía fatal por su jefe. Sabina también estaba allí, junto a la estufa. Argus observó a los presentes. Avelino estaba despeinado, con barba de dos días y los ojos enrojecidos de llorar. Se sentó en una esquina de la mesa con la mirada perdida y no volvió a hablar. A duras penas, Teresa mantenía una entereza que despertó la admiración de Argus. ¡Menuda mujer! No se explicaba cómo, teniendo una madre así, Sergio había terminado siendo un adicto medio delincuente.

Sabina, que también tenía los ojos enrojecidos, era de la misma madera de su madre. Saludó a los hombres que entraron con una inclinación de cabeza y le dijo a Teresa que se sentara, que ella se haría cargo del café. Mientras los visitantes tomaban asiento, Sabina puso la cafetera en el fuego.

— Sé que nada de lo que diga puede aliviar su pena – les dijo Argus con voz suave – pero lamento mucho lo que pasó.

— Lo sabemos, comisario – dijo Teresa – Usted nos advirtió que Sergio corría peligro y que no debíamos dejarlo salir. Si él lo hubiera escuchado, o si nosotros hubiéramos sido más firmes con nuestro hijo...

— No, Teresa – la consoló Argus – Nada de lo que hizo Sergio, o de lo que ustedes dejaron de hacer, merece semejante castigo. No deben culparse.

— Pero pudimos evitarlo. — insistió Teresa.

— No lo sé. — reconoció Argus.

Sabina sirvió el café mientras los observaba, luego se sentó junto a su madre y le cogió la mano.

— ¿Qué hicimos mal, comisario? ¿Lo sabe?

— No creo que hayan hecho nada mal. Al menos, nada que cualquier otro padre no hubiera hecho también. Hay un asesino suelto en la isla y él es el verdadero culpable. También lo soy yo, en tanto que es mi responsabilidad atraparlo y aún no lo he hecho.

— Sé bien que usted no ha tenido descanso desde que todo esto comenzó, — dijo Teresa – a pesar de que nosotros, los principales interesados en que se resuelva, no hemos hecho más que ponerle trabas en el camino, como si nuestro estúpido orgullo fuera más importante que evitar nuevas

muerdes. — lo miró con los ojos llenos de lágrimas — ¿Cómo se hizo eso, comisario?

— Esto... — dijo él, llevando la mano a la sien — No fue nada...

— ¿Tuvo que ver con el caso?

— Sí, pero...

— A eso me refiero, — insistió Teresa — usted está haciendo todo lo que puede, ya es hora de que nosotros le ayudemos.

— ¿Por qué Sergio? — preguntó Avelino con voz ronca.

— ¿Cómo?

— ¿Por qué nuestro hijo? — volvió a preguntar, levantando la cabeza y mirando fijamente a Argus.

— Lo siento, — respondió el comisario — aún no lo sabemos con certeza.

— Pero sospecha algo — insistió Avelino — Debe sospecharlo, cuando le advirtió que podía ser el siguiente— elevó la voz como si Argus fuera el propio asesino — ¡Usted se lo dijo, yo lo escuché!

— Sí, tengo una sospecha, — reconoció Argus — pero aún es pronto para...

— Comisario — dijo Avelino, que parecía haber recuperado la compostura — Mi hijo ha muerto, y si tiene una leve idea de la razón, le ruego que nos la diga. Merecemos al menos eso.

— Muy bien — admitió Argus — pero quiero que comprendan que solo se trata de una hipótesis, aún no lo sabemos con certeza.— la familia Martínez lo miraba con expectación — Creo que Sergio sabía quién había asesinado a María, conocía la identidad del asesino.

— Pero, si lo sabía ¿por qué no lo dijo? — preguntó Teresa, y era la pregunta que Argus temía, la que podía hacer saltar los demonios. Aun así, decidió ser honesto.

— Creo que tenía intenciones de chantajearlo, y por eso se encontró con él en la cala.

Lejos de reaccionar violentamente, como Argus temía, Avelino cerró los ojos con fuerza, y dejó que las lágrimas le rodaran por las mejillas, señal de que lo que el comisario afirmaba era posible y correspondía a la forma de actuar de Sergio

— Si eso es cierto, tal vez debería saber algo, comisario — dijo Avelino, como si hubiera decidido hablar en el último momento.

— ¿Qué? — preguntó Argus, interesado.

— Guardaba en el ático una vieja pistola Astra 400 de mi padre. Recuerdo de la guerra. Ha desaparecido.

— Eso explica por qué aceptó encontrarse a solas con el asesino — comprendió el comisario — Se sentía seguro porque iba armado.

— Es absurdo, ese trozo de metal tenía años en algún rincón sin recibir ningún tipo de mantenimiento. Lo más probable es que estuviera oxidada y encasquillada.

— Tal vez Sergio no tomó en cuenta esa posibilidad.

— Pero entonces, ¿dónde está la pistola? — preguntó Tudela — Sergio no la llevaba encima cuando lo encontramos.

— Tal vez el asesino se la llevó — opinó Tomás.

— No lo creo — refutó Argus — No le serviría de nada, y para él sería muy peligroso conservarla. Lo más probable es que la haya arrojado al mar.

— Entonces Sergio murió porque quiso chantajear al asesino — señaló Teresa con tristeza.

— Así parece — confirmó Argus.

— Ahora comprendo — dijo Sabina. Todos voltearon hacia ella.

— ¿Qué es lo que comprendes?

— Los últimos días, Sergio siempre estaba hablando de lo que iba a hacer cuando se fuera a vivir a Madrid.

— Eso no significa nada, — dijo Avelino — tu hermano hablaba de eso desde que tenía diez años.

— Pero no como en los últimos días — insistió Sabina — Desde que murió María era muy específico. Decía que iba a abrir un taller de reparación de motos, que iba a comprar un piso, y un coche de lujo... Yo me burlé de él preguntándole de dónde iba a sacar el dinero, y él me respondió que ya me lo demostraría.

— Sabina, — dijo Argus, interesado — ¿recuerdas si se refería a algún coche en particular, a alguna marca?

— Sí, ahora que lo dice — dijo ella rememorando — hablaba de un Audi, gris platinado, o algo así...

Argus y Tomás se miraron entre sí. Era la confirmación, la conexión que necesitaban, ahora solo tenían que identificar al escurridizo chófer del Audi.

La siguiente parada fue la casa de Pablo García, el padre de María. A

Tudela no le gustó la idea, aún no se le había pasado el susto desde el primer interrogatorio, en el que Pablo atacó al comisario con un cuchillo de cocina. Esperaba que esta vez la entrevista se desarrollara más pacíficamente, pero con sinceridad, lo dudaba. Desde la muerte de María, Pablo había caído en una espiral de alcohol, tristeza y abandono que lo habían convertido en una sombra de lo que había sido, y Gerardo no tenía idea de cómo podía reaccionar al ver al comisario.

Llegaron frente a la casa, en la que el deterioro era fiel reflejo de su habitante. Las malas hierbas del jardín habían crecido casi hasta la altura de la rodilla, y el polvo cubría las ventanas visibles. Gerardo se adelantó y tocó la puerta, primero con suavidad y luego con mayor firmeza. Tendría que hablar con don Antonio acerca de la situación de Pablo, no podían dejar que se autodestruyera de esa forma.

Pablo apareció en el umbral al cabo de unos minutos. Su aspecto era aún más patético que en la primera visita. Era obvio que llevaba días sin bañarse, ni cambiarse de ropa. Tenía la barba crecida y manchada de cerveza, la mirada perdida, y se tambaleaba. Eran las diez de la mañana pero ya estaba completamente borracho.

— ¿Qué quieren? — preguntó con voz gangosa.

— Déjanos pasar, Pablo, venimos a hablar contigo — dijo Gerardo.

Pablo entornó los ojos, como si quisiera enfocar mejor, se fijó en Argus y Tomás, luego escupió a un lado del jardín.

— Pero si es el maldito madero toca huevos, — dijo con rabia — veo que alguien le dio lo que se merecía. Bravo por él. ¿Y quién los acompaña esta vez? ¿De dónde ha salido este crío?

— Necesitamos hablar con usted, don Pablo — dijo Argus, ignorando agresiones y ofensas.

Pablo no se movió, más que para beber de la botella que llevaba en la mano. Argus miró a Gerardo y le hizo un gesto con la cabeza para que entrara en la casa, pero el jefe de seguridad no se atrevía a hacerlo, temía que Pablo se pusiera violento y no quería pelear con su viejo amigo. Argus comprendió que el sentido de lealtad volvía a paralizar a Tudela, así que avanzó con paso firme. Antes de que Gerardo pudiera oponerse se situó frente a García, le arrancó la botella de la mano y lo sujetó por el brazo para arrastrarlo dentro de la casa.

— ¡Oiga, qué coño se ha creído! — gritó Pablo, indignado ante la arremetida del comisario — ¡No tiene derecho...!

Pero ya Argus lo había llevado hasta la cocina. Tomás siguió a su jefe, y a Tudela no le quedó más remedio que entrar a la casa con ellos.

— Tomás, prepara una jarra de café, por favor,— dijo Argus — necesitamos al señor García sobrio.

— ¡Usted no puede entrar así en mi casa y decirme lo que tengo que hacer! — gritó Pablo, ofendido.— Le juro que cuando termine con usted, le parecerá que el que le abrió la cabeza era su mejor amigo.

— Es muy bueno amenazando, señor García, — dijo Argus — pero en este momento ese es un ejercicio inútil. Ahora se meterá en la ducha, se afeitará, se pondrá ropa limpia, y regresará aquí para quitarse la borrachera con una buena jarra de café. Luego hablaremos como personas civilizadas. Si después de eso quiere intentar algo contra mí, adelante, pero le advierto que me defenderé si es necesario.

— ¿Y si me niego a todo eso que quiere que haga?

— Lo hará, — dijo Argus con una voz que heló la sangre de los presentes, — aunque tenga que asegurarme personalmente de cada paso.

Pablo miró con rabia al comisario. Si las miradas mataran, Argus hubiera caído fulminado. García dudó por unos momentos, como si calibrara las consecuencias de negarse, pero al parecer el tono firme del policía, y el recuerdo de la forma en que fue desarmado la última vez, inclinaron la balanza a favor de obedecer. Pablo fue trastabillando hasta la habitación, Argus hizo un gesto con la cabeza a Gerardo para que lo siguiera, el jefe de seguridad también obedeció.

Al cabo de media hora, un Pablo recién duchado, con la ropa limpia y perfectamente afeitado, bebía la segunda taza de café, sólo y bien cargado que Tomás le servía. No parecía el mismo hombre, la tristeza no había abandonado su mirada, pero la agresividad desapareció con los últimos restos de alcohol. García parecía concentrado en su taza, e ignoraba a los tres hombres que irrumpieron en su casa, para obligarlo a volver al mundo del que se había refugiado debajo de una botella.

— ¿Se encuentra mejor?— le preguntó Argus con voz suave, como si lo que aquejara a Pablo, fuera un dolor de cabeza. El viejo chófer asintió.

— Lamento mi comportamiento, — dijo en un murmullo — tengo mala bebida.

— Una buena razón para mantenerse alejado de ella — dijo el comisario. Pablo levantó la cabeza y lo miró fijamente, como si considerara lo que había detrás de la afirmación, luego asintió.

— ¿Qué quieren saber?

— Supongo que se enteró de la muerte de Sergio.

— Es un pueblo pequeño, lo supe ayer cuando me acerqué al bar de Avelino a comprar unas cervezas y lo encontré cerrado. Lo lamento, no puedo decir que me gustara el chico, y la verdad era que lo quería lejos de mi María, pero de ahí a que terminara muerto...— movió la cabeza negativamente — Pobre Avelino, y pobre Teresa, nadie mejor que yo sabe lo que están sufriendo en este momento.

— ¿Eso significa que está dispuesto a ayudarnos a atrapar al que lo hizo?

— Supongo que piensan que fue el mismo — dijo, de repente, como si lo hubiera considerado por primera vez. — Sí, desde luego, cuántos asesinos puede haber sueltos en un lugar tan pequeño como éste.

— La última vez que hablamos, reconoció que María consumía drogas, y que esa había sido la razón por la que se mudaron a la isla.

— Sí.

— ¿Sabía que continuaba consumiendo?

— No es posible, — dijo Pablo, — siempre vigilaba a María y sé que no se acercaba a nadie que pudiera suministrarla.

— ¿Entonces sabía que Pedro introducía droga en la isla?

— Lo sospechaba.

— ¿Por qué nunca dijo nada?

— ¿Por qué cree? Por miedo. — dijo Pablo — Yo pasaba la mayor parte del año con don Antonio en el continente. Mi esposa y María quedaban solas. Temía por ellas. Además, de qué hubiera servido. Si hubiera denunciado al pescador, antes de un mes esos cabrones hubieran infiltrado otro camello para mantener su negocio. Pedro, al menos, no era violento.

— Comprendo — dijo Argus — el mal menor.

— Algo así. — Pablo levantó la vista — ¿Tuvo ese cabrón de Pedro algo que ver en la muerte de María?

— No lo creo. — reconoció Argus — Estaba detenido cuando asesinaron a Sergio.

— ¿Y sus jefes?

— Poco probable, en este momento tienen otros problemas.

— ¿Entonces por qué insiste tanto en el asunto de la droga? ¿Y por qué dice que mi hija continuaba enganchada?

— Es probable que María haya conocido a su homicida en ese

ambiente. — dijo Argus — Al igual que Sergio.

— No había manera de que María obtuviera la droga en la isla.

— Sergio se la proporcionaba.

— Ya no se hablaban. — protestó Pablo.

— Al contrario, continuaban en contacto, ya no como pareja, pero tenemos confirmación de que Sergio compraba la droga para María.

— ¿Le servía de intermediario? — Argus asintió, Pablo suspiró resignado.

— ¿Quién vigilaba a María cuando usted estaba en el continente?
¿Quién más sabía de su problema?

— Don Antonio estaba informado y también Gerardo, — dijo señalando con la cabeza al jefe de seguridad, que palideció — pero todos creíamos que era un problema que se había solucionado. A nadie se le ocurría pensar que pudiera haber una red de distribución de drogas en la isla.

— ¿Sólo usted lo sabía?

— No se lo dije a nadie más.

— ¿Cómo justificó la vigilancia de María?

— Argumenté que era una chica muy impulsiva, y que tendía a meterse en problemas, así que todos me ayudaban a mantenerla ocupada. Durante el día estaba en la mansión como ayudante de la cocinera y bajo el cuidado de Carmen. Cuando salía, algunas veces Teresa cuidaba de ella.

— ¿Y Sergio?

— Se suponía que estaban enfadados. Lo que no comprendo es qué importancia tiene todo esto para encontrar al asesino.

— Todo lo que tenga que ver con el comportamiento de María y Sergio en sus últimos días puede ser de vital importancia — sentenció Argus. Dudó un momento, mirando en dirección a Gerardo, tendría que hacer las preguntas frente a él — Háblenos de Madrid.

— Ya le dije todo lo que sabía al respecto en la primera entrevista.

— María quería quedarse en Madrid, — dijo Argus, como si no hubiera escuchado la protesta — hablaba de encontrar trabajo y alquilar una habitación. De repente cambió de opinión, ¿sabe por qué?

— No, — reconoció Pablo — yo fui el primer sorprendido. Quise creer que el ambiente limpio de la isla había terminado ganando en el ánimo de mi hija.

— ¿En ningún momento la vio nerviosa, asustada?

— Su madre acababa de morir después de una larga

enfermedad, cualquier cambio en su estado de ánimo lo atribuí a ese evento.

— ¿Y ahora?

Pablo se quedó pensativo un momento, mientras los ojos se le humedecían al recordar a su hija en los días siguientes al funeral de su madre.

— Sí, podría decirse que estaba nerviosa.

— ¿Y en los últimos días?

— También hubo un cambio en su estado de ánimo.

— ¿Nerviosa, agitada, deprimida? ¿Cómo lo definiría?

— Taciturna, tal vez atemorizada.

— ¿Cuándo comenzó ese cambio?

— Los primeros días del verano.

— ¿Puede ser más específico?

Pablo volvió a quedarse en silencio tratando de recordar, luego levantó la cabeza con un brillo de comprensión en su mirada.

— Desde el día que llegaron los invitados – dijo por fin — ¡Por Dios Santo, fue uno de ellos! ¡Ella le tenía miedo a uno de ellos!

— Señor García, quiero que piense con cuidado la respuesta a la pregunta que le voy a hacer, porque puede ser muy importante – dijo el comisario — ¿Quiénes venían a la isla por primera vez? ¿A cuáles invitados María no conocía de visitas anteriores?

A Pablo le temblaba la mandíbula por la angustia, pensó un buen rato, tanto, que Tomás llegó a creer que no había escuchado la pregunta. Finalmente respondió.

— El ruso, los franceses, el amigo de Fernando. – los enumeró en voz casi inaudible — ¡Dios mío, cree que fue uno de ellos!. ¡Piensa que uno de ellos la mató!

Capítulo doce.

Argus y Tomás regresaron a la mansión. Los informes del laboratorio del forense ya deberían estar en el correo del comisario. Además necesitaban sentarse a reunir y estudiar la evidencia. Inés estaba en el despacho de don Antonio, y Argus se alegró en silencio de no encontrarla. No tenía muy claros sus sentimientos después de lo ocurrido esa mañana. La facilidad con la que Inés lo juzgó y consideró culpable le trajo el eco de malos recuerdos. De momento prefería mantenerse alejado de ella, concentrado en resolver el problema por el que estaba allí.

En veinte minutos servirían el almuerzo, pero lo último que deseaba Argus era sentarse a la mesa a enfrentar preguntas, cuyas respuestas prefería reservarse. Presentía que estaban cerca de resolver el caso, y cualquier indicio de ello podía alertar al asesino. Así que él y Tomás entraron en la cocina, pidiéndole a Prudencia que les sirviera algo ligero porque tenían que seguir trabajando. Comieron en la cocina y se retiraron a sus respectivas habitaciones. Tomás tenía el encargo de hablar con Maritza para que le pusiera al día acerca de sus indagaciones. Argus revisaría el correo para evaluar los resultados forenses y enviar un informe preliminar a Bejarano.

Argus sacó el portátil para conectarse a Internet. Enseguida recibió tres mensajes. El primero era de Bejarano, exigiendo que le informara acerca de los avances del caso, el segundo, que había solicitado a uno de sus subalternos en Madrid, correspondía al arresto de Farías y todo lo relacionado con la red de distribución que el narcotraficante manejaba. El tercer mensaje, que era el más importante, fue el que abrió primero. Se lo enviaba Ochoa y contenía los resultados forenses de las muestras que había llevado a Tenerife.

Argus no pudo evitar sentirse decepcionado cuando Ochoa le notificó que la rama rota tenía restos de sangre, pero tan degradada que no podía hacerse una comparación definitiva. Sin embargo, había una coincidencia de sesenta por ciento con André Davoisier y Marcos Abelard, de cuarenta y cinco por ciento con Juliet Davoisier y con Antonio Abelard, de cincuenta por ciento con Dimitri Petrovich y con Julio Castañeda, y de treinta y dos por ciento o menos con los demás. El margen de error era tal que no podía usarse ni siquiera para descartar a ningún sospechoso. Argus comprendió que había perdido su mejor prueba.

El segundo informe que le envió Ochoa le puso la piel de gallina, y

por un momento estuvo tentado a borrarlo sin abrirlo. ¿En verdad quería saberlo? ¿A qué le tenía más miedo, a confirmar sus sospechas, o a descartarlas? Por primera vez en su vida, Argus sintió que estaba ante una encrucijada frente a la que no sabía qué camino tomar. Cerró los ojos, y los recuerdos acudieron en forma traicionera.

Se encontraban en el patio de la finca en medio de una práctica de artes marciales donde la única regla era ganar. Todas las lecciones se inspiraban en peleas callejeras. Era imprescindible aplicar las técnicas de las distintas disciplinas, pero no había regla. Se permitía lastimar al contrario. Lo único que no se admitía era perder. Argus era bueno en todos los tipos de lucha, pero tenía el grave defecto, según su irén, de no ser capaz de rematar a su contrincante cuando lo tenía a su merced. Eso le había valido más de un castigo, pero Argus no comprendía por qué querían que lastimara a otro chico, que a fin de cuentas compartía su desgracia.

Los todoterrenos llegaron por todos lados. Aunque contaban con sirenas, no las usaron. Antes de que pudieran darse cuenta, dos docenas de hombres vestidos con uniformes de la Guardia Civil descendieron de los coches y los rodearon. Varios apuntaron al irén ordenándole poner las manos en la cabeza y arrodillarse. Tres o cuatro entraron en la casa. Se oyeron gritos seguidos de disparos. Al cabo de unos minutos los hombres volvieron a salir mientras negaban con la cabeza y se acercaban al jefe para rendirle un informe.

A él y al resto de los chicos los subieron a una furgoneta y los llevaron hasta un edificio donde había otros niños de todas las edades. Se trataba de un Orfanato. Al cabo de unos días se enteraron que Paidónomo había muerto durante la incursión de la Guardia Civil. En aquel lugar recibían clases de matemáticas, ciencias, biología, etc... al igual que en la finca, pero a él le parecían muy elementales. No tenían nada nuevo que enseñarle. Sin embargo era un buen cambio. No había castigos ejemplares si alguien fallaba. De cualquier manera, ninguno de ellos lo hacía. Tampoco había prácticas de peleas, ni combates.

Poco a poco fueron encontrando las familias de la mayoría de los chicos, pero no de todos. Argus y dos muchachos más permanecieron en el "Orfanato El Bosque" hasta que alcanzaron la mayoría de edad. Allí recibieron su apellido.

Argus abrió los ojos, recordar no serviría de nada, al contrario, despertaría más dudas. Debía decidir si en realidad quería saber. Sin volver a preguntárselo abrió el archivo, y cuando lo leyó cerró los ojos lentamente manteniéndolos así. Ya no había vuelta atrás, la caja de pandora había sido abierta. Por primera vez, Argus comprendió el verdadero significado de ese mito. Se sorprendió al descubrir que algo tibio descendía por sus mejillas. Lágrimas. Estaba llorando. La última vez que lo hizo fue después de la muerte de Isabel ¿Qué le hubiera dicho Isa sobre esto? La echó de menos más que nunca, hubiera querido tener su consejo y su consuelo.

Borró el archivo. Ya tendría tiempo de meditar acerca de ese informe, ahora tenía un caso de homicidio que resolver. Apagó el ordenador y entró en el baño, se lavó la cara, se sirvió un vaso de agua bebiéndola de un trago. Sentía la garganta seca como si estuviera llena de arena. Dejó el vaso junto al lavamanos, notando un mal sabor en la boca, por lo que se preguntó de dónde saldría el agua de la isla.

Tomás llegaría en cualquier momento con los resultados de las indagatorias de su compañera, y Argus esperaba que fueran más útiles que lo que había enviado el forense. Los resultados de la autopsia de Sergio no estarían hasta el día siguiente. Regresó a la habitación, todo parecía apuntar en un solo sentido: Davoisier. Era el sospechoso más sólido, pero necesitaban algo más, algo que lo relacionara directamente con María, Sergio y posiblemente con el Toro. De lo contrario, todo quedaría en teorías y rumores, insuficiente para un arresto, y mucho menos para un juicio.

Argus comenzó a sentir taquicardia y una opresión en el pecho, que fueron aumentando progresivamente hasta impedirle respirar. Su corazón latía con enorme fuerza, dándole la impresión de que se iba a salir del pecho. Lo cubrió un sudor frío, lo acuciaron las náuseas, y se sintió débil y mareado. Tenía la visión desenfocada, y un halo amarillento bordeaba su campo visual. Un agudo dolor abdominal lo hizo caer de rodillas. ¿Qué era todo aquello? ¿Un infarto? ¿Estaría a punto de morir?. Era lo que sentía, que iba a morir en cualquier momento. Se llevó la mano al pecho y se esforzó en respirar, pero era inútil, como un fuelle roto. Antes de darse cuenta, estaba tendido en el suelo, incapaz de moverse. Estaba desorientado, y otro recuerdo vívido acudió a su memoria, aumentando su confusión.

Acababan de recibir una clase dictada por Paidónomo que versaba sobre venenos y sus efectos. Debían saber a la perfección cómo

reconocerlos, tanto para emplearlos, como para detectarlos si resultaban envenenados.

Tendido en su habitación, en un momento de lucidez, comprendió. El vaso de agua, lo había bebido rápidamente, tenía un extraño sabor, pero para cuando lo notó ya no importaba, ya el veneno estaba en su cuerpo cumpliendo su función.

Pero ¿de qué se trataba? Debía mantenerse despierto y pensar, superar la confusión para conservar el hilo de conciencia que aún le quedaba. Los síntomas eran muy parecidos a un ataque cardíaco, así que seguramente lo tomarían como tal. Necesitaba identificar el veneno y advertir lo que ocurría. Era la única esperanza de sobrevivir. El vaso impregnado del tóxico era obra del asesino, pero ¿dónde lo había obtenido? Estaban en una isla en medio de la nada, allí no había ninguna farmacia, ni laboratorio, ni siquiera un hospital donde se pudiera comprar o robar un tóxico. ¿Lo había llevado con él? Eso hubiera supuesto que sabía que lo necesitaría. Había escogido un modus operandi muy diferente para los homicidios, no tenía caso transportar un veneno por si un policía entrometido se acercaba demasiado.

La lógica lo llevó a comprender, mientras pugnaba por respirar y no desmayarse. No se trataba de un veneno, sino de una medicina, algo que no llamaría la atención, pero que podía ser letal a dosis altas. Los síntomas, la oportunidad, todo encajó en su lugar, y de repente supo qué era lo que le estaba matando. ¡Digital!. Una droga para el corazón que podía ser fatal si se usaba en dosis excesiva.

Argus quiso moverse, acercarse a la puerta, buscar ayuda, pero los músculos no le respondían, el corazón le latía en forma desordenada y con una fuerza atroz. Su tensión debía estar muy baja, porque sentía mucho frío. Si no llegaba alguien pronto, lo encontrarían muerto. De cualquier manera, era posible que ya fuera demasiado tarde. Le pareció una ironía morir justamente en aquel lugar y en ese momento. El dolor abdominal era insoportable, y su corazón latía a un ritmo tan desordenado que comprendió que no faltaba mucho para que entrara en paro cardíaco.

Tocaron la puerta, primero suavemente y luego con mayor firmeza. Escuchó la voz de Tomás, llamándolo. Quiso responder, pero no tenía fuerzas, lo que pretendía ser un grito pidiendo ayuda, no alcanzó el volumen de un murmullo. Pasaron minutos, que a Argus le parecieron eternos, la ayuda que tanto necesitaba estaba al otro lado de la puerta cerrada, pero él no tenía

fuerzas para pedirla.

Finalmente, Tomás perdió la timidez y abrió la puerta. Por suerte, Argus no la había cerrado con llave. Cuando se asomó, vio al comisario en el suelo temblando, mortalmente pálido y con los labios de color violeta. Tenía los ojos entreabiertos, y luchaba por respirar.

— ¡Comisario! – gritó corriendo hacia él, se agachó a su lado, y lo giró para sostenerlo entre sus brazos. — ¡Ayuda! ¡Ayuda, por favor! – gritó con desesperación.

Tomás comprendió que Argus se estaba muriendo en cuanto lo sostuvo en los brazos. ¿Qué había ocurrido? La palidez, la coloración de los labios, la sudoración fría. Debía tratarse de un ataque cardíaco. Le buscó el pulso y lo encontró completamente irregular. Se trataba del corazón, lo que no eran buenas noticias. Argus entreabrió los ojos en un esfuerzo sobrehumano, y movió los labios. Parecía querer decir algo, que debía ser muy importante. Tomás estuvo tentado de pedirle que no se esforzara, pero en cambio acercó el oído a los labios de su jefe.

— Digital... – susurró Argus —... envenenado... – jadeó por el esfuerzo, cada palabra era como trepar una montaña – el vaso... no... lo divulgues...

— Comisario, ¿lo envenenaron con digital? – preguntó Tomás en voz baja, temiendo haber interpretado mal. Argus cerró los ojos en señal de asentimiento y luego perdió la conciencia. — ¡Comisario! ¡Comisario!— volvió a gritar el joven con desesperación.

El primero en llegar fue don Antonio, seguido de Carlos, de Inés, y varias personas más. Tomás, que aún sostenía a su jefe los miró y les gritó que buscaran un médico. Todos pensaron en un ataque cardíaco. Tomás no supo bien qué pasó en los siguientes minutos, encontrar a Argus agonizando y saber que lo habían envenenado era demasiado. Comprendió que una de las personas que acudió a su grito de auxilio podía ser el responsable del estado del comisario, y comprendió entonces las últimas palabras de Argus. No debía divulgarlo, el asesino no debía saber que había sido descubierto.

Alguien lo ayudó a cargar a Argus para acostarlo en la cama, luego don Antonio ordenó despejar la habitación, quedando sólo Tomás, Inés, que lloraba con desconsuelo, y el propio Abelard. Marcos corrió a llamar al doctor Werner, y los demás decidieron esperar afuera. Tomás temía que el médico no llegara a tiempo. El comisario tenía un aspecto terrible y la coloración azulada comenzaba a extenderse al rostro. Tomás volvió a

buscarle el pulso comprobando con espanto que ya no lo sentía.

Werner llegó en pocos minutos, traía un desfibrilador, oxígeno, y un maletín con medicamentos. Tomás lo miró aturdido, cumpliendo su orden de quitarle la camisa al paciente. Cuando lo hizo, escuchó un grito ahogado, pero no provenía del enfermo, que estaba inconsciente, sino de don Antonio. Tomás volteó a mirarlo, para comprobar que había palidecido, y se preguntó por qué. El médico le tomó el pulso y se dispuso a usar el desfibrilador, después de advertir a todos que se apartaran. Lo aplicó tres veces, y en cada oportunidad el cuerpo del comisario saltó en la cama con una contracción muscular involuntaria, seguida de un grito terrible que puso los pelos de punta a Tomás. Finalmente, el médico usó el estetoscopio para escuchar el corazón del paciente, y respiró aliviado, pero su rostro aún mostraba preocupación. Werner no perdía el tiempo, colocó un gotero en la vena del brazo derecho de Argus, y a continuación le puso una máscara de oxígeno. Luego sacó un electrocardiógrafo de un maletín, colocando los electrodos en el pecho del paciente. Lo encendió y negó lentamente con la cabeza, preocupado.

— Salió del paro cardíaco – dijo – pero no hay tiempo que perder. Tiene arritmias severas, su corazón se puede volver a detener en cualquier momento. Necesito información, lo antes posible...

— Preferiría hablar con usted a solas – dijo Tomás, recordando que cualquiera podía ser el envenenador.

— Inspector, no hay tiempo para esas tonterías. Este hombre se está muriendo.

— Es importante – perseveró Tomás, preguntándose si hacía lo correcto.

Don Antonio e Inés comprendieron que no hablaría en su presencia y salieron inmediatamente. Abelard tenía la mirada perdida como un zombi. Por la forma en que apretaba los dientes y los puños, Tomás concluyó que algo lo había enfadado mucho. Cuando quedaron solos en la habitación, el médico miró con severidad a Tomás.

— Ahora, de prisa – le dijo – necesito saber si el comisario sufre de alguna enfermedad cardíaca, y cómo lo encontró, si sabe cuáles fueron sus síntomas.

— No sufre del corazón, – dijo Tomás con firmeza – y antes de perder la conciencia me dijo que lo habían envenenado con digital.

— ¿Está seguro? – preguntó Werner, abriendo mucho los ojos.

— Completamente – respondió Tomás— ¿puede salvarlo?

— Aún no lo sé, — dijo Werner, mientras sacaba una jeringa del maletín llenándola con el líquido de una ampolla – pero confiaré en usted, en parte porque lo que me dice concuerda con el trazado electrocardiográfico. Espero que sepa lo que dice, y no estemos equivocados, porque si no es así, su jefe morirá.

Tomás se preguntó si podía confiar en el médico. Después de todo, era el que mayor acceso debía tener a la droga que usaron contra el comisario. Luego comprendió que no tenía alternativa, Werner era el único que podía salvarlo. Si era el asesino, Del Bosque no tendría ninguna oportunidad. Dejó que el doctor trabajara, y lo observó mientras introducía el contenido de la jeringa en el gotero que alimentaba la vena del paciente.

Tomás entró en el baño y vio el vaso junto al lavamanos. El comisario habló de ese vaso de agua. Niel sacó un pañuelo de su bolsillo con el cual envolvió cuidadosamente el vaso, para no borrar ninguna huella, luego lo metió en una bolsa de pruebas. Lo enviaría al forense amigo del comisario en cuanto tuviera oportunidad. Regresó a la habitación. Werner continuaba ocupado, pero él no estaba seguro de que sus esfuerzos estuvieran rindiendo frutos. Argus aún estaba mortalmente pálido, los labios azulados, y no se movía. Su pecho subía y bajaba en una respiración muy superficial. Werner encendía de vez en cuando el electrocardiógrafo y observaba el trazo, pero no parecía satisfecho con los resultados. Tomás se sorprendió cuando comprobó que tenía los ojos húmedos. La idea de que el comisario no sobreviviera le producía una profunda sensación de pérdida y tristeza.

Al cabo de media hora, Werner volvió a observar el trazo del electrocardiograma, luego puso el estetoscopio en el pecho de Argus, y suspiró aliviado. La esperanza renació en el ánimo de Tomás.

— ¿Está mejor? – preguntó.

— Al menos el ritmo cardíaco tiende a normalizarse.

— ¿Eso significa que se pondrá bien?

— Aún es pronto para decirlo.

— Pero...

Werner miró a Tomás con compasión, suspiró y habló con voz pausada.

— Creo que tenía razón, inspector – le dijo – Recibió una dosis masiva de digital. Por la rápida evolución, debió ser suficiente para matar a tres hombres, pero por suerte el comisario está sano, y su corazón es muy fuerte. Eso, y el hecho de haber identificado rápidamente el tóxico, puede

haberle salvado la vida. Aunque aun así resulta asombroso. Sin embargo, aún no está fuera de peligro. Su corazón ha sido sometido a una sobrecarga brutal, sus tejidos no han recibido suficiente oxígeno por un tiempo muy prolongado, así que aún no podemos darnos por satisfechos. Las próximas horas serán cruciales, si las supera, y no ha sufrido daño neurológico por la falta de oxigenación, se pondrá bien. Hasta entonces, sólo queda esperar y confiar en su fortaleza.

— Comprendo – dijo Tomás, que no sabía si sentirse o no aliviado. Las palabras “daño neurológico” le habían hecho sentir un vacío en el estómago.

— Yo me quedaré hasta que esté fuera de peligro, inspector.— le dijo el médico. – No es necesario que lo haga usted también.

— Alguien trató de asesinarlo, doctor – le dijo Tomás – No me moveré de aquí hasta que sepa que no corre peligro.

— Como quiera. Entonces será mejor que tome asiento. Saldré un momento para notificar a don Antonio y los demás la evolución del comisario.

— Doctor – lo detuvo Tomás— Debo pedirle que no le hable a nadie acerca del digital.

— ¿Puedo saber por qué?

— Será más fácil atrapar al que hizo esto si no sabe que lo buscamos.

— Comprendo, — dijo Werner pensativo – les diré que se trató de un infarto. Después de todo, fue lo primero que pensé cuando lo vi, y supongo que es lo que el asesino quiso que creyéramos.

— Gracias, doctor.

Werner salió de la habitación. Tomás se acercó a Argus y le sujetó la mano. Estaba fría, con las uñas violeta, al igual que los labios. No era muy diferente de la mano de un muerto. El joven sufrió un estremecimiento, obligándose a mirar el rostro de su jefe. Luego se mordió los labios, en un esfuerzo por controlar la congoja que sentía.

— Lo atraparé, comisario – le dijo en voz baja – Le juro que atraparé al hijo de puta que le hizo esto.

Capítulo trece.

Argus se sentía pesado y confundido, presa de un profundo cansancio. No sabía dónde estaba, o qué había ocurrido. Era como si los pensamientos se abrieran paso a través de una sustancia gelatinosa. Tanto esfuerzo para tan poco resultado. Quiso moverse, pero sus músculos no estaban por la labor. El pecho le dolía, sentía frío y estaba tan, tan cansado. Se le escapó un gemido, entonces alguien se le acercó, le cogió la mano, y le acarició el cabello. Eso lo reconfortó, dándole ánimos para esforzarse en abrir los ojos. Sentía los párpados pesados, pero aun así logró levantarlos un poco, apenas lo suficiente. Sólo pudo apreciar luces y sombras, como si viera a través de un cristal empañado. ¿Dónde estaba? Se removió agitado. Su acompañante le acarició el rostro, diciendo algo que él no pudo comprender, y alguien más respondió. Se agitó en el lecho.

— ¿Dónde...? – murmuró confundido.

— ¿Qué ocurre? – preguntó Inés preocupada – No comprendo lo que dice.

— Debe sentirse muy confundido, por la debilidad y los medicamentos. – advirtió el médico – Le administraré un sedante, necesita dormir.

— ¿Qué sedante? – preguntó Tomás, aún desconfiado.

— Bromazepan. — dijo Werner sin ofenderse — ¿Quiere comprobarlo, inspector?

— No es necesario – dijo Tomás avergonzado. Si Werner hubiera querido a Argus muerto, le hubiera bastado con ser un poco menos eficiente.

En la medida en que el sedante entraba en sus venas, Argus se iba calmando, hasta que volvió a sumirse en un profundo sueño.

Inés volvió a coger la mano de Argus entre las suyas. Al principio, Tomás se había negado a que ella los acompañara, después de todo, también era sospechosa, pero sus lágrimas le parecieron sinceras, y tenía la impresión de que el comisario sentía por ella algo más que amistad, así que accedió a que velara con ellos, pero permaneció allí, atento a cualquier movimiento que no fuera normal.

La noche fue muy larga. Inés no se separó de la cama, atenta a la respiración de Argus. Werner dio una que otra cabezadita, advirtiendo a Inés y Tomás que lo despertaran si había algún cambio. Tomás tampoco durmió en

toda la noche, se sentó cerca de la puerta, y advirtió que no permitiría la entrada de nadie en la habitación, argumentando que el comisario no debía ser molestado. Pese al sedante, Argus pasó la noche entre períodos de inmovilidad y agitación, acompañada de delirios, como un hombre atormentado por las pesadillas.

Poco después del amanecer tocaron suavemente la puerta, Tomás la abrió un poco enfadado por la intromisión. En el umbral estaba Tudela con el rostro pálido y el miedo en la mirada. La protesta murió en los labios de Tomás en cuanto lo vio, y fue sustituida por una pregunta.

— ¿Qué ha ocurrido?

— Tenemos otro homicidio. – fue la respuesta de Tudela – Necesito que me acompañe.

Tomás volteó hacia la cama, donde Argus yacía aún inconsciente, y se sintió desamparado. Luego una fuerte determinación se apoderó de él. El comisario había confiado en él, lo había tratado como a su igual en todo momento, escuchando sus opiniones y compartiendo sus ideas. No lo defraudaría. Volvió a mirar a Tudela.

— Vamos – le dijo, y lo siguió.

Era casi mediodía cuando Argus despertó. Al principio aún estaba confundido, pero unos segundos después lo recordó todo: el vaso de agua con el veneno, el dolor, la sensación de asfixia, el latido descontrolado de su corazón. Se estremeció, por lo visto había logrado salvarse, pero debió ser por muy poco.

Sentada en una silla junto a la cama estaba Inés, vencida por el sueño, mientras en la otra esquina de la habitación, Werner roncaba sonoramente. Argus parpadeó, tratando de despejarse y enfocar la vista. Tenía puesta una máscara de oxígeno, y un gotero unido a su brazo. Se sentía cansado, como si hubiera corrido muchos kilómetros, y comprendió que se debía al enorme esfuerzo que representó para su corazón procesar el digital a dosis tóxicas. Media docena de electrodos estaban pegados a su pecho, y cuando miró, pudo ver las quemaduras del desfibrilador. Así que, finalmente su corazón había llegado a detenerse, por lo que fue necesario resucitarlo. Sintió un segundo estremecimiento. ¡Joder, que cerca había estado! Había sido irreflexivo al tomar el agua en el vaso del baño, sin comprobar primero que no había ninguna sustancia extraña en él. Subestimó a su enemigo, lo que casi le cuesta la vida.

A su memoria acudió la razón por la que usó el vaso sin detenerse a pensar, él que siempre era tan cuidadoso, al punto de parecer paranoico. El recuerdo del correo le ocasionó un tercer estremecimiento, que llegó a ser un temblor visible. Inés abrió los ojos en ese momento. Pareció aliviada, a la vez que preocupada.

— ¡Argus! – dijo con evidente alegría — ¡Estás despierto!. ¿Qué te pasa? ¿Por qué tiemblas?

— Estoy bien, — dijo él en un murmullo – sólo tengo un poco de frío.

Werner abrió los ojos en medio de un ronquido, al escuchar la voz de su paciente, y la sonrisa que desplegó dejó constancia de los temores que había sentido. Inés fue al armario, sacó una manta y con ella abrigó a Argus, que recibió el calor y la atención agradecido.

— ¡Vaya! – dijo el médico — por lo que veo, ya ha pasado lo peor. ¿Cómo se siente, comisario?

— Vivo – dijo Argus – Supongo que de momento es suficiente.

— Desde luego, — confirmó el médico, que comprendió que su paciente era perfectamente consciente de la gravedad de lo que había sufrido – ¡Menudo susto nos ha dado!

— Lo siento – dijo, mirando a Inés.

Werner ya estaba junto a la cama, y usó el estetoscopio para escuchar el corazón de Argus. Encendió el electrocardiógrafo observando el trazado. Pareció satisfecho.

— ¿Dónde está Tomás?— preguntó Argus.

— Vinieron a buscarlo... – dijo Inés.

— Estuvo toda la noche acompañándolo, comisario. Ese joven lo aprecia mucho. – dijo Werner – Se fue hace un par de horas.

— ¿Quién vino a buscarlo?, — preguntó Argus, sin dejarse embaucar – y ¿por qué?

— Tudela – admitió Inés.

— ¿Pasó algo?

— No lo sabemos – dijo Werner.

Como si estuviera esperando el momento apropiado, Tomás entró en la habitación, abriendo la puerta con cuidado. Miró hacia la cama, y al ver a Argus despierto sonrió aliviado.

— Hola, comisario, ¿cómo se siente? – preguntó sin dejar de sonreír.

— Mucho mejor, Tomás, gracias. – luego miró a Inés y Werner — ¿por qué no descansáis un poco?. Necesito hablar del caso con Tomás.

— Comisario, en este momento lo único que necesita es descansar. — protestó Werner.

— Por favor.

El médico se encogió de hombros, e hizo una seña a Inés para que lo siguiera. Antes de salir, se detuvo junto a Tomás.

— No deje que se agote – le advirtió – Aún está muy débil.— Tomás asintió, y se acercó a la cama.

— ¡Éste fue un susto que nunca olvidaré, comisario!

— Me has salvado la vida, Tomás. Siempre estaré en deuda contigo.

— No fue para tanto, señor, sólo me limité a transmitir lo que me dijo antes de desmayarse.

— Tengo la impresión de que hiciste más que eso. — dijo Argus, suspirando – Vamos por partes, ¿recibiste la información de tu compañera?

— Sí, señor, la traía ayer para mostrársela. Uno de los invitados alquiló un Audi en el aeropuerto de Madrid, una semana antes de que el Toro viera subir a María al coche de su cliente.

— ¿Quién?

— Davoisier— dijo Tomás, y Argus sonrió al comprender que casi lo tenían.

— ¿Algo más?

— Después de ese resultado, Maritza buscó antecedentes y encontró un par de denuncias por agresión de prostitutas contra André Davoisier.

— Así que le gusta jugar rudo – concluyó Argus.

— Algo más que eso, a una casi llegó a estrangularla, pero ambas retiraron los cargos, dada su profesión. Sabían que nunca llegarían a condenarlo.

— Es probable que eso también le pasara a María, lo que explicaría el hecho de que se asustara al verlo aparecer como invitado de Abelard.

— Sí, eso creí yo también hasta esta mañana – dijo Tomás, bajando la mirada – Estaba seguro que ya lo teníamos.

— ¿Estabas? — preguntó Argus, confundido — ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

— Esta mañana, Tudela me avisó de un nuevo homicidio. — dijo Tomás suspirando – En la casa aún no lo saben, pero la víctima era Davoisier. El modus operandi es el mismo.

Argus respiró profundo, cerró los ojos, y por un momento Tomás temió que hubiera sufrido una recaída. Luego los abrió, ¿cómo podía haberse

equivocado de esa manera? Eso significaba que estaban como al principio. ¿Estaba tan obcecado con la idea de que la muerte de María y Sergio era consecuencia de lo que ocurrió tres años atrás en Madrid que había perdido la objetividad, dejando todo el espacio libre al verdadero homicida? Pero si era así, ¿por qué intentaron envenenarlo, simulando una muerte natural? Si estaba tan equivocado no tenía sentido. ¿O no era el mismo homicida el que había querido eliminarlo? ¿Habría dejado ver el tatuaje en un descuido, y tal vez el deseo de venganza...?. No, eso sería terrible, demasiado atroz para pensarlo. Sin embargo, era posible.

— ¿Sabes algo del intento de envenenamiento? – preguntó Argus.

— Es seguro que fue digital, o el tratamiento que aplicó Werner no hubiera funcionado. Eso me dijo él mismo. Nadie más está enterado. Para los demás, usted sufrió un ataque cardíaco.

— Comprendo, ¿y el vaso?

— Lo envié al forense con las pruebas del lugar donde encontraron el cuerpo de Davoisier. – señaló Tomás – Pedí que buscaran huellas, y restos de digital.

— Buen trabajo.

— Señor, hay algo más que debe saber.

— Te escucho.

— El señor Abelard se ha comportado de forma muy extraña.

— ¿En qué sentido?— preguntó Argus, sintiendo un nudo en el pecho.

— Está distante, parece enfadado, como si se sintiera traicionado.

— ¿Desde cuándo?

— Desde ayer.

— ¿Puedes ser más específico?

Tomás se detuvo un momento a pensar, luego continuó.

— Ayer, cuando lo encontré a usted tendido en el suelo, grité pidiendo ayuda – explicó – Entre las personas que acudieron, estaba don Antonio. Al principio parecía normal, se veía preocupado, daba instrucciones, hizo salir a la mayor parte de la gente y le ordenó a Marcos que llamara al médico.

— Comprendo – dijo Argus, sintiendo que el nudo aflojaba un poco.
— Continúa.

— Luego, alguien me ayudó a subirlo a la cama, entonces llegó el doctor, que comenzó a examinarlo, creo que fue entonces, cuando Abelard dio una especie de grito, como si hubiera visto algo terrible, estaba pálido, y parecía furioso. Desde ese momento ha mantenido esa actitud. ¿Usted lo

entiende señor?

— Creo que sí, — admitió Argus, sintiendo alivio. El cambio de conducta de Abelard, estaba relacionado con el hecho de que lo desvistieran para examinarlo. Comprendió enseguida lo que había ocurrido.

— ¿Me lo puede explicar?

— Lo siento, Tomás. Si lo hiciera, traicionaría la confianza de don Antonio al revelar algo que me confió en secreto.

— ¿Tiene que ver con el caso?

— No.

— ¿Entonces por qué se lo confió?

Argus enarcó las cejas, el chico era listo y no se conformaba con medias verdades. Llegaría lejos.

— Porque él pensaba que sí podía tener relación.— reconoció Argus.

— ¿Y usted no lo cree?

— Estoy seguro que no.

— ¿Aún después de que perdimos la pista de Davoisier?

— Aun así.— afirmó Argus.

— Si cambia de opinión, ¿me lo contaría?

— Serías el primero en saberlo, Tomás. Me has demostrado que puedo confiar en ti.

— Gracias, comisario, — dijo Tomás, — no esperaba menos de usted.

Argus asintió y se relajó. Se sentía exhausto. Además, las noticias sobre Davoisier no contribuían a mejorar su ánimo. Había fallado estrepitosamente, así que necesitarían enfocar el caso de nuevo desde el principio, pero tendría que confiar en Tomás para que llevara a cabo los análisis preliminares. Él aún no estaba en condiciones de levantarse. Los párpados volvían a pesarle y los cerró por un momento. Tomás salió de la habitación cuando se dio cuenta que el comisario se había quedado dormido.

Faltaba poco para el anochecer cuando Argus volvió a despertar. Esta vez, quien lo acompañaba era Carmen. La vieja ama de llaves le sonrió, y él le devolvió la sonrisa.

— ¿Cómo se encuentra comisario?— le preguntó.

— Estoy bien, Carmen — respondió él — Sólo un poco cansado.

— ¿Tiene apetito? No ha comido nada desde ayer, y el doctor me dijo que podía ofrecerle algo ligero. ¿Quiere que le pida a Prudencia que le prepare un poco de sopa?

— No, gracias, Carmen – dijo Argus, que tenía hambre, pero la idea de que el asesino aprovechara la ocasión para darle otra dosis de digital le cerraba el estómago. – En realidad, no me provoca comer.

Ella lo miró preocupada, pertenecía a esa generación para la cual la recuperación comenzaba cuando el enfermo volvía a tener apetito. Se acercó a la cama y le ahuecó las almohadas, luego le arregló las sábanas y las mantas con mano experta. Cuando terminó, él se encontró mucho más cómodo.

Tocaron suavemente a la puerta y entraron. Era Werner, seguido de don Antonio, y por la expresión de ambos, Argus imaginó lo que iban a decir. Carmen pareció sorprendida al ver a su jefe tan serio.

— Comisario – dijo Werner — ¿Cómo se siente?

— Mejor – respondió Argus escuetamente. Abelard no pronunció palabra, parecía muy enfadado.

— Estuve hablando con el señor Abelard acerca de su estado general – dijo el médico, que parecía contrariado.— Le explicaba que lo ideal sería que usted estuviera ingresado en un hospital, pero que en este momento es muy peligroso trasladarlo. – suspiró como si con ello recuperara fuerzas. – Hemos decidido que lo mejor para usted sería permanecer conmigo en el dispensario hasta que pueda ser llevado al continente.

— ¿Han decidido, ambos? – preguntó Argus, mirando fijamente a don Antonio — ¿O es una decisión del señor Abelard?

— Consideramos que es lo mejor, dadas las circunstancias y...

— No lo quiero bajo mi techo, Del Bosque – dijo Abelard con brusquedad. Carmen lo miró sin poder creer lo que escuchaba. – Tampoco en mi isla, ni en la investigación, que ahora comprendo por qué aún no ha llegado a ninguna parte.

— Me gustaría hablar con usted a solas, — dijo Argus, comprendiendo que había llegado el momento de ser sincero – Es importante que aclaremos algunas cosas.

— No tengo nada que hablar con alguien como usted. Lo quiero lejos de mí y de mi familia lo antes posible.

— Entiendo – murmuró Argus, siendo consciente del profundo rechazo que generaba en Abelard. Se sintió a la vez defraudado y culpable.

— No soy inhumano, – dijo don Antonio, mirando a Argus de tal manera que parecía decir que él sí lo era – por eso permitiré que se quede hasta mañana, cuando se trasladará al dispensario. Abandonará la isla en cuanto el doctor Werner dé su permiso. Ya he notificado a sus jefes que no

estoy satisfecho con su trabajo, y que quiero que sea relevado del caso. Mañana llegará uno de sus colegas para atrapar de una vez al que comete estos terribles crímenes. ¿Tiene alguna duda?

— No, — dijo Argus — sólo hay un detalle con el que no estoy de acuerdo.

— ¿Cuál?

— No veo la necesidad de esperar hasta mañana. Me iré ahora mismo.

— Eso no es posible, comisario — protestó Werner — Aún mañana es demasiado pronto. Necesita al menos esta noche de descanso...

— Será esta noche, doctor Werner — insistió Argus, mirando al médico con tal intensidad que el pobre hombre se estremeció.

— Muy bien, — aceptó Werner con un murmullo — lo llevaré en mi coche.

— Don Antonio, — intervino Carmen por primera vez — creo que debería...

— ¡No intervengas, Carmen! — le cortó Abelard — Sé bien lo que hago. Si descubres a una víbora en tu casa, la echas. Es así de simple.

La comparación sorprendió a Werner y a Carmen, que no tenían idea de cuál era el motivo de la discusión. Argus sí lo comprendía, pero igual le ocasionó dolor. Sin embargo no cambió la expresión de su rostro. Años de controlar sus emociones finalmente servían de algo. Don Antonio se dirigió a la salida, pero antes de llegar a la puerta, se detuvo volteando hacia Argus.

— Manténgase alejado de mis hijos y mis nietos. — sentenció — Si se acerca a alguno de ellos, lo mataré yo mismo.

— Y cometerá un grave error — dijo Argus con fría calma.

Abelard salió sin responder. Argus comprendió que tanto Carmen, como Werner, esperaban una explicación de lo que estaba ocurriendo, pero él no podía dárselas. Era demasiado personal. Miró a Carmen con ternura, lamentando el mal rato que tuvo que pasar por su culpa.

— ¿Me alcanzas mi ropa, Carmen?— le preguntó con voz amable.

— Argus, — dijo ella, llamándolo por su nombre de pila por primera vez — recapacita, espera hasta mañana. No sé qué le pasa a don Antonio, él no es así. Si hablo con él, tal vez cambie de opinión.

—No, Carmen. Eso no va a ocurrir. Hay muchas cosas que no sabes, y por ahora es mejor que permanezcan en silencio. Vamos, acércame la ropa, por favor, el doctor está aquí, así que no tengo nada que temer — argumentó con

una sonrisa — ¿Está Tomás en la casa?

— Aún no ha llegado.

— ¿Le cuentas lo que ha ocurrido, por favor? Y dile que no se preocupe, yo estaré bien.

Carmen hizo lo que le dijo, y luego salió de la habitación con lágrimas en los ojos. Werner ayudó a su paciente a vestirse.

— Esto es una locura – dijo Werner.

— Es lo mejor – respondió Argus.

Tomás llegó cuando su jefe caminaba con paso inseguro hacia la puerta. Avanzaba apoyado en el médico. El joven no dijo nada, pero sustituyó al buen doctor ayudando a Argus a caminar. Werner aprovechó para recoger los equipos que necesitaría su paciente al llegar al dispensario. Por suerte, en coche era un trayecto corto, pero aun así, no sabía cómo este esfuerzo prematuro podía afectar la evolución del enfermo. Y no comprendía cómo un hombre tan humano como don Antonio había sido tan intransigente y duro al respecto. No escuchó razones, parecía no importarle si el comisario vivía o moría, parecía odiarlo visceralmente. Era una faceta de Abelard que no conocía y que nunca le hubiera gustado ver.

A paso lento bajaron las escaleras principales. Abajo, todos los habitantes de la casa contemplaban la escena. Don Antonio los miraba fijamente con odio contenido, sin perderlos de vista, como si temiera que un descuido de su parte, pudiera desencadenar una desgracia. Como si Argus fuera una bestia peligrosa, lista para saltar sobre una víctima. Los demás observaban confundidos. Nadie sabía las razones de don Antonio, pero tenían una certeza: era un hombre justo. Si había echado al comisario de esa forma de la casa, algo muy grave debió hacer.

Argus avanzaba concentrado en mantenerse en pie, pero aun así percibió el estado de ánimo de las personas reunidas en el vestíbulo. Algunos, incluso, parecían complacidos, como Julio y Fernando, a quienes su presencia siempre les había molestado. Juliet, que lloraba en el fondo, junto a Jimena que trataba de consolarla, se levantó de repente acercándose a la escalera. Cuando finalmente Argus llegó al vestíbulo, la mujer se plantó frente a él.

— ¡Hijo de puta! – le gritó, al tiempo que le dio una bofetada — ¡Por tu incompetencia mataron a mi André!

Al recibir el golpe Argus casi pierde el equilibrio, ya de por sí precario, pero pudo recuperar la compostura. Marcos sujetó a Juliet, que tenía

intenciones de seguir golpeando al comisario. La mujer se retorció tratando de soltarse y al ver que no era posible, rompió a llorar de nuevo. Argus la miró con compasión.

— Lo siento – murmuró, y continuaron avanzando hacia la puerta.

Afuera la noche era fresca y el ambiente menos opresivo que en el interior de la mansión. Werner y Tomás ayudaron a Argus a subir a la parte trasera del coche. Él se sentía exhausto, el corazón le latía con ferocidad. La actividad física y las fuertes emociones le estaban causando problemas.

— ¿Se encuentra bien, comisario? – le preguntó Niel – Está muy pálido.

— Estoy bien, Tomás, un poco cansado, nada más. Dame un minuto, por favor.

Werner se sentó frente al volante y volteó hacia su paciente, también con expresión preocupada.

— Será mejor que lleguemos al dispensario cuanto antes – dijo, mientras encendía el coche.

Argus cerró los ojos apoyando la cabeza en el asiento. Le parecía que podía sentir el tatuaje de su pecho como si tuviera peso. El corazón le latió más de prisa, no era buen momento para pensar en eso, para analizar lo que había ocurrido en la mansión. Si Abelard supiera lo que acababa de hacer... Mientras recorrían el camino hasta el pueblo, Argus trató de vaciar su mente de toda emoción. Se concentró en la respiración, en los latidos de su corazón y al cabo de unos minutos no existía nada más. Tomás, a su lado, se preguntó si se habría dormido.

Werner aparcó frente a la puerta del dispensario. Entre él y Tomás ayudaron a Argus a apearse, lo condujeron al interior y lo acostaron en una de las camas. Le quitaron la camisa, entonces Werner conectó el monitor cardíaco, le puso el bigote de oxígeno y el gotero en la vena. Lo examinó y suspiró aliviado.

— Está bien – anunció – El viaje lo ha cansado, pero se recuperará. La verdad es que aquí tengo los equipos para atenderlo mejor. Sólo temía su reacción al traslado.

— Sí, además le resultará más difícil al asesino atentar de nuevo si se queda aquí. Tal vez no haya sido tan mala idea – apuntó Tomás.

Argus abrió los ojos y miró a ambos hombres.

— Esa no fue la razón por la que me trajo doctor, y usted lo sabe.— Werner bajó la mirada, avergonzado por la conducta de Abelard – pero se lo

agradezco. Se ha comportado usted como un buen amigo.

—Yo también me mudaré, comisario – anunció Tomás – si el doctor no tiene espacio para mí, buscaré una habitación en el pueblo. No me quedaré en un lugar donde no lo quieren a usted.

— No, Tomás, – dijo Argus – tú debes quedarte. Ambos sabemos que el asesino está en la mansión, y allí puedes obtener mejores pistas, observarlos mejor. Olvídate de mí. Además, a partir de mañana tendrás otro jefe.

— ¿Otro jefe? – preguntó Tomás, sorprendido.

— ¿No se lo ha dicho? – le preguntó Argus a Werner.

—Lo siento, no ha habido tiempo – dijo el médico. Argus suspiró.

— Don Antonio se ha quejado de mi eficiencia – explicó Argus – Mañana llegará alguien más para hacerse cargo de la investigación. Aún no me lo han anunciado oficialmente, pero estoy fuera.

— ¡Eso no es posible! – protestó Tomás indignado – Usted se ha dejado la piel en este caso, ha seguido todas las pistas sin descanso, le han abierto la cabeza por interrogar a un testigo peligroso. Lo envenenaron y casi lo matan. ¡No es justo que ahora lo retiren!

— La vida no es justa, hijo – le dijo Argus – Ya deberías saberlo.

— Su trabajo no tiene nada que ver. Es impecable – dijo Tomás, como si no lo hubiera escuchado – Abelard está enfadado con usted, sólo Dios sabe por qué, y ha ejercido su influencia para que lo saquen del caso.

— De cualquier manera— insistió Argus – Estoy fuera.

— No puede permitirlo, comisario, no se puede rendir. – Tomás se sentía traicionado – Si usted no está en el caso, yo tampoco. Fue usted el que me trajo y me dio la oportunidad. No trabajaré con otro.

—Tomás, – le dijo Argus, con voz cansada – agradezco tu lealtad, pero quiero que sigas en el caso.

— ¿Por qué?

— Porque hemos trabajado juntos en él, y tú eres la única oportunidad que tendré de ayudar.

— ¿Quiere ayudarlos a resolverlo, después de lo que le han hecho?

— Tomás, estamos hablando de un asesino múltiple y están muriendo inocentes. Aquí no puede haber espacio para egos ofendidos, ni rencillas personales. Lo más importante es detener al asesino lo antes posible.

Tanto Tomás, como Werner, que escuchaba atentamente la conversación, lo miraron sorprendidos. El médico, que hasta ese momento no

conocía bien al comisario, comprendió la justa indignación de Tomás. Del Bosque no merecía el trato que le estaban dando.

— Haré lo que usted me ordene, señor – le dijo Tomás.

— Gracias – respondió.

— ¿Hay algo que yo pueda hacer?— preguntó el médico.

— De hecho, sí doctor – dijo Argus – Abelard querrá que me vaya de la isla en cuanto pueda viajar.

— Sí, insistió mucho en eso, aunque no comprendo la razón.

— La razón no importa ahora, lo que sí es importante para mí es permanecer aquí hasta que se resuelva el caso.

— Muy bien, — dijo Werner, comprendiendo – para ellos usted sufrió un ataque cardíaco, así que puedo posponer el momento en el que considere seguro que pueda viajar.

—Gracias, me ha comprendido perfectamente – dijo Argus en un murmullo.

— Bueno, basta de charla – dijo el médico – Usted necesita descansar. Tomás se despidió del comisario para regresar a la mansión. Werner, cuya vivienda se encontraba en la casa vecina al dispensario, se ausentó un rato, luego regresó con un tazón de sopa que Argus comió con gusto. El médico desplegó un catre junto al paciente, pese a las protestas de éste, y después de volver a examinarlo, se dispuso a dormir.

Argus, pese a sentirse agotado no podía dormir. Escuchaba con envidia los ronquidos del médico, pero él se encontraba demasiado inmerso en sus emociones para lograr conciliar el sueño. Abelard lo había echado de su casa, le había prohibido acercarse a su familia, le había dejado claro su odio y desprecio. Y pese a los esfuerzos de Argus por ignorarlo, eso dolía. Argus sabía bien la razón del rechazo hacia él, y podía comprenderlo, pero lo que no podía comprender era la negativa de Antonio Abelard a hablar del asunto, a darle la oportunidad de explicarse. ¿Sería por miedo, o por odio? Tal vez, un poco de ambos sentimientos. Argus suspiró, era una jugarreta del destino que las circunstancias lo hubieran llevado a esa situación.

La verdad era que nunca se había atrevido a soñar, pero tampoco esperaba que la realidad se convirtiera en pesadilla. Sin embargo no era el momento de pensar en eso, ahora tenía algo más importante en lo que concentrarse. El traslado hasta el dispensario lo hizo penosamente consciente de su debilidad en ese momento, y él no podía permitirse el lujo de estar débil. Cerró los ojos, respiró profundo, bajó su frecuencia cardíaca, su tensión

arterial, y comenzó a aislarse de todos los estímulos externos hasta que sintió que flotaba en la oscuridad y el silencio. Permaneció en ese estado de meditación durante un par de horas, y luego revirtió lentamente el procedimiento. Cuando abrió los ojos se sentía descansado y en paz. Volvió a cerrarlos, esta vez para sumirse en un sueño normal.

Capítulo catorce.

Mario Rodríguez bajó del hidroavión sin poder disimular su satisfacción. Ese caso podía ser la oportunidad de su vida. Resolver una serie de homicidios que habían superado al legendario Del Bosque, que se encontraba incapacitado por la enfermedad, quien lo diría. Demostrar su superioridad ante sus jefes, subalternos, y lo que era más importante, ante un hombre tan poderoso como Antonio Abelard. ¿Qué más se podía pedir?

Mario era de mediana edad, en su juventud había sido levantador de pesas, pero ahora el trabajo de oficina había convertido muchos de esos extraordinarios músculos, en grasa, por lo que lo más destacable de su persona era su prominente abdomen, que él alimentaba generosamente con cerveza.

En cuanto bajó del maldito hidroavión se secó el sudor de la cara. En el muelle, dos hombres lo esperaban. Bueno, lo de hombres era un decir, porque uno de ellos era un crío. Se le acercaron, el mayor con una sonrisa de bienvenida, el más joven con el ceño fruncido.

— Comisario Rodríguez – le dijo el de mayor edad – Soy Gerardo Tudela, él es el inspector Tomás Niel, el colaborador del comisario Del Bosque.

— ¿Este crío? – preguntó Rodríguez, despectivo – Típico de Del Bosque y sus extravagancias, no me sorprende que lo hayan echado por incompetente.

— El comisario ha realizado una excelente labor – replicó Tomás ofendido,— y yo no soy ningún crío, soy un inspector de homicidios calificado, señor.

— Escucha jovencito – le dijo Rodríguez con suficiencia – No me interesa tu opinión. A partir de este momento, te limitarás a cumplir mis órdenes sin rechistar. En lo personal hubiera preferido a cualquier otro, pero veo que tendré que conformarme contigo. Si no quieres una queja por indisciplina, será mejor que te olvides de Del Bosque a partir de ahora, ¿está claro?

— Don Antonio ha dispuesto que se hospede usted en la mansión – dijo Tudela, mirando de reojo a Tomás que tenía el rostro enrojecido por la indignación — Puedo llevarlo allí para que descanse.

— Perfecto – aceptó Mario frotándose las manos – Además se acerca

la hora del almuerzo y me muero de hambre.

— ¿Ha leído los informes acerca del caso, señor? – preguntó Tudela.

— Si los realizó Del Bosque no me interesan. Sus ideas son, cuando menos, extravagantes. Siempre lo complica todo, hasta lo más sencillo. Prefiero que usted me relate los hechos.

— Sí, señor — respondió Tudela.

— Por cierto, me han dicho que mi colega se encuentra enfermo – dijo el recién llegado comisario, sin poder ocultar su satisfacción, lo que indignó aún más a Tomás — ¿Qué le pasó?

— Un ataque cardíaco – dijo Gerardo.

— Vaya, eso parece grave – respondió Rodríguez con una media sonrisa – Después que hayamos almorzado y haya presentado mis respetos a don Antonio, me llevará usted con mi ilustre compañero. Debo hacerle notificación oficial de su exclusión del caso.

Tomás apretó los dientes por la impotencia. Aquel tío estaba disfrutando la posibilidad de ocasionarle daño al comisario, pero él no podía hacer nada. Después de haber trabajado con Del Bosque, tener que hacerlo con ese sujeto le parecía el colmo de la degradación.

En el trayecto, Tudela puso al día a Rodríguez acerca de lo que había ocurrido. Le contó los detalles de los tres homicidios y las conclusiones a las que se habían llegado en cada uno de ellos. Cuando terminó, Rodríguez resopló.

— Desde luego que aquí hay una conspiración – dijo — ¿Cómo es que Del Bosque la pasó por alto? Esas marcas en la frente...

— El comisario considera que son un montaje para desviar la atención... – explicó Tomás. — Los símbolos no corresponden...

— ¿A quién le importa a qué corresponden los símbolos? – interrumpió Rodríguez — Cualquiera sabe lo que piensan esos locos. Seguro que se trata de una secta.

— Eso es lo que piensa don Antonio – dijo Tudela – Cree que es algún tipo de secta o Sociedad Secreta, lo que se nos escapa es la finalidad.

—Pues estoy de acuerdo con él, y no importa la finalidad cuando se trata de desquiciados, solo tenemos que identificarlos.

Tomás guardó silencio, mientras pensaba que los siguientes días serían muy largos. Cuando llegaron a la mansión, don Antonio recibió a Rodríguez en su despacho. Le contó la historia del secuestro de su hijo, así como sus sospechas de que la misma organización estuviera detrás de los

homicidios.

—Estoy plenamente de acuerdo con usted, señor – dijo Rodríguez, con adulación, — lo que no comprendo es por qué el comisario Del Bosque no considero investigar esa posibilidad.

— Al principio yo tampoco lo comprendía – dijo Abelard – Creí que tenía buenas razones para descartar esa vía.

— Pero ahora no piensa igual... – adelantó el comisario.

— No quisiera excederme en mis consideraciones, ni hacer falsas acusaciones, pero...

— ¿Pero?

— Espero que usted maneje esta información con la prudencia que amerita el caso, – advirtió Abelard – pero cuando auxiliamos al comisario Del Bosque durante el ataque cardíaco, pude ver cierto símbolo tatuado en su pecho...

— ¿Qué clase de símbolo, señor?

— Igual al de la nota que acompañaba los ojos de mi hijo, y también era el mismo que fue grabado en las frentes de las víctimas. – dijo don Antonio, palideciendo.

— ¡Dios mío! ¿Así que usted sospecha que Del Bosque desvió la investigación deliberadamente porque pertenece a la secta que comete los crímenes y los está protegiendo?. Eso es muy grave, señor, estamos hablando de complicidad.

—No afirmo eso, — se apresuró a aclarar Abelard— no tengo pruebas para afirmarlo, pero cuando vi el tatuaje decidí que Del Bosque no era el más indicado para llevar adelante la investigación. Le perdí la confianza.

— Es comprensible su actitud, señor – dijo Rodríguez, en el colmo de la dicha – y le prometo que aunque se trate de un colega, si Del Bosque ha llevado a cabo un acto tan vil, seré el primero en señalarlo.

— Su honestidad me tranquiliza, comisario Rodríguez. Supongo que nos acompañará a almorzar.

—Desde luego, será un placer, señor.

Durante el almuerzo, Tomás observó que Rodríguez hacía lo posible por ganar la simpatía de su anfitrión y agradar a los invitados de don Antonio. Tomando en cuenta que lo más probable era que el asesino estuviera entre ellos, el joven inspector esperaba que fuera una táctica para ganar su confianza, pero temía que el interés del comisario más que resolver el caso, fuera ganar puntos con gente poderosa. Al terminar, le dijo a Tudela que lo

llevara a ver a Del Bosque, porque tenía que entregarle la orden de retiro del caso, y hacerle algunas preguntas. Tal vez después de todo, el orondo comisario, se dignara escuchar a su colega.

Pasaban las tres de la tarde cuando llegaron al dispensario. Argus estaba concentrado en el portátil mientras permanecía sentado en la cama. Tomás comprendió aliviado que se encontraba mucho mejor. Aún se veía pálido, pero había superado la extrema debilidad del día anterior. Cuando los vio acercarse, cerró el portátil y esbozó una media sonrisa al ver a Rodríguez.

— Del Bosque, — dijo Rodríguez — parece que esta vez la suerte no te ha tratado bien.

— Nunca he confiado mucho en la suerte — respondió Argus — ¿Cómo estás Tomás?

— Bien, comisario — respondió Tomás — ¿Cómo se encuentra?

— Mucho mejor, gracias.

— ¡Que conmovedor!, pero no hemos venido de visita social, — dijo Rodríguez, sacándose un papel del bolsillo.— Aquí tienes, la orden de retiro del caso. Esto te deja fuera, Del Bosque. Si quieres leerla...

— No tiene caso, ya sé lo que dice.

— Muy bien, y ahora quiero hacerte unas preguntas.

— ¿Cómo comisario? — preguntó Argus sorprendido.

— Como sospechoso — espetó Rodríguez, complacido. Esta vez, fue Tomás el sorprendido, pero Argus pareció tomárselo con calma.

— Tú dirás.

— ¿Cuál es la secta o Sociedad Secreta a la cual perteneces?

— Ninguna.

— Claro, supongo que siendo secreta, se supone que debes negarlo.

— Supones mal, algunas sociedades secretas son reconocidas y mantienen actividades legales, como los rosacruces o los masones. De cualquier manera, yo no pertenezco a ninguna de ellas.

— ¿Qué significa el tatuaje que vio don Antonio en tu pecho?

— Es una letra griega, lambda, y significa "Lacedemon".

— ¿Por qué te la tatuaste?

— En realidad, no fue idea mía. Me la tatuaron siendo muy niño quienes me tenían a su cargo.

— ¿Crees que voy a creer esa absurda historia? Es la prueba de que estás involucrado con una de esas sociedades, y por eso no investigaste esa

posibilidad, pese a que los grabados en las frentes de las víctimas señalaban en esa dirección. Querías proteger a tus amigos ¿verdad? ¡Eres uno de ellos!

Argus lo miró fijamente, no parecía preocupado. Sonrió, como si lo que escuchara fuera divertido.

— ¿Esa es la conclusión a la que has llegado?— preguntó, por fin.

— Esa es la verdad, te tengo cogido por los huevos, Del Bosque, y después que termine contigo, no solamente quedarás fuera del Cuerpo Nacional de Policía, sino que conseguiré que te pudras en la cárcel.

— Te estás dejando cegar por tu sed de venganza, Mario – le dijo Argus, sin perder la calma – Si no recapacitas, el asesino no tendrá nada que temer.

— ¡Voy a destruirte, Del Bosque! No desaprovecharé esta oportunidad.

— De eso estoy seguro – le dijo Argus,— Ahora si no te importa, yo estoy ocupado y tú debes tener trabajo que hacer.

Rodríguez no pudo ocultar su frustración al no haber podido sacar de sus casillas a Del Bosque. El cabrón tenía una sangre fría que lo desconcertaba. Argus retomó su trabajo con el ordenador, mientras sus visitantes abandonaban el dispensario. Rodríguez oscilaba entre la expectativa de destruir a Del Bosque, y la frustración por su incapacidad de atemorizarlo. Tudela comenzaba a preguntarse qué más había debajo de la superficie. Era obvio que Rodríguez odiaba a Del Bosque y quería acabar con él, pero se suponía que el trabajo del nuevo comisario era atrapar al asesino, y Gerardo no lo veía por la labor. Por su parte, Tomás estaba preocupado. Comprendió que el cambio de actitud de don Antonio de alguna manera estaba relacionado con el tatuaje y que Del Bosque lo sabía. Nadie lo convencería de que Argus era cómplice de homicidio, pero se preguntó si sería cierto que pertenecía a algún tipo de Sociedad Secreta, y cómo podría perjudicarlo. De momento, Del Bosque no parecía preocupado, pero Tomás sabía que era un hombre que ocultaba muy bien sus emociones.

La verdad era que Argus sí estaba preocupado, y mucho, pero no por la posibilidad de que el inútil de Rodríguez demostrara nada contra él, no había nada que demostrar, sino por el hecho cierto de que su torpeza podía beneficiar al asesino, aunque por otro lado, también desviaba la atención de Argus, dejándole las manos libres en la investigación. Como maniobra de distracción, Bejarano no podía haber enviado a nadie mejor, aunque él sabía muy bien que su jefe era partidario de joderle la vida, y esa era la verdadera

razón de la presencia de Mario. Continuó buscando posibles relaciones entre las tres víctimas. Algo se le había escapado. Necesitaba encontrar esa pieza que faltaba.

Una semana después de la llegada de Rodríguez, Argus se había recuperado lo suficiente para dar largos paseos alrededor de la isla. Por órdenes de don Antonio, y del propio Rodríguez, ni a Tudela, ni a Tomás se les permitía acercarse a él. Era sospechoso, o al menos eso era lo que Rodríguez quería hacer creer. Como consecuencia, casi todos los habitantes de la isla lo trataran como a un leproso, apartándose de él como si corriera por las calles con un hacha ensangrentada en la mano. Por suerte, el ostracismo social nunca había sido un problema para Argus, que lo soportaba mejor que la mayoría. El doctor Werner, sin embargo, se negaba a creer semejante estupidez, y así lo decía a cualquiera que le reclamara que tuviera bajo su protección a un cómplice de los asesinatos.

Era gracias a Werner que Argus recibía la poca información sobre el caso que le podía hacer llegar Tomás. Rodríguez tenía de cabeza la isla con interrogatorios y redadas, donde la mayoría de los entrevistados eran jóvenes, y algunos de los más humildes empleados de don Antonio. Nadie de la mansión. Había mucho movimiento, pero según Tomás, el avance era nulo. El propio Argus había sido casi arrastrado un par de veces a la Oficina de Seguridad, para ser interrogado como sospechoso. Rodríguez dirigió ambos interrogatorios, ensañándose en cuanto al tiempo y la calidad de las preguntas, casi todas acusaciones infundadas. El primero duró tres horas, aunque Argus tuvo que reconocer que se divirtió bastante enredando a Mario en sus propias teorías y dejándolo como un estúpido. El segundo fue peor, Rodríguez, con la intención de quebrar a su enemigo, lo prolongó por más de seis horas, Argus, aunque cansado, lo soportó, pero Werner, advertido por Tomás de lo que estaba pasando, intervino para sacarlo de allí, argumentando que su salud estaba comprometida y que si tenía una recaída, haría directamente responsable a Rodríguez ante la ley.

La amenaza surtió efecto, por lo que Mario no lo volvió a molestar. Para asegurarse, el médico elevó una queja ante don Antonio, haciéndole creer que un nuevo interrogatorio, podría desencadenar otro ataque cardíaco. La realidad era que el efecto del digital ya había pasado sin haber dejado secuelas, Argus estaba tan sano como un caballo, pero le convenía mantener el engaño.

Durante uno de sus paseos descubrió una cueva cerca de la cala de Sergio, y a través de Werner acordó una cita con Tomás. Hubiera preferido no comprometer al joven, pero necesitaba saber algunos datos a los que le habían prohibido el acceso, para poder llevar adelante una investigación que estaba completamente estancada. Pasada la media noche, Tomás entró en la cueva que le señaló el médico, encontrando a su antiguo jefe, que lo esperaba. El joven inspector, en un impulso, saludó con un abrazo al que ya consideraba su amigo. El gesto conmovió a Argus más de lo que hubiera querido, especialmente después de una semana de ser tratado como un paria.

— ¡No sabe cuánto me alegra verlo, comisario! – dijo Tomás, entusiasmado – Parece recuperado.

— Estoy bien, Tomás – respondió Argus sonriendo – ¿Qué hay de ti?

— ¿Qué le puedo decir, señor? Rodríguez nos está volviendo locos. Hasta Tudela me confesó esta mañana, que no veía ningún progreso desde que el caso cambió de manos y que tal vez no fue una buena idea quitárselo a usted.

— ¿Tan mal están?— preguntó Argus, sabiendo que no le simpatizaba a Tudela, quien en un principio se alegró que fuera sustituido.

— El tío no hace sino pasearse, comer y beber, como si fuera un invitado de don Antonio. Todos los días nos da a Tudela y a mí una lista de nombres, generalmente, gente que no tiene nada que ver con lo que ha ocurrido y debemos llevarlos a la oficina de seguridad e interrogarlos. Como es de esperar, no sacamos nada en claro, de lo cual luego nos echa la culpa diciendo que somos incompetentes. Que eso le pasa por tener un ayudante escogido por usted.

— Hay que reconocer que tiene talento para desembarazarse de la responsabilidad – apuntó Argus.

— La situación es tan absurda, que el propio don Antonio le ha dicho que si no logra resultados pronto, volverá a quejarse a Bejarano. Así que nos ha ordenado un arresto.

— ¿Un arresto? – preguntó Argus, sorprendido.

— Al parecer, averiguó que Pablo García, el padre de María, perteneció hace muchos años a una peña, Los Vándalos, así que Rodríguez ha decidido que eso lo convierte en culpable. Desgraciadamente, don Pablo no tiene coartada para ninguno de los homicidios, por el simple hecho de que vive sólo. Mañana debemos arrestarlo.

— Ese pobre hombre no tiene nada que ver – opinó Argus, pensativo.

— ¿Cree que no lo sé, señor?— dijo Tomás, desilusionado — Pero eso no es lo peor. Nos ha dicho que tenemos que lograr de cualquier forma que don Pablo confiese, no solamente los crímenes, sino que usted pertenece a la misma logia, y que actuaba bajo sus órdenes.

— Si no resultara trágico, sería gracioso.

— No sé qué hacer, señor.

— De momento, no puedes hacer nada. Si te niegas a cumplir sus órdenes habrá encontrado la excusa para argumentar insubordinación y enviarte de vuelta a Madrid. — le explicó el comisario.— Y, vamos a ser claros Tomás, en este momento tú eres la única oportunidad de que este caso se resuelva. Te necesitamos adentro.

— ¿Eso significa que tengo que arrestar a un inocente, sabiendo que lo es? — protestó Tomás.

— Eso me temo. Sin embargo, sí hay algo que puedes hacer: apégate al reglamento, y exígale a Rodríguez que te emita la orden por escrito. Eso lo hará directamente responsable del arresto y sus consecuencias.

— ¿Y qué ganamos con eso?

— No conoces a Mario. No le gusta asumir responsabilidades. Siempre se mantiene a una distancia prudencial, si todo sale bien, se atribuye el mérito. Si algo sale mal, culpa a alguno de sus subordinados. Es la forma en la que ha llegado a comisario.

— Un hijo de puta.— concluyó Tomás.

— Básicamente. Sin embargo, ni más ni menos que la mayoría.

— ¿Por qué lo odia tanto a usted?

Argus miró por un momento a Tomás, como si no estuviera seguro de querer responderle. Finalmente decidió hacerlo.

— Siendo aún inspector fui puesto a las órdenes de Mario.

— ¿Usted fue su subalterno?

— Por un par de meses. Él llevaba adelante una operación de rastreo de una banda de asaltantes, pero era errático en sus decisiones, lo cual puso en peligro a uno de mis compañeros, un murciano de apellido Vidal. Yo estaba cerca del lugar donde le habían tendido una trampa, así que avisé del peligro a Rodríguez. Él se negó a aceptar su error, y me ordenó no moverme. Decidí desobedecer e intervine, pude salvar a Vidal, pero el objetivo principal escapó. Se abrió una investigación sobre el caso y Rodríguez quiso culparnos del fallo a Vidal y a mí. Pero yo había grabado nuestra conversación y la orden que me dio de abandonar a mi compañero. Eso le trajo muchos

problemas. De hecho, impidió un ascenso que ya daba por hecho.

— Pero usted sí ascendió.

— Antes de un año tenía su mismo rango. Desde entonces, juró destruirme.

— Y don Antonio le ha servido esa oportunidad en bandeja de plata.

— Sí, es una ironía.

— ¿Ironía? — preguntó Tomás sin comprender.

— No importa – dijo Argus, consciente de que había hablado de más.

— ¿Tienes la información sobre el asesinato de Davoisier?

— Sí, comisario – respondió Tomás, sacando un sobre del bolsillo y entregándosela a Argus.

Argus sacó varios documentos del sobre y comenzó a leerlos, así como a examinar las fotos del cuerpo.

— ¿No enviaron el cuerpo a Ochoa?

— Rodríguez no quiso que la autopsia fuera realizada por él. Dijo que era demasiado cercano a usted y que podía alterar los resultados.

— Imbécil – murmuró Argus — ¿Quién la hizo entonces?

— El mismo que llevó a cabo la de María, y me temo que no le puso mucho empeño. Como verá, la causa de la muerte es la misma que en los anteriores asesinatos, pero no detalló las heridas.

— ¿Encontraron algo en la escena del crimen?

— Nada de importancia. La revisé personalmente.

— ¿Dónde ocurrió?

— En una playa al este de la isla. Davoisier se fue andando hasta las caballerizas, y le pidió al mozo que le preparara un caballo porque quería dar un paseo. Eso fue a las tres de la tarde. Luego montó y se fue. Al cabo de dos horas, el caballo regresó sólo a los establos por lo que el mozo pensó que había regresado a la mansión y había soltado el caballo.

— ¿Es habitual que algo así ocurra?

— Al parecer, sí. Los caballos están entrenados. No es raro que vuelvan sin el jinete porque éste haya preferido soltar al animal en otro lugar.

— Así que nadie se sorprendió, ni salió a buscarlo.

— Nadie.

— ¿Y en la mansión?

— Nadie notó su ausencia hasta que no se presentó a cenar. Entonces, don Antonio avisó a Tudela y él fue a buscarlo por toda la isla. Lo encontró tendido en la playa, había huellas de caballo, pero aparte de eso, la arena fue

rastrillada en la ruta que debió tomar el asesino. Según el forense, lo mataron entre las tres y las cinco de la tarde.

— ¿Coartadas?

— Rodríguez no me permitió interrogar a nadie en la mansión, según él, son gente importante y eso los exonera. Sin embargo, hice algunas preguntas con discreción, todos afirman haber estado en la mansión a esas horas. La verdad, es difícil saber si alguien miente, había mucha confusión, recuerde que fue el mismo día que usted sufrió el atentado. Rodríguez ha llegado a insinuar que su ataque cardíaco fue un montaje para distraer la atención y permitir al asesino actuar.

— Es una suerte que no sepa lo del digital, o ya me hubiera arrestado, pero es indudable que no fue una coincidencia. El homicida estuvo muy ocupado ese día.

Argus continuó mirando las fotos a la luz de la potente linterna que tenía en la mano, mientras Tomás observaba la minuciosidad y dedicación con la que llevaba a cabo un trabajo que le había sido arrebatado injustamente.

— Usted nunca debería haber sido apartado del caso, comisario. — explotó Tomás.

Argus levantó la mirada y se fijó en la expresión de desaliento de Tomás.

— Lo siento, señor, no es su culpa.

— No te preocupes, en cualquier caso, es cierto, es un contratiempo, aunque por otro lado, me permite hacer indagaciones sin llamar la atención, ni prevenir al asesino.

— ¿Ha averiguado algo?

— Nada concreto todavía, me temo. He buscado conexiones entre las tres víctimas, pero no he encontrado nada más allá de su encuentro en Madrid y su situación como consumidores de droga y clientes de los mismos camellos. El problema es que esas conexiones no tienen sentido si Davoisier es una de las víctimas.

— Sí, yo también creí que habíamos resuelto el caso hasta que apareció muerto. Era un cabrón, pero no el asesino.

— ¿Sabes algo del botón que encontramos en la cala?

Tomás sonrió con tristeza.

— El botón, Rodríguez no quiso ni verlo. En un primer momento sugirió que revisáramos la ropa de usted para saber si le pertenecía. Cuando le recordé que en el momento en que Sergio fue asesinado, usted estaba en

Madrid y yo lo acompañaba, desistió y dejó de importarle como prueba.

— Mario no busca resolver el caso, sino utilizarlo para vengarse de mí.

— Debe cuidarse, señor, ese tío hará cualquier cosa para lograr su objetivo.

— No te preocupes – dijo Argus sonriendo – No soy una presa tan fácil.

Capítulo quince.

Al día siguiente, el tema de conversación en la isla era el arresto de don Pablo. Antes del amanecer, Tudela y Niel visitaron al padre de María y lo llevaron hasta la Oficina de Seguridad siguiendo las órdenes del nuevo comisario. Ante el asombro de todos, Rodríguez notificó a don Antonio el arresto del culpable de los homicidios y la resolución del caso durante el copioso desayuno.

— No puedo creer que Pablo haya cometido esos crímenes – dijo Abelard – Lo conozco desde hace muchos años, le confié a mis hijos cuando eran niños. Además, María, su propia hija, fue la primera víctima. ¿Me está diciendo que él la asesinó?

— Es usted un hombre generoso, don Antonio – argumentó Rodríguez con adulancia – por eso no puede comprender la maldad de alguien así. Esos sujetos son fanáticos, así que matarían a su madre si sus sociedades se lo ordenan.

— ¿Pablo pertenecía a una Sociedad Secreta?

— Desde muy joven – confirmó Mario— ¿No lo sabía?

— No, claro que no. No lo habría contratado de haberlo sabido – afirmó don Antonio, dudando de sus propios argumentos.

— Él y su hermano entraron en un grupo que se hacía llamar "Los Vándalos". En teoría se trataba de una peña para jugar a las cartas, hacer apuestas y reunirse para tomar unas cañas, pero sabemos que muchas de esas sociedades se esconden detrás de una máscara de inocencia para ocultar su peor faceta.

— ¿Y esa Sociedad sigue funcionando?

— Se supone que se disolvió hace veinte años, pero estoy buscando pruebas que demuestren que pasó a la clandestinidad. También investigo si tiene alguna relación con el símbolo que le enviaron en aquella nota los que secuestraron a su hijo.

— ¿Ha encontrado algo?

— Nada, de momento. – reconoció Mario – Pero sólo es cuestión de tiempo. Encontraré esa relación, don Antonio, así como el papel de Del Bosque en todo esto.

— He escuchado que lo cree involucrado, pero él no estaba en la isla cuando ocurrieron los dos primeros asesinatos, y sufría un ataque cardíaco

cuando Davoisier murió. No pudo ser él.

— Estoy seguro que dio la orden y se ocupó de ocultar las pruebas. Es muy listo, no se deje engañar don Antonio. Tal vez ese supuesto infarto no era tal, sino una maniobra de distracción.

— Pues si fue así, es un actor insuperable, porque engañó también al doctor Werner.

— Bueno, quizás lo del infarto sea cierto – reconoció Rodríguez – Los criminales también se enferman. No se preocupe, don Antonio, atraparé a los que están alterando la paz de su isla y todo volverá a ser como antes.

Abelard lo miró, deseando creer sus palabras, pero la idea de que Pablo fuera el asesino aún no lo convencía. Debajo de una mesita que sostenía un valioso jarrón chino, sus voces eran captadas por un minúsculo micrófono, uno de los muchos que había por toda la casa y se grababan en un portátil para ser reproducidas después.

A media mañana, Mario Rodríguez se presentó en la Oficina de Seguridad, e hizo que le llevaran a don Pablo para interrogarlo. El viejo, que después de su última conversación con Argus había dejado de beber, estaba tan sorprendido por los acontecimientos que no había sido capaz de sentir temor. Lo invadía en cambio una profunda indignación. Se sentó a la mesa en la improvisada sala de interrogatorios. Rodríguez ocupó la silla frente a él, mientras Tudela y Tomás observaban de pie en las esquinas más alejadas de la habitación, como si no quisieran formar parte de aquello.

— Muy bien – dijo Mario – Se acabó el juego, García. Lo sabemos todo.

— ¿Todo sobre qué?

— Sobre tu participación en la Sociedad de "Los Vándalos". ¿Lo niegas?

— ¿Por qué iba a negarlo?— preguntó sorprendido Pablo – Sí, cuando era joven me gustaba bastante la juerga. Un grupo de amigos, mi hermano y yo, nos reuníamos para jugar a las cartas, hacer apuestas sobre los partidos de fútbol, ese tipo de cosas. No apostábamos dinero en realidad, sino que el perdedor pagaba la ronda de cañas. Simplemente nos divertíamos. No hay nada de malo en eso.

— ¿Quieres que crea que las actividades eran todas tan inocentes? – preguntó Mario, con cara de pocos amigos.

— Algunas veces también nos reuníamos para comer y beber, o simplemente con algunas chicas.

— ¿Eso era todo?

— Desde luego que era todo. Lo hicimos hasta que nos fuimos casando y adquiriendo nuevas obligaciones. Entonces el grupo se disolvió.

— ¿No teníais rituales, ni símbolos?

— Sí, claro, usábamos un emblema con un toro, y un capirote, por la feria.

— ¡Ajá! – dijo Mario, como si hubiera logrado una confesión — ¿Y qué me dice de los rituales?

— ¿Rituales? – preguntó Pablo, sorprendido – No teníamos rituales, a menos que considere un ritual, bañar de cerveza a los nuevos miembros, pero eso era más bien una chiquillada.

— Lo quiere hacer parecer algo muy inocente.

— Es que lo era.

— ¿Desde cuándo Del Bosque pertenece a su Sociedad? – la pregunta, hizo que Tomás se pusiera tenso.

— ¿Del Bosque? – preguntó Pablo confundido — ¡Ah!, el otro comisario. ¿De dónde ha sacado que perteneció a "Los Vándalos"? No lo había conocido hasta ahora.

— ¿Niega que "Los Vándalos" firmaban con este símbolo? — Le preguntó mostrándole un papel que tenía el dibujo de una "V" invertida.

— ¿Qué coño es eso?

— Vuelvo a preguntarle ¿Cuándo conoció a Del Bosque?

— Ya se lo dije, después de la muerte de María.

— Sin embargo, es uno de los suyos, escondió las pruebas de los crímenes que usted cometió. Lo encubrió. – dijo Mario con firmeza – Puedo demostrarlo.

— ¿De qué coño está hablando? Yo no cometí ningún crimen, y no conocí a ese policía hasta que vino a investigar la muerte de María.

— ¿Él es su superior? ¿Le ordenó Del Bosque cometer esos crímenes?

— Usted está loco, o es un estúpido – sentenció Pablo.

Tomás observaba el interrogatorio con nerviosismo. Era obvia la intención de Rodríguez. Lo único que le interesaba era destruir a Del Bosque. La verdad no era su objetivo.

— Escuche, don Pablo – le dijo Mario entre dientes – Lo voy a acusar a usted del asesinato de tres personas, entre ellas, su propia hija. No tiene coartada para ninguno de los homicidios...

— Ni yo, ni la mitad del pueblo – protestó García.

— ¡Ah!, pero estos son asesinatos rituales, llevados a cabo por una Sociedad Secreta, y da la casualidad que usted pertenece, o al menos admite haber pertenecido a una...

— ¡No sea ridículo! – dijo Pablo – "Los Vándalos" eran una simple peña, no una Sociedad Secreta.

— Y da la casualidad... – continuó Rodríguez – que sabemos que Argus Del Bosque, también pertenece a una. Lo delata el tatuaje de su pecho.

— No sabía que aún existía la inquisición – dijo Pablo en tono burlón – Y que a un hombre se le podía juzgar por usar un tatuaje.

— Eso depende del tatuaje – respondió Mario – Si el dibujo está relacionado con un crimen, se le puede juzgar y condenar.

— ¿De qué habla? Oiga, soy el primero que considera a ese comisario un dolor de muelas, pero él ni siquiera estaba aquí cuando murieron los chicos.

— Él no, pero usted sí, y usted actuó siguiendo sus órdenes – dijo Rodríguez, golpeando la mesa y poniéndose de pie. Comenzó a caminar por la sala, como si relatará un guion para una película. — Le diré lo que ocurrió: uno de sus superiores dentro de la Sociedad le ordenó llevar a cabo un asesinato ritual, y cuando solicitaron a alguien para investigarlo fue su propio superior, su gurú, o como lo llamen, el que acudió para apoyarlo. Los siguientes homicidios serían más fáciles, porque el investigador era el propio autor intelectual. No contaron con la perspicacia de don Antonio, que comprendió que la investigación no estaba siendo llevada a cabo en forma correcta, por lo que pidió que Del Bosque fuera retirado del caso, y sustituido por un verdadero policía.

— Aún no decido si usted está loco, o es sólo estúpido – dijo Pablo. Tomás reprimió una sonrisa.

— Haremos un trato – le dijo Mario, aun ignorándolo – Usted escribe una confesión, diciendo que mató a esas personas siguiendo las órdenes de Del Bosque, y yo procuraré que su castigo sea leve. Se puede alegar que no actuaba en su sano juicio, sino influido por el lavado de cerebro al que lo sometieron en esa secta. Tal vez incluso, ni siquiera tenga que cumplir condena. Nos interesan solo los peces gordos, como Del Bosque. Ayúdeme y lo ayudaré.

— ¿Quiere que reconozca que asesiné a mi propia hija, y a otras dos personas, y que para librarme de pagar por un homicidio que no cometí,

involucra a un inocente?. Usted debe estar fuera de sus cabales.

— Si se niega lo destruiré, García, y le aseguro que lograré demostrar que Del Bosque era su cómplice.

— Váyase a la mierda – le respondió Pablo entre dientes.

Rodríguez, furioso por su fracaso, ordenó que llevaran a García de vuelta a su celda, y comenzó a caminar por la sala maldiciendo en voz alta. Tomás no pudo evitar sentir alivio por la actitud de don Pablo, que era seguro que no se iba a dejar intimidar con tanta facilidad, pero al mismo tiempo le preocupaba la obsesión de Rodríguez por destruir a Del Bosque.

En su bolsillo, Tomás guardaba las órdenes escritas de Mario para el arresto de Pablo, y ahora se alegraba de tenerlas. Rodríguez lo había fulminado con la mirada cuando se las exigió. Ni él comprendió entonces que Argus tenía razón, su intención era culparlos a él y a Tudela si algo salía mal. Eso puso en alerta al joven, que tomó una precaución adicional, y ahora se alegraba de haber grabado el interrogatorio. El intento de inducción al testigo para que confesara e involucrara a una tercera persona acerca de la que no había ningún indicio, usando amenazas para ello, no le gustaría a ningún juez.

Argus contemplaba la playa donde había sido encontrado Davoisier. Por supuesto, sería demasiado optimista pretender encontrar algún nuevo indicio en la escena del crimen después de tantos días. Cualquier huella, fibra, o cabello, ya habría sido barrida por el viento y el agua, o destruida por cualquiera que hubiera pasado por allí. Confiaba, sin embargo en la habilidad de Tomás, aunque lamentaba que el digital lo hubiera dejado fuera de circulación tantos días.

Ahora solo podía tratar de imaginar lo que había ocurrido en función de los datos que le suministró su antiguo ayudante. Davoisier había salido a cabalgar, llegando hasta esa playa en su montura. ¿Cómo supo el asesino que iría a aquel lugar? ¿Lo escogió, o le servía cualquier habitante de la isla? No, Argus no creía que fuera oportunista, Davoisier no era una presa fácil, era un hombre con notable fuerza física. Además, la cabalgadura debió dificultarle la tarea al criminal.

María, Sergio, Davoisier. María y Sergio tenían muchas cosas en común, Davoisier sólo la droga y el hecho de que era el hombre que conducía el coche al que María se subió en Madrid. Después de eso, María cambió, se hizo temerosa, quiso regresar a la isla y comenzó a rechazar a los hombres. Dada la historia de agresiones sexuales de Davoisier, no era difícil adivinar

qué ocurrió en esa cita. El francés debió someterla a alguna clase de juego perverso, ella guardó silencio sobre el hecho y no lo denunció, pero acusó las consecuencias psicológicas.

Después de tres años, cuando se sentía a salvo de su agresor, éste apareció en la isla como invitado de Abelard. Ella se aterrorizó y se lo contó a Sergio. ¿Y después? Antes de la muerte de Davoisier era fácil deducirlo. André reconoció a María, la siguió y la mató, apuñalándola repetidas veces y grabando los símbolos en su frente para que pareciera algo ritual.

Después del asesinato de María, Sergio comprendió lo que había ocurrido, y pretendió extorsionar a Davoisier. Se citaron en la cala, y André mató al chico siguiendo la misma pauta que con María. Pero entonces, ¿quién asesinó a Davoisier, y por qué? ¿Alguien que quería vengar a María y a Sergio? ¿Alguno de sus familiares? ¿Pablo, Avelino? Pero entonces, ¿qué caso tendría marcar la frente del francés? No, algo se le escapaba, algo importante.

El único nexo entre las tres víctimas era la droga. ¿Un trabajo de los narcotraficantes? ¿Habían visto algo que no debían? ¿Sabían demasiado? ¿Hablaron de más? Sin embargo, no era el patrón de la mafia de las drogas. La marca en la frente debía tener algún significado, pero Argus sabía que la organización que podía representar ya no existía. Por eso no la tomó en serio, no tenía sentido. ¿Y si lo tenía? ¿Si los estaba usando un nuevo grupo? Podría tratarse de un mensaje cifrado, destinado sólo a quienes estuvieran relacionados con el asesino. Pero, ¿un mensaje para quién? ¿Un aviso para las nuevas víctimas? ¿Sabría Sergio que estaba en peligro? ¿Y Davoisier? A Argus le hubiera gustado poder interrogar a la viuda, pero eso era imposible, ni siquiera podía acercarse a la mansión. ¿Y si se lo sugería a Tomás? No, Rodríguez no se lo permitiría, no querría molestar a ninguno de los invitados de Abelard. Eran gente demasiado poderosa.

Argus suspiró, aquel asunto se estaba complicando. Tal vez había sido su culpa. Debió ocultar el tatuaje después de la conversación con don Antonio acerca del secuestro de su hijo.

Volvió a la escena del crimen. Davoisier cruzó la playa, posiblemente a caballo, el asesino salió de los matorrales y lo interceptó. ¿Cómo lo obligó a desmontar? ¿Lo amenazó con un arma? Era posible, pero Argus no lo creía. Lo asesinó a pleno día, por la tarde, debió ser algo rápido, aquella playa no era tan aislada como la cala, podía presentarse alguien, así que el riesgo que corrió el criminal en este asesinato fue mayor que en los anteriores. Un punto

a favor de que la víctima fue seleccionada.

El asesino iba a pie, nadie más cabalgó esa tarde. El resto de los habitantes de la mansión estaban ocupados. El envenenamiento con digital había servido como distracción. ¿Habían intentado matarlo, sólo para entretener a los habitantes de la casa? No, Argus no podía creer eso. No solo por lo que representaba para su ego, sino porque el asesino no podía saber cuándo él usaría el vaso envenenado. Por otro lado, la playa podía ser visitada por cualquiera, así que no era suficiente con entretener a los habitantes de la mansión.

Vuelta al escenario. Davoisier se encontró con su verdugo, desmontó, el asesino lo apuñaló repetidas veces, le grabó el símbolo en la frente y soltó el caballo. Primera interrogante, ¿por qué se detuvo Davoisier y desmontó? Dos posibles respuestas, la primera, fue amenazado con un arma, la segunda, conocía a su atacante y se sintió seguro con él. Argus se inclinaba por la segunda opción, pero no descartaba la primera.. Segunda pregunta ¿cómo sabía que el caballo regresaría al establo y que esto no causaría alarma? Una respuesta, conocía bien los hábitos de la isla, y era posible que también hubiera cabalgado en alguna oportunidad.

Argus decidió ir a los establos. No podía interrogar directamente al mozo, y no sabía si don Antonio lo había prevenido sobre él, pero al menos debía tratar de averiguar algo. Por el camino, fue analizando otro asunto que le preocupaba.

¿Por qué Davoisier? Argus se encontraba a punto de acusarlo, aunque por lo que se demostró después, estaba completamente errado. Entonces, ¿por qué asesinar precisamente al hombre que iba a cargar con las culpas del verdadero homicida? Las pruebas contra el francés eran contundentes. ¿Qué sentido tenía eliminar al chivo expiatorio? Y ya puestos, ¿por qué el digital? ¿Qué caso tenía asesinar a un investigador que estaba equivocado, y le había proporcionado una cabeza de turco al homicida? ¿Y por qué hacerlo pasar por una muerte natural? ¿Por qué no balearlo o apuñalarlo como a las otras víctimas? Algo no encajaba.

Argus le había preguntado a Werner qué posibilidades había de encontrar digital en la isla. El médico le explicó que todos los suministros de medicamentos los aportaba él mismo, y que no le faltaba la dotación de digital, pero los invitados de la mansión traían con frecuencia sus propias medicinas desde el continente en cantidad suficiente para no necesitar sus servicios. Ante la pregunta de si alguno de los habitantes de la casa grande

recibía tratamiento con esa sustancia, Werner le respondió que solo uno, Petrovich.

Si quedaba alguna duda del origen del veneno, el ajedrecista se presentó unos días después del atentado para pedirle al médico un suministro de digital. Según él, uno de los frascos con veinte cápsulas se había perdido. Werner le preguntó al profesor dónde los guardaba, a lo que él le respondió que en el armario del baño, lo que significaba que cualquiera que supiera de su enfermedad, podía haberlo robado.

Los resultados del vaso que Tomás envió en secreto a analizar, arrojaban que seis de las veinte cápsulas ya habían sido usadas. Werner no podía creer que Argus hubiera sobrevivido a una dosis así. Según él, su corazón debería haber explotado. Comprendió que el principal sorprendido de su supervivencia debía ser el propio asesino, y se alegró de no estar viviendo en la mansión.

Ya Tomás estaba advertido, por lo que cuidaba mucho lo que comía y bebía.

¿Debería avisar también a Rodríguez? No, Argus sospechaba que el torpe comisario resultaba un alivio para el verdadero criminal. ¿Por qué intentó matarlo? La única respuesta lógica era que algo de lo que había averiguado, alguna línea de su investigación, era correcta y podía llevarlo a la verdad. Pero ¿cuál?

Sumido en sus pensamientos, casi no se dio cuenta que había llegado a los establos. Lo primero que le avisó, fue el inconfundible olor de los caballos, lo que le trajo recuerdos de Isabel. Ella disfrutaba cabalgar, era una excelente amazona. Cuando comenzaron a salir juntos, Argus le confesó que nunca había montado, entonces ella se ofreció a enseñarle. No resultó difícil, en realidad era mucho más sencillo que la mayoría de las cosas que se había visto obligado a aprender, y también más agradable. Disfrutó el viento en su rostro, sentir la tierra a través de las patas del caballo, y poder dominar esa enorme fortaleza del animal con algunos pequeños movimientos de sus piernas. Aprendió rápido, sorprendiendo a Isa, luego compartió con ella su actividad preferida, y la convirtió en propia. Sin embargo, desde la muerte de su esposa no había vuelto a cabalgar, no se sentía capaz de hacerlo.

Un hombre corpulento salió de los establos mirándolo con curiosidad. Argus se preguntó cómo abordarlo. No quería que nadie sospechara que llevaba adelante una investigación paralela.

— ¿Puedo ayudarlo?— preguntó el mozo.

— Sólo... me habían hablado de los establos, y decidí venir a verlos.

— Soy Cipriano Díaz ¿viene usted de la mansión? No lo había visto antes por aquí.

— Ahora mismo me alojo con el doctor Werner – explicó Argus, que comprendió que no le convenía mentir.

Díaz lo miró con desconfianza.

— Un momento, — le dijo — ¿no será usted el tío que dicen que mató a esos chicos?

— Yo no he matado a nadie – protestó Argus con firmeza – Si eso fuera cierto ya me habrían detenido, ¿no cree?

— Pero detuvieron a Pablo, el padre de María.

— Él tampoco lo hizo.

— ¿Cómo sé que no fue usted?

— ¿Tiene alguna razón para pensar que soy culpable? Aparte de rumores.

— Rumores que provienen del propio policía que investiga el caso – argumentó Cipriano.

— Oiga, no he venido para recibir acusaciones en falso.

— ¿Y a qué ha venido?

— Sólo daba un paseo y quise ver los establos porque me habían hablado mucho de ellos, pero ya veo que fue un error. — dijo Argus dándose media vuelta.

Estaba claro que Rodríguez había hecho un buen trabajo desprestigiándolo en la isla. Cipriano se quedó mirando mientras se alejaba antes de volver a su trabajo. Argus se detuvo un momento al ver un extraordinario caballo andaluz gris en el corral de entrenamiento. Un chico, no mayor de doce años, muy parecido a Cipriano, contemplaba embelesado el animal, que parecía bastante inquieto.

Argus pasó junto al corral acercándose al camino. Le pediría a Tomás que intentara averiguar algo sobre los usuarios del establo, puesto que a él le estaba vedado. No había recorrido ni cinco metros, cuando escuchó un grito, volteó y pudo ver al chiquillo encogido bajo las patas del enfurecido caballo. Obviamente, el muchacho había saltado la cerca y se había acercado a un animal que no estaba de humor para juegos. Cipriano ya corría al corral, pero Argus estaba más cerca.

Sin pensarlo siquiera, Argus cruzó la cerca de un salto, interponiéndose entre el caballo y el niño que yacía hecho un ovillo en el

suelo. El caballo seguía intentando cocearlo, pero cuando Argus se acercó, su atención se desvió hacia el hombre, que le pareció una amenaza mayor. Argus se movió a uno y otro lado, gritando para atraer la atención del animal, que intentó cocearlo a él. Cipriano aprovechó la distracción que le proporcionaba Del Bosque para coger al niño en brazos sacándolo de allí.

Cuando Argus vio que el chico estaba a salvo decidió alejarse, pero antes de poder hacerlo, una de las patas delanteras del poderoso caballo lo golpeó en la cara. Argus cayó al suelo aturdido, mientras escuchaba gritar a Cipriano, pero no fue capaz de comprender lo que decía. El caballo volvió a elevarse sobre sus patas traseras para aplastarle el pecho con las delanteras. Argus no esperó el golpe, giró sobre sí mismo, y rodando logró alejarse lo suficiente para quedar fuera del alcance de la furia del animal. Luego se incorporó corrió hasta la cerca, la saltó y cayó al suelo, donde se quedó tendido, jadeando. Al cabo de unos minutos, Cipriano se le acercó.

— ¿Se encuentra usted bien?— le preguntó, preocupado.

— Estoy bien. El chico... – dijo Argus, con la respiración aún entrecortada.

— Está bien, sólo se llevó un golpe en el hombro, y un susto. Le advertí que se mantuviera alejado del semental, las yeguas están en celo y está muy nervioso. Pero ya sabe usted cómo son los críos... Está usted sangrando.

Argus se llevó la mano a la ceja, donde el casco del caballo le había golpeado y pudo ver los dedos manchados de rojo.

— ¿Hay algún lugar donde pueda lavarme? – preguntó.

— Claro, venga conmigo. Entre en la cabaña que mi mujer le lavará la herida. Luego lo llevaré con el doctor Werner. Creo que necesitará que lo suturen. De no haber sido por usted, ese semental hubiera matado a mi hijo.

— Sólo hice lo que debía – respondió Argus.

El mozo lo ayudó a levantarse. Obviamente su actitud hacia él había cambiado. Entraron en la cabaña, donde una mujer atendía al chiquillo poniéndole compresas en el hombro que ya comenzaba a amoratarse. Al mismo tiempo lo reñía por haberse puesto en peligro. Cuando vio entrar a los dos hombres no dijo una palabra, pero le indicó a su marido que guiara al comisario hasta la silla junto al niño.

— ¿Estás bien, muchacho?— le preguntó Argus al niño que lo miraba asustado. El chico asintió.

— ¡Vaya corte! – dijo la mujer, cuando vio el rostro ensangrentado del comisario.

— No es nada, sólo necesito lavarme un poco.

— ¡Hombres! – respondió la mujer con un resoplido, mientras se armaba con una toalla limpia y una palangana de agua – ¡Son todos iguales!

— La mujer se movía con brusquedad, y Argus pensó que sería mejor volver a enfrentarse al semental antes que dejar que ella lo curara. Sin embargo se sentía atrapado, por lo que se resignó a su suerte. Ella empapó la tela retorciéndola con fuerza, pero cuando se acercó a su rostro para limpiar la herida lo hizo con la delicadeza de una madre. Argus soportó el ardor del agua en la piel abierta apretando los dientes, a lo que ella sonrió.

— No necesita disimular que no le duele, comisario, puede quejarse si lo desea.

— No lo deseo – dijo él, un poco azorado. Cipriano lo miraba, divertido.

— Lo dicho, todos los hombres son iguales.

El chico se volvió a poner la camisa, contento de ya no ser el centro de la reprimenda de su madre. Permanecía sentado en silencio mirando fijamente a Argus, como si quisiera leer algo en su cara.

— ¿Es verdad que mataste a esa gente?— preguntó de repente.

— ¡Luis! – lo reprendió su madre.

— Está bien – dijo Argus, mientras ella volvía a mojar la toalla – No, hijo, no maté a nadie.

— Pero eso es lo que dice la gente.

— Están equivocados.

— Luis, vete a cepillar a Pintada.— ordenó su padre – Y no vuelvas a acercarte al corral.

— Sí señor – dijo el chico, se levantó y se marchó.

— Lo lamento mucho, comisario.

— No tiene por qué — dijo Argus – Los niños repiten lo que oyen.

— Precisamente – insistió Cipriano – No me estoy disculpando por él, sino por mí. Lo prejuzgué, y eso no está bien.

— ¿Cambió de opinión?

— Por supuesto, alguien que se juega la vida por un chiquillo ajeno, como hizo usted allá afuera, no puede haber hecho lo que le atribuyen.

— Esto ya está – dijo la mujer, mirando de reojo a su marido.— pero no es suficiente, tendrán que coserlo.

— Gracias, señora...

— Carmela. Y yo no me disculpo porque siempre dije que era una

estupidez pensar que usted tenía que ver con algo que pasó antes de que llegara.

— Gracias por su confianza.

— Ahora será mejor que Cipriano lo lleve con el doctor. Esa herida debe atenderse.

— ¿No debería ir el chico también? – preguntó Argus— Ese golpe en el hombro no se ve bien.

— Fui enfermera antes de venir a la isla, comisario, y algunas veces ayudo a Christian. Créame, lo que tiene Luis, es solo un moretón, gracias a usted.

Argus siguió a Cipriano hasta un rústico cuatro por cuatro, ideal para el terreno irregular. El mozo encendió el coche mientras Argus observaba por la ventanilla al nervioso semental, a quien el corral debía parecerle pequeño. Lo comprendió, en ese momento él también se sentía atrapado, con un exceso de energía que no sabía en qué rumbo canalizar.

Durante una buena parte del trayecto, permanecieron en silencio. Cipriano parecía sinceramente avergonzado por su anterior actitud. Argus no se sentía especialmente ofendido, pero como buen interrogador sabía que algunas veces el silencio es la mejor herramienta para forzar a alguien a hablar. Finalmente, Cipriano se decidió.

— ¿Puedo hacerle una pregunta, comisario? — Argus asintió — ¿Por qué su colega quiere culparlo de esos asesinatos? No lo entiendo.

— Viejas rencillas – respondió Argus.

— ¿Ya se conocían?

— Trabajamos juntos una temporada.

— ¿Y tuvieron problemas?

— Se puede decir eso, sí.

— Supongo que él salió peor parado que usted.

— Le retrasaron un ascenso.

— ¡Vaya! Ahora me lo explico.

— ¿Puedo preguntarle yo algo?

— Usted dirá.

— ¿Cómo es que en este pueblo han aceptado tan fácilmente la teoría de que soy culpable si no existe ningún indicio al respecto?

— Es por don Antonio – respondió Cipriano con naturalidad.

— ¿Por don Antonio? – preguntó Argus, sintiendo una presión en el pecho — ¿Él ha dicho que soy culpable?

— No, al menos, no que yo sepa, pero lo echó de su casa. Todos respetamos mucho al señor Abelard y lo consideramos un hombre justo – explicó Cipriano – Lo que se dice es que si lo recibió en su casa y luego lo obligó a marcharse, debe haber sido por algo muy grave.

— Ya veo.

— ¿Puede decirme por qué lo echó?— preguntó Cipriano.

— Es una larga historia – respondió Argus, elusivo.

— Está bien, no es asunto mío – aceptó el mozo, comprendiendo. Continuaron un rato más en silencio, y Argus decidió aprovechar el estado de ánimo de Cipriano antes de que volviera a cavilar acerca de la razón por la que había sido echado de la mansión. ¡Maldito tatuaje!

— ¿Cabalgaba a menudo el señor Davoisier? – preguntó de repente.

— No, en realidad no era un gran jinete, pero de vez en cuando lo hacía. Decía que era la única forma de que su esposa lo dejara un rato en paz. Ella les tiene miedo a los caballos.

— Ya veo, ¿siempre usaba el mismo caballo?

— Sí, una yegua muy mansa en realidad, Pintada, la que le pedí a Luis que cepillara.

— ¿Todos los caballos están entrenados para regresar al establo si los sueltan en cualquier parte de la isla?

— No todos, sólo los más dóciles, los de los invitados – ante la expresión de extrañeza de Argus, Cipriano explicó – Los Abelard son buenos jinetes, y un buen jinete se hace cargo de su caballo.

— Lo sé.

— Don Antonio ya no acostumbra cabalgar, pero ha enseñado a sus hijos y nietos que si montan, ellos mismos deben ocuparse después de atender y refrescar su caballo, así que ellos siempre regresan al establo. Además sus caballos son menos dóciles, no creo que volverían solos.

— Pero no era el caso de Davoisier.

— No, por supuesto los invitados nunca se encargan de los caballos. Además, por lo general no son buenos jinetes, así que les entregamos animales mansos que regresen solos, y de los que nosotros nos encargamos.

— Así que cuando vio regresar a Pintada sin su jinete, no le pareció extraño.

— No, me pareció que el paseo había sido muy corto, pero ya sabe, con los ciudadanos podía ser por cualquier causa. Se había aburrido, o la silla le rozó el culo. Lo que fuera, lo que nunca me imaginé fue que lo hubieran

asesinado.

— ¿Y quiénes están al tanto de saber esto que me ha contado?

— La mayoría de los que se alojan en la casa, por supuesto. Los establos son uno de los mayores atractivos en la isla.

— Así que cualquiera que viviera en la mansión, montara o no, podía saber que si se soltaba el caballo de Davoisier en la playa, éste regresaría al establo, sin que nadie se sorprendiera por ello.

— Eso supongo – admitió Cipriano.

Llegaron a la puerta del dispensario, Argus agradeció a Cipriano que lo hubiera llevado. Se sentía un poco frustrado, esperaba que el detalle del retorno del caballo redujera la lista de sospechosos, pero por lo visto esa pista también conducía a un callejón sin salida. Cuando entró, Werner lo miró con los ojos muy abiertos.

— ¡Por Dios, comisario! ¿Aún no se ha curado el golpe de la sien, y ya tiene un nuevo corte en la ceja? ¿Cómo se las ha arreglado para hacerse esa herida?

— Me atravesé en el camino de un caballo bastante inquieto.

— Desde luego, — dijo el médico sacando el equipo de sutura — con usted cerca no me aburro. ¿Siempre lleva una vida tan agitada?

— Mi esposa decía que tenía un deseo inconsciente de morir, no lo sé, tal vez tenía razón.

— Espero que no.

Werner se puso manos a la obra, suturó la ceja de Argus y le sugirió que descansara. Él le agradeció al doctor sus atenciones, entró en la habitación, se cambió la camisa, luego cogió lápiz y papel para poner en orden sus ideas.

Al cabo de una hora no había obtenido ningún dato en claro. Ese caso era lo más frustrante con lo que se había topado en su carrera. Werner tocó la puerta y se asomó.

— ¿Trabajando, comisario? — preguntó el doctor — Creí que le había sugerido que descansara. ¿Qué tal la herida?

— Estoy bien, doctor, en realidad no fue nada.

— ¿No tiene apetito? Avelino vino a avisarme que Teresa ha preparado cordero y nos invitan.

— No creo que esa invitación me incluya, doctor. No después de la campaña de desprestigio que Rodríguez ha levantado contra mí. Con bastante éxito, por cierto.

— Se equivoca, Del Bosque – lo corrigió Werner – Al igual que yo, ni Avelino, ni Teresa se han creído esa historia de la Sociedad Secreta, y mucho menos que usted es cómplice. Recuerde que ellos lo vieron trabajar. Saben que se esforzó por proteger a Sergio. De hecho, usted es el principal invitado. Creo que le conviene venir, puede ser una cena muy ilustrativa.

— En ese caso, — dijo Argus, poniéndose de pie y cogiendo la chaqueta – lo acompaño.

Ambos hombres llegaron al bar y Argus se sorprendió al verlo cerrado. En la puerta un letrero anunciaba que estaban en inventario.

— ¿Inventario? – preguntó Argus sorprendido, mirando a Werner.

— En realidad, no queríamos mirones – explicó el médico con una sonrisa sarcástica.

Werner tocó la puerta, Sabina les abrió y sonrió al ver a Argus.

— Buenas noches comisario, doctor, pasen, — les dijo – los demás ya han llegado.

Siguieron a la chica hasta la parte posterior, a la cocina, donde un nutrido grupo los esperaba. Argus se sorprendió al encontrar allí a Tomás, Inés, Jimena, y una jovencita rubia y menuda con el cabello corto que le resultaba familiar, hasta que comprendió que se trataba de Samantha, pero sin el estrafalario atuendo que siempre llevaba. Inés se levantó y corrió a abrazarlo.

— ¿Te encuentras bien? – le preguntó — ¿Qué te pasó en la ceja?

— Este chico es un imán para los tortazos – respondió Werner por él, mientras sonreía – Esta vez se lio a coces con un caballo.

— ¿Con un...?— preguntó Inés abriendo mucho los ojos.

— No es nada – insistió Argus – Un pequeño accidente. ¿Qué ocurre aquí?

— Parece que tenemos una rebelión en puertas – dijo Samantha con una sonrisa traviesa.

— ¿Qué clase de rebelión? – preguntó Argus.

— Algunos creemos que mi padre cometió una injusticia al echarle de la casa – dijo Jimena – Y que fue un error hacer que lo retiraran del caso. Pensamos que Rodríguez no está capacitado para encontrar al asesino, y estamos preocupados por si vuelve a atacar.

— Hemos visto cómo trabaja, — intervino Teresa – cómo se ha esforzado por llegar a la verdad. Creemos que debemos apoyarlo para que lo consiga.

Argus los miró sin saber qué decir. Sintió un nudo en la garganta al comprobar que confiaban en él. Suspiró.

— ¿Qué les hace pensar que Rodríguez no está capacitado para el trabajo? – preguntó. Le debía cierta lealtad a su colega, aunque supiera que ellos llevaban razón.

— Será mejor que escuche esto, comisario – dijo Tomás, poniendo en marcha una pequeña grabadora.

Argus escuchó el interrogatorio que esa misma mañana había llevado a cabo Mario al padre de María. No pudo evitar una expresión de disgusto.

— No somos los únicos que rechazamos esto – dijo Inés – pero los demás no tienen el valor de llevarle la contraria a don Antonio.

— Pablo es un buen hombre – intervino Avelino – No merece ser tratado así, y menos después de perder a su hija de esa forma.

— ¿Están conscientes de las consecuencias si don Antonio llega a saber que me han apoyado? – preguntó, mirando especialmente a Jimena y a Inés.

— Lo sabemos — dijo Jimena — Además, después de escuchar esta grabación, sabemos la razón por la que mi padre lo echó de la mansión y si hubiera podido, de la isla.

— El tatuaje – confirmó Argus, asintiendo — ¿Todos saben la razón?

— La familia la sabe, – intervino Samantha – y a los demás, se la hemos contado.

— No creemos que usar un tatuaje con un símbolo extraño sea razón suficiente para condenar a un hombre. – opinó Jimena – Usted nos ha demostrado que podemos confiar en su trabajo como detective. La razón por la que tiene esa marca es asunto suyo.

Argus tocó el tatuaje por encima de la camisa. Casi podía sentirlo como si tuviera relieve.

— Creo que deben saber algo más antes de tomar la decisión de apoyarme.— dijo Argus.

— Comisario, no nos importa si usted pertenece a una Sociedad Secreta – insistió Jimena – Eso no lo convierte en malvado. Ni siquiera tenemos la certeza de que los secuestradores de mi hermano hayan sido en verdad lo que afirmaban. Usted no podía ser sino un niño en esa época, así que sería absurdo relacionarlo con la desaparición de Cesar. Además, todo pudo ser una historia inventada.

— No lo fue. La Sociedad, o el grupo criminal que se atribuyó el

secuestro de su hermano, en realidad lo hizo. Lo que deben saber es que el símbolo de este tatuaje no pertenece a cualquier Sociedad, sino específicamente a los que se llevaron a su hermano.

La afirmación causó sorpresa, y todos se miraron confundidos. No esperaban semejante confesión, sólo faltaba que Argus dijera que la teoría de Rodríguez era cierta, y que él sí había ordenado los homicidios. El comisario comprendió que se arriesgaba a perder el apoyo que había surgido espontáneamente a su alrededor, pero no quería engañarles. Si lo respaldaban tenían derecho a saber la verdad, o al menos, parte de ella. Había una parte que aún no estaba preparado para contar a nadie. Sólo a Isabel.

— ¿Nos está diciendo...? – comenzó a decir Jimena, y luego se interrumpió.

— No pertenezco a una Sociedad Secreta. Ni a esta, ni a ninguna. El tatuaje me lo realizaron cuando era niño quienes se hacían cargo de mí. Nunca fue consultada mi opinión al respecto. De cualquier manera, el grupo responsable de la desaparición de César no tiene nada que ver con los asesinatos. Estoy seguro de ello porque la organización fue desmantelada y sus miembros terminaron presos, o muertos. Los símbolos en los cadáveres son un timo, una forma de desviar la atención. De modo que no tienen por qué temer nada de mí. Pero si van a apoyarme, merecen saber la verdad.

Un silencio sepulcral se extendió por la sala, ni siquiera se atrevían a mirarse entre ellos. Se preguntaban si al respaldar a Argus estaban traicionando a su pariente, jefe y amigo. Finalmente, fue Jimena la que habló.

— Creo lo que dice, comisario. Su sinceridad al contarnos acerca del tatuaje refuerza nuestra postura. Cuente con mi apoyo.

A Argus lo invadió un sentimiento peculiar, de aprecio, de orgullo por la mujer que había hablado. Miró a su alrededor, Inés le sonrió, ella nunca tuvo dudas, los demás asintieron.

— Muy bien, – dijo el comisario sonriendo – lo primero es que si vamos a conspirar, será mejor que comencemos a tutearnos.

El ambiente se relajó, algunos soltaron el aire que inconscientemente habían retenido. Argus sonrió, no era muy bueno en relaciones humanas, pero por lo visto, había logrado cierta confianza con esa gente. Tomás tomó la palabra.

— ¿Qué hacemos ahora, comi... Argus?

— Bien, me temo que yo tampoco he avanzado mucho en mis investigaciones, sin embargo me ayudaría saber quiénes estaban en la mansión

cuando sufrí el ataque cardíaco – dijo esto mirando a Tomás, como una advertencia de que no debía hablar del digital, ni siquiera allí.

— Creo que el único que no estaba era Davoisier – dijo Inés – que se marchó temprano a cabalgar.

— ¿Y su esposa?

— Juliet estaba encerrada en su habitación con una jaqueca – respondió Jimena – Ni siquiera se asomó cuando escuchó el alboroto.

— No es una mujer que se distinga por su empatía – apuntó Samantha.

— ¿Quiénes llegaron primero a mi habitación?

— Don Antonio – esta vez fue Tomás el que respondió – y lo acompañaba don Carlos. Él fue quien me ayudó a acostarlo en la cama.

— Yo también iba con ellos, — intervino Inés – los tres estábamos reunidos en el despacho y corrimos al escuchar los gritos de Tomás.

— Muy bien – dijo Argus, sintiéndose incómodo por haber sido el centro de toda la confusión — ¿Alguien más?

— Marcos llegó unos minutos después, – señaló Jimena— casi al mismo tiempo que Carmen, y ambos salieron a llamar al doctor Werner.

— Fue Marcos el que habló conmigo – apuntó Christian.

— ¿Dónde estaba Julio? – preguntó Argus.

— En el pueblo – dijo Jimena – Necesitaba rellenar los tanques de oxígeno. Practica submarinismo. ¿No crearás...?. Julio puede ser algo impulsivo y tener mal carácter, pero estoy segura que no es capaz de asesinar a nadie.

— No estoy haciendo ninguna acusación – aclaró Argus – Sólo tratamos de establecer dónde estaba cada persona en ese momento. ¿Qué hay de Petrovich?

— No estaba en la casa – dijo Inés – Al menos, no recuerdo haberlo visto, pero no podría decir dónde estaba.

— Bien, ¿y los chicos?

— Fernando estaba conmigo – intervino Sabina, mirando de reojo a sus padres.

— Y el pesado de Iván estaba dándome la lata – dijo Samantha.— ¿Qué pasa con las mujeres? No has preguntado por ninguna, ¿no somos sospechosas?

— Por la fuerza que fue necesaria para infligir las heridas en las dos primeras víctimas, sabemos que tuvo que ser un hombre.

— ¡Dios mío! – murmuró Teresa, pensando en su hijo.

— ¿Y en Davoisier? – preguntó Samantha — ¿Eran iguales?

— Me temo que el forense que llevó a cabo la última autopsia fue bastante negligente, no lo especifica.— respondió Tomás.

— ¿Qué pasó después? – continuó preguntando Argus.

— ¿Después?

— Cuando llegó el doctor Werner.

— El doctor nos pidió que lo ayudáramos a quitarte la camisa – explicó Tomás – fue entonces cuando don Antonio vio el tatuaje y su actitud hacia ti cambió.

— De acuerdo, ¿quiénes permanecieron en la habitación, y quienes se fueron?

— Sólo nos quedamos Werner y yo – dijo Tomás – los demás salieron.

— ¿Adónde fueron? – preguntó Argus, mirando a Inés.

— Déjame ver... – se detuvo ella a pensar – Jimena y yo nos quedamos afuera, en el pasillo, Carmen regresó a la cocina. Don Antonio parecía furioso y bajó a su estudio, Marcos lo siguió.

— ¿Se quedó con él?

— No fue mi padre – saltó Samantha. Argus la miró comprensivo, pero no cedió.

— ¿Inés? – insistió alzando las cejas.

— Los vi entrar en el estudio,— dijo Inés – No sé cuánto tiempo permanecieron allí.

— ¿Y Carlos?

— No estaba allí. No sé dónde pudo ir – admitió Inés.

— Muy bien, pareciera que sólo Julio, Carlos y Petrovich tuvieron oportunidad – concluyó Argus, luego se dirigió a Tomás – Sería conveniente que averiguaras cuánto tiempo estuvo Julio en el pueblo rellenando los tanques de oxígeno.

— Julio no... – comenzó a protestar Jimena, Argus levantó la mano.

— Julio tiene coartada para el primer homicidio – la tranquilizó Argus – Estuvo todo el tiempo en una reunión con don Antonio e Inés mientras asesinaban a María – Inés asintió, y Jimena pareció aliviada – Sin embargo el procedimiento nos obliga a establecer las coartadas en cada caso.

— ¿Y qué hay de Petrovich y Carlos? – preguntó Samantha.

— También tienen coartada para la noche de María. Petrovich se quedó practicando ajedrez en la sala, Susan lo acompañaba mientras tomaba

una copa., y Carlos asistió a la misma reunión que ya mencionamos.

— Entonces estamos como al principio – dijo Avelino suspirando, luego volteó hacia Argus — ¿Por qué está tan seguro que el asesino proviene de la mansión y no es alguien del pueblo?

— Por las evidencias que dejó cuando atacó a María, la alcanzó acortando camino a través de la ladera, dejando marcas a su paso. Si hubiera venido del pueblo, eso no hubiera sido necesario.

— Entonces esto es un maldito rompecabezas – concluyó Avelino – No le envidio la profesión, comisario.

Teresa sirvió el cordero, y pese a que era el mejor que había probado Argus, no lo pudo disfrutar, la sensación de que estaba pasando por alto algo importante le impedía saborear la cena.

Capítulo dieciséis.

Al día siguiente, Argus volvió a la playa donde ocurrió el último homicidio. El día era claro y soleado, ideal para relajarse. A lo lejos pudo ver que no estaba sólo. Sobre la arena, Julio se encontraba revisando el equipo de buceo y a su lado Jimena estaba sentada en una silla plegable. Toni y Carola, los más pequeños, correteaban por la playa, jugando bajo la atenta mirada de su madre. No se acercaban al agua, por lo que Argus supuso que pese al buen tiempo, debía estar bastante fría, después de todo, la isla quedaba en el mismo paralelo que las costas del sur de Inglaterra.

Argus se acercó, al mismo tiempo que los chiquillos comenzaron a perseguirse. Toni corría llevando algo en la mano mientras Carola detrás de él gritaba que se lo devolviera. En su prisa el chiquillo no vio a Argus y tropezó con sus piernas, cayendo al suelo, lo que lo obligó a soltar lo que era tan valioso para su hermana. Argus se agachó para ayudarlo a ponerse de pie.

— ¿Estás bien? – le preguntó.

El niño lo miró, entre sorprendido y asustado. Tal vez había sido advertido de que no se acercara a él. Asintió con la cabeza sin decir nada, y pareció tranquilizarse cuando vio a su padre venir hacia ellos. Carola a pocos pasos, los miraba con los ojos muy abiertos, como si su hermano hubiera sido atrapado por un ogro. Argus recogió lo que se le había caído a Toni, pero antes de devolvérselo, lo miró con curiosidad. Era una piedra con el bajorrelieve de un caracol impreso en ella. Un fósil.

— ¡Vaya! – le dijo Del Bosque al chico, sonriéndole, mientras se lo devolvía – Es muy bonito, ¿dónde lo encontraste?

— Me lo regaló mi papá – respondió Toni, mientras volteaba para señalar un conjunto de rocas que formaban un acantilado en el límite de la playa – lo encontró debajo del mar, en las cuevas.

— ¡No es cierto! – protestó Carola – Nos lo regaló a los dos. Es mío también.

— ¡Ya basta, chicos! – los reprendió Julio, enfadado — ¡Dejad de pelear, id con vuestra madre!

Ambos parecieron contentos de tener una excusa para alejarse de Argus. Julio se plantó frente a él con cara de pocos amigos.

— ¿Qué hace aquí?— le preguntó como si lo hubiera pillado entrando a hurtadillas en su casa.

— Sólo daba un paseo, es bueno para el corazón – respondió Argus tranquilo.

— No es bienvenido. Toda la isla es propiedad privada, — le espetó Castañeda. — Si no lo hemos echado al mar, es porque mi suegro es demasiado considerado y porque presuntamente está enfermo. Así que será mejor que no se aleje del pueblo, donde podamos tenerlo vigilado.

— No me gusta que me vigilen – apuntó Argus sin alterarse.

— Me importa una mierda lo que le guste – respondió Julio enfurecido, realmente tenía mal carácter. – Y si lo vuelvo a ver cerca de mis hijos, con o sin infarto, le romperé la cara. ¿Ha entendido?

Argus, simplemente se encogió de hombros. No tenía ninguna intención de pelear, y pudo ver la mirada suplicante de Jimena a la espalda de su esposo. Sintió compasión por ella, vivir con ese troglodita no debía ser nada fácil. Argus optó por ignorar a Castañeda, retrocedió sin darle la espalda, porque intuyó que si lo hacía, el otro podía agredirlo. No era que tuviera miedo, podía reducir a Castañeda sin despeinarse, pero no quería comenzar una pelea, eso solo complicaría las cosas. Así que, una vez se alejó una distancia prudencial caminando hacia atrás, se dio media vuelta y se marchó. Julio sonrió complacido, convencido que había intimidado al comisario.

Mientras regresaba al pueblo, Argus iba pensando en el marido de Jimena. Ella le despertaba simpatía y admiración, era una mujer brillante, definitivamente más decidida que su hermano, que parecía conformarse con ser la sombra de su padre, pero no comprendía cómo había terminado con un hombre como Julio. ¿O habría sido diferente cuando se conocieron? Recordó que Julio tenía una profesión, geólogo, y que la había abandonado para entrar en el negocio de su suegro. Esa podía ser una explicación. Un hombre que había sacrificado su vocación para ponerla al servicio de la comodidad y la riqueza, pero en el camino se había convertido en alguien dependiente, cuyas decisiones estaban siempre supeditadas al patriarca de la familia. Argus pensó que eso tenía que ser frustrante, y probablemente Julio descargaba esa frustración con esas explosiones de mal humor.

El hecho de que les regalara el fósil a los niños hizo pensar a Argus que tal vez, no era un hombre tan terrible como quería aparentar. Al menos parecía que se preocupaba por sus hijos. ¡El fósil! Una idea comenzó a abrirse paso en su cerebro, algo que tal vez explicara... No, era demasiado pronto para llegar a una conclusión, pero valía la pena investigarlo, así que

apuró el paso, necesitaba llegar hasta el pueblo, tenía que hacer algunas búsquedas en Internet, y algunas llamadas. Mientras más lo pensaba más lógico le parecía, un nuevo motivo, uno muy poderoso. No le señalaba el asesino, pero le trazaba un camino para encontrarlo. Si tenía razón, todo podía comenzar a tener una lógica, todo menos las malditas coartadas. Parecía que nadie podía haber sido culpable, todos disponían de alguna coartada para uno u otro homicidio. Al menos, todos los que vivían en la mansión. ¿Estaría equivocado en eso? ¿Sería el asesino alguien del pueblo? No, alguien del pueblo no hubiera podido envenenarlo con el digital, y si la idea que comenzaba a vislumbrar era cierta, debía ser alguno de la mansión, alguno de quien jamás se sospecharía. ¿Tendría el asesino un cómplice? Pero las heridas en María y Sergio habían sido realizadas por la misma persona, sobre eso no había dudas. Con respecto a Davoisier, sólo podía especular, y él nunca especulaba sobre evidencias. ¡Maldito Rodríguez! Sólo había hecho más difíciles las cosas.

Argus llegó a la casa del doctor Werner, donde se alojaba. El médico estaba en el dispensario, así que entró directamente a su habitación. Se alegró de no encontrarlo, en ese momento no quería dar explicaciones a nadie. Comenzó una búsqueda en Internet, y al cabo de una hora había reunido una interesante información. Parecía que por fin había encontrado un hilo del cual tirar. Hubiera querido tener allí a los niños para abrazarlos y felicitarlos. Ellos le habían dado la clave. Necesitaba llevar a cabo algunas indagaciones, pero si se comunicaba con Bejarano, o con cualquier compañero del Cuerpo Nacional de Policía, se descubriría que llevaba una investigación paralela por su cuenta. Así que llamó a un viejo amigo de Scotland Yard con el que coincidió en unas conferencias sobre crimen organizado en París. Su nombre era Sean O'Connor, era irlandés y tan parecido a Tomás que hubiera podido pasar por su hermano mayor. Era un buen amigo y mejor policía.

Sean se alegró mucho de escucharlo, y saber que estaba bien. Argus le puso al día acerca del caso que llevaba, contándole sus sospechas. O'Connor le prometió investigar lo que le pedía lo antes posible y hacerle llegar la respuesta por Internet. El comisario podía sentir la adrenalina recorriendo su cuerpo. Era lo que siempre le ocurría cuando un caso comenzaba a tomar un rumbo definido hacia su solución. Era curioso, no sentía eso desde que compartía su vida con su difunta esposa. El recuerdo lo traicionó, Isabel alborotándole el cabello mientras él se disculpaba por haberla dejado sola de nuevo por una llamada de emergencia. “Eres un detective, Argus. Tienes una

mente privilegiada y debes usarla. Todos los que te conocen te admiran y te respetan. Tú eres el único que no es consciente de ello. Si supieras lo que los demás pueden ver en ti, serías feliz. Y tú mereces serlo. Te lo has ganado, tú más que nadie”. Después ponía sus dedos sobre el tatuaje, lo miraba a los ojos y lo besaba.

Argus se sorprendió al comprobar que los ojos se le habían humedecido. La tristeza lo hacía aislarse y mantenerse en soledad. Había creído que esa sensación era producto de la pérdida de su esposa, pero no era así, se trataba de algo más, de haber negado su propia identidad, de haber pretendido huir de sí mismo. Tomó una decisión en ese mismo momento, tenía que aceptarse como era, terminar lo que había quedado sin concluir, comprender su pasado y resolverlo, para poder deslastrarse de él. Isabel, su querida Isa, lo conocía mejor que nadie, mejor de lo que se conocía a sí mismo.

Se frotó los ojos para regresar al presente, mientras respiraba profundamente. Se levantó con la intención de buscar a Werner. Lo encontró en el dispensario leyendo un libro. El médico, casi retirado, no tenía mucho qué hacer, Argus era probablemente el habitante de la isla que más trabajo le había dado. Christian levantó la cabeza y sonrió.

— ¿Ya regresaste del paseo?

— La verdad, hace un buen rato. En realidad, vengo de hacer algunas consultas en Internet, y también telefónicas.

—Tienes un brillo en los ojos... – dijo Werner, que ya comenzaba a conocerlo— ¿Se te ha ocurrido algo!

— Sí, creo que puedo tener una línea probable de investigación.

— ¿Qué? – preguntó el médico con curiosidad, dejando el libro a un lado.

— No, aún es muy pronto para adelantar conclusiones – dijo Argus con cautela— Pero necesito tu ayuda.

— Por supuesto, Sherlock, — dijo Christian sonriendo – Siempre quise ser Watson.

— Necesito un equipo de buceo, ¿sabes dónde puedo encontrar uno? – preguntó Argus, sentándose frente al médico.

— ¿En esta isla? Debe ser una broma, aquí es raro el que no dispone de un equipo completo.

— Debe ser muy discreto – advirtió Argus – Quiero que el menor número posible de personas se entere de lo que quiero hacer.

— ¿Por qué? – preguntó Werner.

— Porque si estoy en lo cierto y el asesino se entera, puede volver a atentar contra mí. No quiero agregar peligros adicionales a la exploración.

— Peligros adicionales – dijo Werner despacio. — ¿Qué se te ha metido ahora en esa cabezota?

— Necesito traer muestras geológicas de las cuevas que están junto a la playa este.

— Esa zona es bastante peligrosa – advirtió Werner – Las olas impactan con mucha fuerza contra las rocas, las corrientes son muy fuertes, y las cuevas son un laberinto. De hecho, el único que suele bucear por esa zona es Julio Castañeda, y no creo que esté dispuesto a servirte de guía.

— No iré con un guía, debo hacer esto sólo.

— ¿Sólo? ¿Te has vuelto loco? – dijo Werner poniéndose de pie – Nadie bucea sólo por esa zona, es imposible.

— Y debe ser de noche – agregó Argus.

— No, no, espera, lo que me estás pidiendo no es que te ayude en una investigación, sino que colabore en un suicidio, y eso no lo puedo hacer. Es irresponsable, es...

— Necesario – dijo Argus con firmeza – Y lo haré con o sin tu ayuda.

— ¡Maldita sea! ¿Estás decidido, verdad?— Argus asintió. Werner suspiró — ¿Qué tan buen buzo eres?

— Lo suficiente.

— Supongo que no tengo alternativa, al menos haré lo que esté en mi mano para que tengas el mejor equipo posible. ¿Cuándo quieres hacer es a incursión?

—Esta noche.

— ¡¿Esta noche?!

— Cada día que pasa aumenta el riesgo de que haya nuevas víctimas. No podemos esperar.

— Lo que yo espero es que no seas tú la siguiente víctima, pero de tu propia temeridad. Muy bien, — dijo pensativo – Sergio buceaba con frecuencia y tenía más o menos tu talla, creo que Avelino estará dispuesto a prestarnos su equipo.

— ¿Puedes conseguir una lancha?

—Tengo una lancha de remos, aunque casi nunca la uso, pero está en buen estado.

— Muy bien, entonces, esta noche. – dijo Argus, levantándose

para marcharse — ¡Ah!, y también necesitaré una linterna potente para usar en las cuevas.

— Y una camisa de fuerza, maldito loco suicida – dijo Werner, aún impresionado, mientras Argus se alejaba riendo.

La noche era fría y oscura. La pequeña barca se mecía como una cáscara de nuez. Avelino había ofrecido su propia lancha, con motor fuera de borda, pero Argus prefirió usar la de Werner, más silenciosa. El cantinero insistió en acompañarlos, por si el médico necesitaba ayuda para auxiliar a Argus. También le parecía una locura lo que el comisario pensaba hacer, pero no hubo forma de disuadirlo.

Argus, vestido con el traje de neopreno de Sergio, comenzó a ponerse el equipo en cuanto detuvieron la lancha a una distancia prudencial del acantilado. Por desgracia, ninguno de los dos pudo darle información sobre las cuevas. Nadie las había explorado, le dijeron. El único que se acercaba a aquel lugar era Julio Castañeda, y nunca entraba en el laberinto, llegaba hasta la primera cueva, la más grande, que había sido horadada por el agua. Aun así, siempre lo hacía cuando el mar estaba en calma y las corrientes eran menos fuertes. Escogía el momento más apropiado.

Argus no podía permitirse ese lujo. Avelino, buen conocedor de la isla, le advirtió que esa noche el mar estaba embravecido y las corrientes eran traicioneras. Podía ser arrojado contra las rocas, o encontrarse dentro de las cuevas con la corriente en contra, sin poder salir. Pese a todas esas advertencias, el comisario estaba decidido a llevar a cabo la inmersión. Christian y Avelino no estaban seguros si el hombre que acompañaban era un valiente o un loco, pero el doctor llevaba el equipo de primeros auxilios, e iba preparado para lo peor.

Argus terminó su tarea, fijó al cinturón varias bolsas de pruebas y cogió la linterna. Luego se sentó en el borde de la lancha. Sus compañeros lo miraban preocupados.

—Tengo aire para una hora, — les dijo – pero no espero quedarme tanto tiempo. Esperad hasta entonces, si no he regresado, encontraréis un sobre con toda la información importante del caso en mi habitación, pegada al colchón bajo la cama. Tomás sabrá qué hacer con ella.

— Joder, eso suena fatal, ¿estás seguro que quieres continuar con esto?— le preguntó Avelino. — Tal vez podrías hacer que envíen equipos de buzos en un momento menos peligroso a recoger lo que quiera que

busques.

— No tengo autoridad para eso, Avelino – le dijo Argus – recuerda que estoy fuera del caso. Cualquier prueba debo conseguirla yo mismo. – forzó una sonrisa – No os preocupéis, todo saldrá bien.

Sin esperar más, Argus se acomodó la máscara, la boquilla, y se dejó caer hacia atrás por la borda. El agua estaba fría, pero el traje de neopreno le permitió tolerarla. Una vez abajo encendió la linterna, y comprendió el temor de los hombres que lo esperaban en la lancha, las corrientes eran muy fuertes por lo que nadar contra ellas era una tarea hercúlea. Decidió que si quería reservar fuerzas para poder regresar, tendría que aprovechar las corrientes a su favor. Dejó que lo arrastraran, nadando en su contra cuando la trayectoria lo llevaba contra las rocas, entonces buscaba otra corriente que lo acercara más a su objetivo, como un ave que aprovecha los vientos de cola. La táctica requería mucha concentración, pero Argus tenía experiencia en aprovechar cualquier pequeña ventaja en situaciones desesperadas. Finalmente alcanzó la cueva de la entrada, miró el reloj, doce minutos, casi una cuarta parte del tiempo del que disponía. Debía darse prisa.

La cueva submarina era enorme y parecía un vestíbulo que daba acceso a pequeños pasadizos. Lo que buscaba Argus debía estar a gran profundidad, de manera que escogió el único túnel que lo llevaba hacia abajo. Al cabo de unos minutos, la sensación de claustrofobia era enorme. Trató de ignorarla, nadó con facilidad con la corriente a favor, lo que lo preocupó, porque esa misma corriente sería la que se opondría cuando quisiera salir.

Al cabo de unos doscientos metros encontró la primera bifurcación. Igual que antes, escogió el túnel que descendía, sin dejar de observar la naturaleza de las rocas. No era geólogo, pero había pasado un buen rato estudiando las características de las rocas que buscaba. De nuevo, la corriente iba a favor. Miró el reloj, habían pasado diez minutos más. Sabía que no podía exceder la media hora en la exploración, porque necesitaría al menos el mismo tiempo para regresar, y probablemente más oxígeno, porque entonces estaría nadando contra corriente. Revisó la profundidad, aún no era crítica, pero debía tener cuidado.

Examinaba con detenimiento las paredes, el techo y el suelo de los túneles que recorría. En algunos lugares eran anchos y en otros tan estrechos que creía que no podría pasar. Al llegar a la tercera bifurcación, dudó. Sería muy arriesgado continuar descendiendo. Ya llevaba veintiocho minutos en el agua, sería un suicidio no regresar en ese mismo momento. Pero no había

encontrado la prueba que lo llevaría al asesino, pensó en María, en Sergio, en el mismo Davoisier, pensó en las posibles víctimas futuras y se lanzó hacia delante. Tal vez Isabel estaba en lo cierto, tal vez lo que realmente buscaba era la muerte. Lo habían entrenado para sobrevivir, pero también para morir. Cien metros más y la vio, una hermosa roca porosa. La cogió con la mano y la observó embelesado como si fuera un diamante. Tenía todas las características que había leído en el tratado de geología que compró por Internet. Guardó la roca en una de las bolsas de pruebas y recogió también tierra y piedras de los alrededores donde la había encontrado. El túnel era estrecho en ese lugar, demasiado para dar la vuelta, no tendría más alternativa que continuar adelante, hasta un punto en el que pudiera cambiar la dirección y comenzar a subir. Cuarenta minutos en el agua, sólo le quedaban veinte de oxígeno.

Argus comprendió que regresar por el mismo camino no era una alternativa. Para nadar contracorriente necesitaría más oxígeno del que había usado hasta ahora, y aunque tuviera la corriente a favor, antes de llegar a la superficie se le habría acabado. Nunca saldría vivo, así que solamente tenía una opción, hallar otra ruta. Pero no conocía las cuevas, tendría que guiarse por su instinto de supervivencia.

Siguió adelante, haciendo un esfuerzo para conservar la sangre fría, respirar agitadamente sólo serviría para consumir el precioso oxígeno que le quedaba con mayor rapidez. Cincuenta metros más adelante encontró una nueva bifurcación, tenía que elegir bien, a la primera, no habría oportunidad de corregir un error. Observó las tres entradas posibles, metió la mano por cada una de ellas para percibir la temperatura. El agua que estuviera más cerca de la superficie y del mar abierto, debería tener una temperatura más variable, y en aquel momento más fría, así que entró en el túnel esperando que su razonamiento fuera el correcto. En cuanto lo hizo comprendió que tenía problemas, allí la corriente iba en contra, por lo que avanzar requería un enorme esfuerzo. Más que nadar, se empujó con las manos, como si escalara una pared. Al cabo de pocos minutos las tenía llenas de rasguños y le ardían por culpa del agua salada.

El túnel recorrió unos doscientos metros, al final de los cuales apenas le quedaban diez minutos de oxígeno. Había consumido el doble como consecuencia del esfuerzo. La situación era crítica, aún si escogía correctamente podía quedarse sin aire antes de alcanzar la superficie. En un momento tuvo un acceso de pánico, al pensar que su cadáver podía quedar

atrapado para siempre en aquel laberinto. Lo invadió la claustrofobia, y se movió de un lado a otro desesperado, buscando una salida que no existía. Entonces logró recuperar el control, dejarse llevar por el miedo no serviría para nada, sólo para acelerar su muerte. Miró el reloj, cinco minutos de oxígeno y no se había movido.

Se olvidó de lamentaciones e hizo a un lado el miedo cerval que lo atenazaba. Respiró profundo, pese a que eso podía mermar sus escasas provisiones, pero necesitaba calmarse. Miró su entorno. “Un enigma, sólo tienes que resolver el enigma”. De las dos bocas de túnel, sólo una ascendía, pero era la que tenía la corriente en contra. “Con la corriente en contra, nunca lo lograrás, por cerca que estés de la superficie”. Así que hizo lo único que podía, se jugó la vida en una sola apuesta, entrando en el túnel que descendía, tal vez el que lo llevaba a profundidades de las que nunca más saldría.

Era dolorosamente consciente de que no lo lograría, los tanques estaban casi vacíos y él continuaba descendiendo, alejándose cada vez más de la superficie. Sólo tenía una posibilidad, reducir su frecuencia cardíaca, su respiración y gracias a ello ahorrar el poco aire que le quedaba. Pese a que para él era una práctica común, siempre lo había hecho en reposo, en un entorno controlado, ahora en cambio debería moverse con un aporte de sangre reducido.

Era una locura, y sin embargo, su única esperanza. Se concentró mientras continuaba el descenso, obligándose a no comprobar cuánto aire le quedaba en los tanques. No quería caer en otro acceso de pánico. Se dejó llevar por la corriente, mientras sentía que su corazón se hacía más lento, y su respiración más pausada.

Los brazos y las piernas comenzaron a dolerle, les estaba exigiendo mantenerse activas, mientras les reducía el combustible para hacerlo. Pronto sintió miles de agujas que atravesaban sus músculos, y cada movimiento era muy doloroso. Pero no desistió. Siguió adelante sin pensar en nada más que en la ruta que debía tomar en la próxima bifurcación. Repentinamente el túnel cambió de dirección y Argus comprobó con alivio que su trayectoria comenzaba a ser ascendente. La corriente seguía siendo favorable, reduciendo el esfuerzo de sus músculos adoloridos. Siguió adelante, aunque notó que el aire que salía de los tanques era enrarecido, por lo que comenzó a sentirse mareado.

El túnel parecía interminable. De repente, Argus sintió un dolor agudo en el hombro cuando golpeó la dura roca que formaba el pasadizo.

Comprendió que había perdido la conciencia por pocos segundos y que el agua lo había arrojado contra la pared del túnel. Se esforzó por mantenerse despierto, pero el impacto le hizo perder la concentración y su corazón y sus pulmones comenzaron a exigirle mayor provisión de oxígeno. Lo sorprendió un dolor agudo en el pecho, y sintió la terrible agonía de la asfixia. Ya no tenía aire y la oscuridad lo envolvía, aunque no sabía si era a causa de la linterna, o si la falta de oxígeno lo había dejado ciego.

Decidió no pensar en eso, porque era plenamente consciente de que la linterna tenía batería suficiente para ocho horas. Un solo pensamiento ocupó su mente, nadar y continuar, nadar y continuar. Era ajeno al paso del tiempo, a la asfixia, al dolor del pecho, a la oscuridad absoluta que lo rodeaba, y a los calambres de las extremidades. Nadar y continuar, no había nada más. De repente, se encontró en la cueva principal, en el vestíbulo, y sintió un renovado optimismo. Pero aún faltaba salir de ella, luchando contra la corriente cuando sus fuerzas estaban agotadas.

El golpe de su cuerpo contra una roca hizo despertar a Argus, que comprendió que estaba fuera de la cueva a merced del mar embravecido. Le dolían todos los músculos y sentía calambres en las extremidades, pero estaba en la superficie. Se quitó la máscara y soltó los tanques para desembarazarse de peso innecesario, y llenó sus pulmones con el dulce aire de la noche. Como si se tratara de un bálsamo curativo, la nueva provisión de oxígeno le dio fuerzas para nadar contra la corriente y tratar de alejarse de las peligrosas rocas. Había perdido la linterna, pero pudo ver la luz que señalaba la ubicación de la barca a lo lejos. Sus amigos lo esperaban.

Nadó en dirección a la lancha, ignorando a su propio cuerpo que había agotado todas sus fuerzas, quedando sólo la voluntad de sobrevivir. Sólo tenía un objetivo en ese momento, alcanzar la seguridad de la barca de pesca. Le pareció que transcurrían horas, aunque seguramente sólo fueron pocos minutos, hasta que estuvo lo suficientemente cerca para ver a Christian y Avelino, oteando el mar con expresión preocupada. Trató de llamarlos, pero no tenía voz, así que siguió nadando sin pausa. Cuando ya comenzaba a perder la esperanza, su mano tropezó con la madera del bote, luego sintió que lo alzaban por los brazos, y la dura madera debajo de su cuerpo, entonces la oscuridad se apoderó de él.

Capítulo diecisiete.

— ¡¿Dónde está ese hijo de puta?! – gritó Rodríguez, mientras abría la puerta del dispensario de un puntapié y entraba como una tromba.

Werner despertó sobresaltado. Se había quedado dormido junto a la cama de Argus. Cuando lo sacaron la noche anterior del mar, apenas respiraba, pues tenía los pulmones llenos de agua salada. Después de grandes esfuerzos logró que la expulsara y le suministró oxígeno. Luego entre él y Avelino lo transportaron aún inconsciente hasta el dispensario, donde Christian se apresuró a tratar el edema pulmonar que resultó por la aspiración del agua de mar. Apenas hacía un par de horas había logrado estabilizar a su más asiduo paciente, que aún no recuperaba la conciencia. Argus también tenía algunos hematomas en el pecho y la espalda, posiblemente por golpes contra las rocas, aunque por fortuna, no sufrió ninguna fractura. Las manos estaban llenas de heridas que Werner desinfectó, cubriéndolas después con vendas.

Como no se atrevía a dejarlo sólo en su estado decidió dormir en la silla junto a la cama. Apenas había cerrado los ojos cuando el gordo comisario irrumpió, seguido de un avergonzado Tomás y un incrédulo Gerardo. Werner salió de la habitación interceptando a los hombres en la antesala.

— ¿Pero qué se ha creído? – preguntó Werner indignado – Esto es un centro de salud. Exijo respeto a mi paciente.

— Déjese de estupideces, doctor, — le espetó Rodríguez — sé que protege a ese asesino. Si se interpone en mi camino lo acusaré de complicidad.

— ¿De qué está hablando? Aquí no hay ningún asesino.

— Del Bosque, ¿dónde está?

— ¿Por qué lo busca? – preguntó Werner a la defensiva.

— Anoche hubo otro homicidio – anunció Rodríguez, casi con satisfacción – Y con su cómplice encerrado, estoy seguro que esta vez se manchó las manos personalmente, ¿dónde está?

— ¿Otro homicidio? – preguntó el médico, sintiendo mariposas en el estómago — ¿Quién...?

— Julio Castañeda – le informó Tomás, muy serio – Lo encontraron en el bosque, casi en el lindero de la mansión.

— ¡Dios mío!

— No se lo volveré a repetir – gritó Mario — ¿Dónde está Del Bosque?

— Si está pensando culparlo, — dijo Werner, reponiéndose de la noticia— será mejor que lo piense dos veces. Él no pudo ser.

— Claro, supongo que pasó toda la noche con usted, jugando al julepe. – ironizó Mario.

— No, anoche sufrió una recaída – respondió el médico, — Lleva horas inconsciente. Está en la sala de hospitalización, puede comprobarlo si quiere.

Tomás miró confundido a Werner, él sabía que lo que le había ocurrido a Argus la primera vez, había sido envenenamiento y no un ataque cardíaco, por lo que no era posible que tuviera una recaída. A menos que... ¿habría sufrido un nuevo atentado? O ¿el veneno habría dejado secuelas que pasaron desapercibidas? Sintió un nudo en el estómago, y corrió hacia la habitación, ignorando a los demás.

El joven vio a Argus tendido en la cama, con una máscara de oxígeno en la cara y el monitor cardíaco conectado a su pecho. Miró a Werner con expresión preocupada. Él le devolvió la mirada.

— Anoche creímos que lo perdíamos, – le dijo – pero ya pasó lo peor. Es muy fuerte, sólo por eso está vivo.

— ¿Creímos?— preguntó Rodríguez— ¿Quién más estaba aquí?

— Sufrió el ataque cuando conversaba con Avelino y conmigo – respondió Werner, que había acordado esa historia con el cantinero — Eso fue a las nueve de la noche. ¿A qué hora ocurrió el homicidio?

— Entre las once y las tres de la madrugada. – dijo Tomás, Rodríguez sólo observaba con los dientes apretados.

Werner se irguió y miró a Mario con firmeza.

— A esa hora, aún estaba luchando por sacarlo de un edema pulmonar — le dijo— tengo las pruebas que lo demuestran y un testigo, Avelino. Así que tendrá que buscar a su asesino en otra parte.

— ¿Por qué tiene las manos vendadas? – preguntó Rodríguez con suspicacia.

— Sostenía un vaso en las manos cuando sufrió el ataque, al caer el vaso se rompió y le produjo algunos cortes.

Argus entreabrió los ojos y comenzó a toser compulsivamente, Werner se le acercó para aumentar el flujo de oxígeno. Argus sentía que el aire le

quemaba la garganta y el pecho. Tosió de nuevo. Todo el cuerpo le dolía como si lo hubieran pasado por una trituradora, tenía la visión borrosa, por lo que solo pudo ver que había varias personas en la habitación. Parpadeó, con lo que consiguió que su campo visual recuperara nitidez. Recordó de golpe la aventura de la noche anterior, sorprendiéndose por haberlo logrado. Al ver a Werner se dio cuenta que estaba preocupado, e intuyó que no era sólo por él. Además, estaba seguro que Rodríguez no lo visitaría para informarse sobre su salud.

— ¿Qué ocurrió? – preguntó en un murmullo, al que siguió un ataque de tos.

— Debes descansar, Argus – aconsejó el médico – No debes preocuparte por nada. – luego se dirigió a Rodríguez – Le exijo que salga de aquí, si intenta molestar a mi paciente, me quejaré con don Antonio.

— Volveré, — dijo Rodríguez, furioso – aún no me trago esta historia de la recaída.

El comisario salió del dispensario seguido por sus ayudantes. Tomás miró con preocupación a Argus antes de irse. Hubiera querido quedarse allí. Werner se acercó al joven y le susurró en el oído.

— No te preocupes, se pondrá bien.

— Regresaré en cuanto pueda – respondió Tomás en voz baja. –
Cúidelo bien, doctor.

El inspector se marchó, Werner cerró con llave la puerta de entrada y regresó con su paciente, que lo esperaba con una mirada interrogante.

— ¿Qué pasó? – volvió a preguntar con voz ronca.

— Nada, todo está bien.

— No es cierto, ¿por qué vino Rodríguez?

— Hubo otro homicidio anoche – dijo Werner suspirando – Julio Contreras. Argus cerró los ojos, recordando el día anterior en la playa, Castañeda, Jimena y sus hijos, disfrutando un día de sol. Ahora ese hombre estaba muerto.

— Es mi culpa.

— No digas tonterías, pudo pasarle a cualquiera.

— No, — respondió Argus – lo mataron porque lo vieron hablar conmigo.

— ¿Qué estás diciendo, que cualquiera que hable contigo puede ser la próxima víctima?. Si fuera así, yo estaría muerto, porque no solo hablo contigo, sino que recojo lo que queda de ti después de cada aventura.

— No comprendes, Christian – insistió Argus, con voz débil – Lo mataron por lo que pudiera decirme.

— ¿Crees que sabía algo importante sobre el asesino? – preguntó Werner, un poco más interesado.

— Más bien sobre la isla.

— No comprendo. ¿Tiene algo que ver con lo que fuiste a buscar a esa cueva?

— Eso creo.

— Espero que haya valido la pena, porque casi no lo cuentas.

— Lo sé – respondió Argus. Se incorporó un poco — ¿Dónde están las muestras que saqué de la cueva?

— Las guardé en tu habitación.

— Tráelas por favor, necesito rotularlas y enviarlas al laboratorio para que las analicen. ¿Dónde está mi ropa? – preguntó, mientras se sentaba en la cama.

— ¡Eh!, con calma, no estás en condiciones de levantarte todavía.

— Lo siento, doc. – dijo Argus con una media sonrisa – pero no tengo tiempo para convalecencias largas. Hay un asesino suelto, ¿recuerdas?

— Eres el paciente más difícil que he tenido que tratar en toda mi carrera. — protestó el médico. — Espera, te traeré las muestras, y yo mismo las enviaré a ese laboratorio. Mientras tanto, te quedarás en la cama con el oxígeno, al menos por el día de hoy.

— No puedo.

— Escucha bien, Argus – dijo Werner, a punto de perder la paciencia – el cabrón de Rodríguez llegó aquí dispuesto a culparte del homicidio de Castañeda. Lo único que lo detuvo fue encontrarte en shock. Le dije que habías sufrido una recaída del ataque cardíaco. ¿Qué crees que pasará si de repente te encuentra paseando por la isla? Dirá que todo fue un montaje, te encerrará, y desde una celda no podrás investigar nada.

— Está bien – reconoció Argus— Tienes razón, pero al menos trae mi portátil, debo revisar si han llegado los informes que espero.

Werner lo miró y sacudió la cabeza. Nunca había encontrado alguien tan obcecado como ese hombre, y sin embargo siguió sus instrucciones. También le preocupaba que después de cuatro muertes, aún no hubieran podido encontrar al asesino. Argus terminó de rotular las muestras entregándoselas después al doctor, que las enviaría con el correo de la tarde. Antes que pudiera salir, llegó Avelino muy excitado.

— Argus, me alegra ver que estás mejor. Joder que susto nos diste anoche.

— Gracias, Avelino, lamento el mal rato que os hice pasar.

— ¿Habéis escuchado las novedades?

— ¿La muerte de Castañeda?— preguntó Werner – Esta mañana Rodríguez estuvo aquí, quería culpar a Argus, pero le dije lo que acordamos y no tuvo más remedio que marcharse con el rabo entre las piernas.

— Hay más, — dijo el cantinero – Samantha se lo contó a Sabina para que te lo informáramos. Soltaron a Pablo y don Antonio está que trina. Hizo llamar al inútil que lleva la investigación para cantarle las cuarenta. Lo puso de vuelta y media por haber inculpado a un inocente y por haber permitido que su propio yerno muriera...

— ¿Lo retirarán del caso? – preguntó Werner esperanzado.

— Eso no lo sé— reconoció Avelino, — doña Jimena trató de convencer a su padre de que llamara a sus contactos para que le devolvieran el caso a Argus, pero don Antonio se negó. Por lo visto, el asunto del tatuaje lo frena, aunque dice que Rodríguez ha demostrado ser un incompetente.

— ¿Cómo están Jimena y sus hijos? – preguntó Argus, preocupado.

— Consternados. – dijo Avelino – Don Julio no era precisamente un dechado de simpatía, pero era su esposo y su padre. Aunque según Samantha, su tía sufría mucho con él. El que peor lo lleva es el hijo mayor, Fernando, que según mi Sabina, tenía a su padre en un pedestal.

— Es terrible, ¿No terminará nunca?— preguntó Werner con desesperación.

— No, si no lo detenemos— dijo Argus convencido.

— ¿Tienes idea de quién puede ser? – preguntó Avelino.

— Creo conocer sus motivos, lo que me acerca a la solución, pero no es suficiente.

— ¿Por qué lo hace? – quiso saber Avelino.

— Aún no puedo decírtelo, — respondió Argus, esquivo – necesito más evidencias para saber que estoy en el camino correcto. Christian, esas muestras deben llegar cuanto antes a manos de Ochoa.

— Desde luego, Avelino, ¿puedes acompañar a Argus?

— Eso no es necesario – protestó Argus.

— Desde luego que lo es – afirmó Werner, mientras se ponía la chaqueta y cogía las muestras.

Argus abrió el correo comprobando con decepción que Sean aún no le

había enviado la información que le solicitó. Lo apagó con frustración. Luego miró a Avelino, que se había sentado junto a la cama.

— ¿Qué decidió don Antonio con respecto a la investigación?

— Jimena es una mujer muy fuerte, digna hija de su padre – explicó el cantinero – Le contó que Rodríguez estaba más interesado en llevar adelante una vendetta contra ti, que en atrapar al asesino. Don Antonio le advirtió a Rodríguez que no permitiría algo así, que si no se ponía a trabajar en serio, haría que lo echaran de la policía.

— Eso no lo hará cambiar de opinión. — dijo Argus – Hará lo posible por detener al asesino, y luego le ofrecerá un trato para que me involucre, como hizo con don Pablo.

— Sólo que en este caso, el culpable si puede aceptar.

— No, eso no va a ocurrir.

— ¿Por qué?

— Este criminal es muy inteligente, demasiado para Rodríguez.

— Entonces tú eres nuestra única esperanza.

— Espero que no sea demasiado listo también para mí.

Tomás examinaba con cuidado la escena del crimen. Castañeda había sido asesinado de la misma forma que los anteriores. El símbolo grabado en la frente era exactamente igual a los anteriores. Tomás tomó nota y fotografió todo para poder compartirlo con Argus. Rodríguez ordenó que el cuerpo fuera enviado al forense ese mismo día, alegando que tenía prisa en tener los resultados de la autopsia. El joven inspector sabía que la verdadera razón era que no quería que Argus tuviera la oportunidad de examinarlo. La enorme capacidad de observación y deducción de su rival podía hacerle quedar como un idiota sin mucho esfuerzo.

El asesino era astuto. Las escenas del crimen estaban limpias, por lo visto actuaba deprisa, con el mínimo contacto con su víctima y en espacios abiertos, donde la intemperie, era su aliada. Además, el hecho de que la isla y en especial la mansión fuera un reducto tan pequeño, donde todos mantenían un estrecho contacto reducía la importancia de cualquier pista que pudieran hallar. Si había una fibra o un cabello en el cadáver o la escena, no quería decir nada, podía haber llegado allí en cualquier momento. De manera que las evidencias forenses resultaban frustrantes.

Tomás, sin embargo, se esmeró en revisar el lugar, como había visto hacer a Del Bosque. Se preguntó qué podría haberle pasado. Seguramente se

enteraría de la verdad cuando se reuniera con él en secreto. Esa mañana, cuando encontraron el cuerpo, Rodríguez se enfiló directamente a buscar a Argus sin nada que hiciera pensar que estaba involucrado, y Tomás estaba seguro que lo iba a detener, aún sin que existiera ninguna evidencia que lo vinculara con el asesinato. El joven se sintió asqueado al ver el placer, casi lujuria, en los ojos de Rodríguez cuando creyó que tenía la posibilidad de inculpar a su enemigo. La frustración cuando comprobó que la coartada de Argus era sólida como un muro de piedra lo derrumbó, y cuando de regreso en la mansión, don Antonio le preguntó qué había hecho hasta el momento para encontrar al asesino de su yerno, Mario no supo que decir.

Don Antonio rebotó entonces la pregunta a Tomás, que respondió con la verdad bajo la mirada furiosa de Rodríguez. El inspector recordó la advertencia de Argus con respecto a su colega, que siempre buscaría culpar a alguien más de sus fracasos, pero Tomás no estaba allí para ser chivo expiatorio de nadie. Don Antonio le habló con firmeza a Rodríguez, diciéndole que ya sabía lo de su venganza contra Del Bosque, y que aunque el comisario no le inspiraba confianza por el asunto del tatuaje, tampoco permitiría que se le acusara en falso. Desde luego, la situación para Mario había cambiado, así que por primera vez desde que llegó comenzó a realizar un verdadero trabajo policial, aunque bastante mediocre, por desgracia.

La escena del crimen quedaba a pocos metros de la casa y era un lugar muy transitado, por lo que las huellas tampoco servirían de mucho. Según lo que sabían, Julio salió a caminar un rato después de cenar. Jimena se acostó temprano, así como el resto de los habitantes de la mansión. La razón era que durante el día habían sostenido varias reuniones de trabajo y estaban cansados. Incluso Petrovich renunció a su habitual práctica de después de la cena al ver que nadie más se quedaría. Sólo los jóvenes salieron al pueblo a dar una vuelta. Esta vez, Samantha también se les unió.

A las tres de la madrugada, cuando regresaban, encontraron el cuerpo de Julio en el bosque, junto al jardín. Fue un enorme impacto para Fernando, el pobre chico aún no se recuperaba. De modo que en esta ocasión, ninguno de los adultos tenía coartada. “Pero todos las tienen en los demás homicidios, maldita sea”, pensó Tomás.

Rodríguez aún se negaba a interrogar a los habitantes de la mansión como sospechosos, y después de derrumbarse toda su teoría acerca de "Los Vándalos" y su complot para convertir la isla en un centro ritual, el gordo comisario no hallaba qué hacer, por lo que se limitó a decir que tendrían que

esperar los resultados de la autopsia, como si creyera que en ellos iba a venir impreso el nombre del asesino. Tomás sentía que estaba perdiendo el tiempo, así que decidió visitar a Argus para saber cómo estaba, y con la esperanza de que le diera alguna orientación.

Cuando llegó, comprendió que no era el único que había tenido esa idea. Inés estaba sentada junto a la cama, muy preocupada, además los acompañaban Teresa y Sabina. Argus saludó con una sonrisa a Tomás. Tenía mejor aspecto que esa mañana, aunque aún se encontraba conectado al monitor y tenía puesto un bigote de oxígeno. Werner estaba durmiendo en su casa, según le dijeron, aprovechando que Argus tenía compañía.

— Tomás, qué bueno verte – lo saludó el comisario con una sonrisa—
¿Alguna novedad?

— Ninguna, Argus – reconoció el joven, decepcionado. — Es una copia al carbón de los homicidios anteriores, y no ha dejado ninguna evidencia, ni la más mínima.

— Sí, eso me temía, por lo visto es muy inteligente. ¿Has traído las fotos? – preguntó Argus, señalando un sobre marrón que Tomás llevaba en las manos.

— Sí, pensé que te gustaría verlas. – dijo Tomás, entregándole el sobre.

— Argus, ¿no crees que deberías descansar?, — intervino Inés – Apenas anoche sufriste otro conato de infarto.

Argus miró a Tomás, que se sentía confundido, luego suspiró, no quería que Inés temiera por él. No le gustaba la idea de engañarla.

— Eso no fue lo que pasó – murmuró.

— ¿Cómo? – preguntó ella, con los ojos muy abiertos.

— No sufrí un infarto, mi corazón está perfectamente.

— ¿Werner mintió? – Argus asintió — ¿Entonces todo esto es un montaje como dice Rodríguez?

— No, — se apresuró a decir Argus – es real, me temo que la emergencia sí existió, pero no se debió al corazón.

— ¿Entonces...?

— Fue... un accidente, — comenzó a explicar – Anoche salimos a buscar algunas evidencias, estuve buceando...

— ¿Buceaste de noche? – intervino Teresa, Argus asintió — ¿Quién te acompañó? – preguntó angustiada, recordando que Avelino había salido la noche anterior y se había llevado el traje de buzo de Sergio.

— Nadie, lo hice sólo, Avelino y Christian me acompañaron en la barca, pero ellos se quedaron en la superficie esperándome. Me salvaron la vida, de no haber sido por ellos...

— Argus, eso es una locura. — dijo Inés con angustia — Es muy peligroso, nunca se debe hacer de noche, y menos sólo.

— Lo sé, Inés, pero era importante para el caso.

— ¿Adónde fuiste?

— A las cuevas bajo el acantilado — dijo él en voz baja, como un chiquillo regañado. Los ojos de las tres mujeres se abrieron como platos.

— Tú debes estar intentando suicidarte — replicó Inés, enfadada — No es posible que alguien sea tan imprudente.

— Inés, escucha, no tenía alternativa — se justificó él.

— No, no, no es posible. — respondió ella, aún más enfadada, con las lágrimas corriéndole por las mejillas — Te conozco desde hace pocas semanas, y en ese corto tiempo has tenido más heridas y accidentes que los que recuerdo haber visto en toda mi vida. Y no es coincidencia. No pierdes oportunidad de ponerte en situaciones de peligro. No sé si echas de menos a tu esposa muerta y quieres reunirte con ella, o tratas de demostrarte algo a ti mismo o a alguien más, pero cualquiera sea la causa, no quiero vivir preguntándome si la próxima vez que te vea será en una plancha metálica en la morgue.

— Inés...

— Adiós Argus — dijo ella, recogiendo sus cosas — Te deseo buena suerte.

Inés salió de la habitación y del dispensario con paso apresurado sin mirar atrás. Argus la miró sintiendo un enorme desconuelo porque comprendió que la había perdido. Lo que más le dolió fue que mencionara a Isabel. Ella no tenía la culpa, esa compulsión a ponerse en peligro era parte de él desde que tenía memoria, había sido educado para eso. Tal vez fuera mejor así, estaba preparado para morir cumpliendo su deber si era necesario, pero no soportaría hacer desgraciado a alguien a quien quisiera. Inés sería más feliz lejos de él. Teresa miró a Argus con tristeza y salió tras Inés, Sabina se levantó del asiento detrás de su madre. Seguramente la mujer y la chica tratarían de consolarla.

Tomás, incómodo, miraba al techo, al suelo, a cualquier lugar menos a él. No sabía qué decir. Argus era consciente de que hubiera querido estar en cualquier otro lugar en ese momento.

— Lo siento, comisario, fue mi culpa.

— No, amigo, hubiera ocurrido tarde o temprano. De cualquier forma, ella tiene razón, no la haría feliz.

— Argus, no digas eso, no es cierto.

— Vamos a ver estas fotos, Tomás – dijo Argus, cambiando la conversación.

El comisario sacó las fotos del sobre, mientras sentía una punzada de tristeza. La muerte de Julio le había afectado mucho más que las anteriores, tal vez porque se trataba del esposo de Jimena, y porque dejaba tres chicos huérfanos, o quizás fue el recuerdo de la estampa familiar, apenas el día anterior. Si bien era cierto que Castañeda no era el mejor esposo, tampoco merecía ser asesinado de esa forma. Además, Argus tenía la certeza de que si no detenían al asesino, continuaría matando inocentes hasta que obtuviera lo que deseaba.

No podían demorar más. ¿Por qué Sean no le enviaba el informe? Claro, lo que él le había pedido que investigara no era fácil, ni siquiera para un detective experimentado como O'Connor. No era una información que figurara en los bancos de datos de la policía. Tendría que hacer preguntas incómodas a gente poderosa que no estaba dispuesta a hablar, encontrar algún informante, tal vez un ejecutivo descontento con la empresa que lo contrataba. Requeriría el cobro de favores. La clase de información que constituía una pesadilla en el trabajo policial. Por eso debía tener paciencia, si alguien podía responder su pregunta era Sean, pero tenía que darle tiempo.

Argus suspiró, mientras se concentró en las fotos del cadáver y de la escena del crimen. Tomás se sentó junto a la cama, estudiando la expresión de su antiguo jefe.

— ¿Ves algo interesante?— le preguntó después de unos minutos.

— En realidad no, — reconoció Argus — como tú mismo dijiste, es una copia de los homicidios anteriores. Aunque me gustaría haber podido examinar el cuerpo.

— Rodríguez se aseguró de que eso no fuera posible. Después del rapapolvo que recibió esta mañana de don Antonio, lo último que quiere es que tú aportes datos al caso. Teme que te lo devuelvan.

— Abelard nunca haría eso. Su odio y su temor lo ciegan.

— Han pasado más de treinta años desde que su hijo fue secuestrado. ¿Cómo es que aún no lo ha podido superar?

Argus quedó un momento pensativo. Ese era un tema que le resultaba

incómodo, pero comprendió que debía responder a Tomás. Por alguna razón, se sintió en la obligación de justificar la posición de don Antonio.

— No creo que la pérdida de un hijo se pueda olvidar, Tomás – le dijo, en tono meditativo – Pero hay más que eso. Abelard se vio obligado a abandonar a su hijo mayor para proteger al resto de su familia. Eso le genera un sentimiento de culpa que proyecta en los que causaron su desgracia.

— ¿Me está diciendo que se odia a sí mismo?

— Se culpa a sí mismo. Esa es la razón por la que ha convertido la seguridad de su familia en una obsesión. Es por eso que compró esta isla y construyó su propio paraíso, pero ha resultado más frágil de lo que esperaba, de manera que ahora esa seguridad por la que tanto ha luchado se encuentra amenazada.

— Es lamentable.

— Era inevitable. – sentenció Argus.

— ¿Qué quieres decir?

— No se trata de una coincidencia, Tomás. El asesino sabe lo que hace. Está atacando a Abelard en su flanco más vulnerable, al amenazar la seguridad de sus allegados en su propia fortaleza.

— ¿Crees que el asesino está haciendo todo esto para vengarse de Abelard, que él es el verdadero blanco?

— ¿Para vengarse? No, pero sí para manipularlo, para controlarlo.

— No comprendo, ¿sabes algo que yo ignore?

— Tengo una sospecha, creo saber el motivo de los homicidios.

— ¿Quieres compartirlo?

— Aún no.

— ¿Por qué? Creí que confiabas en mí.

— Claro que confío en ti, pero no estoy seguro de mi teoría. Hasta ahora sólo se trata de eso, de una hipótesis, aún estoy reuniendo las evidencias para comprobarla. Si te lo cuento, te condicionaré a pensar que estoy en lo cierto y te cerrarás a otras posibilidades. Prefiero que te mantengas con la mente abierta hasta que haya algo concreto que me demuestre que estoy en lo cierto, entonces serás el primero en saberlo.

— ¿La excursión de anoche está relacionada con esas evidencias? – Argus asintió — ¿Qué fue lo que te pasó en realidad?

— Las cuevas que exploré son un laberinto – explicó Argus – Me demoré en ellas más de lo que había previsto y estuve a punto de ahogarme.

— ¿Valió la pena? – preguntó Tomás, comprendiendo los temores

de Inés.

— Creo que sí, traje algunas muestras de rocas, que están en camino para su análisis.

— ¿Rocas? – preguntó Tomás — ¿Qué tienen que ver las rocas con el asesinato de cuatro personas?

— **Si estoy en lo cierto, son la razón de toda esta locura. Aunque aún hay detalles que se me escapan. Aún no tengo idea de quién es el asesino, por la misma razón que tú. Todos tienen coartada.**

Capítulo dieciocho.

Don Antonio miró la vieja foto en blanco y negro que tenía en las manos. Era la primera vez que la veía desde que la guardó tantos años atrás. En ella, él mismo rodeaba los hombros de Beatriz con un brazo, mientras sostenía con el otro a Marcos, que apenas era un bebé. Su esposa sonreía a la cámara mientras acariciaba la prominente barriga del embarazo de Jimena. Cesar, de pie entre ambos, sostenía la mano de su madre y también sonreía. Entonces eran felices, e ignoraban la amenaza que se cernía sobre ellos.

Antonio miró con mayor detenimiento a su primogénito. Era un chiquillo alegre y muy inquieto. Tenía unos ojos... Recordaba la mirada de Cesar, una mirada profunda que traspasaba. Sus ojos eran negros con largas pestañas, y cuando te miraba fijamente te dejaba sin aliento porque tenías la impresión de que podía leerte el pensamiento. Entonces sonreía, o reía a carcajadas y recordabas que solo era un chiquillo.

Antonio sintió que las lágrimas le corrían por las mejillas. Sus ojos... Esos ojos que tanto elogiaban quienes lo conocían, sobre los que bromeaban las mujeres, diciendo que harían caer a las chicas como moscas. Esos ojos los recibió Antonio con horror en un paquete. Se estremeció, era un recuerdo que nunca había podido superar. Para Beatriz fue su condena de muerte. Aquello fue peor que el secuestro mismo, que saber que habían perdido a su hijo y no volverían a verlo, que aceptar que había muerto. Sus ojos... en un paquete... junto con una nota amenazadora, bajo un membrete con aquel maldito símbolo. Recordaba el símbolo, nunca lo olvidaría. Era el mismo que el policía llevaba tatuado en el pecho, como una burla a su dolor.

Y pensar que él le había contado toda la historia, que había abierto su corazón cuando sintió amenazada a su familia. Y el otro escuchó atentamente, palideciendo mientras lo hacía. Antonio creyó que se había conmovido por lo que le había ocurrido a su hijo, pero no se trataba de eso. Oculto bajo sus ropas, estaba el mismo símbolo que acompañó el horror. Del Bosque era uno de ellos, y por eso era su enemigo.

Él no pudo formar parte del complot para secuestrar a Cesar. Era demasiado joven, pero debía conocer a quienes lo hicieron, quizá incluso ya sabía la historia. Por eso a Antonio no le costó creer que estuviera involucrado en los crueles asesinatos ocurridos en la isla, pero tenía la certeza

de que no había cometido ninguno de ellos. Cuando se cometieron los crímenes, él siempre había estado ausente de la isla, o a punto de morir. Extraña coincidencia.

Antonio suspiró, no se arrepentía de haber forzado la salida de Del Bosque del caso. Hubiera sido inconcebible dejar pasar el hecho de que el hombre que investigara los asesinatos, perteneciera a la secta que secuestró a Cesar. Sin embargo el imbécil que enviaron para sustituirlo había resultado peor. No sabía qué hacer, Jimena insistía en que no debería juzgar a Del Bosque solo por un tatuaje. Que no sabían cuál era su significado, si tenía alguno, que tal vez la organización a la que pertenecía el comisario era diferente, después de todo habían transcurrido más de treinta años y en todo ese tiempo, nadie había vuelto a saber nada de ese grupo criminal. Pero no era solo eso, su hija no sabía nada del siniestro correo, no sabía hasta donde podía llegar la mente enferma de esos sujetos. Y Del Bosque era uno de ellos, el tatuaje lo demostraba.

El policía había querido hablar con él cuando se supo descubierto. ¿Es que pensaba que había algo que pudiera decirle que le hiciera cambiar de opinión? Era absurdo, no quería volver a verlo, la idea de estar en la misma habitación que ese hombre le producía náuseas. Y al mismo tiempo... Antonio no sabía cómo explicarlo, pero hasta que vio el tatuaje, Del Bosque le había inspirado confianza y simpatía. Era un hombre brillante, no había duda de ello, sólo había que ver cómo venció a Petrovich en su propio terreno, sin haber hecho ningún alarde de esa genialidad. También era perseverante, no tenía descanso mientras llevaba el caso, pero eso no era suficiente para compensar que perteneciera a la secta de criminales que destrozaron su vida. No, Jimena estaba en un error, Del Bosque no era de fiar.

Antonio no se había limitado a echarlo de su casa. Ante la imposibilidad de expulsarlo de la isla por razones humanitarias decidió investigarlo. Ahora tenía frente a él, un dossier con toda la información que los detectives contratados por Carlos habían podido reunir. Abelard guardó la foto en un cajón del escritorio que cerró con llave y abrió el informe.

En la primera página había una ficha de identificación, donde estaban escritos sus datos, acompañada por una foto de tipo carnet engrapada en la esquina superior derecha. Argus Del Bosque tenía treinta y ocho años, aunque no se conocía la fecha exacta de su nacimiento. Era huérfano. A partir de los diez años aproximadamente creció en el "Orfanato El Bosque", del cual tomó su nombre. A los investigadores no les resultó posible encontrar ninguna

información sobre su familia, ni del lugar donde pasó sus primeros años de vida. Todo formaba parte de un expediente que se mantenía secreto por orden de los tribunales.

En el hospicio, los informes de sus maestros lo describían como un niño muy inteligente, ávido por aprender y poco sociable. Casi no se relacionaba con otros chicos de su edad. Tendía a la introspección, pero no se le podía calificar de tímido, porque no tenía reparo en exponer con claridad sus opiniones. “Puede ser el perfil de un psicópata”, pensó Antonio. Luego se reprendió a sí mismo, había tomado la decisión de leer el informe sin dejarse llevar por sus prejuicios. Continuó.

No hubo solicitudes de adopción, lo que no era extraño en un chico tan mayor. Salió del orfanato con el título de bachiller, concursó por una beca en la Universidad de Oxford, obteniendo el primer lugar. Cursó estudios de psicología y de ciencias al mismo tiempo. Fue el primero de su clase, licenciándose con matrícula de honor.

Trabajó como psicólogo durante un año, al cabo del cual, concursó para una beca en Berlín. De nuevo obtuvo el primer lugar, siendo admitido en el curso de criminología, donde abarcó tanto la rama forense, como la psicología criminal. Concluyó el doctorado con matrícula de honor. Regresó a España donde solicitó plaza en el Cuerpo Nacional de Policía. Dado su currículum, fue inmediatamente reclutado con el rango de subinspector. Durante una investigación en Asturias conoció a Isabel Canseco, quien era licenciada en filología y con quien al cabo de pocos meses contrajo matrimonio.

Los siguientes siete años constituyeron una de las más impresionantes carreras dentro del Cuerpo Nacional de Policía. Del Bosque fue ascendido a inspector al cabo de un año en la institución. Tenía el mejor porcentaje de resolución de casos de la historia y recibió varias condecoraciones por su desempeño y su valor. No escatimaba riesgos a la hora de llevar a cabo una detención. Cuando la vida parecía sonreír al inspector, algo ocurrió. Un conductor borracho mató a su esposa en un arrollamiento, dándose después a la fuga. Del Bosque y sus compañeros se dieron a la tarea de encontrar al homicida, lo atraparon, lo llevaron a juicio y aún pagaba condena, pero la pérdida impactó emocionalmente al inspector, arrastrándolo de nuevo al ostracismo. Al encontrarse sólo, su dedicación al trabajo policial y su temeridad aumentaron significativamente, lo cual impulsó aún más su carrera, permitiéndole alcanzar el rango de comisario. Por otro lado, sobre su vida

privada no había mucha información. No se le conocían amigos cercanos, ni pareja estable.

Antonio cerró el dossier y se quedó pensativo. Era un hombre formidable, de eso no había duda, pero no comprendía dónde tenía cabida la Sociedad Secreta en esa historia. No había informes de reuniones clandestinas, ni asociación con grupos de personas, más bien parecía alguien poco sociable, así que era difícil imaginarlo como miembro de una secta. Sin embargo, no había error posible, el símbolo del tatuaje correspondía al grupo criminal responsable del secuestro de César. ¿Serían ellos los que lo habrían ayudado a medrar con tanto éxito? ¿Habría sido la influencia de esa organización, y no sus propios méritos, lo que le permitió obtener esas becas? Era posible. No era fácil que un huérfano como él tuviera acceso a una educación tan completa. O bien era un genio, o alguien lo había protegido. Antonio se inclinaba por esta última opción.

Tocaron la puerta, e Inés se asomó.

— El doctor Werner está aquí ¿Quería hablar con él?

— Sí, hazlo pasar – dijo Antonio, mientras guardaba el dossier en el cajón del escritorio, junto a la foto de su familia.

Christian entró al despacho y después de saludar a Abelard, se sentó frente a él.

— ¿Quería verme, don Antonio?

— Sí, quería hablarte de Del Bosque – confirmó el empresario, yendo al grano. — Me han dicho que os habéis hecho muy amigos.

— Sí, nos llevamos bien. Espero que eso no represente un problema para usted.

— ¿Cambiaría algo el hecho de que sí representara un problema?

— Don Antonio, – dijo Christian, enderezándose en el asiento – lo respeto mucho, siempre me ha demostrado que es usted un hombre justo, pero no puedo permitir que decida quienes son mis amigos o mis enemigos.

— ¿Significa eso que confía usted en Del Bosque?

— Confío en él, lo admiro y lo respeto – respondió Werner para sorpresa de Abelard.

— ¿Por qué? Apenas lo conoce, no sabe nada de él.

— Me precio de ser un buen conocedor de la naturaleza humana, don Antonio, y puedo afirmar sin riesgo a equivocarme que Del Bosque es un hombre excepcional.

— ¿Aun cuando pertenezca a una secta que ha cometido crímenes

atroces?

— Él lo niega, y yo le creo. Por otro lado, he sido testigo de su comportamiento y lo encuentro, cuando menos, admirable. No suelo juzgar a nadie por tópicos, es su conducta lo que me interesa.

— Yo no puedo ser tan tolerante como usted, Werner – sentenció Abelard, echándose hacia atrás en el asiento. – Por otro lado, quiero saber cuándo podrá abandonar la isla su paciente.

— Me temo que ese momento no está cercano, don Antonio – afirmó Christian, que ya se esperaba la pregunta — Como ya debe haber escuchado, Del Bosque sufrió anoche una recaída. Me temo que un viaje en esas condiciones podría resultar peligroso.

Abelard se quedó unos minutos pensativo.

— Por más que considere a Del Bosque peligroso, y desee que abandone mi propiedad lo antes posible, no pondré su vida en riesgo. Sin embargo, espero que sea verdad lo que me está diciendo, porque si me entero que todo esto es una patraña para forzar su permanencia aquí, si lo está utilizando para sus planes, no me importará que haya usted actuado de buena fe, doctor, tendrá que abandonar Marañón. ¿Está claro?

— Muy claro, don Antonio. Ahora, si me lo permite, debo regresar con mi paciente.

Werner se levantó del asiento, saludó con un gesto de la cabeza a un ceñudo Abelard, y se marchó. Antonio se preguntó si el médico no le estaría engañando. Sentía que perdía el control y eso lo aterraba. Necesitaba saber que su entorno era seguro para su familia. La última vez que había tenido esa sensación de incertidumbre fue cuando se llevaron a Cesar, y ahora cómo entonces, no sabía bien qué hacer. La isla, su paraíso de paz se había transformado en el coto de caza de un asesino de un día para otro, y por si fuera poco, tenía instalado a su puerta a un representante de los monstruos de sus pesadillas. Era una locura. Respiró profundo, sólo había una cosa que podía hacer. La idea había comenzado a darle vueltas en la cabeza unos días atrás. En realidad, no se le había ocurrido a él, alguien más se lo había sugerido, alguien en quien podía confiar. Al principio, Antonio se negó siquiera a considerar la posibilidad, pero ahora no estaba muy seguro, ya habían muerto cuatro personas y la policía no parecía estar más cerca de atrapar al asesino que el primer día. Tal vez había llegado el momento de las decisiones drásticas. Eso le trajo a la memoria su huida de Florencia, abandonando a Cesar. No, en realidad no lo había abandonado, ya no podía

hacer nada por él, su hijo ya estaba muerto. Lo supo cuando recibió los ojos, porque lo contrario hubiera significado... Se estremeció, aquella posibilidad era peor que admitir que el niño había muerto a manos de sus secuestradores, a manos de los cómplices de Del Bosque.

Al día siguiente, Argus recorrió el camino hacia la mansión. Sabía que no podía llegar hasta ella, pero su intención era ver con sus propios ojos el lugar donde Castañeda fue asesinado. No esperaba encontrar nada nuevo, ya Tomás había llevado a cabo el estudio de la escena del crimen y él confiaba en el chico, pero necesitaba verlo con sus propios ojos, observar el lugar, comprender por dónde podía haber llegado el asesino, y cómo había logrado sorprender a Castañeda.

Se sentía mejor, el efecto del agua marina en sus pulmones había cedido gracias a los cuidados de Christian, aunque tenía que reconocer que aún le costaba un poco hacer esfuerzos. Werner quería que permaneciera un par de días más en cama, sólo para asegurarse que no sufriría una complicación, pero Argus se negó, había un asesino suelto, y cada minuto contaba. No podría detenerlo si permanecía acostado en una cama.

Se sorprendió un poco cuando llegó al lugar y vio que no estaba sólo. Samantha se encontraba sentada en una piedra mirando un ramillete de flores que había en el suelo, en un lugar donde la hierba estaba aplastada. La chica estaba sumida en sus pensamientos, por lo que no escuchó llegar a Argus.

— No deberías estar aquí sola – dijo él. Ella dio un respingo, y ahogó un grito – Lo siento, no era mi intención asustarte.

— ¡Comisario! No sabe qué susto me ha dado, por un momento creí...

— Que era el asesino – completó él la frase – Esa es la razón por la que no deberías estar aquí. – señaló el ramillete — ¿Tú las trajiste?

— Sí, espero no estar contaminando la escena del crimen, o algo así.

— No, ya Tomás terminó con ella.

— Pero usted aún no la había visto.

— Vi las fotos – explicó él – pero quería conocer el lugar, la topografía del terreno es algo que puede ser importante.

— Lo siento, no le he preguntado cómo se encuentra.

— Mucho mejor, gracias a Werner – dijo él sonriendo — ¿Y tú, cómo estás?

— Yo estoy perfectamente – afirmó Samantha, en un tono que no lo convenció — ¿por qué no lo iba a estar?

— Son demasiadas muertes de personas a las que conoces, sería normal que eso te afectara.

Samantha suspiró, mientras miraba el ramillete, Argus se sentó en otra piedra junto a ella. Observó a la chica, era sorprendentemente madura para su edad, lo que resultaba más notorio por su constitución menuda. Ya no usaba el atuendo estafalario. Llevaba el cabello rubio atado en una cola de caballo, vestía vaqueros, una sudadera y zapatillas deportivas. Parecía tener doce años, excepto cuando hablaba, entonces sonaba como una mujer.

— Nunca le di una oportunidad, ¿sabe? – dijo con cierto pesar.

— ¿A tu tío?

— Es curioso, — dijo ella sonriendo – no aceptaba que dijeran que era mi tío cuando estaba vivo. Siempre he querido mucho a mi tía Jimena, y pensaba que merecía alguien mejor.

— ¿Y has cambiado de opinión?

— No, – admitió ella – la verdad es que Julio no hacía feliz a Jimena. Como matrimonio habían terminado mucho tiempo atrás. Eso no era un secreto para nadie.

— ¿Por qué no se divorciaron?

— Por lo de siempre, por sus hijos. Fernando adoraba a su padre, y los pequeños no hubieran comprendido una separación. – Argus asintió, había visto el caso muchas veces. — Es curioso...

— ¿Qué?

— Jimena no se divorció para que sus hijos no perdieran a su padre, pero si lo hubiera hecho, él no hubiera estado en esta isla, y no lo hubieran asesinado.

— Algunas veces no podemos controlar todo lo que ocurre a nuestro alrededor. – sentenció Argus.

— Sí, supongo que es parte del problema de nuestra familia, siempre creímos tener el control de los riesgos que nos rodeaban, hasta que apareció este asesino, y nos hizo volver a la realidad. Me pregunto si lo atraparán algún día.

— No lo dudes – dijo Argus con firmeza. Ella lo miró, y asintió. — ¿Por qué estás aquí, Samantha?

— Quería... quería disculparme con Julio – explicó ella, sonriendo con tristeza – No lo sé, tal vez debí darle alguna oportunidad. Podía ser un capullo, ¿sabe?, pero no merecía morir así. — levantó la vista para mirar su entorno.— ¿Ve algo importante?

— No mucho – admitió él – Este claro está cerca del camino, del bosque y de la mansión. La verdad es que el criminal pudo llegar por cualquier sitio.

Samantha lo escuchó, asintiendo con tristeza, luego fijó su atención en un punto cercano, y sonrió. Argus miró en la misma dirección pero solo vio árboles. Sintió curiosidad por la concentración con la que la chica los miraba.

— ¿Qué ocurre? – preguntó por fin el comisario.

— Sólo pensaba, – dijo la joven – lo parecidos que pueden ser los animales a nosotros, o tal vez nosotros a ellos.

— Lo siento, me he perdido.

— ¿Puede ver aquel pájaro que acaba de posarse en el nido? – dijo ella, señalando a un árbol cercano. Él asintió. – El nido es de sorgomujo, pero el que lo ocupa es un cuco.

— ¿Y qué hace en un nido ajeno? – preguntó Argus por seguirle la corriente.

— El cuco es una especie muy común en la isla, así como en buena parte de Europa. La mayoría de las personas han oído hablar de él, pero pocos saben que tiene un comportamiento muy peculiar. No hace nido, espera a que otros los hayan terminado, y luego pone sus propios huevos. Es, lo que se diría un cabrón oportunista... – explicó ella sonriendo – No muy diferente de lo que hacen muchos humanos, ¿verdad?

Argus se quedó mirando el nido, mientras su cerebro funcionaba a toda velocidad. La pieza que faltaba, la que hacía encajar todo el rompecabezas, la había tenido frente a sus narices todo el tiempo. ¡Cómo había podido ser tan estúpido!

— Comisario, ¿se encuentra bien? – le preguntó ella, un poco asustada por la mirada perdida de Argus. Él tardó un poco en responder, mientras las últimas piezas terminaban de encajar. — ¿Comisario? – Ella le tocó el brazo con suavidad, para llamar su atención, y él la miró con una sonrisa.

— ¡Samantha, eres genial! ¿Lo sabías?

— ¿Qué? ¿Se encuentra bien? ¿Quiere que llame a alguien? Creo que Tomás está en la mansión, puedo avisarle, y...

— No, escucha – dijo él, poniéndose de pie, mientras escribía una nota y la doblaba – Quiero que regreses a casa y te quedes allí. Entrégale esto a Tomás. No lo leas, ni se lo muestres a nadie más. Confío en ti, Samantha.

— Pero ¿qué ocurre?

— Que gracias a ti, vamos a atraparlo, hija – le dijo con una voz que a la chica le recordó a su abuelo, mientras la sujetaba por los hombros. — Pero no quiero que corras ningún riesgo, por eso no debes leer esa nota. ¿Lo prometes?

— Sí – dijo ella asintiendo, mientras volvía a sentirse una niña.

— Entonces vete.

Samantha caminó a paso apresurado hacia la mansión, mientras Argus la observaba. Ella comprendió que quería asegurarse que nada le ocurría por el camino. Cuando cruzó el jardín y subió las escalinatas, Argus regresó al pueblo. No corrió, pero le faltó poco. Ahora comprendía todo lo que había ocurrido. Sólo necesitaba la confirmación del laboratorio con respecto a las rocas, y el informe de Sean. Ya sabía quién había cometido los crímenes y cómo había conseguido la coartada. Era endemoniadamente sencillo. El problema sería probarlo, para eso necesitaba algo más y quien mejor podía ayudarlo era Tomás. Con un poco de suerte, el asesino habría cometido su último crimen. Marañón volvería a ser la isla segura y paradisíaca que había sido siempre. Incluso, tal vez... No, eso era otra historia, una en la que el pasado debía concluirse, para que pudiera existir un futuro.

Capítulo diecinueve.

Cuando Argus llegó a la habitación que ocupaba en la casa de Werner, lo primero que hizo fue conectarse a Internet por satélite. Con satisfacción comprobó que tenía dos mensajes. El primero era de Ochoa, que se había dado prisa haciendo examinar las rocas de los túneles. Argus sonrió cuando vio la información. Las rocas porosas presentaban alto contenido de carbono, hidrógeno, oxígeno y compuestos orgánicos. Precisamente lo que esperaba, su excursión había valido la pena. Luego abrió el segundo correo, y el informe de su amigo Sean le confirmó sus sospechas. El comisario dedicó la siguiente media hora a redactar un informe con sus conclusiones. Confiaba en Tomás para que pudiera seguir adelante con el caso y detener al asesino si algo salía mal y no sobrevivía.

Argus imprimió los informes, los guardó en un sobre junto con una carta escrita de su puño y letra dirigida a don Antonio. Metió el sobre en un cajón, bajo llave. El asesino había sido muy astuto, aún con esas pruebas en la mano no tenía suficientes evidencias para arrestarlo, por lo que un buen abogado podría dejarlo libre en pocas horas, tomando en cuenta que todo lo que tenía contra él era circunstancial. Necesitaba más pruebas.

Argus miró el reloj, eran las tres de la tarde. Había quedado con Werner para almorzar juntos en el bar de Avelino. No tenía apetito, pero se encaminó hacia allí. Necesitaría toda la ayuda posible. Entró en el bar y los parroquianos lo miraron con desconfianza. El estigma de haber sido echado de la casa del patrón aún lo perseguía, pero eso no le preocupaba, todo estaba a punto de terminar. Werner lo esperaba en la mesa de siempre, Argus se acercó a él, haciéndole un gesto con la mano a Avelino para que se reuniera con ellos. El cantinero se aproximó a la mesa.

— Necesito vuestra ayuda – les dijo. Ambos asintieron – Os espero en una hora en el dispensario.

— ¿No vas a almorzar?— preguntó Werner.

— Será mejor que no lo haga – dijo Argus con seriedad.

— ¿Ha ocurrido algo? – preguntó Avelino, al darse cuenta de que el comisario, normalmente muy relajado, tenía la mandíbula tensa.

— Os lo explico después – insistió Argus – Este no es el mejor lugar y aún necesito hacer algunos preparativos.

La palabra “preparativos” sorprendió a Avelino y asustó a Werner,

que conocía la tendencia temeraria del comisario. Argus no esperó que hicieran más preguntas, se dio media vuelta y se marchó a la casa de Werner. Había trazado un plan desde que comprendió la verdad, mientras hablaba con Samantha. Sería arriesgado, pero también la única oportunidad de detener al criminal.

Para cuando llegaron sus colaboradores, ya Argus había hecho algunas pesquisas que corroboraron detalles del modus operandi del asesino, y que él esperaba aprovechar a su favor. Tenía que moverse deprisa antes que oscureciera. El plan sólo funcionaría a la luz del día y Argus sabía que había muchas probabilidades de que volviera a atacar contra un inocente esa misma noche. Si estaba en lo cierto, esta vez sería un miembro de la familia Abelard. Así que deberían detenerlo sin perder tiempo.

Argus les explicó a Avelino y a Christian cuál era su plan, aunque no les dio todos los detalles acerca del caso. No había tiempo. También le dio a Werner el sobre que había preparado minutos antes, pidiéndole que si le ocurría algo se lo entregara a Abelard. Tanto el médico como el cantinero trataron de disuadirlo, pero él estaba decidido a seguir adelante.

— ¡Es una locura! – le dijo Werner – ¡Un suicidio!

— Estaré bien – dijo Argus, aunque trataba de aparentar más seguridad de la que sentía – Es necesario, es la única forma de que podamos conseguir una condena.

— ¿Pero no dices que esto contiene las pruebas? – preguntó Werner, señalando el sobre que tenía en las manos.

— Sí, pero son circunstanciales, — admitió Argus — necesitamos algo más concreto, como una confesión.

Finalmente, ambos hombres aceptaron el plan. Argus descolgó el teléfono del dispensario para llamar a la mansión, pidiendo hablar con Tomás.

— ¿Comisario? – preguntó el joven cuando le pasaron el teléfono Argus pudo notar el temblor en su voz, confirmación de que Samantha había cumplido su parte.

— Tomás, ¿puedes hablar con tranquilidad? ¿Estás sólo?

— Sí, señor, adelante.

— Escucha, ya sé quién es el asesino y cómo llevó a cabo los crímenes, pero necesito reunir más pruebas. ¿Cuento contigo?

— Sí, comisario, desde luego.

— Muy bien, aún no le he dicho a nadie todo lo que sé, tú serás el

primero.

— ¿Qué debo hacer, señor?

— Estudié las fotos que me hiciste llegar de la última escena del crimen. Se te pasó algo importante, allí está la prueba que necesito para desenmascarar a ese cabrón, pero no quiero que Rodríguez lo sepa. Quiero ganarle la mano a ese imbécil para desquitarme de lo que me ha hecho pasar en las últimas semanas, ¿comprendes?

— Perfectamente, ¿qué esperas de mí, Argus?

— Sabía que podía contar contigo, voy ahora mismo al escenario del último crimen, quiero que mantengas alejado a Rodríguez, distráelo, que no sospeche que estoy en eso. ¿Puedes hacerlo?

— Sí, de hecho, estaba en su habitación discutiendo las evidencias. No tiene ni idea de qué camino tomar. Lo mantendré entretenido mientras tú haces lo que tengas que hacer.

— Gracias, Tomás, sabía que podía contar contigo. Te debo una.

Argus colgó y asintió, Avelino y Werner lo miraban con preocupación. Él miró el reloj, estaba listo, estrechó la mano de ambos hombres y salió en dirección al claro del bosque, cerca de la mansión, donde un par de noches atrás la última víctima había perdido la vida. Caminó con paso firme, era algo que debía hacer. Se lo debía a Abelard y su familia, y se lo debía a las víctimas. Se sentía ligero, experimentaba una extraña mezcla de miedo y alegría. Había un enorme riesgo pero la promesa de la recompensa era igual de enorme. Sorprendido, se dio cuenta que estaba sonriendo.

Argus llegó al claro, ahora desierto. Era un día fresco, y aunque la caminata le había hecho entrar en calor, se dejó puesta la cazadora. Miró en todas direcciones, al norte estaba la mansión, muy cerca, al oeste el camino por el que había llegado, al este y al sur el bosque, árboles y arbustos. En el centro del claro había dos piedras, donde él y Samantha habían conversado esa misma mañana. El sol enviaba reflejos a través de las hojas de los árboles mientras descendía hacia el ocaso. Argus pensó que de haber podido escoger el momento no hubiera sido ese, pero ya no había remedio, el tiempo corría en su contra. Una noche más era una nueva oportunidad para el asesino.

Comenzó a estudiar el terreno, dando cortos pasos y detallando cada centímetro, cualquier cosa podía ser importante, un cabello, una fibra, un botón. Aunque estaba entrenado para ello, por lo general ese trabajo recaía sobre los forenses. Sin embargo, en ese momento ese era el paso más

importante para la resolución del caso. La prueba definitiva estaba allí. Se concentró en el lugar sin siquiera mirar a los lados.

Después de quince minutos sin ningún resultado comenzó a dudar de sí mismo. ¿Se habría equivocado? ¿Sería más listo el criminal de lo que creía? La respuesta llegó en forma de tres atronadores estampidos al mismo tiempo que un agudo dolor en la espalda y el hombro, así como un golpe que lo hizo caer al suelo. Sintió que le habían extraído todo el aire de los pulmones y un líquido caliente comenzó a empaparle la camisa. La vista se le nubló. Lo último que vio fue el reflejo del sol a través de las hojas de los árboles y luego llegó la oscuridad.

Oculto entre los arbustos, el asesino sonrió mientras veía caer al entrometido policía que había estado a punto de atraparlo. Le había acertado los tres disparos, esta vez tenía la certeza de que estaba muerto. Satisfecho, se incorporó y en ese momento sintió que algo frío le tocaba la sien. Al levantar la mirada vio a Tomás, que con los ojos encendidos de furia le apuntaba a la cabeza. Saliendo desde detrás de los árboles, Tudela con otra arma en la mano se acercó y también le apuntó, mientras Werner, acompañado por Avelino, corrían desde algún rincón del bosque hasta el lugar donde había caído el comisario.

Ninguno de los hombres que le apuntaban parecía sorprendido, lo que hizo que el corazón le diera un vuelco. Los disparos debieron escucharse desde la casa, porque al cabo de pocos minutos, Abelard, Marcos, y el imbécil de Rodríguez, llegaron corriendo. Cuando contemplaron la escena se quedaron inmóviles. Antonio lo miró, palideciendo, como si no pudiera creerlo. El primero que habló fue el inspector joven, y lo hizo entre dientes.

— Carlos Sánchez, queda arrestado por los homicidios de André Davoisier, Julio Castañeda y... — tragó saliva mirando en dirección al lugar donde había caído su última víctima —...por el intento de homicidio del comisario Argus Del Bosque.

Avelino y Pablo llevaban dos botellas de vino cada uno desde la cocina hasta la mesa del comedor, donde un nutrido grupo se había dado cita. Con la experiencia de años detrás de una barra, el cantinero comenzó a llenar los vasos, todos exactamente con la misma cantidad. Cualquiera hubiera tomado esa reunión como una celebración, de no ser por las expresiones de rabia, incredulidad y desconcierto de todos los presentes. Aunque también sentían un poco de alivio.

Se encontraban en la casa de Werner. Aún no se recuperaban de la impresión del tiroteo que había ocurrido apenas el día anterior. Marcos y Jimena estaban presentes, así como Fernando, Iván y Samantha. Inés también los acompañaba, esforzándose por controlar las lágrimas. Junto a Fernando se sentaba Sabina, y Teresa al lado de su hija. Tomás se encontraba en una esquina, y a su lado, un sorprendido Tudela. Rodríguez abandonó la isla esa misma mañana escoltando al prisionero, que se enfrentaría a cargos por homicidios múltiples. Sentado en una silla de respaldo alto que Werner había buscado especialmente y con el brazo izquierdo en cabestrillo, estaba Argus. El gran ausente era don Antonio, que se había negado a asistir. Aún después que el comisario hubiera atrapado al asesino con gran riesgo de su vida, lo consideraba su enemigo.

— ¡Aún no puedo creer que haya sido Carlos! — exclamó Marcos, mientras tomaba un sorbo de su vaso. — ¿Por qué lo hizo, y como llegaste a sospechar de él, Argus?

— En realidad no fue fácil — dijo Argus — De hecho, lo que más nos desconcertaba a Tomás y a mí era que todos los sospechosos tenían coartada en los primeros homicidios.

— ¿También Sánchez? — preguntó Teresa.

— Sí, cuando María fue asesinada, Sánchez estaba en una reunión con don Antonio, Inés y Julio.

— Lo recuerdo — confirmó Inés — Sí, estuvo presente durante toda la reunión.

— ¿Cómo pudo hacerlo entonces? — preguntó Fernando, expresando la confusión de todos — ¿Cómo pudo matar a María?

— Es que él no lo hizo — sentenció Argus.

— ¿Cómo...?

— Lo comprendí gracias a Samantha, — explicó el comisario, ante la extrañeza de la joven — cuando me habló de ese pájaro que roba los nidos.

— ¿El cuco? — preguntó la chica.

— Sí, dijiste algo importante, que muchas veces las personas se comportan de esa forma y eso fue lo que me abrió los ojos, porque fue exactamente lo que ocurrió en este caso.

— Joder, Argus, ¿quieres dejarte de rodeos y explicarlo de una vez? — preguntó Werner, impaciente. Argus sonrió.

— Muy bien, lo complicado de este caso es que no había un asesino, sino dos. — todos se miraron entre sí con cierto temor — Don Pablo— dijo, de

repente Argus – es posible que usted no quiera que cuente detalles acerca de lo que realmente le pasó a María, si es así...

— María está muerta, comisario, nada la puede lastimar ya. Yo también quiero saber por qué murió.

— Muy bien, todo comenzó en Madrid hace tres años. María estaba enganchada con la cocaína y muchas veces iba con un camello, al cual le pagaba con favores...

— ¿Ese fue el que le abrió la cabeza con una barra? – preguntó Tudela.

— Sí, el mismo. El caso es que, en una oportunidad, ella se fue con otro hombre, uno que le prometió una paga mayor – dijo el comisario, don Pablo bajó la vista, avergonzado – Este hombre era Davoisier. Tenía tendencia a ciertas perversiones, por las que ya había antecedentes. María debió sufrir una mala experiencia, pero no se lo contó a nadie en Madrid.

— Por eso quiso regresar a la isla después que murió su madre – murmuró don Pablo.

— Así es, — confirmó Argus, — y aquí le contó su experiencia a la única persona en la cual confiaba, Sergio.

— ¡Dios mío! – exclamó Teresa, comenzando a comprender.

— Imaginen la angustia de María cuando vio que uno de los invitados del señor Abelard era precisamente el hombre que había abusado de ella. Pero no fue la única que sintió miedo. El propio Davoisier la reconoció y comprendió que podía acabar con su imagen revelando el lado oscuro de su personalidad.

— ¿Davoisier mató a mi hija?

— Eso me temo – confirmó Argus – Como conocía la historia del secuestro del hijo de don Antonio, grabó el símbolo en la frente de María para hacer creer que había un carácter ritual en el homicidio. Esa fue su perdición.

— ¿Por qué?— preguntó Sabina.

— Lo comprenderás en su momento. – continuó Argus.— Sergio debió darse cuenta enseguida de lo que había ocurrido y al principio sintió temor, por eso estaba nervioso, pero conforme pasaban los días fue recuperando confianza hasta el punto que decidió chantajear a Davoisier.

— ¡Torpe, estúpido! – murmuró con tristeza Avelino – ¡Si lo hubiera sabido!

— Lo siento Avelino, — dijo el comisario – si hubiera sido más

rápido en descubrir a Davoisier, tal vez hubiera evitado que muriera.

— Hiciste lo posible, Argus – reconoció el cantinero – Si alguien puede dar fe de eso, soy yo.

— Continúe comisario – lo apremió Samantha.

— Muy bien, Sergio se citó con Davoisier y éste lo asesinó, repitiendo el truco del símbolo en la frente.

— ¿Por qué nunca tomaste el símbolo en serio? – preguntó Jimena — ¿Cómo supiste que era falso?

— Porque la organización criminal a la que pertenecía fue desmantelada hace muchos años.

— ¿Cómo sabe eso? – preguntó Fernando con malicia.

— Lo leí en un archivo policial durante el curso de otro caso. En este punto, todas las evidencias apuntaban a Davoisier, incluyendo aquel botón que encontramos y que Rodríguez no quiso investigar.

— ¿Era del francés? – preguntó Tomás.

— Con toda seguridad.

— Pero si Davoisier era el asesino, ¿por qué intervino Sánchez? – preguntó Gerardo, reflejando la confusión de todos.

— Porque Sánchez tenía sus propios intereses, y los asesinatos cometidos por Davoisier le convenían. Aquí es donde entra la comparación con el cuco. Sin saberlo, André Davoisier había creado un clima favorable para los planes de Carlos Sánchez.

— ¿Y cuáles eran esos planes?

— Que don Antonio estuviera dispuesto a vender la isla. O más bien, a rematarla. – dijo Argus, sorprendiendo a todos. — Ciertos grupos económicos ofrecieron una buena recompensa a Sánchez si lograba convencer al señor Abelard de venderles Marañón. Ese fue el verdadero motivo por el que el abogado aceptó la invitación.— Argus bebió un sorbo de agua, luego continuó.— Desde luego, el encargo no era fácil, para don Antonio, la isla era más que un trozo de tierra, era su hogar, el paraíso que construyó para su familia. No sé si Sánchez tenía un plan, o si improvisó por el camino, pero lo que es cierto es que los homicidios cometidos por Davoisier le beneficiaron. Si lograba convencer a su jefe de que la isla ya no era un lugar seguro, podría cumplir su misión y recibir su recompensa.

— Si lo que hacía Davoisier le beneficiaba ¿por qué lo mató? – preguntó Jimena. — ¿Y cómo supo que él era el asesino? Si es que lo sabía.

— Sí lo sabía, y me temo que en eso, tanto Tomás como yo, tenemos

cierta responsabilidad. — reconoció Argus con un suspiro.

— ¿A qué te refieres? — preguntó Werner.

— Sánchez había sembrado las habitaciones y los teléfonos de la mansión con micrófonos, incluso antes de los homicidios, en un intento por reunir información que le ayudara a cumplir su cometido. Después de la muerte de Sergio, Tomás y yo comenzamos a sospechar de Davoisier, discutimos sobre ello, y también pedimos información por teléfono acerca de lo que le ocurrió a María tres años atrás.

— ¿Sánchez sabía sobre las perversiones de André? — preguntó Marcos, sorprendido.

— Estoy seguro que sí, — dijo Argus — parte de su trabajo era investigar a las personas que se acercaran al negocio o a la familia, para ponerlo en conocimiento de don Antonio, pero es obvio que en muchos casos, como éste, guardaba esa información para sí mismo. Es probable que él ya sospechara de Davoisier, incluso antes que nosotros, pero nuestras conversaciones al respecto se lo confirmaron.

— Pero ¿por qué lo mató? — preguntó Fernando, que aún no comprendía.

— Porque estábamos a punto de atraparlo, y si el asesino era detenido, los motivos para que don Antonio vendiera la isla habrían desaparecido. Fue una jugada inteligente, al asesinar a Davoisier lo excluía de toda sospecha, además dejaba las investigaciones en sus inicios. Nos desconcertaba.

— También tuvo suerte — dijo Samantha.

— ¿Suerte? — preguntó Iván.

— Bueno, está claro que el comisario es muy listo, si no hubiera sufrido el infarto que lo sacó del caso, lo hubiera atrapado antes.

— No fue suerte, Samantha — explicó Argus con una sonrisa triste — Sánchez trató de matarme. El infarto en realidad fue un envenenamiento.

La confesión los dejó a todos de una pieza, e inmediatamente voltearon hacia Werner, que confirmó la versión de Argus asintiendo con la cabeza. Inés, que no había dicho una palabra, sintió un nudo en la garganta y bebió un sorbo de agua esforzándose en resistir el llanto.

Werner miró a Argus, que asintió con la cabeza. Era el momento de decir la verdad.

— Ese cabrón, robó el digital de Petrovich.

— ¿Qué es eso? — preguntó Iván.

— Una medicina para el corazón, muy peligrosa, si no se manejan bien las dosis – aclaró Werner – Cogió seis tabletas e impregnó el vaso que estaba en la habitación de Argus.

— Cuando usé el vaso para tomar agua, ingerí el veneno. — dijo Argus.

— ¿Seis tabletas son muchas? – preguntó Sabina con ingenuidad.

— ¿Qué si es mucho? – repitió Werner con sarcasmo – Dos tabletas pueden matar a un hombre. Con seis, tendría que haberle explotado el corazón.

— ¿Y está bien?— le preguntó Samantha a Argus, con una preocupación que lo conmovió.

— Muy bien – le respondió con una sonrisa.

— ¿Cómo sobrevivió a eso? – preguntó Sabina, la historia tenía hipnotizados a los jóvenes. Argus dejó que Werner lo explicara.

— Argus se dio cuenta de que se trataba de una intoxicación por digital, y se lo murmuró a Tomás antes de perder el conocimiento, Tomás me lo dijo a mí. Por eso pude aplicar el tratamiento apropiado rápidamente. De no haber sido por eso, yo también hubiera creído que se trataba de un infarto y para cuando hubiera comprendido mi error, ya sería demasiado tarde.

— Si estaba tan interesado en matarlo – dijo Fernando — ¿por qué no lo intentó de nuevo?

— Gracias a don Antonio. — respondió Argus – Al sacarme de la mansión le resultó más difícil a Sánchez atender contra mí sin levantar sospechas. Por otro lado, la presencia de Rodríguez y mi salida del caso lo tranquilizaron. Yo ya no revestía el mismo peligro.

— Por lo visto, calculó mal – dijo Marcos.

— Sí, creyó que me mantendría alejado del caso, especialmente por la actitud que don Antonio comenzó a tener hacia mí, por el tatuaje.

— ¿Y qué nos dice de ese tatuaje? – preguntó Fernando — ¿Pertenece usted a la secta esa que secuestró a mi tío?

— ¡Fernando! – le reprendió Jimena — ¡Basta!

— No, está bien – dijo Argus, conciliador – Le responderé. No pertenezco a ninguna secta, Fernando, ni a ningún otro grupo. Como explique antes, la secta de la que hablas ya no existe.

— ¿Pero por qué tiene usted un tatuaje con el símbolo que la identifica? – insistió el joven, antes de que su madre pudiera evitarlo.

— Esa es una pregunta a la que no voy a responder.

— Porque teme que sepamos la verdad.

— Porque no es de tu incumbencia. – respondió Argus con firmeza.

El joven no esperaba una respuesta tan directa y no supo que decir. Se hizo un silencio incómodo hasta que Jimena lo rompió.

— Continúa Argus – dijo – Comprendemos por qué asesinó a Davoisier, para que se le descartara como sospechoso y se creyera que el asesino continuaba libre. Pero ¿por qué Julio?

Argus se tomó un momento para retomar el hilo, bebió un sorbo de agua y continuó.

— La muerte de Julio me confirmó la verdadera naturaleza de los homicidios. – dijo Argus, mirándola con tristeza— tu esposo era el único que podía alertar a tu padre acerca de los verdaderos motivos por los que Carlos quería que vendiera.

— ¿Julio? ¿Por qué? – preguntó Jimena sorprendida.

— ¿Qué podía tener que ver mi padre con ese tío? – preguntó Fernando indignado – Él no sabía nada.

— Es cierto, no sabía nada acerca de los intereses que manejaba Sánchez, ni de la jugada que quería hacer, pero probablemente lo hubiera sospechado en el momento en que alguien manifestara su interés por comprar la isla.

— ¿Por qué? – insistió Jimena.

— Porque era geólogo y hubiera sacado conclusiones.

— ¿Qué clase de conclusiones? – preguntó Marcos.

— Las que llevaron a esa empresa a utilizar a Carlos Sánchez como caballo de Troya. – todos se miraron confundidos, nadie comprendía de qué estaba hablando – Esta isla está asentada sobre un enorme yacimiento de petróleo.

Se escucharon un par de silbidos y algunos se echaron hacia atrás en sus asientos. Para los más perspicaces las piezas del rompecabezas comenzaron a encajar. Argus aprovechó la pausa para beber el resto del agua y tomar un descanso. El efecto de los analgésicos que le había suministrado Werner llegaba a su fin, por lo que el brazo izquierdo comenzaba a dolerle. Samantha fue la primera en reaccionar.

— ¿El abuelo sabe eso? – preguntó.

— No lo creo. – dijo Argus – Sánchez cuidó mantenerlo en secreto. La empresa petrolera que lo reclutó detectó el yacimiento a través de imágenes satelitales, y lo reseñaron en un informe interno, así como la intención de

comprar la isla.

— ¿Esa es una de las pruebas que encontraste contra Sánchez?

— Así es.

— ¿Cómo te enteraste? – preguntó Marcos – Quiero decir, nosotros conocemos esta isla desde que éramos niños, pero nunca se me hubiera ocurrido algo así.

— En realidad, cuando Sánchez asesinó a Davoisier y la investigación volvió a sus inicios, también quedó descartado el motivo que manejábamos, el evento ocurrido hace tres años en Madrid. Debía haber algo más. La sospecha nació por una coincidencia, gracias a Toni y a Carla.

— ¿A los niños? – preguntó Jimena sorprendida. — ¿Qué pueden saber ellos?

— No, ellos por supuesto no saben nada – dijo Argus con una sonrisa – pero me enseñaron una roca con un fósil que su padre había sacado del mar y les había regalado. Fue entonces cuando recordé que el propio Julio había comentado que esta isla se formó en gran medida por sedimentación.

— ¿Y eso es importante? – preguntó Iván.

— Muy importante, — dijo Argus – los yacimientos de petróleo se forman por el proceso de putrefacción de materia orgánica, seres vivos sometidos a enorme presión, fenómeno que suele ocurrir en terreno sedimentario.

— ¿Por qué Julio no llegó a esa misma conclusión, siendo geólogo? – preguntó Samantha.

— El fenómeno no ocurre siempre – aclaró Argus – y en la isla no hay ningún indicio de esa posibilidad. Es en la plataforma submarina donde realmente se encuentra el yacimiento. Sin embargo, era probable que comenzara a sospechar si se despertaba un interés repentino por la isla, por eso Sánchez lo escogió como su siguiente víctima, especialmente después que lo vio hablar conmigo en la playa. Temía que pudiera decirme algo importante.

— ¿Habló con mi padre en la playa? – preguntó Fernando — ¿Le dijo algo?

— Nada, pero me temo que eso no podía saberlo el asesino. En especial porque después de ver el fósil le pedí a un amigo en Scotland Yard que hiciera averiguaciones en las empresas petroleras para descubrir si alguna tenía intereses secretos en esta zona del Atlántico. Ese es el informe del que estamos hablando y que recibí dos días después, pero Sánchez, que

mantenía un monitoreo constante sobre las comunicaciones de la isla, debió relacionarlo con mi conversación con Julio. Lo lamento mucho.

Fernando bajó la cabeza pero no dijo nada. Jimena miró a Argus haciéndole comprender que no lo culpaba.

— ¿Descubriste lo del petróleo sólo viendo un fósil? – preguntó Avelino, sorprendido.

— El fósil sólo despertó mi interés, – explicó Argus – pero no demostraba nada en sí mismo, por eso decidí explorar las cuevas submarinas. Era cerca de esa zona donde Julio había encontrado el fósil, y si había alguna prueba geológica la hallaría en ese lugar.

— ¿Y la encontró? – preguntó Iván, con interés.

— Sí, a bastante profundidad, debo reconocerlo, pero encontré el tipo de piedra que los tratados de geología describen como habituales en zonas petroleras. Recogí unas muestras para enviarlas al laboratorio. Confirmaron mis sospechas.

— ¿Cómo supiste que el culpable era Carlos y no otro? – preguntó Marcos.

— Hubo varios factores. Una vez establecido el móvil, descarté a cualquier miembro de la familia. Obviamente el motivo era económico, y por mucho que pudiera ofrecerles la petrolera, vender la isla perjudicaba a don Antonio y todos sus herederos. — los aludidos enarcaron las cejas, comprendiendo por primera vez que en algún momento ellos también habían sido sospechosos.— Por otro lado, fuera de la familia, el que tenía mayores posibilidades de convencer a Abelard era Sánchez. También el hecho de que manejara información que había preferido callar. Eso lo convirtió en el principal sospechoso.

— ¿Nunca pensaste en mí como sospechosa? – preguntó Inés, hablando por primera vez – Mi posición era muy parecida a la de Carlos.

— No, siempre supe que eras inocente – respondió Argus, mirándola con ternura.

— ¿Por qué?

— Por muchos motivos, pero te daré uno concreto, los crímenes fueron llevados a cabo con cuchillos, lo que obligaba al asesino a acercarse a sus víctimas. No es el tipo de homicidio que una mujer suele perpetrar con éxito contra un hombre, o en este caso, contra tres. Todas las mujeres quedaron fuera de sospecha desde el primer momento.

Inés suspiró. No le gustó saber que su exclusión como sospechosa

obedecía a hechos concretos y no a sentimientos subjetivos por parte de Argus. Sin embargo comprendió que debió haberlo sabido, él no se le hubiera acercado en caso de que existiera la menor posibilidad de que ella estuviera relacionada con el crimen.

— Si ya sabía que Carlos era el asesino, ¿por qué se arriesgó tanto para detenerlo?— preguntó Sabina.

— Porque no tenía pruebas para llevarlo a juicio. — explicó Argus.— En realidad, todo era circunstancial.

— ¿Y qué hay del arma homicida? — preguntó Iván, que no se perdía una película de policías — ¿No lo relaciona con el crimen?

— Los cuchillos provenían de la cocina. Cualquiera podía haberlos cogido. — explicó Argus — Debo reconocer que Sánchez fue muy listo, por eso no fue fácil atraparlo.

— Pero te arriesgaste demasiado — insistió Jimena con cierta nota de preocupación en la voz.

— Debía hacerlo, teníamos que obligarlo a mostrar la cara, por eso le tendimos una trampa.

— ¿La nota que me pediste que le entregara a Tomás era parte de esa trampa? — preguntó Samantha.

— Sí, en ella le expliqué a Tomás mis sospechas y le di instrucciones acerca de lo que debía hacer.

— ¿Sabía que le iba a disparar? — preguntó Sabina incrédula, Argus asintió — ¿Y aun así siguió con el plan?

— Sabía que si no lo deteníamos, continuaría asesinando, — explicó Argus — Además, era probable que esta vez escogiera a su víctima entre los más cercanos a don Antonio. Ya le había hecho saber que había un grupo económico interesado en comprar la isla, aunque escondió sus verdaderos motivos. Le dijo que tenían un fin turístico.

— Eso es absurdo — replicó Marcos— Esta isla está demasiado alejada, es muy pequeña y no tiene un clima tropical. Nunca sería un buen destino turístico. Mi padre lo descartó hace años.

— Esa era una buena argumentación para que el precio fuera muy bajo — dijo Argus — pero don Antonio aún no se decidía, por lo que Sánchez continuaría asesinando hasta que lo hiciera cambiar de opinión.

— ¿Por qué no se lo advertiste a mi padre? — intervino Jimena.

— ¿Cómo hubiera podido acercarme a él? — preguntó Argus con tristeza — No quiere ni verme, mucho menos escucharme y si le hacía llegar la

información a través de uno de vosotros, pondría en peligro al mensajero. No podía correr ese riesgo.

— Pero arriesgaste tu vida – dijo Inés de repente, sonando a reproche.

— Ese fue un riesgo calculado – se justificó Argus – Cuando comprendí que Sánchez era el hombre que buscábamos, sospeché que usaba micrófonos y comprobé que era cierto. Decidí aprovecharlos en su contra. Avisé a Avelino y Christian para que estuvieran cerca como apoyo, ya Tomás tenía sus instrucciones. Lo llamé para decirle que sabía quién era el asesino, pero también insistí en que no se lo había dicho a nadie y que la prueba estaba en la última escena del crimen.

— Quería que volviera a intentar contra usted – dijo Sabina.

— Así es — concedió Argus — Siempre llevo en mi equipaje, un chaleco de kevlar. Es una herramienta fundamental en mi trabajo. Me lo puse bajo la chaqueta, y simulé estar buscando pruebas en la escena. Tomás y Avelino vigilaban cerca, también Werner estaba allí, por si algo salía mal. Sánchez cometió su primer error, se dejó llevar por el pánico e intentó matar al único que podía desenmascararlo, según creía. Al hacerlo, se puso en evidencia.

Un nuevo silencio se apoderó de la sala, sorpresa, estupor, admiración, confusión. Todos esos sentimientos aturdíán a los presentes. Inés terminó por romper ese silencio.

— ¿Qué hubiera ocurrido si te dispara a la cabeza en lugar de al cuerpo? Podías haber terminado muerto.

— Era un blanco en movimiento, — argumentó Argus — tendría que haber sido muy buen tirador para intentarlo.

— Pudo serlo, — insistió ella, sintiendo que la rabia la invadía – de hecho te hirió.

— Está bien, — dijo Argus, conciliador – una de las balas me atravesó el brazo, donde no tenía la protección del chaleco, pero es un riesgo calculado, parte de mi trabajo. – la miró con dulzura – Sanará.

Ella no respondió, pero en esa oportunidad no pudo contener las lágrimas

Epílogo.

Don Antonio terminó de leer los balances de sus hoteles después de un enorme esfuerzo para poder concentrarse. Habían pasado dos meses desde que Sánchez fue detenido por los homicidios en la isla y el juicio comenzaría en pocas semanas. Nunca hubiera imaginado que el despiadado asesino era su hombre de confianza. Un golpe que le llevaría un tiempo superar.

Marcos, Jimena y los chicos ya habían regresado al continente, a sus vidas, y él mismo retornaría al trabajo en cuanto terminara lo que tenía pendiente en la isla, que nunca volvería a ser el refugio de paz que siempre había representado para él. Pensó en los acontecimientos de las últimas semanas y cómo habían trastornado sus vidas. Rechazó las ofertas sobre Marañón, tal vez no volviera a ser como antes, pero seguía siendo su hogar.

Tomás Niel le llamó para ponerlo al día acerca de las novedades del caso. Por lo visto, se abriría una investigación a la empresa que contrató a Sánchez por pretender usar información privilegiada en su beneficio. No podían relacionarlos con los asesinatos, de hecho, lo más probable era que no tuvieran idea de lo que su agente había hecho, pero su conducta había sido cuestionable y poco ética, así que el fiscal los había emplazado a ser testigos de cargo contra el abogado, so pena de acusarlos de complicidad en los homicidios. Por supuesto, aceptaron.

Antonio no había vuelto a tener noticias de Del Bosque, y lo prefería así. El comisario abandonó la isla un par de días después de la detención, en cuanto lo permitieron sus heridas. Abelard tenía que reconocer que no podía reprochar nada en la conducta del comisario, que había arriesgado mucho por cumplir con su deber, atrapar al asesino y proteger a los inocentes, pero la imagen del tatuaje lo asaltaba cada vez que pensaba en él, y era más fuerte que la lógica de los hechos. No quería volver a saber nada de Argus Del Bosque.

Llamaron a la puerta, e Inés se asomó. En las últimas semanas parecía cansada y triste. Antonio sospechaba que el motivo era Del Bosque. No se le había escapado que su secretaria sentía algo por el comisario, pero por lo visto, la relación resultó frustrada. Antonio se alegraba, ese hombre no le convenía, e Inés terminaría superándolo.

— Lamento interrumpirlo don Antonio – le dijo ella al entrar, mientras

le entregaba un paquete de cartas.

— No me interrumpes – respondió él, cogiendo la correspondencia.

Inés sonrió y se marchó, mientras él revisaba el correo del día. Con las nuevas tecnologías la mayor parte del correo era electrónico, pero siempre había situaciones en las que se debía recurrir al humilde papel. Antonio comenzó a ojear los sobres, la mayor parte eran notificaciones, saludos y ofertas de proveedores, algunas muestras de propaganda de sus propios hoteles, nada extraordinario, hasta que llegó al último de la pila.

Era un sobre marrón, sellado, remitido por un laboratorio y cuyo destinatario era Argus del Bosque. Lo primero que pensó Antonio, era que se trataba de alguna prueba forense, pero enseguida lo descartó. El laboratorio era privado. Dudó un momento, lo correcto sería enviarlo a la oficina del Cuerpo Nacional de Policía al que pertenecía Del Bosque, la única dirección de la que disponía Antonio. Abrió la boca para llamar a Inés y darle la orden, pero ningún sonido salió de su garganta.

Antonio se sorprendió al ver que sus manos temblaban mientras sostenían el sobre. Se preguntó si tendría alguna información sobre el comisario, algo que le diera una pista sobre la organización a la que pertenecía, por mucho que lo negara. Era absurdo, pero era la primera vez que una oportunidad así se le presentaba. Con movimientos automáticos, Abelard hizo lo que nunca hubiera imaginado que era capaz de hacer, abrió una correspondencia ajena.

Dentro del sobre había una hoja, el resultado de unos análisis de sangre. En un primer momento, Antonio sintió que la cara se le enrojecía de vergüenza. Había violado una correspondencia que no le pertenecía para algo tan privado como una prueba médica. Tal vez la había solicitado Werner mientras Del Bosque fue su paciente, y por eso había llegado a la mansión. No era de su incumbencia, por lo que comenzó a doblar el papel con la intención de regresarlo al sobre para entregárselo a Werner con la excusa de haberlo abierto sin fijarse en el destinatario.

Cuando dobló el papel, sus ojos fueron a caer directamente sobre las conclusiones del análisis y un nudo se le formó en el estómago. Antonio desplegó de nuevo la página, ya sin importarle consideraciones de privacidad. La leyó en toda su extensión. Sintió que las lágrimas le rodaban por las mejillas y perdía la fuerza en las piernas, de haber estado de pie, se hubiera caído. Un nudo en la garganta no le dejaba respirar, mientras el llanto pugnaba por salir. Se mordió el puño para contener un grito de desesperación.

El resultado no dejaba lugar a dudas, era una prueba de A.D.N, en la que concluía que era positiva la relación parental entre Antonio Abelard y Argus Del Bosque, con una compatibilidad del 99,9% que establecía que eran padre e hijo. Entonces comprendió que el hombre que había echado de su casa, al que se había negado a escuchar, el que había arriesgado su vida para devolverle la normalidad y proteger a su familia, era Cesar, el hijo al que había llorado por más de treinta años. Y supo por qué tenía ese tatuaje, y de qué había querido hablarle. Entonces comprendió que por segunda vez le había fallado a su hijo.